A partir de las voces de tres personajes —Félix Gauna, Atalita Pons y la anciana Mimaya—, Elvira Orphée desarrolla una compleja historia de amor y odio entre dos adolescentes un tanto frágiles y demasiado sediciosos como para entender de qué se trata aquello que sienten. Signada por la rebeldía, esta relación improbable desentona con el molde social de una ciudad de provincia que esconde secretos pacatos y los diluye en su propio ambiente. Ese «aire tan dulce» contiene una clave de lo fantástico en la novela, y es a la vez una alusión a la atmósfera impregnada por el aroma de la zafra y a cierta esencia que cala a las personas —al decir de Orphée, «una esencia que se impone desde la infancia»—. Recortados contra este marco Félix y Atala se vuelven, cada uno a su manera, sujetos incómodos.

Aire tan dulce, publicada originalmente en 1966, se construye a la manera de un cuadro cubista o futurista, como un habilidoso facetado que resulta de la adición de los tres puntos de vista desde los que está narrada, creando una urdimbre de sostén en la que estilo y argumento —como en todas las grandes novelas— se tornan inseparables.

«En *Aire tan dulce* la banalidad de la provincia, sus estereotipos, se combaten con el mal, no presentado como ausencia del bien, sino como una acción creadora, la única posible en un mundo cuya realidad es la inexistencia, la no-vida. Frente a ese vacío de realidad o exceso de inexistencia, la única salida es la imaginación.» (MARGO GLANTZ, *Letras Libres*)

isbn: 978-987-9108-66-6




BAJOLALUNA

bajo la luna | buenos y breves | 13

Elvira Orphée | Aire tan dulce

13

Elvira Orphée

Aire tan dulce

novela

BAJOLALUNA

Elvira Orphée

AIRE TAN DULCE

Agosto 2011

Para Victoria Herrera
con agradecimiento por haber
comprendido un lenguaje que
otros – creen, todavía, que
debe ser decimonónico

E. Orphée

BAJOLALUNA

Orphée, Elvira
Aire tan dulce. - 1a ed. - Buenos Aires : Bajo La Luna, 2009.
288 p.; 21x13 cm.

ISBN 978-987-9108-66-6

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Pje. Aníbal Troilo 988 2° C
C1197ABB Buenos Aires
República Argentina
www.bajolaluna.com

ISBN 978-987-9108-66-6

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en Argentina

Yo soy el camino, la verdad y la vida

—Se quedará sin salida esta semana.

—Póngale dos.

Empiezan los murmullos. Una sola voz despechada dice tiene dos.

Los murmullos se vuelven marea, que no acuna, que desafía.

Mi testarudez hará aumentar el tiempo de la penitencia.

—Puede ponerle tres.

Cuanto más grande más injusto será el castigo. Se lo debía de decir en vez de pretender que se dé cuenta solo. No se lo digo porque no puedo. Lo va a enfurecer que lo obligue a cometer una injusticia y que garabatee en mi cuaderno sin mirarlo.

Resuena por todos los ángulos la voz furiosa *tiene seis semanas.*

Me estoy poniendo de pie lentamente. Su voz furiosa ya vive en la pesadilla. Yo también. Cierro con jactancia un ojo —vean muchachos de lo que soy capaz—, fijo el blanco exacto, mando el tintero volando por el aire.

Los murmullos se hacen vertiginosos, A mí no me engañan, son sólo alaridos adulones. Un círculo de gritos rodea al profesor de Historia. Antes de que el círculo se cierre los pañuelos se mueven limpiando la sotana manchada.

Yo me voy. Me estoy escabullendo, y el corazón late como loco.

Ando por este patio con pasos de vagabundo, distraído Por el corazón y la violencia. ¿Qué será de nosotros, patio de los naranjos?

Me arrodillo —no se hagan ilusiones, nada de rezar—. Me arrodillo para arrancar suavemente los yuyitos que crecen entre las junturas de las baldosas rojas. Los soplo en el hueco de la mano. Una figura de diccionario: yo siembro a todos los vientos. Mi rencor vuelve venenosos los yuyos. Floto entre balsámicas nubes: ficciones de venganza, ficciones de heroísmo. Balsámicas nubes corderitos que salen de los yuyos soplados. Ni perderme en fantasías me salva. La pena se me echa encima, a traición.

Yo. No otro. No todos. Todos los que el día del paseo salimos de las filas deslizándonos en zaguanes de brillantes mayólicas verdes, con profundidad de estanque. El único castigado he sido yo. Porque mi padre no hace regalos al colegio. Antes de decirlo me muero. ¿Reconocer que castigan mi inferioridad, no mi culpa? Pena. La pena sofoca. Sí, trastorna el tiempo. Correrse a los años del futuro, neutralizadores de la pena de esta tarde. Dentro de mucho tiempo, cuando el perfume de azahar me traiga el recuerdo de esta tarde, yo ya seré el peor de los hombres. Un relámpago dentro. Me sacude, me ilumina. El peor de los hombres. Me cierran el camino para ser el primero. Seré el último. Pero en alguna forma grande, único. Estoy temblando. En alguna forma le daré el manotazo a la grandeza. Trago aire con los mismos desesperados esfuerzos que los pescados fuera del agua. Así, como pez fuera del agua, estaré yo fuera de la grandeza, mi ambiente vital.

¡Ahí viene! Está desembocando por la galería. Y se acerca este mierda. Viene caminando por el patio de los naranjos. Cerrar los ojos y hacer que no sea cierto. No los cerraré. Él viene, está cada vez más cerca, a mi lado, hablando. Me busca para perdonarme, dice. Ya me ha perdonado, dice. Pero es necesario que yo vea al director por exigencias de la disciplina, dice. Sólo lo miro. Es joven. No sabe ya qué decir. Sí, sabe: vaya a verlo ahora mismo, yo ya le hablé. No le contesto. Lo miro. Los resplandores del sol de la tarde bajan hasta el pie de los naranjos, y es como si me viera a mí mismo, deslumbrante de pena, iluminar la retirada del profesor de Historia. Un olor a tierra mojada me traspasa tan hondo que en lugar de aspirarlo parece que lo difundiera. El jardinero anda cerca. Mejor irse. Vamos pues. Terminar con este asunto.

Aun en este otro patio me persigue el olor a tierra mojada.

Penetremos en el santuario de los castigos. No hay nadie. El director no está. ¿Temor, pena? Le llaman Dirección a esto. Un cuarto desmantelado y frío. Piso de mosaicos opacos, un armario chiquito con puerta de vidrio forrada de trapo verde y un escritorio también chiquito, la tapa agujereada como cáscara de bergamota. Ni siquiera hay esqueleto. En la escuela sí que tenían un esqueleto como se debe, y las penitencias en la dirección pasaban divertidas, entre el miedo y la irreverencia. Aquí, en vez, sólo un triste mapa de la provincia en la pared, y en el centro del mapa, como un punto que no vale nada, la ciudad del nombre embustero. Promesa mentirosa de noches transitadas por luciérnagas que alumbran correrías de aventureros y de santos. Si viviera en otro sitio, lejano, la imaginaría llena de naranjos que perfuman todo el año, de mujeres maravillosas, de plazas encantadas. Pero vivo en ella y no consigo imaginármela. Dibujar el mapa dentro del que está ¿para qué? Un fracaso. Para reproducir la línea que rodea un espacio que no puedo imaginar. Despreocuparse de ese espacio. Imposible. Porque lo odio. Salir corriendo, lavarme las manos, lavarme la pena, lavarme el mapa. ¡Zas!, el director en la puerta. Me mira de arriba abajo. Que yo me dé bien cuenta de su desprecio.

—¿Así que tenemos mala conducta, mi joven amigo?

Me mira a los ojos, fijo. Si pretende hacérmelos bajar pretende demasiado.

—De ser un ejemplo has pasado a ser esto —la mano abierta, la palma hacia arriba, una exagerada mueca de desprecio.

Contestarle *antes no me daba cuenta de las injusticias.* Decíselo, Félix, decíselo. El corazón me late como el motor de un Ford a bigotes.

—¡Qué teatro! Algunos no sirven para actores.

¿Por qué sonreís, cara, si yo no quiero sonreír, quiero gritar? Que tengo derecho a la justicia. Pero qué, una vez más parece que hubiera hablado otro en lugar de mí.

—Callate, insolente, canallita.

No sabe cuánto me cuesta esta calma, esta burla.

—El profesor de Historia ya me ha perdonado. Porque él olvida las ofensas. Es humilde. —Enderezo el cuerpo, lo miro de frente—. ¿El profesor de Historia no sabe que humilde se nace? ¿Que la humildad se tiene o se finge? Pero él, él la ha conquistado. Ha venido a perdonarme. ¡Ja, ja!

Mi carcajada tan teatral como su mímica. Cruza los brazos con un ademán brusco, reteniendo el golpe. Casi un escupitajo es su orden.

—Recogé tus cosas, atorrante, porquería, y mandate mudar antes de que te rompa la jeta.

—Ustedes deberían de tener un esqueleto en la dirección —aconsejo y salgo.

Por el patio del aljibe, andando sin ningún temor. Ya no me importa, no soy más un alumno. Soy un paria. A los alumnos les está prohibido, propiedad exclusiva de los curas. Sólo a ellos, sórdidos y rapaces, se les podía haber ocurrido elegir el patio más triste. Sopla el viento del lado que uno se ponga y no tiene las alegres baldosas rojas del patio de los naranjos.

Pena. Me aferra con violencia. Las venas se me rompen, la sangre resbala por donde no debe. ¿Por qué tengo que sentirme así si no es cierto lo que me ocurre? Estoy soñando. A mí,

justamente a mí, no me puede pasar esto. Carrera cortada, lugar entre los primeros perdido. A mí no.

¿Estoy en el primer piso si nunca subí la escalera? ¿Llegué cómo? Por la escalera. Pena, ni dejás saber lo que hago. Estoy en el dormitorio de camas iguales, junto a mis cosas. Estoy soñando. Sueño las camisas duras y limpias, la ropa interior remendada, mis zapatos. Que el director miraba siempre. ¿Por qué? Son correctos y están lustrados. ¿Comprobaba por ellos —¡qué mirada penetrante!— que mi padre no haría regalos al colegio?

No sueño. No se sueña la dureza de la propia ropa interior recogida en un dormitorio escuálido. Hasta las noches serán ahora para estar despierto. O si por milagro duermo, para que el brusco despertar nocturno me proporcione la sorpresa atroz de descubrir que estoy vivo. Que era mentira la muerte como un bálsamo fingida por el sueño. Las noches serán para estar despierto, los días, ¿para qué? Para lecturas pornográficas encerrado en el altillo. No basta. Pronto, algo violento. Un crimen. Algo capaz de agarrarme tanto que disminuya la intensidad de esta pena.

La campana. Estarán saliendo de la clase mis compañeros solapaditos y provincianos. Esos que encuentran todo bien. Y que disponen de seres maravillosos. El abuelo Nicanor, la tía abuela Nieves, el tío Justo. Y no sólo seres maravillosos enmarcados en una pared o en la historia de la provincia. ¡Seres maravillosos vivos! Aunque disfrazados de poca cosa. Yo, renglón seres maravillosos, sólo dispongo de los imaginarios, y no finjo creer que la espesa oscuridad de mis padres es un disfraz. Auténtica es, tan auténtica como la de papá y mamá de todos ellos. Daría igual ser hijo de un peón de ingenio, borracho y brutal, vivir junto a una charca con mosquitos, y oír a la madre interpelar con palabrotas al hermano chiquito que come tierra por el suelo. Daría igual no, sería mejor. Se deja de estar a mitad de camino entre lo bueno y lo

malo. Pero ni mi padre es brutal ni mi madre dice palabrotas. Una mujer modosita y limpia, con la ropa interior tan bien remendada como la mía, eso es. Ahí se acaba el parecido. Ella no sabe nada de nada. No se da cuenta de nada. La vida le pasa bajo las narices en forma de gestos repetidos y obligaciones menudas. La percibe sólo cuando hay llantos, violaciones y asesinatos. Por eso va al cine, para ver *Mayerling, La divina dama, El fantasma de la ópera* y nada más. Cuando se ríe es de cosas que no tienen gracia. De los diarios lee noticias sobre chicas, sirvientas de casas ricas, víctimas de brutalidades. Jamás la oí hablar del perfume de las calles en septiembre. En casa no se invita a gente. No habría de qué hablar, y finalmente, ¿para qué?, ¿para que critiquen en cuanto salen? Lo dice siempre mi padre.

Listo el paquete. Adiós dormitorio. El atardecer empieza a macerar las flores de los naranjos. Qué bulla abajo. Voy a espiarlos. Me asomaré a uno de los arcos que las innumerables columnas repiten en las galerías. Están en el patio, vociferantes. Es su recreo, no el mío. Ya no soy más el jefe. Que nunca más sepan de mí. Que nunca más me vean la cara. Para no ver yo en la de ellos muerta la admiración. Mis cosas. Las que dejé en clase, ¿cómo las busco? Ir ahora, aprovechar el recreo. Cuestión de pasar por el patio del aljibe.

Uno, dos, tres escalones. Tres más tres son seis, y diez dieciséis. No es de cansancio que me tiemblan las piernas. Hay que hacerlo, Félix, es jodido pero hay que hacerlo. Con tal de que nadie me vea. Jodido aljibe. El jodido aljibe del jesuita injusto. Buen ejercicio de jota para italianos. Gritan en el otro patio. Ellos. Ellos: forma de nombrar lo que se teme o lo que se odia. ¿No me permiten ser el primero? Seré el último. Para el verdadero canalla la grandeza es también el ambiente vital.

Y héteme aquí, entrando en la clase, con la cabeza bien levantada. ¿Acaso mi cara no irradia un resplandor? Que me vean si quieren. Mirame vos, sí, el del último banco, que yo

ni te miro. ¡Ay! en la pared el mismo mapa que en la dirección. Vos, el del último banco, metido en clase mientras tus compañeros gritan afuera, yo te ignoro. Mirá si querés cómo me acerco al mapa odiado, cómo saco el cortaplumas y lo rajo en cruz. Ahora sí, ahora te concederé existencia. Porque se me da la gana. Señalo la cruz, te desafío:

—De norte a sur, de oeste a este, aquí nunca ha habido un hombre.

Ante mis ojos llenos todavía de la luz de afuera surge en la penumbra de la clase la única cara que miro sin fastidio entre las de mis compañeros. La única que parece enderezada hacia la aventura.

—Me voy.

—Te acompaño.

Creo que apenas hemos hablado antes. Y cosas sin importancia, o como cargadas de corrientes hostiles. Él es un externo, pertenece a otro mundo, y yo nunca lo quise, pese a su cara. A los demás no los quiero tampoco, pero con ellos la complicidad es posible. Éste tiene algo que cuaja la risa. Quizá la piel, tan pálida junto al pelo oscuro, quizá las manos, que no puedo ver moviéndose sobre el pizarrón sin imaginarme bichos húmedos, quizá su palidez total, de ángel de iglesia hecho como de mazapán sucio.

La campana. Fin del recreo. Y él a mi lado, saliendo conmigo sin que nadie nos lleve el apunte en medio de ese bochinche de las filas que se forman.

El hermano portero no está. Hay camino libre. Digo: me hacés acordar a alguien. Estamos en la calle. Me mira.

—¿A quién?

—No sé, una cara vista muchas veces.

—Hacé un esfuerzo. ¿No te podés acordar?

—No.

—Hay un Cristo en mi libro de misa. Suda gotitas de sangre por todo el cuerpo. A él creo que me parezco.

Veo sus ojos iluminados. ¡Cómo me han examinado! ¿Por qué lo sé sólo ahora?

—¿Qué me reprochabas?

—¿Qué te reprocho? Que seas una basura.

El insulto me resbala.

—Una basura que se deja dominar por sus instintos.

—Fuiste vos el que alcahueteó, ¿no?

—No. Te equivocás. No es así.

—Sí. Desde que me propusiste acompañarme lo supe. —Tengo que buscar la confirmación de la injusticia que sospecho—. ¿Sólo a mí me nombraste?

—Te digo que no es como vos creés. No te nombré. Ni a vos ni a los otros. Pero el director dijo en seguida ya sé quién es el jefe.

Hubo injusticia entonces. O no. Algo contradictorio, temible, subterráneo, me señala como cabecilla de cualquier maquinación. Si fuera así. Si fuera así me calmaría.

Éste me mira. Tiene los ojos de personaje de cuadro español. Ascéticos. No le pregunto por qué lo ha hecho.

—No fue como creés. Yo quería provocarte, provocar tu rabia. Que el profesor de Historia te diera una penitencia porque te le escapaste el día del paseo, que vos te enfurecieras, pero que después lo vieras tan bueno y obligado a darte una penitencia justa, que vencerías tu rabia. Yo quería que te vencieras. Había otras cosas que te harían vencerte, tu carrera, tu familia. Estaba seguro de que dominarías tus instintos. Para tu familia ha de significar mucho que pierdas un año, ¿no?

—Qué te importa.

Me jode, me avergüenza que se meta en eso.

—Se te nota. ¿Por qué querés esconderte detrás de algo siempre? Detrás de tu cuerpo, de tus zapatos, ¿qué sé yo?

—Era por eso...

Me mira, esperando que siga. ¡Cualquier día le voy a decir que el director me miraba los zapatos! ¿Para que me desprecie más?

—Me equivoqué —sigue dale y dale—. No podía creer que fueses tan basura. Si hubieras dominado la peor parte de vos mismo, después te habría resultado fácil dominar las otras... Ojalá Dios no me tome como traición lo que era intento de rescatarte... ¿Qué querés que haga? ¿Qué puedo hacer? ¿Querés que yo también me haga echar del colegio?

Está por llorar. ¡Ah, no! Que nadie me saque esta oportunidad de ser el peor.

—Bah, no te preocupés, lo mismo me habrían echado. Con vos o sin vos. Guardáte tus buenas intenciones para el que las necesite.

Y lo dejo plantado en medio de la calle, con sus ojos de santo ampliamente abiertos. Desfilan las esquinas. Interminable viaje en ómnibus, no por las distancias, por las esperas, vueltas y revueltas. Bajaré aquí, límite del asfalto y del barro.

Cuatro avenidas marcan el final del asfalto en la ciudad de belleza mentida, después vienen las calles por donde no se puede andar los días de lluvia. Siguiendo por una encontraré mi casa, nueva de un mes.

Caminá, Felicito, caminá, evitando los plof plof, elegí barro seco para poner el pie.

Mi casa. Se la distingue de lejos, es el único cúmulo de ladrillos bien puestos entre tanto semirrancho y potrero. La puerta de calle ha de tener una sola hoja abierta, como siempre. ¿Por qué no del todo cerrada o del todo abierta, digo yo? ¿Qué querrán proteger cerrándola a medias? Nada, pero hay que hacer todo chiquito.

Buenas tardes, umbral. Ave María purísima, umbral. ¿Por qué vuelvo la cabeza? Para mirar lejos, mucho, antes de entrar. Nocturna casi, ya no se puede ver la nieve eterna del Aconquija. La puerta de cancel tiene llave. Habrá que tocar el llamador.

Mi madre, detrás de los visillos, me espía con miedo.

—¿Qué te ha pasado?

Ya tiene miedo. Como si toda la vida transcurriera para ella entre sorpresas desagradables. Me da bronca.

—¿Tiene frío usted?

—Un poco. Pero ¿qué importa el frío? No me decís qué te ha pasado.

—Importa, sí, importa, porque la hace andar siempre encogida bajo esa pañoleta.

—¿Estás enfermo?

Y me examina la cara como para confirmar sus negros presagios.

—Me han echado del colegio.

En el patio anochecido brillan sus ojos.

—¡Hijo!

—Sí. ¿Qué hay? Me han echado.

—Pero ¿Por qué?

Inclinarme, ponerle la cabeza sobre el pecho y llorar. Decirle que me han echado porque mi padre no hace regalos al colegio.

De la cocina sale mi hermana con los ojos lagrimeantes. Estallo.

—¿Por qué tienen que echarse siempre encima esa porquería? ¿No se pueden poner un saco en vez de esas pañoletas atorrantas? Parecen de conventillo.

—Vos a mí no me gritás. Todos aquí reventándonos para que el niño estudie, y el niño se hace echar. ¿Por qué no venís vos a prender el fuego en lugar de hacerte el matón? ¡Pero qué se va a manchar las manos el niño! Él es fino. ¡Cómo va a dejar que el humo le arruine los ojos!

La otra pobre quiere calmarnos y suplica de los dos lados.

—Basta de pelea.

—No es el humo en los ojos lo que te hace sufrir. Es tener la nariz torcida y la voz gangosa —digo a mi hermana.

—Félix —dice mi madre como si se sofocara—, Félix, hijo, no seas tan malo.

—¿Usted quería saber por qué me han echado? Por malo. Ahí tiene el motivo.

—Te lo merecés —chilla mi hermana, y se mete de nuevo en la cocina a seguir llorando con el humo del carbón.

—Vení, vamos al comedor —pide mi madre.

La garganta es mi barricada contra el llanto que empuja ferozmente desde adentro. El llanto me duele en la garganta. ¿Si les contara todo? Me descargaría de la pena. Y una vez libre subiría al techo a tirarme de cara al cielo. De allí, quizás un viento vagabundo me recogería al pasar, y sobre el viento más vagabundo, de cara al cielo, me dormiría sobre la ciudad raída, la olvidaría. ¿Contárselo a mi madre? ¡Qué ocurrencia! Para que se ponga a compadecerme porque soy hijo de pobre. La lástima mata. Me mataría.

Mi madre me hace sentar con los cuidados que se tienen para un convaleciente, y se sienta a mi lado. Esta pieza es igual al escritorio del director, fría, inhospitalaria, una pieza para irse, no para estar. Toda mi casa es para irse. Y mirá que se habló de ella hace unos meses cuando el tipo se decidió a dejar el trabajo en los escritorios del ingenio porque le habían ofrecido algo en la ciudad.

La pobre quiere que le cuente lo que me ha pasado, y su aflicción se le ve en las manos que retuerce bajo la pañoleta, más que en la cara. Porque lo que es la cara la tiene siempre afligida. Le digo que me han echado porque descubrieron una escapada «para ir a chupar». Ella repite mis palabras, mirándome la boca, embobada.

—¿Qué está pensando? ¿Que eso le tenía que pasar a usted? ¿Que usted es tan desgraciada que hasta tiene la desgracia de tener un hijo borracho? Quíteselo de la cabeza. Nos fuimos a tomar un porrón porque nos dio sed. Eso es todo.

Saca las manos de bajo la pañoleta y las junta como si rogara.

—Entonces no estabas solo.

Va a darse cuenta de que es expresamente contra mí el castigo.

—No, no estaba solo. Pero fui yo el que arrastró a los otros. Yo era el cabecilla.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué has de hacer siempre esas cosas? ¿Por qué has de ser siempre el invencionero?

Ya está. Apareció la palabreja.

—Pero ¿de dónde han sacado esa palabrita invencionero? La oigo desde que me paro en dos patas. Desde entonces me la han derramado como bosta encima para acusarme de lo que les ocurría a los demás. ¿Acaso yo obligaba a los otros a hacer lo que hacía yo? Si ellos querían romperse el alma siguiéndome por el borde de una pared, la culpa no era mía.

—Pero esta vez sí los arrastraste vos —dice, por fin enojada.

De repente, cambia de expresión, se pone asustada. Pasos en el zaguán. Un ruido en la cerradura.

—Tu padre.

Hasta este momento mi dureza era sólo para oponerla a las míseras quejas de ella. Ahora tengo los músculos rígidos. Se levanta y va seguramente hacia la puerta cancel. El tipo está abriendo. Ya bastante esfuerzo me cuesta decir «mi madre», decir «mi padre»... Hay que ser Atlas. Yo no tengo padres, nací por generación espontánea.

—¿Qué tal? —oigo que saluda él.

—Mirá, Pepe, está Félix. Lo han mandado de vuelta del colegio.

Es como si le estuviera viendo los ojos enrojecidos que se le pliegan de rabia en las comisuras, con lo que se le intensifica más todavía su aspecto de pobre tipo.

Ya entra en el comedor, apartando con un brazo a mi

madre. Ya me enfrenta con su mirada de través y la cara baja. Una cara enroñada por dentro.

Sería mejor que en vez de sonreír se sacara el cinturón y me deshiciera a latigazos. Me levanto, apoyo las palmas en la mesa.

—¿Por qué te han echado, incomprendido?

Tendría que decirle: por borracho, por corruptor. A ver si entonces le sigue la ironía. Serán ráfagas de estupor las que le pasen por la cara. Hasta mirará de frente por una vez en su vida, levantando la cara con ráfagas estupefactas. Y yo me libraré del demente latido que se pone a golpear en el pecho cuando está por ensuciarme con su burla. Se lo pasaré a él.

—Me tenían entre ojos.

—Siempre te tienen entre ojos, por una cosa o por otra. ¿No será que sos superior a los demás? —se ríe, roja la cara de rabia contenida, mostrando los dientes con negros huecos entabacados en los sitios donde se le retrajeron las encías. Su mueca de desprecio se parece a la del director.

Decirle que la culpa es de él porque no hace regalos al colegio. Pero entre el momento de lanzarle la frase a la cara, y el momento en que un hombre caiga, ¿cómo saber cuál será el que caiga iluminado por un rayo de veneno? No está bien establecido el límite entre producir humillación y padecerla.

—Bueno, veo que es inútil pedirte explicaciones, así que desde este momento te salís a buscar la vida. Yo no te mantengo más. O si preferís te la ganás aquí, haciendo los trabajos que hacen tu madre y tu hermana, como ellas, por casa y comida. Te voy a dar la gran oportunidad de demostrar que sos un ser superior, de esos que se creen con derecho a aprovecharse de los demás. Vas a tener que encontrar pronto de quien aprovecharte si no querés pasarla mal.

Carcajada. Los dedos se me cierran sobre el respaldo de una silla, la aferro para dar el golpe. Lo voy a matar. Rabia insensata, eléctrica. Los dedos crispados alrededor de la

madera... Se aflojan, se me desprende suavemente de las manos. Hay venganzas mejores... Pero el latido demente me sube hasta la boca. Me va a sofocar. Pensemos. Pensemos en otra cosa. Que no hable más. No podré contestarle. Retrocede. Se acerca a la puerta. No se ha dado cuenta de nada. Cretino. Enfundado en su eterno perramus, todavía de sombrero, con su cara de rata colorada que extasía a las chinitas del barrio, *¡ay don Gauna, tan buen mozo!, blanco y coloradito.*

—Dentro de una hora tengo que saber qué has decidido, si te mandás mudar o trabajás aquí.

Ya no está más. Qué luz extraña. Conocida y desasosegante. Luz de pasado iluminando sitios en los que algo va a ocurrir. De esos momentos *ya lo he vivido,* sólo por una fracción de segundo —doloroso de tan instantáneo— conocido, y en seguida igual a un momento nuevo. Escamotea lo mismo toda indicación para lo que vendrá. Ya dejo atrás este momento que intentó detenerme y comunicarme un secreto que no entendí. Tengo que salir de esta pieza oprimente. No miraré al patio, pasaré con pasos de ladrón, él está ahí y me ve. No sé si me ve, porque no lo miro. Cierro la puerta de cancel. Ella me llama con un grito desde el otro lado. Esperá nomás que vuelva.

Esta calle se extiende tristísima. A través de unos visillos se filtra una luz mortecina, en los ranchos las llamitas suben de algún brasero, en un potrero hay un burro. El pasto crece en esquinas sin alambrado. La tristeza es tan sólida como el frío, una especie de atmósfera. Rodea los ranchos, las calles barrosas, este anochecer desamparado y provinciano. Ganas de luces, de voces, de colores. Iría hasta la calle Muñecas a aturdirme un poco con la gente... Jua. ¡Gente como para aturdir a alguien ésa! Sólo su trasero los preocupa. Bah, lo mismo da la tristeza de esta calle que la de la más concurrida de la ciudad. Los macilentos letreros luminosos sólo sirven para acentuar su falta de luz, las conversaciones de la gente para acentuar su soledad, su parodia de lujo para acentuar su chafalonía. Parodia. Esta parodia de ciudad. Si hubiera leído su nombre sin conocerla, lo habría repetido en voz baja imaginándole rincones bautizados por leyendas. Calle de la *Judía Traidora, Torre del Ángel, Plaza de Doña Mariquita.* Y eso es lo que pretende, que la confundan con la belleza. Pero viviendo en ella no es posible olvidar su cara polvorienta y tediosa, sus mosquitos, el olor a melaza y barro podrido de sus ingenios suburbanos. No es posible olvidar su desdén por la aventura y el destino.

Ya estoy saliendo de las calles embarradas con la lluvia de ayer. El asfalto no vuelve más alegres estas otras. Tristeza, mi dueña. Tristeza dueña de los otros, que me la impusieron. Alguien me espía, sus ojos sobre mí dan golpes de tambores. Es una chica. La luz del zaguán desde el que me espía le cae en la espalda. Lo mismo le puedo ver la cara. Aunque tenga que acercarme como me estoy acercando, hasta ponérmele bajo las narices... Pero claro, ¡es ella! Hace tanto que no la veía, desde que nos fuimos a vivir al ingenio. Ni ella ni yo hemos hablado jamás de las porquerías que hacíamos en el excusado. Íbamos como si no supiéramos para qué íbamos, y después era como si nos olvidáramos. Hace años que no la veía.

—Mirá quién. ¿No estabas interno vos?

—Desde hoy no estoy más. Desde hoy no estoy nada. Le encajé un tinterazo al cura de Historia.

Ha de estar esperando que le cuente el resto de la hazaña.

—Bueno, chau. —Que no espere nada de mí.

Camino. Esta atmósfera tristísima me envuelve de nuevo como un olor. Envuelve las puntas de la pena, las redondea. Preferible. No sé. La pena triste es como podrirse vivo. Entraré en este baldío. ¿Qué hago caminando? Un montón de basuras a medio quemar detrás de un carrito volcado. La luna violenta ilumina todo. A mí que me siento en el carrito.

¿Y ahora? Cualquier cosa menos darle el gusto al roña... Esas mujeres creen que la fidelidad es todo. Aunque, francamente, ¿con qué otro hombre mejor iba ella a hacer un hijo? Si aquí todos son la misma porquería chiquitita. Miren si vale la pena ser porquería para ser una porqueriita apenas. O el mejor o el peor. Yo seré el peor. No un Pepe Gauna, el honrado, como lo vocifera él mismo. Por miedo es que no roba el hombrecito Pepe Gauna, pero no respira en paz de ganas de robar. Tiene la sonrisa y la cara encanallada, no la cara deslumbrante del auténtico canalla, con los ojos limpios, puros y jóvenes. En el mundo del mal hay sectores luminosos y altas cumbres, y alguien, desde el sitio más alto y más iluminado, lanza también esta proclama: Soy el camino, la verdad y la vida. El hombrecito sólo conoce los arrabales de ese mundo. Y bueno, los hijos son la esperanza de los padres. Papitos fracasados que creen lograr en otro lo que ellos no lograron. Tranquilo, papito, ya te voy a hacer ver cómo dejo atrás tus canalladas en cuentagotas. ¡Y quise cerrar los ojos cuando se acercaba el profesor de Historia por el patio! ¡Estúpido! Para que no fuese cierto que se acercaba. Porque si era cierto, todo había ocurrido, y para mí ya no había salvación. Se cerraba una puerta que no era sólo la del éxito. Tenía un letrero. Vamos a contárselo a la noche, a la basura y a la luna. Lo que decía el letrero, y el cuento completo. Había una vez un chico que tenía una amiga, vivían en las buhardillas de casas vecinas y en sus ventanas tenían dos cajas con plantas y rosales. En invierno la nieve los obligaba a encontrarse balcones adentro, pero cuando a su tierra refulgente de hielo llegaba la primavera, los chicos cantaban himnos y besaban las rosas. Hasta el día en que un cristalito del espejo deformante del diablo se le metió por un ojo al chico y se le fue hasta el corazón. Entonces vio las rosas agusanadas y los defectos de la gente como con lupa. Terminó yéndose detrás de la reina de la nieve que lo encerró en su palacio y lo puso a formar con pedazos geométricos de

hielo toda clase de palabras. Él pudo formarlas todas, menos la que buscaba, que era la única capaz de rescatarlo: la palabra Eternidad. Y ahí termina el cuento. Al menos para mí termina ahí, con ese letrero brillante inscripto en la puerta que se ha cerrado. Eternidad. ¿No es cierto que bien se puede aplicar el cuento a vos, Félix? El niño puro y la amiga pura de la infancia. Cierto, ciertísimo, tan cierto que una mueca me parte la cara. De risa. Como a una piedra preciosa, quiero darle vuelta a la burla por todos los costados para que brille en cada faceta. Hace doler la garganta el esfuerzo de impedir que la mofa se transforme en carcajadas. Hace un rato en casa, la hacía doler el llanto. Comiquísimo. Dos niños adorables que no van al excusado de las porquerías, una ciudad sin leprosos ni calor, sin lianas de todo el año que quiten entusiasmo por los rosales de la primavera, dos criaturas que jamás tuvieron los pensamientos de los chicos crecidos en paisajes de tierrales, esquinas patoteras, despachos de bebida anexos a los almacenes, oscuridades de calles como provisorias, o desentendidas de la esperanza. El cuento habla de mí, del principio al fin. Es para chillar de risa... Como si en esta ciudad de calor pegajoso nacieran fáciles los cuentos de hadas. ¡Como si aquí alguien supiera lo que es la eternidad! Lo saben para echarla a la letrina. Pero yo sí la recordaré cada minuto. Mejor abrirme la cabeza antes que olvidarla. Que esté a cada minuto presente, gritando que si no es la eternidad de los mejores debe ser la de los peores. Pero que debe, ¿entendés?, ser Eternidad... Le vendría bien al tipo que yo le hiciera la jugarreta de abrirme la cabeza. Pero hay un pequeño inconveniente: ¿cómo se hace para abrirse la propia cabeza con una piedra? La mofa está llevando a una aguda perfección mi dolor de garganta. Echarla en carcajadas. Carcajadas desparramándose junto a la basura, por el pasto hediondo de hombres y de perros, sobre las plantas de tártago proveedoras de boquillas para pompas de jabón. Voy a reírme a gritos... ¿Es esto el grito? ¡Vaya! Una carcajada

postiza, sorda, de comedia de colegio. Y el dolor de garganta bien instalado. Es que no me salen bien las risas ni los gritos. Y ahora va a haber que decidir. Trabajar, no trabajar. Rebajarme ante el tipo, mandarlo al cuerno. Volver, no volver. ¡No vuelvo! Estupenda forma de reventarlo. No por el amor que me tiene, por los comentarios de los conocidos, de los compañeros de oficina, del jefe. ¿Te los imaginás? *El sinvergüenza es él, al pobre muchacho lo echó de la casa. ¿Qué querés que hiciera un chico de diecisiete años? Agarró por mal camino.* El chico de diecisiete años está dispuesto a agarrar por mal camino con padre o sin padre. El chico elige por sí mismo, no sigue el impulso del empujón de nadie. Sólo que hay que volver a casa, si no, siempre se creerá que ha sido obra del tipo. Hay que volver para mandarse mudar por propia voluntad. Pero no esta noche. Que esta noche al menos la pase sobre alfileres.

Alguien entra en el baldío. A la luz brillante de la luna veo su figura. Es Atalita Pons. Lo sé aunque no le distinga la cara. Nuestro oscuro lazo, nuestra sucia relación de infancia, persiste. Parece que buscara algo por el pasto. Se acerca. Sigue buscando.

—¿Qué se te ha perdido?

—Siempre se me pierde algo. Muchas cosas.

Qué odiosa. Parada frente a mí, con las piernas separadas como si fuera un muchacho. Ahora le veo los ojos oscuros bañados por la luna, y no me gusta que me miren como si les fueran pasando escenas de vida, igual a una cinta de cine. No me gusta la cara fina, de guanaco, con el labio de abajo salido. No me gusta nada de esta figura que afirma punto por punto «difícil olvidarse de mí». Vas a ver si no te pruebo que sos fea, aunque ya lo sabés sin que te lo digan.

—¿La conocés a Estrellita Bertrand?

—Sí, está en mi colegio.

—¿No es cierto que es regia de bonita?

—Tiene ojos azules.

—¿Sabés que se dejó?

La cinta de cine se le pone a correr vertiginosamente por los ojos. No dice nada. ¿No me cree? Ya creerá.

—Y bastante que me hizo doler.

—¿A vos? ¿No a ella?

—Puede ser que a ella también.

Parece empeñada en revolver la tierra con el pie. Mira para abajo. Me da bronca.

—¿No encontrás lo que buscás? No es hora para buscar nada. Buscá de día.

Levanta la vista. Me está mirando con tanta intensidad que le siento los ojos como si me tocaran.

—De día es cuando no se encuentran las cosas.

—¿Y a vos te dejan salir a estas horas?

—No es tan tarde. Sólo las ocho y media.

—¿Nada más? Creí que eran como las doce.

—Además no he salido. Estoy en la puerta de casa.

—No estás en la puerta de tu casa.

—Es como si estuviera. Cualquiera entendería lo que digo. Basta moverse unos pasos. Vengo aquí cuando salgo a la puerta después de comer.

—¿Y a qué salís, si no se ve nada? Si el farol de la esquina en vez de dar luz la borra... Vieras qué blanca es Estrellita.

Ella es morocha. Que se dé cuenta de que no me gusta.

—¿Es tu novia?

—Fue. Antes de que abriera las piernas. No voy a ser novio de una que hace lo que ella hizo ¿no?... ¡Es de bonita!...

—Con ojos azules de muñeca y brazos antiguos.

—¿Qué querés decir?

—Que no tiene puños. Los puños son tan redondos y blancos como la parte gorda del brazo... ¿Pero si esas cosas las hubiera hecho sólo con vos?

—Es que puede hacerlas con otros.

—¿Pero y si las hubiera hecho con vos porque te quería?

—Claro que me quiere.
—¿Y vos a ella?
—¿Estás loca? ¿Me creés poco hombre?
—¿Por qué, sólo los poco hombres quieren?
Me quedo mirándola. Vuelve a hablar rápidamente, como avergonzada.
—¿Y ahora, qué vas a hacer con el colegio? Yo a mi profesora de Química no la puedo ni ver. Voy a terminar arrancándole los pelos.
—¿Ah, sí?
—Sí, porque miente.
—¿Y a vos qué te importa?
—Miente para conquistar a la gente.
—¿Y de ahí?
—Está mal.
—¿Vos no mentís?
—Es distinto. Yo no miento para que la gente me quiera.
—¿Qué estás escarbando como sonsa?
—Sos vos el que está sentado como sonso. Helándote.
—Mejor.
—Bueno, me voy.
Que se vaya, negra palúdica. No sirve ni para distraerme de la pena.
—No te vayas. Sentate conmigo.
Se sienta, muda.
—Ahora vos también estás sentada como sonsa.
—Cuando hay dos son menos sonsos.
—¿Ah, sí? ¿Por qué?
—Hablan.
—¿Los sonsos no hablan?
—Hablan, pero es como si no hablaran. Nunca dicen nada. ¿Vos sabés acaso lo que piensa un sonso? Siempre uno se queda solo cuando está con un sonso.
—¿Y vos sabés lo que estoy pensando yo ahora?

—No, porque no me lo has dicho. No soy adivina. Si me lo hubieras dicho, y yo siguiera sin saber, entonces serías un sonso.
—Bueno, pienso que me iré detrás de aquel tala.
Me levanto, me alejo. Voy a reavivar la complicidad infantil, urinaria. No sé si ella me mira. Ya está. Ahora puedo volver y explicarle detalladamente a qué he ido detrás del árbol. Ella sigue sentada. Le describiré las sensaciones antes de ir y las de después. ¿A ella le pasa lo mismo? Contesta no, no y se queda muda. Todavía me va a hacer avergonzar con ese silencio.
—¿Querés que te bese? —digo atropelladamente.
Un fulgor de cuchillo le atraviesa los ojos. Baja la cabeza. No veo tanto motivo de ofensa, francamente. Me río.
—Era una broma.
En la noche resuena un grito. Y en el grito el nombre de Atalita es una especie de foco encendido de golpe que nos descubre en medio de la basura. Ella se pone de pie, mostrando su fina cara enlunada.
—Es mi madre. Vuelvo.
Codos sobre las rodillas, mentón en el dorso de la mano, actitud clásica de pensador. Sólo me falta estar desnudo. Esto empieza. Empieza el tiempo en que habrá que arreglárselas solo. Primero encontrar trabajo, dónde dormir. Si duermo. Encontrar dónde pasar las noches. Sin un centavo. *Mire, señora, usted me alquila la piecita, yo le pago cuando gane.* ¿Fácil no? Ahora se desencadenan para mí las cosas que eran para los otros. Ganarse la vida, cinchar, arreglárselas. ¿Cómo se hace para trabajar? Trabajar trabaja cualquiera cuando le dicen esto tenés que hacer. Pero ¿cómo hacen para saber qué hay que hacer para trabajar?
Pasos en la calle. Está tan desierta que resuenan como dentro de una bóveda. La ciudad es una tumba, y el cielo espeso de estrellas la cierra con su azul sombrío, sofocante.

Dentro de la bóveda cada uno está cataléptico en su nicho a las nueve de la noche. El hombre que camina se dirige apresurado hacia su correspondiente nicho. No valía la pena hacerse descuartizar por uno de esos tiranos que pare a rodos la generosa, nuestra tierra, la generosa América, para que florezca esta ciudad. Hacerse descuartizar, decapitar, despellejar, convertir la piel en látigo para satisfacer el gusto excremencial de un tirano. ¡Fenómeno! Un tipo se ha hecho cortar la cabeza, con la cuchilla resbalosa penetrando musicalmente en la carótida, de a poquito, suave, suave, para que viva una ciudad pueblerina, malévola, letal. Para que viva exactamente como si no viviera. Para que sea libre exactamente como si no lo fuera.

Las manos se me han helado bajo la cara. ¿Escalofríos? Tirito como las estrellas. Muchas venas me laten en la cabeza y agolpan la sangre. Una lucidez de delirio se abre paso por las meninges. Los dientes baten unos contra otros. Atalita está a mi lado.

—«Sus aires son aromas que parecen fluir entre azul velo del seno de redomas inmensas de azahar y de azucena» —recito—. ¿Sabés qué es? El jardín de la república, tonta. Unos versitos para cantar los tarros de basura volcados en los baldíos, las calles llenas de tierra, las flores que crecen en otra parte —y me río largamente, que se abra paso la catarata de dolor en la garganta.

Suave, subrepticia, Atalita se aleja dos pasos. Apenas si se notan sus dos pasos. Los noto yo, de puro entendido que soy en la infancia y en el significado invertido de los gestos. Murmura que oye a su madre buscándola, pero no se mueve con apuro. Se desliza como si fuera la tierra la que corre lenta bajo de ella. Se desliza, quiere que yo no me dé cuenta, escamotearme todo motivo para saltarle encima. A mí, el loco. También es infantil y oscuro el lazo que me anuda al miedo de Atalita.

Pasa tiempo. O no pasa. Atalita se va, siempre lenta, parada sobre una línea móvil. Atalita vuelve. No es ella quien sostiene una luz cautelosa, desde lejos, preparada al salto. Le ilumina la cara a Félix. Parpadeo. Los ojos no resisten. El que tiene la luz la apaga. Ése pregunta:

—¿Qué te pasa?

Lo pregunta un hombre.

—Me duele tanto —dice Félix.

—¿Qué es lo que te duele?

La luz alumbra de cerca, contínua ahora. El hombre tiene la misma cara afilada que Atalita. Hay otro con él. ¿Para que lo defienda?

—La garganta. Y la cabeza. Mucho. La cabecita.

El hombre se acerca y me toca la cara.

—Éste vuela de fiebre... ¿Dónde vivís?

Félix se lo dice. Vuelve chiquito el nombre de la calle. Chiquito como yo, que estoy en una cama con mosquitero y sin embargo me las ingenio para volar por el cuarto.

—Mejor llevarlo en un coche.

—A esta hora no se encuentra ninguno.

—Llamá por teléfono a la plaza, que manden un taxi. Lo pagarán en su casa.

Algo se sustrae bajo mis pies, baldío, taxi. Esto parece mi casa. La cama sigue sustrayéndose al cuerpo. Es la cabecita, mamá, es la cabeza. No te aflijas, hermana, quedás tan fea. ¡El tipo no! No lo dejen entrar. Enfermedad, delirio, no lo dejen entrar en la telaraña tejida por ustedes. Acúnenme.

Un círculo de poco sentido común

No nos parecemos. Mi cara es aindiada, mis ojos estrechos. Pero entre ella y yo hay lazos: las dos usamos palabras que se van para adentro, yo puedo verla aunque no esté. Los otros son como si fueran nadie. Pasan en el viento sus caras borradas, su eterno aburrimiento, los ruidos de sus labios, sus calumnias. A veces veo sus miradas cuando nos miran a ella o a mí vivir distinto.

Todas las tardes Atala camina una cuadra y media para llegar a mi casa. Poco para una persona mayor, porque las personas mayores no se empantanan ya en las zonas oscuras y pegajosas de la repugnancia. Pero Atala no es una persona mayor y tiene sís y nos inatajables.

Cuenta, es como si contara, lo mismo da, cuenta qué duro atravesar el cenagal, al principio no importa, en las primeras casas vive gente desconocida, se les pasa al lado como si fueran de vidrio, y apenas devuelven el reflejo, pero después, ¡cómo miran todos!, cuesta inventar saludos tan sin tregua, hay que ponerse a representarlos, hay que ser teatral, ya que ustedes no quieren que pase corriendo, cabeza baja, me suda la frente de tanto invento.

Pero viene siempre a la casa de su abuela, mi casa. La espera el coro de indolencias, de susceptibilidades, de poco sentido común, que puede dar en el blanco de lo maravilloso casi como una hazaña de hadas. Sentado en el último patio de la casa, miro el círculo que encierra en su centro exacto a la sirvienta *pelacañas*. Nora y sus cuatro hijas esperan con pasividad de víboras panza al sol. Los golpes suenan violentos en la puerta cancel. La niñera se despega lentamente de la pared, pongo los brazos redondos antes de que me lo diga: la criatura que me deja se amolda sin protestas a ellos. Aurora, la niñera, ya se va contando sus pisadas. Nadie habla. Esperamos los gritos. Un lento pregón son los de Aurora. Sin juego los de Atala: *Claro que tengo apuro.*

Déjese de voracear, ¿acaso es un muchacho para golpear así la puerta? Ya aparecen, Atala haciendo un nudo en el pañuelo *para acordarme de buscar la palabra voracear en el diccionario y hacértela tragar porque no existe.*

—Quemará la casa, señora Fausta. Ha dicho que la quemará si no le abrimos en seguida.

A Atala se le colorean los ojos de rosa.

—Agarré el llamador con las dos manos, lo golpeé con todas mis fuerzas, varias veces. Me pegué a los vidrios de la cancel y esperé. Nadie en el vestíbulo, nadie en el patio, nadie en la galería al fondo del patio. Sí, la palmera, las plantas asomadas sobre los macetones, más curiosas que ustedes. Entonces golpeé la puerta con los dos puños, hasta que en un rincón del patio la Tanga, esa colorada de perra, levantó la cabeza Y me miró. Pero cuando vio quién era la bajó y volvió a la modorra. Da rabia. ¿Qué hay que hacer para sacarlas de la ociosidad? Sólo hogueras, creo yo.

La niñera intenta seguir peleando. Para que se calle le pongo a mi nieta de nuevo en brazos. Atalita quiere tener ella a la criatura, pero en cuanto la toca, esa se pone a llorar.

—Igual que la Tanga. Conmigo no quieren saber nada porque nos las adulo.

Y se sienta también ella, dispuesta a chupar cañas hasta que caiga la tarde.

—Ni siquiera con el frío se pueden quedar dentro de sus casas, las brujas. Todas son brujas y vecinas. Por si no les bas-

tara recostarse contra las puertas dejando que el sol les caiga encima, salen a los balcones haciéndose las que están en verano. Por chismosas son capaces hasta de anticipar octubre.

—Es que hoy hace ya calorcito.

—No tanto. No tanto. Y si tienen calor que se vayan a los patios... Hay que saludar a cada paso, levantar la cara. Pasé corriendo y sin mirar. Si se corre no hay tiempo para saludar.

Nos alarma siempre Atala.

—No te canses. ¿Qué te importa que te vean la cara? No saludes si no quieres. O saludalas pensando en otra cosa. Y no corras.

—¡Cómo hago! Ellas están ahí, diez, doce brujas, al borde del pantano. Me miran, me examinan las piernas, calculan la palidez que tendré mañana, discuten si estoy más flaca que hace un mes. Mejor cansarse y llegar antes al final de la cuadra, a la salvación. Sólo que ahí tampoco hay salvación. Hay unos cuantos futuros soldados de la patria jugando a la pelota. Por milagro no me pegan un pelotazo todas las veces. Sólo cuando doblo la esquina estoy tranquila. ¿Saben cómo me espiaron las Arias hoy? Son gordas sin remordimientos ésas.

Mi hija Nora dice que las Arias tienen la sangre mala, gordas todo lo que quieran, pero de sangre mala.

—Lo mismo dicen las Arias de los otros. De nosotros, por ejemplo —la frena Atala.

Nora se enoja, habla de la belleza y salud de sus hijas.

—¿Y yo? No soy tu hija, pero casi.

—Ya quisieran tus buenos pulmones ellas que han tenido que quemar el colchón del hermano cuando se murió. Pero a la ropa, en cambio, se la regalaron a un pobre desgraciado... Gordas habladoras.

—Si fuera yo la que se enoja con las Arias habría encontrado insultos lindísimos. Perras con la panza abierta, comedoras de soretes, madres de gusanos lagañosos, qué sé yo. Pero vos te enojás y tus insultos son los de todos los días, *chinas habladoras, gordas cochinas.* Casi los mismos que usás para enojarte con tus hijas.

Se calla de golpe. Pensará que, si se lo dice mucho, a Nora puede ocurrírsele cambiar. Y ha de gustarle Nora como es, envuelta en especies de telaraña que la aíslan de las cosas precisas, no la dejan dar una explicación clara, una orden efectiva ni dirigir bien el insulto.

Atala usa las palabras para afuera cuando no tiene que hablar de ella.

—En esta ciudad todos los médicos parecen peluqueros. Me encantaría matar a un médico. Quisiera matarlos porque se parecen a Murúa, el peluquero. A mí son las personas las que me hacen mal al estómago. No tanto las comidas. Ni puedo pensar en Murúa sin que me den vinagreras.

Nora se enoja o se entristece, vaya a saber.

Junto a la sirvienta que pela las cañas sentada en el centro, se acumulan las cáscaras duras. A cada caña colorada que aparece protestan todas, pausadas. Nora interpela a la niñera.

—Mirá que sos tonta, Aurora, te oferto diez pesos todos los días si das vuelta desnuda por el comedor y vos como si te ofertara nada.

La niñera se retuerce. Perlita le suplica.

—Andá, Aurora, no seas mala, ¿qué te cuesta?

—Usted no se meta. Mire si una chica de once años se va a meter conmigo. Es para reírse de mí. ¿Qué, se cree que no sé?

—Andá —dice Nora, la tía de Atala—, si estás deseando la plata. Nadie te dice por reírse.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque sos gordita.

—Entonces es por reírse.

—Es por reírse con vos, no de vos —explica Atala.

—Porque sos gordita y jovencita —dice Nora.

—¿Acaso usted es vieja? Tiene treinta y cuatro años, señora Nora.

—¿Qué me querés decir? ¿Que me pasee desnuda por el comedor? Si fuera linda, lo haría.

—¿Es cierto, Atalita, que encontraste un loco en un baldío?

¡Se ha venido a acordar Puqui, la hija mayor de Nora, de esa historia! Si parecía que chupaba cañas como si estuviera sola en el mundo. Todas quedan con las cañas en el aire.

—¿Y qué hiciste?

Atala se espanta un bicho de la cara. Dónde estaba ese bicho, digo yo.

—Tuvieron que estar todos afuera hoy, las gordas Arias, Murúa, los patoteros que jugaban a la pelota. ¿Por qué la municipalidad no los recogerá para basura?

Todas sus primas se encantan con la posibilidad de que recojan a la gente como basura. Pero no les dura mucho, el loco las entusiasma más. Atala no les contestará. Yo sé cuándo no quiere algo.

—Y mirá que son feos —dice.

—¿Los locos?

—Los patoteros, sonsa. Ni siquiera útiles... Qué, ni siquiera inútiles.

—¿Cómo puede ser?

—Como una mesa sin patas. Era para servir de mesa, ¿no? Sin una pata no sirve de mesa, pero tampoco sirve de adorno.

A Aurora la voy a poner en su lugar un día de estos. Que no mueva la cabeza para dejar entender que Atala no tiene remedio. Mis nietas insisten con el loco, pero Atala dice: bajé la tela metálica y sus dientes chocan cuando cierra la boca. Les ordeno que la dejen tranquila.

Casi siempre es ahí donde nos agarra el silencio. Alguien quema hojas del lado de las viejas Valladares. Atalita aspira el olor y me sonríe.

—A lo mejor es lindo tener asma.

Hay cosas de las que nadie se puede burlar. Nora no la reprende vaya a saber por qué, miedo tal vez de que Atala salga con su desatada insolencia, pero la mira largo y con pena. Tengo yo que aclararle: Atalita habla del olor de las hojas quemadas que se parece al de los cigarrillos para el asma. Atala vuelve a sonreírme, insólitamente suave y, casi diría, con amor.

Mientras no suene el llamador no habrá casi peleas, el silencio será largo, traspasado de atardecer. Pero cuando en medio del silencio suena el llamador de bronce, la calma se hace trizas. Nadie se mueve. Un minuto, dos. Nadie toma la iniciativa, me saco el chala de la boca, despacio para darles tiempo.

—Ha de ser el vendedor de lotería.

No digo «el lotero», como cuando Atalita no está, para que no gane siempre. Aire ingenuo y *¿vende lotes?* es la forma que muestra su victoria. *Juega a todo* se siente aludida pero no se mueve. Desde la lotería y la quiniela hasta la ruleta, el azar le pone el alma en vilo a Nora, *Juega a todo,* como le dice Atala a su tía. Los golpes del llamador son el azar a su puerta. Tironea el azar, tironea también la pereza. Atala dice, dormida la voz:

—¿Por qué no vas, Perlita? Ha de ser el revistero.

—Hoy no sale el Patoruzú. Hoy sale el Tony. Que vaya la Puqui que lee el Tony.

Pero Puqui está ya leyendo el Tony. Piratas fascinantes, criminales increíblemente chambones, parejas con vestidos planetarios, el mundo verdadero lo tiene ante los ojos. Sueñan los demás con una puerta y un llamador. No oye, no contesta.

—Andá, Puqui —insiste Nora, como si pidiera limosna a su hija, con la misma voz y la misma lastimera expresión.

Puqui no se mueve. Chinita descomedida, dice Nora, y el insulto se cae por el aire, demasiado despacioso para ser flecha que penetre.

En un rincón del patio un movimiento. La niñera se escabulle con un disimulo maligno de culebra, antes de que nadie pueda ordenarle que abra la puerta. Los ojos la persiguen, fijos en el punto por donde está desapareciendo, frustrados, recelosos de sí mismos. ¿Cómo una persona puede esfumarse así, tocada de repente por la nada? No puede, los ojos tienen también su raciocinio. Queda gritarle que vuelva, pero no contestaría. Se haría la lejana, la realmente levantada en vuelo fulmíneo por el pico de un cóndor, o la reducida a cenizas por una maldición del dios de sus montañas. Y entonces habría que incomodarse en buscarla. Incomodada por incomodada, tanto da ir a abrir la puerta.

Desde el punto donde Aurora, la niñera, ha desaparecido, todos los ojos, todos, hacen un mismo camino y van a parar en la mujer que pela cañas. No da resultado nuestro magnetismo. Sigue impenetrable pelando cañas, indiferente a la orden de nuestras voluntades unidas, muda.

El llamador de la puerta vuelve a sonar con una impaciencia desconsiderada.

—Yo creo —habla Nora, próxima al desaliento— que la cocinera tendría que quedarse todo el día aquí. Pero usted, Mimaya, le permite cualquier cosa porque le es simpática. Quisiera yo saber por qué. Sólo porque lleva una vida desordenada. Siempre tenemos cocineras de vida desordenada.

Ni le contesto. Empeñadas en la lucha contra un enemigo común —los golpes en la puerta— no es el caso de dejarse dividir por diferencias personales.

—¿Y si fuera el vendedor de lotería que viene a anunciarte la grande? —pregunta Atalita.

Excitación en los ojos de Nora. ¿Se levantará?

—No —dice con desilusión y alivio—. No me lo vendrían a anunciar.

—A vos sí porque sos clienta conocida.

La voz dormida de Atala se ha puesto tan suave.

La mano de bronce de la puerta sigue dando golpes como martillazos. Es despiadada, se niega a devolvernos la paz. El que golpea es bien testarudo, podría haberse ido ya, viendo que nadie sale.

—Y bueno —dice la rubia víctima—, iré yo.

El alivio de Atalita es el más patente. Incomprensible y patente. Como si no supiera que a ella se le evitan todos los esfuerzos. En el caso de que se hubiera ofrecido a abrir la puerta hasta le habríamos dicho que no. ¡Las cosas que les gusta imaginarse a los chicos! Ha de pensar que la obligaremos a abrir a ella justamente porque es la más desgraciada.

Tan desconfiada Atala como dulce esta tercera hija de Nora que siempre abre la puerta. No sé por qué no la prefiero a ella entre mis nietas. Con tal de que pueda solucionar sola el asunto de la puerta y no venga con otra complicación...

El olor de las hojas quemadas, el silencio. ¡Si la Negrita estuviera ya de vuelta y pudiéramos quedarnos tranquilas! Está tardando. Puqui lee. La tardanza de la Negrita en todas las caras que no leen. Ahí viene con papeles en la mano. ¡Ay, la cuenta de la luz!

—¿Insiste en cobrar hoy?

—Insiste.

—¡Y vos que no vas a saber dónde está mi cartera!

—Es la angustiada voz de Nora.

Se levanta. Por su cara afligida parece que fuera hacia un dolor, hacia un peligro.

—¿Y si le pagáramos un año de golpe para que no moleste más?

Desde el arco del patio mi hija Nora se vuelve y nos recomienda.

—No vayan a querer hablar de nada sin mí, ¿ah?

Atalita ya no tiene la voz dormida. Está proponiendo.

—¿Hago una representación? La de mi profesora de Química. Si me arman una tarima la hago en seguida.

Puqui levanta la cara de su revista, la Negrita tiene un aire encantado. Es bonita esta nieta mía, con sus ojos tan azules y el pelo tan rubio. No sé por qué no la prefiero. La mucama que pela las cañas nos mira, no nos habla. Discusión sobre quién arma la tarima, sin enojo, sin empeño.

—¿Con qué? —pregunto por guardar las formas, ya sé que terminarán armándola con lo que sea y quieras que no—. Ganas de hacer desorden. Representá así nomás. ¿Para qué querés tarima?

—Así nomás no puedo. No me compenetro.

—Entonces no sos una buena actriz.

—Yo todo lo que hago lo hago bien.

Levanta la mandíbula. No tiene ojos azules. El color de su piel es trigueño.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque soy superior a los demás. Los demás hacen las cosas con dos manos, con una cabeza y quizá con un alma. Yo las hago con todo eso y además con millones de microbios, que es como decir que las hago con dos vidas en vez de una.

—Ahá.

—Sí, ahá. Suponete, tía Nora, yo voy a representar para ustedes sobre una tarima. Ellos ya han representado para mí, dentro de mí. Y yo los he aplaudido o los he sumergido en mocos. Ellos ya me han indicado los defectos. Mis microbios no fallan.

—Estupideces. Se puede estar enfermo sin microbios.

—Que se lo cuenten al que no tiene fiebre y dolor de barriga todos los días... Mimaya, ¿me prestas el baúl negro para tarima?

Me llama Mimaya porque quiere conseguir algo. Si no, me dice Fausta, imitando a las sirvientas. Rara vez abuela.

Por supuesto que le presto el baúl encantado. Eso y todo lo que quiera.

—Hay dos posibilidades: o nos vamos al cuarto del baúl o me subo a la ventana del abuelo Eudoro. Casi prefiero la ventana. Hay más luz.

El cuarto de Eudoro le ha encantado siempre. Seguramente le niega existencia terrestre, pasa por alto su olor a encerrado, y entabla diálogos con los muebles, despojados de su utilidad y convertidos en objetos de leyenda. Yo la comprendo. El cuarto de Eudoro es como una casita dentro de la casa. Él ha elegido ésa entre las cuatro piezas del patio del fondo, y ha hecho bien, porque por el lado de la puerta da al patio sombreado de la parra, con su banco viejísimo, imán de babosas y jazmines. El alféizar muy ancho y la mesa que Eudoro ha puesto bajo la ventana sirven muy bien de tarima. Atala entra, no la vemos. Estará tocando la cama negra, con calados primorosos en el respaldo, y el ropero también negro, también con la madera como bordada. El baúl formaba parte de ese moblaje y está en la casa desde la batalla de Belgrano. Extraño que su negrura sea compacta, no como la de la cama y el ropero, que se vuelven finos, alados, casi de marfil, casi blancos a causa del delicado trabajo en la madera.

Atala viola el cuarto de Eudoro, que detesta si alguien entra, y para impedirlo lo tiene cerrado todo el día, puerta y ventana. Ahí viene Nora. Ya sé qué es lo primero que va a averiguar: si no hemos hablado de nada. Se sienta junto al resto del público, frente a la ventana. La Negrita, víctima siempre —al menos tiene una compensación en sus gusanos—, va a pagar la cuenta al cobrador que espera en la puerta. Hubiera podido hacerlo Nora ya que se levantó y estaba más cerca. Ha de ser por no caminar o por no perder nada de lo que estamos haciendo. La niñera se asoma, olfateando que el peligro de atender el llamado ha pasado. La criatura que trae en brazos chupa algo con una ruidosa mezcla de placer y saliva. Atalita se tambalea de risa, trepada a la mesa en el retablo de títeres que forma la ventana abierta.

—Estamos en el colegio Getsemaní. Ustedes son las alumnas. Recién empiezan las clases. Esperan a la profesora de Química. El año pasado la han visto por los patios del colegio pero nunca la han experimentado. Conocen su fama, saben lo que ha dicho otras veces. Ustedes la esperan con miedo.

Pausa. Se transforma ante nuestros ojos. Consigue encender su cara verde. Cosas de la respiración. Ya es la profesora de Química.

—Señoritas —grita rabiosa—, quiero advertirles desde el primer momento que para mí no cuentan los privilegios. Me da lo mismo hija de gobernador que hija de lavandera. Yo no tengo envidia, sépanlo —un toque de estridencia militar sobre la palabra envidia—. Pero tampoco tengo favoritismos. Los favoritismos no van conmigo.

La forma de encresparse de Atala hace pensar en alguien aún joven, con venitas moradas despuntándole en la cara. Ya puedo imaginarme a la profesora: tiene algo pesado en la parte inferior del cuerpo.

—¡El colegio más aristocrático de la ciudad! —insultante, despectiva—. Para mí sólo cuenta el estudio. La justicia es mi regla de conducta.

Esa profesora se excita con su propio discurso. Se embriaga de sí misma, su rectitud, su honestidad, proclamando sus cualidades con chillidos. La furia va creciendo, la exasperación intensificándose. Ya babea los alaridos de la queja, del rencor. Ella es el genio desperdiciado en un colegio de monjas. Los alaridos se cortan de golpe. Atalita toma un aire de serenidad, de dolor que planea muy alto. Mira derecho frente a ella, no ya como antes, que nos buscaba con los ojos para acusarnos de riqueza, de linaje, de inescrupulosidad, hasta que la vergüenza se ponía a hervir dentro de nosotros, alumnas del Getsemaní. Su dolor mira ahora sobre nuestras cabezas.

—Dicen —pausa—, dicen que yo no conozco el amor porque no tengo hijos. Pero yo, yo lo conozco más que ninguna porque...

Mira todavía más alto, impregnada de algún encantado dolor. Nosotros esperamos la conclusión debida: porque es un imposible, imaginario amor, sin desgaste en el tiempo, por el hijo eterno que la vida no ajará. Pero viene el final de la frase, el verdadero:

—Porque yo más que nadie quiero a mi madre.

Atalita sale bruscamente de su papel con una carcajada. Está mal, no es necesario recalcar la estupidez, ya nos habíamos dado cuenta.

Y sigue. Por momentos el hijo toma los contornos de un feto espectral, pero un fulminante gesto, una palabra, precipitan el drama por otra vertiente: la desgracia de la profesora se hace deforme, muestra la hilacha. Cuando estamos por sonreír, Atalita cambia el tono de nuevo y llora o blasfema según hable del hijo imposible o de la aristocracia, y aparece radiante de rabia, de encono, de impotencia. Uno puede imaginar una nariz que de un momento a otro explotará por el llanto como la eclosión de una embrollada flor de carne. El personaje exhala una furia sofocante, su vapor nos alcanza. Atalita consigue que de la rabia contra la profesora de Química pasemos a la fría burla por su grotesco —yo al menos—. Hasta que con un último relampagueante cambio sonríe y abandona la representación.

—Es peligroso tocarla. Da electricidad. —Baja de la ventana—. ¿Es fea mi profesora de Química? —examina la eficacia de su farsa.

Contesto que quizá no pero que tiene algo pesado en las piernas.

—Figurate, parecen columnitas de balcón. Y no hay el menor peligro de que se ponga tacos decentes. ¡Tacos carretel para esas piernas!

Nora ha seguido la representación con la boca abierta, reflejando en sus expresiones todo lo que dice Atalita.

—Yo he representado bien mi papel de profesora. ¿Cómo han representado ustedes el de alumnas? ¿Las ha convencido esa mujer?

Nora dice que sí con la cabeza, sin poder hablar todavía.

—¿Y a vos, Aurora?

A ella también la ha convencido.

—Si se han convencido quiere decir que ustedes también han representado bien su papel de alumnas. De alumnas estúpidas, se entiende, como mis compañeras. Está muy bien, tenían que impresionarse como ellas, tenían que conmoverse por la tragedia de esa pobre mujer, tenían que asustarse de su violencia. Es lo que hicieron mis compañeras. Sólo a mí me dio rabia y ganas de decirle que se cortara un poco lo que le rebalsa de las piernas.

Nora está herida, pero si protesta lo hace entre dientes, y sigue reflejando en su cara las palabras de Atala como si fuera ella quien hablara. Aurora se lanza sobre la oportunidad de una pelea.

—Dígale que a mí no me trate de estúpida, señora Fausta. Dígaselo porque un día de estos Atalita me va a encontrar.

El resto del público insiste en saber lo del hijo. Atala no les hace caso.

—¡Además esa piel! ¡Ese color!

—¿Es negra? —pregunta Perlita.

—Es beige. O de un blanco sucio. Con la inferioridad de las razas blancas. La piel dura, la nariz de perfil grueso. Grasosa y seca al mismo tiempo, ¿entendés? No de esa gente como embebida de humedad, de terciopelo, de musgo de cueva de sapo... Bueno, basta ahora. Que reviente y vuele en pedazos por el aire. Pero no estar yo cerca porque debe de tener la piel hedionda.

—¿Es fea?

—¡Vaya a saber! Se ha vuelto una leyenda esa mujer. Las monjas la respetan porque la creen sabia. ¿Y qué otra sabia van a encontrar que se conforme con ganar lo que ellas pagan? Las alumnas le tiemblan. Dicen «es muy severa» y se ponen a temblar y a quererla frenéticamente. Le creen porque representa su farsa con gritos y morisquetas. Y no me creerían a mí si les dijera que esa mujer es una poca cosa con envidia, con rabia.

—No tenés más que representar vos también un papel para que te crean —dice Nora. Le dura el resentimiento.

—No, no me creerían —está casi triste—. Aunque sea mi verdadero papel no me creerían. Porque mi papel no tiene gritos. No me expone como a un pollo abierto. Que es como se expone ésa. Ahora que pienso, ha de tener olor a pollo un poco pasado.

La sirvienta de las cañas se levanta bruscamente, se lleva la silla y el cuchillo. Vuelve con una escoba. En su lenguaje quiere decir: se acabó por hoy.

El sol cae lentamente, recostándose en el cerro. Es hora de entrar.

Mis cuartos no son tan atrayentes como el de Eudoro porque tienen la entrada libre, pero también seducen. El que se abre al primer patio es el que invaden en seguida, sólo por pasar por la galería donde la Negrita hace dormir a sus gusanos. Los canarios están también por dormirse en sus jaulas. Atalita se pone a molestarlos. Sólo la galería les interesa, no la pieza. Salen al segundo patio, el del viejo banco, para entrar en mis piezas que guardan tesoros: un armario de porcelanas minúsculas, colchas pesadas y rugosas de lana chillona, color rosa nube, solferino, tejidas por las indias, y el baúl negro. Manipulando las colchas se puede hacer, con ayuda de la sombra, magníficas guaridas entre la cama y la pared. Es lo que harán mis nietas hasta la hora en que Atalita tenga que irse. Pobre Atalita, es la única que se me parece.

Un universo de microbios

Va y viene, rezando el rosario, esa desconocida, con su extravagante amor. ¿Por qué, digo yo, por qué la quiere así a su visita de una vez por semana?

Una vez a la semana, al principio de la tarde, alguien toca el llamador de un modo extraño. El golpe nos arranca de nuestros sitios —el único golpe capaz de eso—, y nos lanza a la puerta. Ahí no hay nadie. Cada vez repetimos el desconcierto, mirándonos silenciosas: ¿un ánima en pena?, ¿la Luisa, que esta vez, sí, se ha ido de verdad y para siempre? En el umbral nos miramos con mi madre como si no nos viéramos, antes de mirar la calle. Al cabo de un rato, desde el recodo de la esquina se asoman a espiar unos ojos rojos que se muestran y se ocultan, intermitentes. El rojo se enciende, el rojo se apaga. Es ella, la antigua sirvienta, la Luisa. Pegada a la pared deja apenas que se asomen sus motas sucias y sus ojos raros. Un instante, para volver a esconderlos en seguida. Yo empiezo a reírme entre dientes. Por el espinazo me pasan estremecimientos de diversión y de susto. De poco susto. Mi madre la llama en secreto, casi como si zumbara; la llama la actual sirvienta, sin amor pero con sosiego; yo no la llamo, son cosas de grandes. A cada llamado la Luisa va dejando ver algo más de su cuerpo y una cara por minutos más sonriente. Dentro de la cara sus ojos encandilan. Quiere acercarse, quiere con toda su alma, pero no se anima. No le bastan los llamados moderados, es necesario gritarle, ir. Cuando se

resuelve es con mil melindres, como una señorita remilgada a la que se le ha pedido que toque el piano. Entonces mi madre ruega no te escondas más, sé una persona normal, no me abochornés ante los vecinos. La Luisa sigue retorciéndose, con las manos bajas y juntas, sonriendo a más no poder. Mi madre la observa, traspasados los ojos de un amor que pareciera resultarle insoportable. Entretanto, los vecinos dele fisgonear. Espían a las personas que no tienen nada de raro, cuanto más a una que despide rareza como un perfume. Bochorno o no, mi madre la deja expuesta a las miradas mientras prepara los paquetes. ¿Hacerla entrar? Ni pensarlo. Y cuando le entrega los paquetes ya listos y la otra vuelve la espalda, corre a desinfectarse. Para intrigar la mezcla de este amor y este asco.

La antigua sirvienta le da asco a Oriental. Pero espera su venida todas las semanas, calcula las posibilidades —cada vez mayores según ella— de que no se esconda más, y el desasosiego la persigue hasta la semana siguiente si la otra no viene. Habla del frío que tendrá la ausente, del hambre que pasará sin su comida, de la tristeza, su tristeza de pobre, hasta que aparece de nuevo. Entonces vuelve a despertar en ella la impresión de un universo de microbios. No le basta prevenirme con disimulo y precauciones cuando el tironeo del asco vence al tironeo del amor, y me advierte claramente que no me acerque a la Luisa.

Si, como dicen las chicas del colegio, los enamorados usan un solo cepillo de dientes, es que el amor mata los microbios. A menos que no sea igual para todos los amores. *Irrefutable* es éste, según mi padre. («¿Con qué argumentos puedo discutírselo? Con todos. Por eso, porque es inmotivado, hay que creer en él.») Pero tal vez nos equivoquemos y no sea amor el lazo entre la Luisa y mi madre. Podría ser lástima. De esas tan fuertes que sólo se sienten si uno se imagina en una posible, parecida desgracia. ¿Cuál? ¿Qué sé yo? La Luisa servía en casa de

mi abuela Mimaya cuando mi madre era soltera, pero se fue antes de que naciera yo.

A mí lo único que me defiende de Oriental —su alcohol y sus prohibiciones— son las teorías sanitarias de mi padre. Ejemplo: chancho limpio nunca engorda. Si un chico en una pelea me llega a escupir, ella me baña casi en alcohol. Cómo se desesperó el día que supo que fui a la casa prohibida. Le preguntaba trágicamente al aire por qué, por qué tenía que desobedecerla así, averiguaba enloquecida si había remedios en la casa, si había algún hombre en ese momento, si puse la boca en alguna parte. Explotó de desesperación, me arañó, se llenó con mis pelos los dedos. Muchas veces Arturo la calma y hasta impide el alcohol sobre seres y cosas. Pero no hay el menor peligro de que ninguno de los dos me bese nunca. Ella, porque *los microbios que son inofensivos para los grandes pasados a un chico se vuelven malos,* él, porque *no quiero a nadie.* No lo dice expresamente para no besarme, se lo he oído en alguna conversación. Ella sí, me quiere mucho. Nunca me puso un vestido rosa con cintas. Años pasé deseando despertarme y levantarme a la mañana, como todo el mundo, que me peinaran y me sacaran con un traje claro a ensuciarme en cualquier parque. Pero qué me iba a levantar normalmente. Cuando ya la mañana se hacía larga, después de muchos sucesos matinales, venían a ponerme una especie de delantal gris sobre el camisón y medias largas marrones, embutían el camisón dentro de la parte alta de las medias y en seguida me sacaban un poquito por los patios sin tierra de mi casa. Era como para gritar de desaliento. Con ese hábito gris, y en camisón, no parecía ni levantada ni acostada. Acaso se trataba de eso, de ocultar a Alguien —que probablemente se oponía a que yo me levantase como todo el mundo— que se lo estaba desobedeciendo. Porque si Alguien se enteraba de la desobediencia quizá castigaría a mi madre fulminándome. Sintiéndome tan sucia, tan fuera del orden, la fiebre subía inmediatamente.

Entonces ella se alegraba de no haberme vestido. No se paró nunca a pensar que tal vez habría bastado con levantarme como la gente y ponerme un vestido rosa con cintas para que yo me curase.

Puede ser, no sé, que se sienta más segura dentro de marcos inconfortables. ¿Qué inconveniente hay en que yo tenga una taza de té con florcitas rosadas? ¿Por qué debo usar siempre un tosco tazón blanco? Y el asunto de las baldosas. En invierno son heladas, pero ella dice que los pisos de madera juntan bichos y que las alfombras son depósito de polvo. Así, las baldosas relucen impecables, desnudas y limpísimas todo el año.

Ella o su hermana Nora —si es Nora por razones distintas, seguramente— han convencido a mi abuela de que despida a la Luisita. No anda esto con el amor de mi madre por la Luisa, ni por la Luisita misma, porque también a ella la quiere, también a ella le regala cuanto puede, y no discute su capacidad de cocinera. ¡Lo que lloró la Luisita el día que tuvo que irse! Nora, naturalmente, perdía sal llorando sin compuertas. Cómo haría Mimaya para conservarse serena. La veo diciendo: *Al fin y al cabo en esta casa estás sólo de día. Con que vengas a vernos muy seguido va a ser como si no te hubieras ido.* La Luisita lloró más todavía, abrazando a esa hija aletargada que tiene. No hay nada que hacer, no le puedo tener lástima a esa Genoveva, y menos cuando mira con sus ojos desteñidos como si le estuvieran por pegar. Mi abuela: «Es por tu bien. Si te ha dicho que se va a ocupar de vos quedáte en tu casa tranquila. Parece buen hombre. Acordáte que tenés hijos y que ningún otro te ha propuesto hasta ahora velar por ellos.» Yo tenía el estómago enloquecido, como si quisiera alzarse en arcadas y expulsar un amasijo asqueroso, de esos que me trago en sueños. Estaba por enfermarme o estaba por llorar. Aunque, la verdad, para llorar no había motivo. Romper la costumbre de ver las caras de la Luisita y la

Genoveva no es motivo. Ahí solté mi frase: Qué suerte que se vaya ésta, ya me canso de verla por aquí. Destinada a la Genoveva. Maltratar, pegar, cualquier cosa, pero conseguir que mi estómago se aleje del llanto o del vómito. De rebote tuve el furor frío de Nora: Callate. Sólo eso. La Genoveva me miraba como aquella lejana vez. Se hubiera tirado de nuevo a besarme las manos, igual que aquella vez en el calor de la siesta, junto a las higueras. No había nadie despierto en toda la casa, sólo el silencio. Tendría yo cinco años y ella parecía casi más chica. Era gordita, piojosa, y sus ojos no miraban todavía como si le fueran a pegar. Pero yo le pegué esa tarde, llamándola negra inmunda, negra palomuda, y la obligué a comer sus piojos. Todo por no saberle decir que la hubiera mordido de amor. Y cuando ella me estaba besando las manos para que no siguiera pegándole, apareció la Luisita. La distinguí de repente, inmóvil junto a un naranjo, mirándome con dos bolitas encendidas de odio o de desgracia, parecidas a los ojos que semanalmente nos espían desde la esquina de casa. Los ojos de su madre, la Luisa.

La Genoveva me miraba como aquella vez. La Negrita arrodillada juntaba amorosamente sus gusanos y los abrigaba para la noche. Están volviendo imposible la casa de Mimaya. Si los llego a tocar creo que me moriré de horror. Ahora hay que entrar vigilando dónde se pone el pie, aunque ya le han advertido a la Negrita que no los tiene que dejar sueltos cuando voy yo. Tanga, la perra, los examinaba, distante. A veces los huele, pero no le interesan. Son aristócratas como ella y ella no reconoce iguales, ella sólo tolera inferiores que le rasquen la panza y la diviertan. Por eso no hace amistad conmigo.

Los ojos de Genoveva, el frío furor del grito de Nora, los gusanos. Imaginarse si me importa que Nora me grite o no. Jamás podrá enojarse conmigo, pobre criaturita mía, más criatura mía que yo sobrina de ella, tan inocente. Pero yo, sí, me enojé. *Váyanse de una vez. Por lo menos te vas sin piojos.* Y les volví la espalda, con el estómago desesperado, igual a un tigrecito sin escapatoria, que ni siquiera sabe quién lo persigue, qué le ocurre. Estaba por enfermarme o estaba por llorar.

Me enfermé. Se fueron Luisita y Genoveva. ¿Quién habrá recogido a Genoveva? Para mí todo es igual: un nuevo septiembre, una nueva enfermedad. Una vieja enfermedad, la de siempre, repetida, sin fin. En cama a septiembre empezado, con un insistente olor a fresias en el patio, lleno de flores blancas frente a mi puerta abierta. Mi madre va y viene, rezando el rosario. Llega sombra... Quizá Félix Gauna se haya muerto. No estaría mal... ¿Qué le pasa a las cosas? Se toman libertades. Se mueven, apenas, apenas, pero se mueven. Creo que yo no podré soportar más esos bichos de la Negrita, creo que hay que estar sano para soportar todo en el mundo. Se mueven esos bichos. Como las cosas ahora, lentamente, asquerosamente. ¿O es la fiebre? No, no puede ser la fiebre. Antes tienen que llegar los cocineros que son sus heraldos y golpean con bolos de madera en pailas de madera. Los que mis primas quieren conocer. Pero dependen de mí para saber cómo son, cómo fue el paisaje en que se presentaron con sus caras canceladas y sus maderas de aguda intensidad. Porque no siempre son iguales, a veces dejan sitio a otras figuras, a veces aparecen fugazmente y sólo cuando esas otras cosas se van ellos llegan... Félix Gauna. Que no muera. Lo necesito para matarlo yo. Alguna vez tendrá que intentar besarme las manos para que deje de pegarle. Es un gesto que me debe, una deuda que tiene conmigo. Porque está sano, porque se cree por encima de mí, porque no ha comprendido. Arturo habla todavía del taxi que tuvo que pagar la noche que Félix, muchacho sano, por milagro se enfermó... Parece que no hubiera nadie en esta casa, que los objetos tuvieran piedra libre para moverse, insidiosamente, con una lentitud asquerosa. Quizás a Tanga también le repugnan los gusanos y la gente. Tanga la roja. Tanga la madre. ¿De quién? Ya encon-

trará oportunidad... El patio se vuelve de madera. Ahora llegan. Cocineros que golpean pailas ennegrecidas con bolos de madera. El ruido de las pailas afiebradas... Parece que hubiera quedado abierto el piano y la tarde lo tocara con dedos de ceniza. ¿O es la hora? Entre las cosas y yo no hay eslabón que separe a esta hora... Ella pasa frente a mi puerta tantas veces como su letanía y no sabe que soy el aire. Oriental. No reces más. Debías tenerme un simple amor, como el que tengo yo por tus manos cuando suben desde un rosario de plata. Las manos de mi madre son dos rosas de plata que se durmieron al amor de la luna. No reces más. Me entristece la letanía que lleva y trae tus pasos, y me entristecen tus manos, atónitas de oscuridad. Porque se ha hecho noche y sólo yo invento la luna. Tendrías que venir a buscarme, que hablarme con tu voz que apenas suena, y todos los ruidos se apagarían para oír tu voz, el más silencioso. No reces más. Tus rezos son pretexto para olvidarme. No reces más, señora desconocida, por una chica olvidada. No reces para olvidarte que nadie te quiere, yo menos que nadie. La oscuridad parece que te embrujara, y la voz te doliera, y se hiciera más fuerte y más apresurada, invocándome lejana. Parece que jadearas. Te tengo miedo. ¿Cómo sé que tu cara es la de siempre en la oscuridad que te oculta y que no está cambiándose por algo horroroso? Te tengo miedo. Como si estuvieras muerta... ¡Ay! ¡Ay! Tu voz me arrastrará, porque estás muerta. Y me persigues gritando, con la cabeza sudada y un hacha de plata entre las manos oscuras. ¡Estás muerta! ¡Estás muerta, y los muertos se han vuelto locos!

Miedo no, latido

Hay que sacudirse, abandonar la rosa recién nacida, las baldosas embebidas de sol, los días que se mueren perfumando como un santo. Hay que levantarse y retomar la vida.

Salga de la cama, entonces, Félix, bátale las solapas al hombrecito su padre, y ponga las cosas en claro. Tarde o temprano tiene que ser, tanto da que sea ahora. ¿No puedo estudiar? Bueno, trabajaré. Pero que me consiga el empleo él. Mañana. Hoy será todavía un día de convalecencia, del solo rosal y la única rosa que florecen en el patio, del olor a glicina y flores de las otras casas.

Mi hermana con *La Noticia*. En casi un mes mi suavidad no marchita su recelo. Mi humor agazapado puede saltarle encima y cebarse en ella. Cree. Aparece todas las mañanas, erizada de fealdad y desconfianza. Pobrecita, quizá su alma sea bella como alma de catecismo y yo no lo sepa. Aunque belleza que toca el catecismo toma olor a criadita de convento. Sonrío, pregunto por el crimen. No se ha esclarecido nada. La mujer estaba boqueando, caída en el suelo pocos metros más allá de su automóvil, a mitad del camino a Yerbabuena. Tenía abiertos los ojos verdes, de pestañas largas.

—¿*La Noticia* dice eso?

Me sorprende porque es un diario decoroso, de los que no dan detalles.

—No. Lo dicen unos pasquines que salieron contra el

ministro. Dicen que no ha sido muerte natural, insinúan cosas. Como si la hubiera matado él.

—¿Lo engañaba?

Su cara se ilumina. Va a consolarse de su virtud con la maledicencia.

—Seguro. Estas ricas...

Ella cree lo que inventa la imaginación famélica de atrocidades de la gente de aquí. Ella, y mi madre, y la vecina, y yo, y todos. El aburrimiento es un caldo de cultivo para el chisme.

—Quién sabe.

—Pero no me vas a negar que hay algo turbio. Una mujer joven, que se muere así, del corazón. Hum, medio raro. Y bonita, además.

Un ansia casi patética de hermosura atraviesa su tono... Estrellita. Estrellita Bertrand. Tus ojos de muñeca. ¿Por qué hablaste de belleza, hermana? ¿Por qué? Comprendés que algo me ha dado un estiletazo porque bajás la vista como chocada de haber rozado una intimidad.

—Voy a traerte el desayuno, Félix.

Estrellita. Después de eso un hombre no se puede casar. ¿Y si me jurara que estaba embrujada, que no sabía lo que hacía? Podría quizá perdonarla. Entonces sería su padre el que me sacaría a patadas. Porque en casa pueden decir cuanto se les antoje que hasta hace poco en esa familia no eran nadie, y mi hermana llamarle almacenero al padre y murmurar sobre los orígenes de la madre, el hecho es que hoy consiguen lo que quieren con su plata. El padre se habrá puesto el guardapolvo para atender a la clientela, pero es de guardapolvo que se ha hecho rico. Y si estuvo detrás del mostrador antes, la que está ahora delante haciendo sus compritas de centavos, con su facha de mansedumbre, es mi madre.

Hay que levantarse. Hay que retomar la vida. Hay que dejar estos parajes de la convalecencia. La convalecencia es un

país feliz y todo mío. Pero hay que dejarlo porque es un país efímero. Ninguna hazaña lo ha conquistado, su verdad se cae en migas apenas terminada la languidez, y cualquiera puede decirse su dueño. Es todo mío, pero es tan mío como de la chiquilina sentada de perfil, coloreada con frutillas, que espera en el umbral de un libro para contarte: «El mundo era mío, en él yo reinaba, por mí las abejas alegres zumbaban y las golondrinas movían sus alas.» Que el libro es de hadas ya se nota sin que lo diga. Está bien para la infancia ese país todo de uno. Pero desafío al que quiera a encontrar la infancia al pie del Aconquija. La dulzura del azúcar antes de ser dulzura deja arroyos podridos en la orilla de los caminos, huellas cenagosas y la infancia. ¡La infancia! Tirada en surcos de caña donde revolotean las moscas, qué diversión cazarlas en cucuruchos y adiestrarlas en cosquilleos extasiantes. Como refinamiento no se puede pedir más. Al pie del Aconquija somos todos forasteros de la infancia.

Mi hermana con el desayuno. Ningún comentario. Se va a sus quehaceres. Me adormecen el silencio y el sol que se ha trepado hasta los pies de la cama. Los minutos gotean uno sobre otro cayendo en una sideral antigüedad. Un rebuzno llega de lejos, antiguo también, pero menos que este silencio de alba de la tierra que acaba de romper. ¡Qué tibieza!... ¿Por qué me asusto? Porque me debo de haber dormido del todo y la presencia maligna me extrae de golpe de la inconsciencia, como a cachorro agarrado por la piel del pescuezo. El hombrecito está al pie de la cama.

—¿Cómo te sentís?

¡Qué bueno era el olvido! Me agujerea la nostalgia por los días de enfermedad. Él se presentaba de vez en cuando, nebuloso, sin consistencia y sin importancia entre las irrealidades que fingía la fiebre. Vuelve ahora para joderme con el recuerdo de mi inferioridad. Inferior a mis compañeros por causa de él. Inferior a él porque soy su hijo. Me sentiría mejor si

hubieras hecho regalos al colegio, me echaron por tu culpa, muerto de hambre. Suave como un tobogán la tentación de decírselo. ¿No te le animás a la suavidad del tobogán, Félix? Ah, sí, insultarlo para insultarme de rebote. Él es el patrón de la empresa, yo el último pinche, el que obedece. Inútiles las sacudiditas, o rebelión total o nada... ¿Sabés de qué me acuerdo, Félix? Del desprecio que tenías a tus compañeros de clase, los aduladores... Pero no te querés acordar del que ellos te tenían a vos, el pobre, el adulador... ¿Cómo? si era el jefe, las aventuras que yo planeaba no se le ocurrían a ninguno... Lo mismo estabas en el séquito del director... Estaba sólo para hacerle tragar alguna vez sus ironías todas juntas... No digas. ¿Y quién conocía esa digna intención tuya? Al fin y al cabo repetías las actitudes serviles de los otros... No le habré refregado la cara con uno de esos zapatos que él insistía en mirar, pero decirle que era un comediante, ¿qué te parece?... Que sólo te jugaste cuando estuviste seguro de que ya no había nada que esperar, Félix, por eso no le contestás a tu padre, porque todavía te mantiene... Ay, las enfermedades no tendrían que terminar. Ni uno nacer de un padre y una madre. ¡Y la gente que no aprecia la envidiable condición de huérfano!

El hombrecito me mira. Corazón, arremete el latido. ¡No! Niego que se parezca al miedo.

—¿No te sentís bien? —cierta alarma en la voz.

—Sí, me siento bien. Iba a levantarme ahora y quedarme hasta la tarde.

—Porque yo he hablado con un amigo que conoce a gente de un ingenio a ver si te hacen entrar en la administración.

—¿No hay caso de ir a otro colegio?

—Haberlo pensado antes de hacer gestos heroicos. Además yo preciso tu ayuda para mantener la casa.

En el fondo, fondo, estoy seguro de que siente orgullo por el hijo que se le animó al cura.

—Me odiaban porque no era un chupacirios —quién sabe si este tono amargo responde a la verdad o si sólo trato de pasarlo a mi bando compartiendo su tirria por el beaterío—. ¿Qué voy a tener que hacer en el ingenio?

—Números... Es una oportunidad para demostrar todo lo que sabés de literatura y de historia.

No puede renunciar a la burla el tipo. *Como vos demostraste todo lo que sabías de ciencias naturales después de ser el alumno preferido del sabio botánico.* Decíselo. Decíselo antes de que el corazón te salga por la boca. ¡Qué alivio! Lo dije. ¿Sí? Sí, claro. ¡Alto! Se lo dijiste pero en otra forma, tomando precauciones. Así y todo su cara está por estallar.

—Yo hice la estupidez de casarme con tu madre y de permitirle que los tuviera a ustedes. De no ser por esos tres fardos, tenélo por seguro, habría demostrado lo que sabía de ciencias naturales.

Se acerca a la puerta, va a irse, se arrepiente.

—Y levantate ya que estás tan gallito. Nadie te va a traer la comida aquí.

Ganas de morirme. De nuevo la situación de hace un mes, y sin esperanzas de enfermedad que la resuelva. Vendrán los silencios, vendrán los torneos por la mayor frialdad o la mayor ofensa. Y él va a ganar porque él trae la plata.

Ojos

Cuando el sol empezaba a persuadir a las flores de que les había llegado el tiempo, salíamos para los largos paseos. En el cerro los helechos se extasiaban de calor y de humedad. Mi tía Nora y su amiga Blanca eran incansables en tomar fotografías. Andábamos por los barrios de los palos borrachos y los barrios de los azahares. Los mejores palos borrachos estaban en el parque del cementerio. Nora decía:

—Por aquí hay jardines que nunca he visto y que deberíamos encontrar.

Blanca volvía la cabeza hacia todos lados, como si los jardines la estuviesen espiando y no supiera desde dónde.

—¿Son misteriosos?

—Son. Pero muy claros. Un poco desordenados, fragantes de yuyos y flores sin pretensiones.

Yo apretaba la mano de Nora para que siguiera contando. Se sentía la existencia de esos sitios apenas salíamos a pasear.

Todo se ponía a reír, a moverse, a ondular, a murmurar. Nora se envolvía en luz y perfumes.

—Dos abanicos azules podrían servirme de alas —decía yo. No lo decía, a los cuatro años no se lo dice, pero lo recuerdo.

Nora levantaba los brazos. Yo me emborrachaba detrás de ella, caminaba en zigzags, caminaba de cara al cielo.

—¿Si compráramos tortas?

—Todo. Compremos todo.

Y saqueaban a las marchantes que pasaban con canastas. Hasta las aburridas cosas de comer se convertían en cosas para ver, para oler, para encantarse. Detrás de Blanca y Nora yo comía la docena de bananas, una a una, tirando las cáscaras en la vereda para que se resbalaran los perros y los gatos, para que nos resbaláramos nosotros y cayéramos entre risas y gotitas de orina irrefrenable.

—Quisiera tener una casa como la ciudad y el parque juntos.

Yo volaba sobre Nora y Blanca con dos abanicos azules, un poco más abajo que la altura de las casas. Hubiera ido más arriba, pero no quería abandonarlas ni alejarme de los perfumes.

—¿Con quién habla Atalita?

—Con Pomeresquié.

—Ha cambiado de amiga.

—Ella es así, veleta. Las quiere una semana, después las abandona.

—Morirán de pena.

—Ella dice que no, que no les importa. Las abandona justamente porque a las otras no les importa.

—Qué nombre tan raro Pomeresquié, Atalita.

—No le hablés de eso, Blanca. Oculta a sus amigas. ¿No ves? Ya se metió en su caparazón.

Nora y Blanca, con el pretexto de arreglar los mausoleos de sus familias entraban en el cementerio, nos sentaban —cuando venía también Beatriz, la hermana chica de Blanca— sobre una tumba, y tomaban fotografías. Todo era calma, hasta nuestro alboroto y el duelo amortiguado de algún paseante. La tarde era un reposo, un abandono, paseo de espíritus que no luchaban más por nada, dedicados a ser aire o eternidad, las inofensivas caras de la distancia y del tiempo cuando no se trata ya más de dominarlos.

Al salir se oía a lo lejos un cencerro. La vaca que pasaba

por nuestra calle, quizá, la que codiciaban todos los chicos por la espuma que dejaba en los vasos y nada más.

Yo llevaba a Pomeresquié en un bolsillo.

—Pomeresquié no es mi amiga.

—¿Ah, no?

—Es una princesa blanca y rosa. Tiene un novio blanco y rosa.

—Mirá vos.

Y Blanca volvía a sus secretos con Nora. Nora era tan joven, recién casada. Pomeresquié en mi bolsillo hacía poco caso de mí. Su rango y su amor la preservaban de la amistad. Yo podía hablarle cuanto quisiera, ella no me contestaba jamás.

—Yo tampoco la quiero.

¿La quise? Sí, por sus espirales de blanco que se envolvían a sus espirales de rosa. Blanco cremoso, rosa salmón y cremoso. Su belleza era perfecta. La puse a vivir en la época de las princesas con largas caperuzas, le di un enamorado en todo igual a ella, hasta en el color. A veces los puse juntos, a veces los alejé porque me gustaba hacerlos sufrir. En las mucosas sentía el gusto de su sufrimiento.

Nora y Blanca se sumergían en sus secretos. Yo cruzaba una calle de la mano de Nora. Las avenidas eran un derroche de flores azules.

Uno de esos días metí la mano en el bolsillo y Pomeresquié salió volando por el aire, lo más lejos que pude mandarla.

—No tires tus bolillas —dijo Nora distraídamente.

Ni miré donde cayó Pomeresquié, si es que cayó. Creo que en ese momento estábamos en el sitio preciso donde hace unos días encontraron muerta a la mujer del ministro, la tía de Beatriz y Blanca. Ya los diarios hablan menos, casi nada. Mañana quizá no aparezca ni una línea. Uno vive rodeado de misterios. Nora que era alegre y no es más alegre, mi madre y su extravagante amor por la Luisa, la Luisita que se va de un

día para otro, llorando, de la casa de Mimaya (¿se fue así también la Luisa hace tiempo?), Murúa, ese peluquero de la familia de los camellos, rumiando con su belfo todo el día, Beatriz, casi mi amiga cuando salíamos a cazar jardines y que las fotografías de entonces descubren con una extraña burla en su mirada verde. De todos ellos, Oriental, el colmo del misterio. Puede ser muy bonita, a menos que tenga su expresión de intensa fealdad, los ojos fijos, la nariz apretada, el labio superior levantado. Una expresión de asco. Debe de tener asco de muchas cosas, de la Luisa, de la Luisita, de la casa prohibida, quizá también de mí. Tantas veces me ha dicho «quisiera meterte en un autoclave». El abuelo Eudoro la llamaba la *cordera* cuando vivía con él y Mimaya, antes de casarse con mi padre, y dio así, casualísimamente, con la calidad de sus ojos negros que parecen dorados. Le decía la *cordera* por mansa, pero cuando los corderos parecen tener ojos amarillos ¿son buenos?

Porque todo es misterio o simplemente para verle la cara fue que le pregunté, enfrentándola:

—¿La querés mucho a la Luisa?

Y ella, la llena de tapujos, me contestó:

—Mi padrastro ha sido muy malo con la Luisa. Le ha pegado brutalmente. Hasta hacerle salir de los ojos una espumita blanca.

Los ojos de la Luisa, sus rojas estrías. Quedarían así después que él le pegó. ¡No! Me estaba tomando por sonsa. El abuelo Eudoro es un santo.

—¿Por qué se dejaba pegar? ¿Le tenía tanto miedo? Podía irse.

—No. Ya no podía. Era pobre.

Sí, sí, que invente nomás, que invente todo lo que quiera. Pasada la primera sorpresa ya no caigo más en la trampa. ¿Eudoro, que se deja maltratar tan fácilmente por mí, un verdugo? ¿Él, lleno de juegos y de bollos, dueño de esa piecita

para despilfarrarse y engrandecerse? Que no me hagan reír. Consigo lo que quiero de él y ni siquiera soy su nieta, sólo su nietastra. ¡Pegarle a la Luisa hasta hacerle espumear los ojos! Mi madre me contaba lo primero que le venía a la cabeza para que no siguiera preguntando. Me reí, que supiera que no me engañaba. Ella, entonces, después de mirarme como si quisiera acordarse de mi cara, me volvió la espalda. Dejé de reírme. Que ni la burla estableciera una relación entre las dos.

Eudoro, Arturo, dos nombres parecidos para dos historias tan distintas. Eudoro abuelastro, Arturo padre.

Eudoro, mediodía. Yo, mediodía y tres años.

Yo: —¿Sos un duende de la siesta?

Él: —Tendría que tener un sombrero muy ancho.

—Omero que tené ¿no es ancho?

—No. Y yo tendría que ser muy petiso.

—Eras petiso y creciste en el camino a casa.

—Tendría sólo que salir cuando hace calor. Los duendes somos como las lagartijas, nos encanta el calor.

—Pobe neguito altito, ¿tene calore? Acáte aco, omero.

—*Aco* y *omero* van. Pero *calore* no. Así no juego. Esa palabra está mal inventada. Sabés decir calor.

—¿Me va a pegá si no digo bien? ¿Te va a enojá?

—Peores cosas te voy a hacer. Te voy a pegar bollitos de mi nariz. Eso fue hace tiempo pero nos seguimos queriendo.

Arturo, mediodía. Yo, mediodía.

—Nos trajeron al laboratorio un feto de dos cabezas.

—¿Qué es un feto?

—Un ser viviente que no llegó a nacer. Y a propósito, señorita, le comunico que los libros de mi biblioteca son míos y que usted no debe leerlos. Y como soy un hombre prevenido, empezaré cerrándola con llave.

Arturo, mediodía. Yo, mediodía. Oriental, mediodía. Comedor.

—En vez de trabajar, ustedes se lo pasan en la ventana.

Dice Blanca que se divierten en meterse con las chicas que salen de la escuela.

—Querrá quizá que nos metamos con ella. Si fuera Beatriz, la hermana chica...

—Ninguno de ustedes es tan bonito que digamos.

—Yo no estoy mal.

Intervengo.

—Es cierto. Sos pintón.

—No te des corte. Blanca ni te ve. Imaginate, te conoce desde que estabas en el colegio y te sabe tus secretos más vergonzosos. Hasta yo los sabía por ella antes de que me pidieras a mi padrastro.

Eudoro me divierte. Y nos seguimos queriendo con oleajes de amor. Arturo sabe muchas cosas.

Eudoro se sienta después de la siesta en la galería, reducto de los gusanos, y explica el diario a las mujeres de la casa. Mimaya fuma chalas, oye o no oye, quién sabe, tiene la mirada vacía. Eudoro es bueno y sólo tiene un odio. Pero si persigue a los gatos con la saña desatada, a lo mejor es en busca de algún defecto con qué adornarse.

Los ojos de Eudoro son... Son como si no tuviera ojos. No te miran para descubrir tu maldad, te miran como si te llevara adentro. Para él no sos otro. Los ojos de Mimaya alejan todo, por menos de la montaña lejana y augusta no se gastan en mirar. Los ojos de Arturo tienen filo. Los de la Luisa se quedaron sanguinolentos para siempre a partir de no sé qué o fueron así desde el primer día. Los ojos de mi madre cambian, son un avispero de serpientes. No hay avispero de serpientes. Un nido de serpientes entonces. Tampoco. La comparación es sonsa. A veces mira con el ojo fijo, atrozmente sin parpadeo, de las víboras o las gallinas, a veces con una preocupación inmemorial, estratificada desde vaya a saber cuántas vidas. Los ojos de Beatriz, la hermana menor de Blanca, son radiantes, verdes, insolentes, dispuestos a todos los des-

plantes. En las fotografías que nos sacaban Nora y Blanca ya son desembozados, están furiosos con Blanca, enternecidos conmigo (que parezco un perrito blanco sentada junto a la inscripción *Familia Marechal* de la tumba de su familia), ilusionados con el arte de Nora para encontrar las diversiones preferidas de sus ocho años, de mis cinco años.

¿Y mis ojos? En los ojos de Atala, cuando llega septiembre, se agolpan los recuerdos, los guardan todos, pero en el momento en que no eran recuerdos. Aun los recuerdos de los misterios, de los espantos, de la irrealidad, del loco José. Pero a los de la enfermedad, a ésos, no quieren guardarlos.

Está llegando la época de los largos paseos, los azahares y las glicinas, pero uno se vuelve un fantasma con tanto recuerdo, con tan enfermedad.

Telón para ocultar lo terrible

—La señora del ministro no ha muerto asesinada, créamelo. ¿Se acuerda de ese muchacho que hace un tiempo se arrastró moribundo por el jardín de su casa hasta la ventana de su madre para insultarla? Bueno, esta señora murió de lo mismo. Demasiada dosis de una sola vez. Al muchacho lo abandonaron los amigos, pero a ella ¿quién la abandonó, tirada junto al coche?

El perfil del hombrecito hace un visaje de malicia. A él no se le escapa nada, ¿vieron qué inteligente?

—Le aconsejo, Gauna, que no se le ocurra decir palabra de esto en el ingenio. Y lo mismo a su hijo. Son parientes de ella, ¿entiende?

—Yo no hablo por mí —sonríe buenito, disculpándose.

—¿Viste cómo apreciaron tu inteligencia, cretino?

—Es lo que se dice por ahí.

—Bueno, le conviene olvidarse de lo que se dice.

¡Y a mí que me queden todavía ánimos para darme cuenta de los campos de caña enlunada que se enrulan a los lados del camino! El viento quieto se frota apenas, apenas, con las largas hojas de caña, y la polvareda que levantó algún automóvil, la que levantamos nosotros, vela de color fantasma los caballos y los cuzcos de los ranchos.

—Suerte que nos han puesto aquí los ingenios en vez de en otro lado. Es una entrada macanuda para la provincia —dice, y se ha de sentir habilísimo por el rápido viraje de conversación.

—Sabe, Gauna, tan suerte es que ha sido por error. Parece que estos no son los mejores sitios para sembrar cañas.

—No puede ser. ¡Qué me dice! Yo no sabía eso. Hay que tener su información...

—Y... tanto andar en estas cosas. Pero lo que le puedo decir es que si los hubieran puesto en el sitio adecuado rendirían el doble.

Miro afuera, siempre afuera. ¿Para qué voy a abrir la boca? No es cosa mía. Estamos pasando por el puente que suena a tablas. Sobre el agua impregnada de inmundicias la luna comparte con los sapos la verde placidez podrida.

Ya aparece la ciudad, hecha de lucecitas aisladas, exangüe a las ocho de la noche, mortecina como ella sola. O como muchas otras de las de esa frase *catorce provincias y diez gobernaciones*. En cambio las estrellas son infinitas y alborotadas. Pese a todo es una noche mágica. Luciente, perfumada, silenciosa, aunque su silencio esté impregnado de asesinatos. Un silbido aislado, largo, el pito de un tren, pasos. Los ruidos compañeros de los asesinatos.

Todavía nadie sabe que seré el peor de los hombres. Todavía no doy miedo.

El automóvil para, estamos en casa. *¿No quiere entrar?* No, gracias, otro día será, se me ha hecho tarde. *Mi señora lo va a sentir.* Dígale que voy a venir otro día. Y déle muchos saludos de mi parte. *Serán dados. Y este joven* (palmaditas en mi hombro) *le queda muy agradecido. ¿Sabe?, en mi situación será una gran ayuda.*

Bueno, acabala, cretino. Lo ha dicho toda la tarde, desde que bajamos del ómnibus y caminamos por la huella de tierra hasta la administración del ingenio. Después en el ingenio, más tarde en el coche, y ahora todavía, al despedirse.

Por fin en casa... ¿Qué, ya? ¿Ya se olvidó de cómo lo pusieron en su lugar? Restregándose las manos, satisfecho consigo mismo, está contando su versión de la entrevista. ¡Cómo no

se avergüenza, y se calla, y esconde los ojos! ¡Cómo no se da cuenta de que los bajo yo y saca alguna conclusión! Mi madre me examina.

—Vino a buscarte Tito Ceramico. Trajo los programas de filosofía que vos le habías pedido.

El tipo vuelve bruscamente la cabeza y me examina también. ¡Qué idea la de mi madre de hablarme de esto delante de él!

—Así que filosofía se traía el señor bajo la capa.

Me sale sola la contestación.

—Uno puede querer estudiar aparte del trabajo que haga.

—No tendrás tiempo —dice ablandado, casi solícito.

—Quizá podría dejar el trabajo para más adelante —sugiere mi madre, y comprendo por qué desencadenó esta conversación—. Podría estudiar libre el año que le falta.

Él lo toma a risa. Lo que fue bueno para él, dice, ha de ser bueno para mí, y él a trabajar empezó joven. Si me quedan ganas que estudie de noche, no ve el inconveniente. Mi madre termina de secarse las manos con el repasador, se mete en la cocina, y sale con un plato de sopa en cada mano. Mi hermana la sigue.

¿A que ése no para de contar los detalles de la entrevista? *Yo no le chupo las medias a nadie. Amable sí, todo lo que quieras, pero no adulón. Lo cortés no quita lo valiente. Y por muy pariente que sea de ellos la finada, si se murió o la mataron en un camino, no hay nada que hacerle.*

—¿Por qué te estremecés, Félix? —pregunta mi madre—. ¿Tenés frío? Mejor que te vayas a la cama.

Y a la cama me voy. Ahora que estoy sano han sacado mi cama del comedor y he vuelto al altillo.

¿Cómo fue que salió eso de que viniéramos nosotros detrás en el automóvil? Me lo encontré al tipo diciendo *pero no, pero no, usted tiene la valijita, va a ir más cómodo solo.* ¿Lo dijo después de alguna disculpa del otro por no llevarnos ade-

lante? ¿Lo dijo por iniciativa propia? No sé. No oía, no veía, estuve perturbado hasta el meollo.

La luna aparece en la ventanita. Cubre la ciudad pueblerina. La ciudad que sus habitantes sin imaginación, y prácticamente sin habla, se ingenian para presentar a los extraños como un idílico decorado de jazmines. Pero ese decorado, si en algún lado existe, es sólo el telón para ocultar lo terrible. Esta torpe vida.

No dormiré en la noche pese a todo mágica. No podré. Están saliendo de sus guaridas los aventureros y los santos que la recorren hasta el alba, envueltos en terciopelo y con puñal en la cintura, aventureros que jamás viajaron en ómnibus... La semana que viene trabajaré en el ingenio. Casi de la mano del hombrecito, que jeremiaba su pobreza y por poco no me presentaba como el pobre huerfanito, acariciándome la cabeza, suplicamos los dos frente al *amigo,* y el *amigo,* incómodo por nuestra degradada calidad de solicitantes, nos trajo en su automóvil sentándonos en el asiento de atrás. Y ahora, digo yo, ¿por qué una voz no grita ronca y acezante sobre toda la ciudad que el único terciopelo de sus aventureros es la sangre y la fetidez, que nunca tuvo santos, y que no había necesidad de que fuera justamente el padre de Estrellita Bertrand el *amigo* que conseguirá trabajo para el hijo del infeliz Gauna?

Taita Dios

Detrás de la puerta la voz del hombre dice: «Les gustará, creo, ese filósofo y su dios. Coincide con la movilidad del universo de ustedes. Es para encantar una sustancia divina igual a un fuego que transcurre.» ¿Qué quiere decir? Oigo y no entiendo. ¿Por qué me estremezco entonces?

Y vienen palabras, palabras que estallan como rosas, como luces de bengala.

Y yo no entiendo. Atalita Pons, la de la inteligencia reconocida por monjas y comadres, no entiende. No puede. Es tonta.

Tendida hacia las palabras, choco con la imagen del vidrio. Es mi imagen. El vidrio transido, indio. Eran verdaderas, finalmente, esas figuras descalzas, con sombreritos redondos y una sola trenza en la espalda, de polleras como sombrillas, sentadas horas y horas en el suelo, fumando, escupiendo, inmóviles, calladas. No las he inventado yo las tardes de calor sobre los mosaicos helados de la casa de mi abuela. No he inventado las pulseras de plata con soles guardadas en un baúl negro. Las figuras existieron, existen quizás, y viven muy cerca del infierno. Porque las palabras se les han perdido. Desaparecieron en las marejadas de la conquista. Yo soy una de esas figuras, la prolongación de sus caras mudas. Si no encuentro urgentemente las palabras perdidas, también me iré borrando. Y ya no entenderé lo que los demás dicen.

¿Y si fuera cuestión de pensamientos? No. Pienso sin pausa, y todo pasa claro por la cabeza. Claro como agua que

ya está en el río, toda junta y mezclada. Ahora preciso palabras, una detrás de otra, un chorrito que diga las cosas, una detrás de otra.

Éstos me van a atropellar. Salen de la clase como si fuera lo único que les importara después de lo que han oído. Son esos que oyeron lo mismo que yo y que entendieron.

¿Encontró un dios que corría como un fuego el hombre que nombraron? Ojalá. A mí, este dios que me han echado en la falda como mi porción, me hace temblar pegada a la pared, bañada de sudor y de enfermedad. Es demasiado perverso para seguir haciéndole caso. ¡El Taita Dios! Malevo, patotero, brutal. Es un porque sí el Taita.

Como los borrachos, que te tajean o te besan, porque sí. Premia y castiga, cuentan. Quisiera saber cómo hace para premiar y castigar antes de que uno empiece. Premia antes; castiga cuando se le da la gana. Dios no debe de ser muy distinto de mi profesora de Química. Y mientras tanto sudo, tiemblo, el dolor llega. ¡Señor, dios malo, que no venga! ¿Qué te cuesta, injusto, cuatrero, malevo de esquina? Ahora me traspasa las tripas, me las retuerce. ¡Señor! ¡Señor!... Y los de hace un rato entran al aula de nuevo. Van a entender esos, van a entender lo que les dicen. Y yo, yo no puedo pensar en Dios sin que él se acuerde de mi dolor y me largue como una estocada desde esos sitios misteriosos que ocupa. Tendría que venir mi padre en seguida, y darme la mano, y sacarme de esta pared. Porque me tiraré al suelo a retorcerme de dolor. Yo no puedo, Maldito, parada no puedo más. *¿Qué te pasa, chiquita?*, oigo decir al del guardapolvo, que lo dice como Dios, no para ampararme, para hacerme mal. Porque estoy sola en un pasillo de la universidad, y cualquiera que tenga fuerza puede maltratarme. *¿No querés contestar? ¡Qué orgullosa, chiquita! ¿Sos hermana de algún muchacho?* Destila miel y canallada. *Del muchacho Arturo Pons soy hija.* Sorprendido. *¡Ah, el decano de Bioquímica! Va a venir en seguida. Dentro de*

un ratito. Está con los profesores. ¿No quiere esperarlo en la secretaría? Y el retortijón me pasa y me da la rabia. *Qué, ¿yo no sé acaso dónde está? Qué, ¿yo soy burra y no entiendo nada? Sé hasta de lo que está hablando con su rector. Y su rector va a salir como rata por tirante si a mi padre se le da la gana.* Respetuoso. *Pero si yo no le digo nada, señorita. Sí yo no le he dicho nada.* Haciéndose el bueno, poniendo ojos de bueno —si se cree que les puede borrar las venas coloradas y la vileza...— el bedel se va se va por el corredor, mansito.

Una puerta se abre en el otro extremo. Señores, dice mi padre casi gritando, yo no me vendo. Las cosas tienen que ser aclaradas. Si el rector quiere poner un letrerito 'no hay nadie' los días de fiesta en la puerta de su casa, es muy dueño. Es muy dueño de hacer lo que se le antoje dentro de su casa y en la compañía que quiera. Pero a lo que no tiene derecho es a sustraer de los laboratorios de la Facultad las drogas que se le confían. Ni a hacer presión sobre los profesionales con el asunto de las recetas. *¡Pero, Pons! Las cosas no se llevan de esa manera. Habría que haber hablado en privado con él antes de tomar una determinación. Sí, para que prometa todo y siga en las mismas. Para que yo acarree con las consecuencias después. Yo soy el responsable y a este asunto me lo saco de encima yendo a los diarios.* Lo rodean para apaciguarlo. Quizá lo consigan, pero no conseguirán hacerle cometer una injusticia. Eso es un padre. Castiga al que lo merece. En cambio, el malevo, el patotero, te hizo nacer para qué, Atalita Pons. Para tener en quien desquitarse de una oscura rabia. Para cebarse con vos. Me ha lastimado las tripas porque sí. ¿Para qué las necesitabas? No voy a decir para triturarlas, quedate tranquilo. Para hacer un collar que te estrangule. Miro a mi padre. Ya está cerca, ya me alcanza. Ningún miedo de Dios en él, ningún dolor. El dolor me tajea a mí. Sin respirar. Puede ser que resista de pie. Oh, es un dolor que busca la muerte. Nada menos que eso quiere su potencia. La queja sale, insoportable.

Blandamente me desprendo de las manos que me sostienen y empiezo a caer, a caer, a caer. Esto es un mar quizá. Solo, inmenso, borbolleante. Los borbollones hierven, estallan. Revientan para dejar salir un monstruo: Dios.

Alcoholcitos

Roto. Dos pedazos, media cintura de Félix Gauna. *Suño.* Sueño. El sueño me rompe en dos. Cama sucia. Me duermo ya. Dormido. Relampaguitos. Alba. ¡Mierda! Es sólo el Tocho que entra prendiendo fósforos en la oscuridad. No me duermo. Ahá, se viene derechito a tironearme. Sacá la cara de ahí, roñoso. En mi mano que lo empuja el calor de su borrachera. ¿Qué? Intenta arrancarme la frazada. Lloriquea *no hay caso, no hay caso,* gime un dolor apagado. Julián se incorpora en la otra cama a la luz de un nuevo fósforo. Con una mitad de la cara se asombra, con la otra se queda de madera. De repente salta, en calzoncillos y tricota, y lo agarra al Tocho de un hombro.

—Te acostás en los yuyos o con nosotros dos aquí dentro. Muy quietito, si querés, para que no se avergüence la señorita. Andá, dejá dormir. De aquí nadie se mueve.

El Tocho sale sin protestar, dejando la puerta abierta. Sin protestar demasiado. Son sus vueltas de los acostumbrados «alcoholcitos»: pinta de alcohol Padilla en la mano izquierda, pinta de agua en la derecha, para acompañar y no quemarse hasta el tuétano. Ya entra de nuevo, en la oscuridad, embistiendo las camas y el cajón que sirve de mesa. Ruido de loza rota.

—Mañana comemos directo de la lata —dice Julián, y se oye una risita ahogada que no es la suya.

Ah, se le ha dado por mi frazada a éste. Vuelta a manotearme. El esfuerzo lo tumba. Fenómeno, ya lo tengo encima,

instalado, incapaz de llegar a su cama. A ver si consigo prender la vela. A tientas. Listo. Arrodillado en el suelo, de quijada en mis piernas, está el Tocho dormido con un profundo sueño que parece de horas. Julián, sentado en su cama, se ríe con una mitad de la cara. Tocho, váyase un poquito al suelo, quédese ahí donde lo pongo, y usted, señorita, haga caso de mi índice que le señala mi cama. La señorita se ríe tapándose la boca, y la barriga encinta se le sacude. Bueno, no tantos miramientos. La empujo. La vela va consumiéndose. Unos cuantos milímetros.

—Pero decime —le pregunta Julián a la señorita—, ¿por qué hacés siempre tanta historia? ¿Qué tiene que esté uno solo o que estemos los tres?

—Me da vergüenza —dice ella, zangoloteándose de risa.

—Más vergüenza debería darte el olor que tenés —le digo yo y la echo. Que me dejen dormir ahora.

Pero primero, corriendo a lavarme. Hasta con esta débil luz de vela se ven todas las clases de mancha que tiene la cama del Tocho. Me dormiré con la buena intención de limpiar mañana esta piecita sin revoque que el señor Baigorria alquila a empleados del ingenio, y donde ahora viven tres individuos que hasta hace poco se desconocían: Julián, que cuando se ríe parece que se riera por la mitad, o que una mitad fuera del ventrílocuo y la otra del muñeco a causa de la nube en el ojo que le deja siempre un lado como mudo; el Tocho, aprensivo, gozador de su propia suciedad; y el suscripto. Ciudadanos los tres que de tanto en tanto embisten a la sirvienta del señor Baigorria, encinta e incapaz de deponer su pudor para entrar libremente en nuestra pieza sin importársele que la vea quien la vea.

Lejanía

Es primavera. ¿Es primavera? Hay un intenso olor a flor, tenemos las dos blusas de seda. A veces las cosas se ponen tan blandas que son como un recuerdo, como un sueño. A veces no se sabe bien si ya se ha vivido lo que se vive o si sólo se lo está soñando. La lejanía sale al encuentro.

Lejana parece la mujer estatua que rompe unas cadenas en medio de la plaza, lejana la diagonal que se cruza con ésta, alejado el olor a azahar y el perfil de santo de pisapapeles de un muchacho que pasa. Pero yo le digo a Lila, como si todo estuviera cerca:

—Es mi hermano. Se hará el que no me conoce.

—¿Tu hermano? No se te parece nada.

—Sólo me parezco a los mellizos. Los mellizos son los más inteligentes y los más desconcertantes. Águilas, relámpagos. Dominan sus ademanes y no parecen embotados como mis otros hermanos, como toda la gente. ¡Los vieras moverse! Cuando me encierro a llorar y ellos vienen a hablarme, después de oírlos se me quitan las ganas de llorar. Al contrario, quisiera estirarme como ellos, como una gitana, poner los brazos para arriba y gritar *yo puedo.* No sé lo que me dicen, son cosas enredadas, nubladas, pero me dejan como borracha.

Lila, mi compañera de colegio, me espía, maliciando. Espía a todo el mundo, con amor o con superioridad. ¿Qué le puedo hacer? La lejanía me empuña y es imposible no con-

tar una historia sin presente y sin pasado. Su pregunta me llega de lejos:

—¿Estuviste alguna vez borracha?

—Pero no creas que los mellizos son buenos. Si me consuelan y hacen que deje de llorar es para probar su poder sobre mí. Hay días que me insultan y dicen cosas horribles, de esas que no se le dicen a una hermana, ni a una mujer, ni a nadie. Entonces los odio. Pero ellos no se dan cuenta. Quizá me insulten para jugar. Son ellos los que me reprochan después a mí que los haga sufrir. Ellos a mí. Dan alaridos diciendo que soy la persona que más los hace sufrir. ¿Es un juego? ¿O qué es?

Junto a Lila se puede ver a alguien que espera ansiosamente una respuesta: yo. Es mentira. No tiemblo por lo que va a decir. La lejanía la abarca también a ella, y al cielo, y a las copas de los naranjos. Los naranjos se alejan tanto que alcanzan la altura de las palmeras. El sol se apaga entre las hojas. Nos movemos en la penumbra de aquí abajo. De repente, la cara de Lila muy cerca de la mía rompe en jirones la sombra. Me espía, me detalla, iluminada de curiosidad. Un resplandor intenso traspasa la lejanía. Esto que estamos por decir necesita de toda nuestra aguda presencia, hasta el tope.

—Vos... Ellos...

—¿Qué? ¿Qué? No puedo adivinar. Seguí.

Pero no sigue, no me cuenta nada, y yo me suelto a hablar, ahora igual que si viviera nítidamente este momento, no como en sueños.

—¿Y si ellos fueran en realidad como los veo? Magos, gitanos, vestidos de oscuro, con pantalones ajustados y movimientos que hacen olvidar a la gente de muchas cosas. O parecidos a toreros, en trajes de luces, con ademanes que dibujan zigzags iluminados. Pero haciendo siempre que los demás olviden.

Lila espía, espía siempre, con amor y suficiencia. Sé que sabe que los demás se le parecen, pero que alguna intriga los

ha tumbado ya. Ella es todavía la que consigue pasar al lado de la intriga. Tengo la tentación de hacerle descubrir lo peor a su espionaje. Miedo y tentación.

—Si no fueran mis hermanos me habría enamorado de los dos. De los dos.

Lila habla con apresurado interés. Jadea.

—Vení mañana a la tarde a mi casa. Tenés que venir, Atalita. Traela a tu amiga Beatriz. Pero traela, ¿eh?

—¿Beatriz? ¿Cómo sabés que la conozco?

—Las vi una vez en la calle a las dos. Ella salía también de clase. ¿Por qué va a la Normal?

—No sé. No tendrán para pagar un colegio de monjas. O quizá la manden porque ahí estudian más que nosotros.

—¿A ella eso le gusta?

—Le gusta todo lo difícil.

—Es maravillosa.

—Parece que la conocieras. No sé si es maravillosa.

—Hace cosas que no hace nadie.

—Puede ser. ¿Quién te dijo?

—¿Cómo entró en la radio?

—Beatriz no está en la radio. ¡Qué idea!

—La he oído recitar. Se hacía llamar Beatriz de Laterre.

—Estás confundida. En su casa nunca la dejarían. Son unos copetudos.

—Con esa voz no podría ser otra.

—No has oído su voz.

—Me la contaron. Un poco ronca, parecida a un vestido de seda, recorre la piel.

Sus azulados dedos blanquísimos arreglan algo en el aire y se parecen a gusanos. ¡Tan desarticulados! Tal vez a causa de ellos la explosión de presente pierde fuerza y estoy de nuevo entrando en la lejanía.

Atardece a mi alrededor, se oscurece la tarde, machucando azahares.

Lila se queda en su puerta, me espera mañana con Beatriz en su casa. Yo ya no sé si estuve en su casa alguna vez —aunque sepa que no—, si yo soy yo, y si ser yo es ser alguien. Atardece en la voz de Lila.

—Mañana a las seis. No te olvides, Atala.

Atardece en el aire que se hace más suave. Atala, Atala, ¿qué tenés que ver con los locos? No lo sé, mi corazón. Es de tarde. Hay ya tantas tardes en la vida de uno. Hay tantas tardes que a veces hay muchas más de las que en realidad hubo. La enfermedad embrolla la mentira con el recuerdo. O con la vida. Era una tarde de esas, de incalmable verano y vestido de organdí. Una chiquita gritaba por la calle de la mano de una mujer *no taigas ota chiquita, no la taigas*. Y los sollozos le reventaban por la cara hasta romperla. El cuerpo, incapaz de contener tanto llanto, se sacudía desesperado. ¿Qué le diría la mujer? No sé. Pero sí lo que le había dicho, *traeré otra chiquita en tu lugar porque sos mala*. Andaban por una vereda con algunas pocas figuras alejadas a causa del llanto, desdibujadas por el calor, hasta que pasaron junto a un umbral, y allí, la figura sentada ocupó de golpe todo el espacio de la visión, todo el espacio del alma. Era un hombre, tenía bigotes y redondos ojos negros llenos de pestañas. A causa de su grito, bestial e imprevisible, ocupó todo el espacio, como si se hubiera levantado de su sitio y acercado a las mujeres hasta cubrir con su presencia todo lo demás. El llanto de la chica se cortó de golpe, se cortó su voz y el ruego. La mujer dijo es el loquito José, no te asustes, no hace nada. Pero ya la chica estaba herida para siempre, aun cuando después pudo burlarse, como los otros chicos, del loquito José. En aquella tarde supo que su madre, que iba a cambiarla, la había llevado allí para que ella fuera en adelante la hija del loquito José. Todo eso porque era mala. Siempre mala. Hasta la saciedad, hasta el orgullo. Con eso la había amenazado su madre.

Lila se quedó en su casa, con su última frase atardecida. Yo sigo por la calle tan vaga como en aquella tarde del pasado. Cuando las cosas se ponen así, nebulosas, imprecisas, hay una ventaja: nadie vive, nadie tiene cara, a menos que grite bestialmente. Saludar o no es lo mismo.

Desde una esquina la puerta de casa se me aparece incrustada en un paisaje oscurecido. La tarde deshoja sombras con todas sus ganas. Y aunque embebida de lejanía, esa puerta, esa puerta me da demasiado miedo. Pertenece a un paisaje espectral. Entro sosteniéndome en su espesor.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué me espera dentro de esta puerta vagamente conocida, vista en sueños, o en el futuro? Apenas la atravieso oigo una frase exasperada: Jamás me zumbaron los oídos. Y la voz lacera la irrealidad de un golpe. Piso el suelo, soy Atalita Pons vuelta del colegio. Habla mi madre, irritadísima de que alguien suponga que alguna vez le zumbaron los oídos. No ha atardecido tanto.

El espantoso amor

Salí de gusto nada más para decirle cuánto tiempo hacía que no venía y qué buscaba para venir ahora. Salí como para enseñarle un poquito que no es tan difícil querer a la gente, si yo vieja y achacosa iba a hacerle fiestas.

El zaguán estaba oscuro. Ni se me había ocurrido que vino a buscar a Atalita hasta mi casa porque tenía secretos urgentes. Yo no camino con mucho ruido. Sentadas en el umbral, con media puerta cerrada, ellas hablaban. Me paré detrás de la puerta, y hasta saqué la cabeza y las miré desde arriba, las dos sentadas, hablando de una misma cosa en forma tan diferente. Lo primero se lo oí a Atalita.

—Yo dije que a vos te gustan las cosas difíciles.

—Mi primo te ha visto y quiere conocerte.

—Exageraciones. No soy rubia ni tengo nada grande en la cara.

—Él dice: «tan criatura y con esa mirada».

—Pero si mis ojos son unos mendigos al lado de otros, con tanto pelo, con tanto tamaño.

—Él no habla de ojos sino de mirada.

—¿Cómo una mirada? ¿Una mirada sin ojos?

—Ya entenderás. Tenés la misma mirada que una fotografía que vi de una muerta. Se había matado por amor.

—Es espantoso el amor.

Detrás de la puerta me senté en el suelo. Porque yo no tengo dignidad. Si dignidad es no sentarse en el suelo. La sombra de la calle debió de apoderarse de sus voces. Se hicieron opacas. La sombra de once de la noche en verano, la hora de cerrar las puertas, la que Beatriz había elegido para venir a buscar a Atala. Beatriz, la hermana de Blanca, estaba diciendo:

—A mí me pone contenta el amor.

—¿Tenés un amor?

—En su casa fue donde vi la fotografía de la mujer que murió.

—¿Era su hermana?

—Era su amante.

—¿La novia? ¿La festejada?

—La amante. ¿No sabés lo que quiere decir, a los quince años?

—La que está enamorada.

—Y algo más todavía. La que lo quiere con todo el cuerpo.

—Ah... ¿Y vos cómo lo querés?

Hubo una risa.

—Con la mitad del cuerpo.

—¿Con cuál?

—Con la de afuera.

—Uno se aburre tanto. Es por eso ¿no?

—Un día me subiré a un coche, le exigiré al cochero que lo descubra, me sentaré y pondré las dos piernas abiertas en el asiento de enfrente. Me iré así, despatarrada, con una botella que puede ser hasta de agua. Me iré cantando a gritos entre filas de naranjos. Y habrá azahares. ¡Cómo se pondrá la gente!

Atalita se rió. Se animaba con la imagen de Beatriz despatarrada y el escándalo.

—Yo también iré... Pero no, qué voy a poder. Yo tendría que estar verdaderamente borracha o no podré.

—Quedan otras cosas para hacer. Menos divertidas, es cierto, pero no tan aburridas como sentarse en un umbral a hablar sonseras. Queda mi primo Costa. Tiene auto. Se puede ir a la montaña con él. Le he dicho que sos muy chica.

—Porque él ¿cuántos años tiene?

—Quién sabe. Tal vez cuarenta. ¿Querés que salgamos los tres?

—No sé. No lo conozco. ¿Y si tuviera eczema o fuera un cobarde?

—Ah, no. Eso no. Ha estado voluntario en sitios de epidemia.

—Bah, Arturo también.

—Cierto. Ahora que me acuerdo me dijo que eran amigos.

—Pero Arturo cuenta tanto su epidemia que ya no estoy segura si fue por buenas razones o por mostrarse. Esa epidemia era un carnaval. ¿Es lindo tu primo Costa?

—Depende.

—Oye, creo que no quiero salir con él.

—Me prometió que si vos salís...

La voz de Beatriz se hizo un rumor. Se escondió, casi.

—Me prometió que si vos salís él hará lo posible por convencerlo a Miguel Ángel de que se case conmigo.

—¿Miguel Ángel es el médico que toma y deja? ¿Y no quiere casarse? ¿Y vos querés con toda tu alma?

—No me hagás reír. ¿Para qué? Tengo dieciocho años y él es casi un viejo. Además, él sale con varias. Podría conseguirse, si quisiera, todas las chicas de la ciudad. Pero habría pocas como yo. Porque yo, hasta me olvidaría de quién soy, de que soy algo.

—¿Querés decir que no está enamorado de vos?

—Eso no se sabe jamás, si alguien te quiere o no. —Sonó una risa en falsete de Beatriz, y fue como si viera sus dientes brillando apretados en la oscuridad—. El amor ha de ser no saber si el otro te quiere.

—Me parece que sí voy a salir con tu primo.

Sin lentitud para la compasión anda Atalita. Pero los otros con mucha dificultad para darse cuenta.

—Es espantoso el amor —volvió a decir.

Beatriz soltó su risa insolente de costumbre.

—Sólo a veces.

—¿Vos recitás en la radio? ¿Sos esa Beatriz Laterre?

—¿Seré yo? ¿Qué te parece? Lindo el nombre de Laterre. La tierra entera. Famosa en todo el mundo.

—¿Pero sos vos o no? ¿Cómo hiciste para entrar en la radio?

—No dije que sea yo. Y además para nadie ha de ser difícil entrar. Con pasar y empujar la puerta... donde hay hombres se consigue cualquier cosa. Verdaderamente no sé por qué uno no les pide algo que cueste. Te lo darían... Creo que seré actriz.

—Quizá seas una persona que consigue cualquier cosa de la gente, y no sólo de los hombres.

—Las mujeres no me pueden ver.

—Si una me ha suplicado que te lleve a su casa.

—Será una chiquilina. Por eso.

—Hace tanto que no te veía que creía que no me conocías más.

—Pero si me paré un día en la calle sólo para saludarte.

—Ya pasabas. Fue como si te acordaras de algo y volviste.

—Me acordé que en tu casa dicen que soy chiflada.

—Oh, lo que en las casas dicen es siempre invento.

—Por una vez no, Atala.

—¿Sos chiflada?

—Sí, pero en tu casa no se imaginan cómo. Esplendorosamente.

—Ese día que te paraste a saludarme mi amiga nos vio en la calle. Quiere conocerte. Ese día, ¿tu primo ya te había dicho que me hablaras?

—¿Para qué pierde el tiempo tu amiga conociendo mujeres?

—¿Qué le pasa a tu hermana Blanca? Ella tampoco ya ni nos ve. Está como enemiga nuestra. Habiendo sido tan amiga de mi tía Nora.

—Siempre ha sido su enemiga.

—¿Qué estás diciendo? Si cuando yo era chica venía todos los días. Salíamos para esos largos paseos, ¿te acordás? Era una alegría. Y ahora ya no más.

—Blanca, mi hermana, nunca fue alegre. Ni ahora que por fin tiene un marido. Alegre nunca, gritona nada más.

—Parece que la odiaras.

—No, la encuentro fea. Y ella a mí me encuentra bonita. Como la encontraba a Nora. La herimos mortalmente. Se puede decir que pasó su vida herida, primero por Nora, después por mí.

—Si ahora está por fin casada, ¿qué le quitan?

—Le quitamos hace mucho la alegría.

—Yo nunca tendré envidia.

—¿Y por qué te pone tan triste?

—Da tristeza no poder una cosa.

—No es mucho trabajo la envidia. Si probaras, a lo mejor...

—No podré, no tengo lugar. Cuando algo te ocupa todo ya no hay sitio para nada más.

—¿Y qué te ocupa todo?

Poco difícil de percibir era la malicia en el tono de Beatriz.

—La enfermedad y el miedo. El miedo de volverme a enfermar.

—No será para tanto. Nadie está siempre enfermo.

Beatriz no puede saber lo que no le ha pasado. Mucha gente no puede. Cuesta menos no creer en el dolor.

—Quizá yo sea nadie. Un fantasma.

La puerta cancel se abrió de golpe. Aurora, la mucama, entró en el zaguán con el tropel de chiquilinas detrás.

—Señora Fausta, ¿la Atalita ya se ha ido? —gritó—. ¿No va a haber que acompañarla?

Atalita se asomó del lado de afuera en el momento en que yo me levantaba. Estaba oscuro pero vio y entendió que yo estaba ahí desde hacía rato. Vino el silencio. Y después del silencio:

—¿Para qué se lo preguntás a ella? Yo hago sólo lo que me dice la gente que quiero, y me parece que no quiero a nadie fuera de mí. A mí es a quien hay que preguntar. Ya me voy. No te molestés en acompañarme. Ni ustedes... ¡perlitas!

—Perlita vos —dijo Perlita, la hija menor de Nora—. ¿Nosotros qué te hicimos?

—No les gusta acompañarme. No les gusta que venga. Guárdense su casa. Por lo bonita que es...

—Atalita —dije—, nos gusta que vengas.

—Ya estoy cansada.

—¿Querés que te acompañe yo?

—Ya soy grande.

Yo, su abuela, no dije nada más, nada más. Ni siquiera que era parecida a mí. Ni siquiera que yo también encuentro espantoso el amor. La dejé ir. Sola o con Beatriz, vaya a saber.

Reptil

La ciudad. Aparecen los primeros ranchos. Casas ahora. Mi casa. ¡Ah, el hogar! No hay como estar lejos para apreciar el hogar... Y pasar corriendo cuando se lo ve. No hay como la casa del señor Baigorria para hacer que uno suspire por las sábanas limpias de la propia casa y la comida que muestra con qué está hecha. Pero que suspire como si a la cama y a la comida la hicieran espíritus, inofensivos, invisibles. Alisadita aquí, alisadita allá, lista. Entre tanto, programa de jazz a cargo de espíritus musicales, y nadie, ni una persona, ni media persona, que embrome la paciencia. Huérfano, fallo a hermanos y con plata. Ideal.

Alguien en la puerta de casa. Difícil ver quien en medio de esta jungla que me apretuja por todos lados. Jaguares, monos, chanchos del monte, y su tufo en el tren. Vaya a saber qué falta de entusiasmo los agita. Baile de San Vito alrededor. Me empujan, me clavan codos, se me refriegan. Al compás de lentas tonadas frenéticas nos refregamos en el vagón. Olores secretos, mezclados, se entrecruzan y hacen amistad. No a todo el mundo se le puede exigir una orgía suntuosa y clásica. Que cada uno participe de la que tiene al alcance y no deje pasar la oportunidad. Al principio los apretujones enfurecen, después se les toma el gusto. Como a la mugre en su punto de saturación... Refregame, negra. Apretame, negra o negro. Peleo contra tu cuerpo, resisto. Aflojamiento de repente, muñeco de trapo para que hundas en él dientes, codos, pobreza. O muñeco de trapo vos para hundirme yo.

¡Se desatan! El tren está parando. Te pasan por encima. Maldicen. Sus eternos carajos, pausados y matones. Bien podían inventar algo más divertido. O más nuevo. Cuestión de esperar a que se maten. Y bajar después sobre el tendal de muertos. Cuidado con ponerles el pie encima. Asqueroso reventarlos y quedarse con zapatos y pantalón llenos de tolondrones sangrientos.

Lástima, no se mataron. Caminan por el andén, chiquitos, taimados. ¿Piernas? Diversas gradaciones de arco. Sus olores se dicen adiós, abandonan la amistad. Con esos pantalones que les flamean siempre, si hubiera viento se volverían banderas.

—Oiga, ese reloj atrasa un cuarto de hora.

Mirada de jefe, aunque sea de estación, que ordena mi fusilamiento inmediato en la primera pared. Culpa: lesa patria. Un reloj de nuestras estaciones nunca atrasa. ¿Por qué le sonrío, en lugar de romperle el alma? No meterse a averiguar, si resulta que es el demente latido pierdo el buen humor. Uno no se da cuenta de cómo escupe la gente hasta que ve el piso de una estación.

Calorcito aquí afuera. Prohibido fijar carteles. Para qué negarlo, hay esquinas predilectas de los apurados por necesidades. Inútil que sepamos lo que hay detrás de estos paredones de ferrocarril untados de excrementos. Cuando se los ve de afuera ya no sabemos más. Nada nos dice que por dentro pasa un tren. Hay que ponerse a pensarlo. Y eso que dos cuadras más allá las vías salen a un espacio abierto, por una ancha calle entre transparentes alambrados, a una embustera proximidad de la montaña azul.

¿Y ese borbollón de tipos? Ah, despacho de bebidas. Parece fresco. Borrachos al fresquito. Aunque para ellos no es inconveniente el sol a plomo. ¡Ese tipo despatarrado en el asfalto, en medio del camino, dormitando y cantando! La estrella de la tarde al mediodía. Era un al revés el tipo. Si el maquinista no hubiera parado el tren en pleno campo, para

hablar con una novia, no lo habría oído. Poquito de sueño, alarido, poquito de sueño, alarido. Y en tres notas solas dele repetir el hoyo que me trague y la pelada. Uno ya tiene la costumbre de sábados y días de semana (preguntárselo al Tocho del ingenio) sembrados de borrachos, pero ése, tirado junto a una mesa bajo un sol de cataclismo, era un traidor a la armonía. Las borracheras armoniosas no rompen la costumbre. Son, digamos, la exquisita y puramente opa, la agazapada sobre la política, la soez o la vomitada. Pero esta borrachera, ¿por qué pista corría? Daba escalofríos su impudor desenfrenado. Cantaba con el garguero, con las tripas, ese hombre. Cantaba magníficamente.

Se los tragó la tierra a todos. Ni un alma por la calle. Sí, un automóvil que viene bamboleándose con sus latas al rojo. Levanta una tierra finita, dardo en las narices. Un polvo de mundos de soles gigantes, resecado en los cráteres. Los cráteres del jardín de la república son tortitas de barro resquebrajado junto a los cordones de las veredas. Donde las dejaron los zapatos después de la lluvia de ayer. Tortitas de barro para la mamá que da el jarro. Parecen tortitas de bosta. Tortitas de bosta para la mamá que da la... ¿costa?, ¿rosca? Idiota. Este sol devora. Nos devora. Ayudado por las alimañas, la putrefacción, los mosquitos. Una explosión de voracidad se ceba en nosotros. La única razón de que hayan puesto hombres a vivir aquí es la de satisfacer la necesidad de carne humana de algún organismo inferior. O superior. Mi tranvía. Navegando recalentado por la calle. Upa, amigo. Ah, vamos a oír interesantes conversaciones del guarda con la vieja que le dice Cipriano. Se insultan según el modo tradicional como si se dijeran las cosas más graciosas del mundo. Y a cada insulto se ríen. Los del asiento de adelante hablan, seguro, de una mina: «Vieras, si parecía una tarjeta postal, estaba regia.»

Mirá quién, caminando por la calle con este calor que voltea. Qué siesta para salir. Una lagartija la Atalita. Los de adelante se vuelven a mirarla, «bonita la pendeja». Va al cine con la amiga, seguro. Las dos empaquetadas. ¿Al Majestic o al Splendid? Los elegantes. No se ha desarrollado mucho para tener quince años. En alto sí, en redondo no. Lo feo es su mirada de noventa años que te clava como a una mariposa en la pared. Hay que haber hecho cosas para tener esa mirada. Si no me hubiera criado con ella, como quien dice, no creería en sus quince años, le daría como veintidós.

Ahí sale Miguel Ángel Álvarez. Ir a su consultorio es perder la reputación. Dice el hombrecito, mi padre. ¿Qué mira en lugar de subir de una vez al automóvil? ¡No! Si va a resultar que se ha quedado a esperar que pasen Atalita y la amiga. Se la ve de lejos, con un vestido rosa fuerte y la calle sin nadie. Este viejo de cuarenta se ha quedado nomás a esperar a las chicas. El tipo tiene su pinta. Con esa altura cualquiera la tiene... Decidido, voy al cine yo también. Sábado y domingo para hacer lo que se me dé la gana.

El director. La bestia. ¿Por qué me tengo que venir a acordar de él? Algún día le haré tragar sus burlas. Me ha obligado a reírme con la burla con que se burlaba de mí. A causa de él he comulgado con una barra de chocolate en la panza. Si no pretendía que me desmayara, ¿para qué tenerme horas arrodillado, el estómago vacío? Tragarse la barra de chocolate se volvió imperiosa obligación. Pero vigilaban. No había más remedio que pasar por el confesionario. O elegías una confesión de santo o elegías una confesión de maldito. Según el humor del día. La de maldito era bien divertida. *Entonces, padre, ellos se dieron cuenta de que yo estaba tocándome en la cama, se acercaron suavecitos como lobos* (quién pensaba en comprobar si los lobos eran suaves), *y cayeron sobre mí con caricias delirantes. Desde entonces tengo asco de las mujeres. Ninguna me podrá dar el frenético placer que ellos me dieron.* Peligroso si te olvidabas y le presentabas a un mismo cura la versión infernal y la celeste. Peligroso con los de afuera. Con

los del colegio no había problemas, siempre las alas. Mientras no empezaran a dudar de que el capitán de banda que era yo pudiese coincidir con una imagen de ángel. ¿Y aquella vez que fui a una orgía ritual con negras «ardientes como las llamas del infierno»? No sé hasta dónde hubiera seguido si no me para el de atrás de la rejilla con tono de cachada: ¿y cómo hiciste para encontrar tanto negro junto en la provincia si en mi vida entera no me encontré más de cuatro o cinco?

La dama de las camelias. Seguro que ellas eligen este cine. Volá, Félix, bajá. ¿Qué me mirará el idiota del guarda apoyado en el tranvía como en un balcón? ¿No ha visto nunca un tipo apurado? Adiós, Cipriano... y esta pa' tu mama. Sí, sí, esperate nomás que te mire para devolverme el ademán.

Aunque le saque punta a los ojos, ni señas de la Atalita por la calle. Félix, ahora entre nosotros, si el tranvía hubiera estado parado, ¿le habrías hecho el corte de manga a Cipriano?... Y sin embargo es fácil localizar a cualquiera en esta calle desierta. Una larga cinta de sol con un ribetito de sombra pegado a la pared. Pocos tipos en la puerta del cine. Por las fotos parece divertida la película. El boletero está deseando dormirse la siesta. ¿Si me hubiera visto pasar por la calle habría dicho «es un genio, es un loco, un poseído» o habría dicho «es un insignificante y un blancuzco»? Si lo viera Atalita lo querría para clavarlo con su mirada de noventa años y poder tocar su piel indefensa. ¿Y si fuese Estrella la que lo ve? Diría: «tu inteligencia, mi amor, el hombre más inteligente del mundo, me embrujan tus palabras», y sobre la piel de oso del suelo se estiraría, llamándome, porque estaríamos dentro de una casa. No hay vez que un espejo no me haga efecto. Me deja manoteando. Al primer golpe de vista no reconozco la imagen, aunque me hable de alguna afinidad sobrenatural y maligna. Sin embargo, yo quise ser un santo. Alguna vez lo quise. Me lo habrá impedido la ciudad. Porque la ciudad, que con ese nombre de azahar y de luciérnaga exige santos, se encarga de triturarlos en embrión. A decir verdad, yo quería ser santo sólo los días de procesión. Que eran lindos no lo puede negar nadie. En la plaza se hinchaban los azahares. Uno comía a Dios en un azahar. Daba ganas de llorar la tibieza del aire, y parecía verdaderamente inmortal el alma. Era el alma la que se levantaba sobre la multitud de rodillas, la veía negra, la veía blanca en los uniformes, la veía dorada en los estandartes. Planeaba sobre el silencio. Azahar, incienso, aromas antiguos. Si siempre Dios hubiera tenido olor a azahar, yo no estaría obligado a ser el peor de los hombres. Pero tiene también olor a cura. Sobre la gente, sobre la plaza, sonaban las campanas. Yo era una campana que se ha echado a volar. Fuerza efímera, potencia sin razón, saturando de eternidad lo que tocaba. Yo, un cuerpo, una campana. Efímero. Un cuerpo. Quizá fue por envidia que inventé —que inventó, yo, él— el alma. Envidia de todo lo que cuenta con cifras de infinito. Por envidia del cielo, del verano que vuelve y vuelve, de la espuma del mar que nunca he visto. Pero no te inventé para que me arrastres. Te estoy gritando: que te nazcan alas. Que me extiendas sobre tiempos lejanos, sobre tiempos que no tienen fin. Aunque tenga que ser el peor de los hombres... ¡Qué tarea!... Dios era el alma lastimada por el olor a azahar... Y no me puedo pasar la tarde mirándome a un espejo. Sobre todo a uno que insulta. Pero mi piel es perfecta, y tengo un aire interesante... ¿Seguro?... Bueno, acabemos.

Por fin la Atalita. Podría haber tardado menos. Yo me le acerco, caiga quien caiga.

—¿Querés que te acompañe, Atalita?

Claro que quiere, se muere de ganas. Pero tiene que cumplir con el «no, no, bueno, no sé, pero me van a ver, mejor no».

—Nos sentamos atrás si querés, así no te ven.

La amiga dice: yo ni pienso.

—Tu amiga se podría ir sola adelante, ¿ah, Atalita?

Atalita nos mira a los dos, *pero mi amiga vino conmigo, no se resuelve.* Y la amiga se enoja, vos hacé lo que se te dé la

gana, yo sé andar sola, pero para otra vez... Y se va a sacar su entrada. Atalita me mira, casi llorosa, casi igual a un bicho acosado, suplica *voy un momento con ella y cuando se apaguen las luces vengo a la última fila.* La otra la mira acercarse furibunda. Atalita saca su entrada. Se hunden las dos en la sala. La amiga va rezongando. Me quedo en la última fila.

Atalita vendrá cuando se apaguen las luces. Para no dar que hablar. Para no perder su buen nombre. ¡Como si tuviera alguno! Lo debe de haber perdido hace unos buenos años desde que empezó a enfermarse. Lo único que falta ahora es que un enfermo se tome por persona decente.

Se apaga la luz. La verdad, vive raro la gente de aquí. Son sonsos, pasan todos los días igual, y sin embargo están locos. No sé cómo ocurre, no sé explicarlo, es simplemente así. Yo también estoy loco. Mi madre reza novenas, va a todos los velorios, devuelve visitas, de sombrero, y está loca. Si es un velorio grita por un muerto desconocido, si es una novena reza con los ojos en blanco, si una visita se tuerce en risitas sin diversión, «mire que había sido zafao, compadre». Le gusta llorar; se ríe cortés con las groserías.

Apurate, Atalita. Los ventiladores. El neto blanco y negro de las imágenes en lugar de colores derretidos por el calor. Esta mula que no viene. Si por lo menos fuera Estrella Bertrand. Sufre la Dama en la pantalla. Cuando se ríe sufre. Es como mi madre. También está loca. A mi madre no le gusta que la retraten. Dice que sale fea. No sabe que es fea. Toronjil, ruda, tomillo, yuyos olorosos. Yerbabuena, el nombre de la cuesta en honor de los olores. Las yerbas y los casamientos horribles, todo se da aquí, todo mezclado. Hay cajitas que guardan también azahares amarillentos. La fea Pepa y su bello marido, la Navarro y su extranjero. Todo es desatino aquí. Cajitas de recuerdos y de yuyos.

No se anima a venir. Es una cobarde la Atalita. Morena y cobarde. Me revienta la gente que no se juega. Provinciana. ¿Por

qué no se sabe nunca si la Dama va a reírse o va a llorar? Abre la boca para reírse, levanta el ángulo de la ceja para llorar. Al mismo tiempo. Es la mujer para Tito Ceramico. Ya no vendrá. Venció la amiga. Los del tranvía le dijeron bonita, Miguel Ángel Álvarez se quedó esperándola. Oh, que venga, Dios mío. Aquí está. ¡Viva, viva! ¡Viva yo! Pasa al asiento de al lado. Me roza las piernas. Tiene un vestido con volados. ¿Por qué está tan bonita?

—Oye, ¿te pintaste?

—Sí, ¿te importa?

Es un desafío. Yo hubiera debido comprar pastillas de menta para hablarle bien de cerca. En la fila de adelante sólo hay un tipo, que no se enoja porque conversamos. Aunque hablamos bien bajo.

—¿Sabés que Miguel Ángel Álvarez se quedó en la puerta para verte?

—¿Miguel Ángel Álvarez?

—No te hagás la tonta. Si sabés perfectamente.

—No sería por mí.

—Tené cuidado con él. Según mi padre a las mujeres las emboba su fama de bala perdida. Una hasta se le suicidó en el consultorio. Dicen. Aquí todo se dice, nadie ha visto nada, lo ha oído solamente.

—No era por mí que se quedó en la puerta.

Tenemos que hablarnos muy de cerca, con la boca casi en el oído del otro.

—Qué lindo te queda el color rosa.

—No.

—¿No te queda lindo?

—Yo no soy para un vestido rosa con volados.

Me estremezco. Su oreja en mis labios, tocándolos esta vez, me estremece. Quiero sentirla todavía.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Haría falta una chica blanca, una chica rosa. El vestido para mí es de seda. Seda pesada. Verde nilo, liso, liso.

Mis labios en su oreja. No se retira. Tampoco reacciona. Una estatua.

—Te quedará muy bien.

—Verde nilo... Ése es el vestido para vivir.

Se vuelve a mirarme. Se aleja de mi boca.

—¿Sabés cuál es el otro?

—¿Qué otro?

Junto a ella. Pegado a su oreja. Las caras se rozan. Su piel. ¡Qué suavidad, qué locura! Estoy lleno de puntitos de escalofrío.

—El otro vestido. El que no será para la vida.

Me habla ella al oído ahora. Sus labios en mi oreja. Parate corazón, me vas a sofocar.

—Ése será de gasa, o de cualquier cosa muy liviana. Tendrá unos colores muy tenues, casi desteñidos. —No lo resisto. Querida. Tu caricia. Seguí, seguí hablándome al oído. Es como si me fuera a desmayar.

—Yo me lo pondré cuando llegue el momento, me sacaré los zapatos para que ya no me pese nada, y empezaré a subir por el aire como por una escalera.

Cuenta en mi oído. Sabemos más de todo que el mundo entero. Me estremece tu boca en mi oreja. Me estremece tu cuento.

—El aire tiene peldaños —digo, lo repito quizá.

No puedo pensar lo que decís, querida. Hay algo en tu cuento que no quiero pensar. Tu mano. ¿Dónde está tu mano? Aquí. La tengo. Me enloquezco. Tus dedos, la punta de tus dedos. No me los saques. ¿Por qué me los sacás?

—¿Y vos, tenés un traje para eso?

—¿Yo? Yo estaré desnudo. Dame la mano.

Dame tu mano. Sí, así, hacé resbalar tus dedos por la punta de los míos. Se me corta la respiración. Yo me muero. Me vacío. A-mo-ro-sa. Amorosa... Estoy exhausto. Apretame la mano. ¿Sentiste? Qué calma. Qué cansancio.

Me dormiría ahora. Somos amigos. Nuestras manos son amigas ahora.

—Me dormiría.

Extendido en mi asiento. Tirado. Lejos de ella. Se zafa de mi mano. No tengo ganas de hablar. Silencio. Película. Mujer que se deshoja, que camina como deshojándose. Se le desprenden pétalos. Drama. Pierde drama como las flores pétalos. Un esfuerzo para volverme de lado y espiar a Atalita. ¿Qué estará pasando por esa cabeza? Los del tranvía le dijeron bonita. ¿Será cierto?

—¿Vos te creés bonita?

Mira, herida, rabiosa, ofendida, qué sé yo. Vuelve a la película presentándome un perfil de piedra.

—Oye, no me hablés más de tu vestido para andar por el aire.

—¿Por qué? —víbora pisada.

—No me gusta. Ves visiones.

—Quisiera saber cómo hacen para vivir los que no ven visiones.

Ya se cerró, la maldita. Como una piedra. ¿Qué me importa? Por mí que esté o que no esté, lo mismo da.

En la pantalla la mujer se desgaja de pena. Atalita se levanta.

—Me tengo que ir.

—¿Qué, te enojaste?

—Me tengo que ir.

—Conmigo no se juega, señorita. No te vas a ir porque yo no quiero. No te vas a ir hasta que a mí se me dé la gana... Bueno, ya te vas a ir. Pero sentate primero un ratito. ¡Sentate! ¿Qué esperás?

—Chist. Que nos están mirando.

—Que nos miren. Peor para ellos.

Se sienta de nuevo, silenciosa. Yo me preocupo de la película.

—Ahora, sí, me tengo que ir. Dejáme ir.

No. Se irá cuando quiera yo. Pasa un minuto. Que pasen dos, tres, los que a mí se me antoje. Se levanta.

—Me voy, me dejes o no. Aunque me obligues a hacer un escándalo.

—¿Adónde irás que estés mejor que aquí? —bromeo. Que no se me note la intranquilidad—. Quedáte un rato más. ¿Me vas a dejar solo?

—No puedo quedarme.

Su voz gime. No sabe cortar las cosas de un golpe. Bah, me da lástima.

—Andate entonces. Pero ¿podés salir el jueves? El jueves yo vuelvo del ingenio.

—¿Estás en un ingenio?

—Trabajo. No voy más al colegio. El jueves andá a las siete hasta la avenida Alem y la esquina de casa. Por ahí es medio despoblado. Nadie nos va a ver. O a las siete y media que está más oscuro.

Ella sabe dónde está mi casa. No dice nada. Sale de la fila.

—Hasta el jueves, entonces —su voz gime siempre, como si pidiera perdón.

Es una infeliz. Negra filosa y palúdica. Con ésta, ¿cuántas harán? Estrella, la sirvienta de Baigorria, la maestra del ingenio, dos clandestinas. No está mal para tan poco tiempo.

Bueno, se muere la Dama de las Camelias entre sonrisas de agonía. Se murió. Caen sus brazos. Hombres la llevan alzada fácilmente, con la cabeza caída. Luces. Las puertas se abren... Mirámelo a éste, también se vino al cine. Si ya decía yo que era una película especial para Tito Ceramico.

—¡Eh, Tito! ¿Qué tal? Iba a tu casa ahora. Vengo derechito del ingenio.

Salimos. Habla por fin.

—Se ha puesto oscuro el cielo.

—Por el cerro está tronando, ¿oís? Tormenta para hacer pasar las borracheras. En el camino del ingenio hacia aquí

había un hombre tirado. Llevaba una mesa cuando lo agarró la borrachera fuerte. Había dejado la mesa. Él se revolcaba abajo. La mesa estaba bien derechita sobre sus patas.

—¿Qué hacía, vomitaba, berreaba?

—No. Cantaba. A alaridos. Un canto bien grosero. Chistes que le hacía a la muerte.

Doblamos la esquina. Perdimos a la gente del cine. Un nubarrón se descorre en el cielo. Vuelve a titilar el sol sobre el asfalto. Un instante. Ya otro nubarrón cubre el retazo azul. Sólo queda el calor, el silencio, un desierto de calles. Resuenan nuestros pasos. Tito los oye. Él también se da cuenta.

—Va uno tan pegado a otros unos en este sitio que ya no se sabe quién camina, nosotros o los fantasmas.

No quiero que hable de eso. Es lo que yo digo, que estamos todos locos aquí. Otro nos vive, y a cada rato nos revienta por la piel aburrida.

—Félix, era maravilloso ese borracho del camino.

—Sí, sí, muy maravilloso.

—¿Te das cuenta? Había llevado una mesa para emborracharse.

—No faltaba más. ¡Cómo se iba a olvidar de algo tan esencial!

Ya le salta la provincia encantada a sus ojos de porteño. Nunca dice qué hace aquí, aunque se lo pregunten, contesta: estoy bien, oigo rebuznos lejanos, la vida es más misteriosa, olvido. Qué. Lo que puedo.

—¿Si fuéramos a La Granja?

—¿A qué? ¿A ver la aristocracia? —dice.

—A tomar un helado con granadina.

—Estará lleno, como siempre. Ese sitio oscuro y desgraciado es de los preferidos. ¿Por qué? Nada tiene leyes. —Sonríe con su sonrisa desvaída, como muy vieja, casi un recuerdo—. Félix, tu borracho, cantando a garguero desplegado, quizá se estaba muriendo. Quizá no estaba borracho. Quizá

tenía ya una puñalada en la espalda. Sudaba la desesperación de su muerte bajo el sol por todos los poros.

Truena más cerca de nosotros. Hay un negro caos en el cielo. Yo me acuerdo, reverberaba esa cosa cantada sobre el asfalto, como hace un ratito el sol aquí, cacareada, hecha a eructos, la pelada.

—Si tenía un puñal no seré yo el que apruebe que haya ido a estirar la pata bajo un sol de infierno. Pero no tenía un puñal. No le habían reventado la grasita de la espalda.

Tito me mira. Dudo de él. Esa capacidad que tiene para encontrarle maravilla a todo. Es una marca mala. Todavía sigue moviendo la cabeza en cretino embeleso.

Hay la quietud que precede a la lluvia. Dos pájaros tranquilos vuelan alto. Pregunto:

—¿Qué dirías vos de uno que va a confesarse, y cuando las confesiones son verdaderas le arden como una escaldadura, pero cuando son falsas, y más tremendas las inventa, más serenidad le traen?

—Diría que es alguien como todo el mundo, que para engrandecerse inventa cosas.

—¡Te parece! Para mí es un proceder extraño, fuera de lo común.

—Todo es posible. Pero en mi opinión, ése debía procurar que sus confesiones se volvieran verdad. Es lo único satisfactorio.

Se ha levantado viento. Caminamos por calles de un irreal color de tierra. Nos empolva de pies a cabeza. Parece ceniza. Nos empolvará a lo largo de la vida. Como no nos vayamos de aquí...

—Era un hombre, Félix. Cantaba su miedo.

Eso sí lo asombra, esas ordinarieces. Y no que alguien invente pecados.

—Un hombre bien grotesco. La cosa que cantaba es grotesca.

—¿La cosa?

—La que nos repta por dentro... Y basta de esto. Tengo asco. El reptil, la muerte, bah.

¿Por qué habla siempre de lo mismo? Él y Atalita y todos. ¡Vestido para la muerte! ¿Por qué tienen que hablarme a mí? Ya me suben a la cabeza el furor, el vértigo, el asco. El vómito viene a la boca. Y no sale. Arde. Como estas ganas de reventarle las palabras en los dientes antes de que las diga. Me está mirando con sus ojos pálidos. Exploto.

—¿Por qué no sale la gente a la calle y se saluda con grandes risotadas y le retozan los ojos? Si está por llover. Dentro de nada empezará la tormenta. ¿Corremos?

—Ayer la vi a tu hermana.

—¿Le hablaste?

—No. La vi desde el altillo. Pasó tres veces por la vereda de enfrente. Sin fijarse en nada más que en la puerta de una casa recién alquilada. Ni sé quién vive.

—Alguna curandera seguramente.

—¿Está enferma?

—Bah, las mujeres tienen siempre algo que arreglar con la curandera. Pero esta vez ha de ser por mi madre.

—Corramos. Una carrera con la tormenta. Y si no, que nos empape.

Las estrellas federales velan su rojo con tierra. Yo no quiero que me empape. Yo quiero que me resbale sobre la piel y estar desnudo. La calle desierta. Es como si recorriéramos una vieja ciudad muerta. Un gramófono estridente es sólo estridente, no alegra, no trae compañía.

—Hay música en esa tumba —grita Tito sin dejar de correr.

En el cielo, los pájaros han perdido la calma. Huyen. Estamos en la casa de Tito.

—Es ella —grita entusiasmado, cara a la lluvia, *ella* nos empapa por la escalera del altillo.

—Es ella —repito yo. Ya, ya me desnudo.

Plazas y malvadas

Hay un eslabón perdido entre las plazas San Martín del mundo. Todas tienen su estatua de general, su caballo de general y, sin embargo, no son el general ni el caballo. El espíritu que planea sobre las plazas San Martín del mundo les viene quién sabe de dónde, quizá de sus parroquianos, quizá de la atmósfera propia de cada ciudad, pero es distinto en todas.

Es Tito Ceramico el que conoce las plazas y niega absolutamente el parentesco de la San Martín de Buenos Aires con la San Martín de Córdoba, la San Martín de Pergamino y la San Martín nuestra. Cuando yo opino de ésta «será el aire del leprosario», él no lo admite. Quiere justificar las diferencias por particulares formas de pereza o por la distancia a que están de la montaña. Entre el *esperame un momento, ya, ya llego,* de la de Mendoza, al *déjenme ir por ese río, que me lleva el viento,* de la de Buenos Aires, hay tropillas encandiladas, tierra de todos los colores, borbotones de palabras que pasan del taciturno al enfático a medida que se acercan a la orilla del gran río, lluvias que abandonaron el olor a yuyos antiguos para tomar el olor del asfalto. El erótico olor del asfalto, según Tito Ceramico, que no sabe de lo que habla, sospecho.

Y el hermano marinero de Tito dice —siempre según Tito—: Ver la San Martín de Roma y después morir.

Para hablar de la nuestra, Tito describe un jardín difícilmente verificable. Un jardín en dos partes: clara la de la estatua, sombría la de los juegos. Sombría bajo los árboles, una isla de penumbra cercada de sol y verano. Espectral. Entendámonos, nada de claro de luna ni vagarosas formas blancas; sí gritos alborotadores como de cotorra, humedad que oculta, sombra que oculta, juegos con sobreentendidos a veces atroces. ¿Y el espectro? Su presencia aparente, su presencia inocente: cuerpitos expuestos al sudor, el olor sudado de la infancia, el sudor chupado sobre los brazos. Lo espectral de Tito, para nuestra plaza, destaca el calor, las mañanas con chorritos de agua que bañan caras encendidas de juego y fin de clases, las mañanas ya imbricadas en la siesta, aunque sean apenas las diez. Destaca también el caer de la tarde, pero ahí ya el espectro es menos neto, su calor de vida se está extinguiendo. A la hora del espectro empalidecido, entre el follaje, los juegos, las hamacas, los toboganes, los médicos, o quizá qué, que salen del hospital de leprosos, las voces alborotadoras se callan, los cuerpitos pierden su isla sombría —ya todo está por ser sombra—, aparecen al borde de la línea de árboles, y pasan a la luz de la parte de la estatua. Cae la tarde. El sol hace sus últimas piruetas, se mira en su espejo radiado y muere. Los chicos se sosiegan un momento, sentados al pie de la estatua. Una sirvienta renga habla con fervor de Greta Garbo. La Pepa y su bello marido pasan del brazo, mi muñequita, mi muñequita, ella mira a los chicos, él sólo a ella. Empieza la sombra, el espíritu de la plaza también se extingue. Es antiguo, suena a batallas, a locas que esperan que las plantas alcancen su exaltado perfume nocturno para acariciar su locura, a gritos y voces que ya murieron.

Eso es lo que pinta Tito. Para mí que ése tiene una vidalita en la cabeza. Estaría bien acollarado con la Atalita. Cuando sale con sus plazas le sostengo que sólo los espíritus de un caballo y un general juntos pueden volver tan aburrido un lugar. Muy bien que el general sea de los pocos nuestros que verdaderamente pelearon y verdaderamente trajeron la libertad

—el pobre tuvo más éxito como héroe que como hombre— pero es difícil desprenderse de la visión de general que tantos bigotudos han regado con su saliva. Yo confieso que aunque el general nuestro sea un héroe, a mí me gusta más el otro, el de allá arriba en América, el que quizá no era tanto un héroe como un alucinado, un frenético, un cruel, un ambicioso —hay quien dice un traidor—, pero todo eso hasta el heroísmo, hasta la grandeza. El nuestro era un hombre honesto y sensato. Sólo en un momento de descuido dejó la Historia que se colara a nuestro hombre honesto y sensato, ella, que tiene la pasión de la insensatez. Va a resultar que cuando le gusta un tipo para héroe se encarga hasta de hacer olvidar los rasgos honestos y sensatos.

Aparte de esto, mi grito de guerra es: tirria a los generales. Razones: se retratan demasiado, y antes de ser generales tuvieron que ser subtenientes, lo cual significa un tendal de pendejas en cada guarnición de provincia. Imaginarse, un novio subteniente es casi como un flirt con el Sagrado Corazón, si no más, porque Jesús no tiene rango social.

Atalita y Tito. No estarían mal juntos. Son románticos los dos, idílicos, líricos, delicuescentes y todas esas palabras para representar a uno que se mea a chorritos y es incapaz de vivir con naturalidad según sus instintos. Atalita, sin embargo, materia plaza San Martín, puede ser clasificada con unos cuantos puntos más que Tito. Dice que cuando pasa en tranvía cierra la nariz, «no quiero leprosos en mi familia, imaginarse si me voy a permitir el lujo de volverme irrespirable». Yo le retruco que ella va a la plaza. «Sí, pero entonces es distinto, no paso porque el tranvía me lleva, voy porque me lleva el miedo.» «¿Te gusta el miedo, eh? ¿Qué cosas harías para encontrar el miedo?» No se lo hubiera dicho, le apareció su aire tan malvado de dar escalofríos. Las calles de tierra fuera de los cuatro bulevares. La tierra finita se metía en los zapatos. Desde una casucha, una mujer con las canillas como tero

nos espiaba, si es que una piedra puede espiar. Un caballo atado a una morera se espantaba las moscas y una le colgaba muerta del ojo resignado. El aire malvado no me retenía, me daba vértigo.

—Atalita, si me querés me tenés que dar una prueba de amor.

Maldad y delirio.

—Ah, ya veo, decilo sin tantas vueltas. Lo que querés es acostarte conmigo. Si seguís hablando así van a decir «tan delicado, si parece una señorita».

Cara a cara, sin avergonzarse de usar palabras de clandestina. Con palabras que las clandestinas no usarían.

—No, señor, en el pastito no. No son buenas las camas donde podés encontrar soretes.

La puta. Más puta que cualquier puta de la Suipacha. Al menos ésas tienen algo de vergüenza y no dicen lo que dice ella.

—En otro lado, entonces.

—¿Lo tenés?

—Una amiga podría recibirnos quizás en su casa.

—¿Y su familia?

—Es sola. Aunque no, vive con una parienta.

—¿Qué va a decir la parienta? ¿Y ella misma?

—Oh, son personas muy libres, muy amplias de ideas.

—Ah, empezá bien el cuento entonces. Aquí, lo sabés muy bien, el que es libre está fuera de la ley. ¿De dónde es amplia tu amiga, decís? ¿O a qué le llamás idea?

—¡Atalita!

—Atalita ¿qué?

—¡Oír hablar así a una chica que va a la plaza Independencia!

—Estrella Bertrand también va.

—No hables de ella. Dejala tranquila. No hay nada de común entre ustedes dos. No te quieras comparar.

Largo silencio. La noche de la plaza Independencia y Estrellita. Ella rubia, ella blanca, que va y viene con las amigas. Me levanto, que me vea, que me salude, acercármele. Me ve, como sin comprender al principio. Sigue una sonrisa lejana. La cortesía para el inferior, el empleaducho, con empleo conseguido por la adulación del padre Gauna al padre de Estrellita Bertrand. Me quedo mirándola, me quedo mirándola, con sólo mi fachada de piel y huesos, ido quién sabe dónde el relleno del cuerpo. Largo rato, hasta que un tipo flaco, uno de los de la colonia de niños débiles, como le dice Tito a la aristocracia, se le acerca, hasta que Tito me toca, hasta que me río, hasta que digo: otra insidia que le debo a mi viejo. Y no explico nada, porque uno no es un marica que vaya a andar hablando de amor. Los hombres tienen a las mujeres para lo que yo la tengo a Atalita. Que no la mencione a Estrella.

—¿No querés ir entonces a la casa de mi amiga? —digo.

—¡Cómo no! —levantando la cabeza que ha tenido bajada durante todo ese rato—. Vamos ya, ya mismo, los dos juntos a hablar con tu amiga.

Hasta la casa de la Lucía mudos, y mientras yo llamo a la puerta, ella alejada, pero fue aparecer la Lucía y no despegársenos ni un minuto. Inútil querer mantenerla lejos para hablar con comodidad. Acercándoseme, metiéndose entre los dos, mirándome siempre con una burla malvada. Hasta que la Lucía la tuvo que parar.

—Precisaría hablar con el señor.

—¿Para arreglar el precio? No le pida mucho. No tiene con qué.

¡Las palabrotas que soltó la Lucía! De esas buenas, ingenuas, palabrotas limpias. Escandalizada. Ella, que me acababa de decir: cómo te metés con una chiquilina, llevála a su casa, pobre criatura. ¿Y cuál fue la contestación de Atalita, cuál, santo cielo?

—Yo digo que no tiene con qué, ni para usted ni para mí. Y no hablo sólo de plata.

Malditas. Andá a entenderlas. No va la Lucía y se pone a acariciarle la cabeza riéndose a carcajadas.

—Andáte, piba, no quiero líos con la policía. Aunque sea como vos decís, si te ven entrar aquí van a creer que tenía con qué.

—Ya ves, Félix —y siempre la sonrisa—, no es por mala voluntad. Adiós, señora, me acordaré de usted.

Sonrisa angelical en ese momento.

—Recordame en tus oraciones —recomendación de la Lucía riéndose a toda oreja.

Y todavía intenta irse y dejarme plantado. Pero conmigo no se juega. El brazo le habrá quedado casi arrancado del tirón. Es loca, reloca. Ponerse a hablarme en seguida de bueyes perdidos como si nada hubiera pasado, mientras nos íbamos caminando.

—El peluquero de la vuelta de casa tiene una sirvienta morochita y risueña. ¿Viste ese negro que salió de la casa mientras hablábamos con la señora Lucía? Yo los vi mirarse, a él y a la morochita. Creo que no se animan a hablarse.

Y yo dejándola seguir sin insultarla. Un calzonudo. Uno nunca sabrá con esa loca. Cambia de opinión porque sí. ¿No se le ocurrió decirme?:

—Proponeme algo.

Uno aprovecha la oportunidad, ¿no?

—Vernos en algún lado tranquilo.

—Son todos. Cansan de tan tranquilos.

—Sabés lo que quiero decir. ¿Y si fuera el zaguán de tu casa a la noche?

De nuevo la insolencia, de nuevo la burla. ¿Pero qué quería que le propusiera? Esta vez nada de pillarme mansito.

—¿Acaso no lo ves a Carlitos en el zaguán de tu casa por las noches?

—¿Qué sabés vos de Carlitos?

—Sé que es una especie de novio tuyo que te... Bueno, eso, detrás de la puerta del zaguán.

Ni que me la hubieran preparado la venganza. Ni que me la hubieran servido en plato de oro. Se encogió como un bicho, como un usamico pisado. Hablaba, claro, hablaba bajito para decir no es cierto, no es cierto, hasta que salió corriendo sin decirme adiós. Tomá por tus desplantes.

Justo en ese momento Tito Ceramico brota de algún lado. Más que casual. En estos últimos tiempos está haciéndose el aparecido o yo qué sé. Se lo dije: te estoy encontrando mucho por casualidad últimamente.

—Hoy no es por casualidad. Vine detrás de vos. Desde hace tiempo estoy por decirte algo. Es esa casa frente a la mía... Estamos recién mudados y yo no sabía...

Qué loca es la vida. Ni se me había ocurrido que la nueva casa de Tito está frente a la de la Lucía.

—Te dije que la había visto a tu hermana, ¿te acordás? Era frente a esa casa.

—Vos estás mal. ¿Te la imaginás a mi hermana en eso? Te habrás confundido.

—No. Era ella, podés estar seguro. Tenía un vestido marrón con cuello blanco.

—No me hagás reír. ¿De dónde querés que mi hermana levante un tipo?

—Yo no te dije que pasaba frente a la casa para eso. Sé que no era para eso.

—¿Un vestido marrón con cuello blanco? Sí, esperate, lo cosió el otro día. El piso estaba lleno de hilachas marrones. ¿Y si fuera ella nomás? Ahora mismo voy a casa. Ahora mismo. Y le rompo el alma si no me dice la verdad.

—Si te lo dije no fue para que armaras escándalos en tu casa sino para evitar futuros disgustos. Tu padre...

—Mi hermana ¡ese loro! Una arrastrada. Si no me dice la verdad a mí, al viejo se la va a decir.

—No te pongas así. Hablale con calma. Ella no tiene ninguna culpa. Vos sabés cómo se transmiten aquí las noticias. Llegó hasta mí, que nunca me entero de nada. Por eso te digo que no la culpes antes de hablarle. Yo ni sabía que era tu hermana.

—¿Y cómo querés que me ponga? ¿Con todos los dientes al aire para festejar la noticia? Que haga de su culo un candelero pero que no arrastre a la familia por el barro.

—No la culpes sin saber, ¿querés? Y hay cosas que yo no puedo discutir con vos, así que no sigamos. Tomá las riendas del asunto, hablá, y no le digas nada a tu padre hasta no tener un plan. En cuanto a las familias, ninguna pierde el honor porque uno de los suyos mire una casa.

—Basta de frases.

—Andá, no te pongás así. Si no querés no hablamos más, pero antes te quiero decir solamente que no es lo que creés... Oye, parecía jovencita la chica que llevaste a esa casa.

—Ves bien vos ¿eh? Pese a la luz piojosa de estas calles.

Uno a veces tiene sus inspiraciones. Gran idea la que se me ocurrió. Atalita va a comprobar que conmigo no se juega.

—Bueno, tenés razón, no hablemos más. Ahora voy a casa a hablar con mi hermana pero esta noche paso a buscarte.

Y si me contestó algo no lo supe porque ya estaba corriendo hacia mi casa. Mi preciosa hermana ausente. Ausente todo el mundo de mi preciosa casa. Andaban por ahí tomando el fresco. De nuevo a la calle de tierra, de nuevo a atravesar el bulevar asfaltado, anda que te anda, hasta desembocar en la plaza San Martín. Sentaditas, modositas, con una facha insoportable de perros apaleados, estaban las mujeres de mi familia, junto a la estatua, mirando a todo el que pasaba, desde que aparecía hasta que se esfumaba.

—Señorita Gauna.

Primero fue su temblor sobresaltado. En seguida vino el sobresalto materno.

—Ya íbamos a volver. ¿Pasa algo? Ya nos íbamos. La comida está casi lista, las papas peladas. Se hace rápido.

—Vieja, la deben de haber insultado mucho por comidas no listas para que se asuste así.

—Ya venís peleando.

—No te mortifiques por él, mamá. Dejalo que se haga el gallito. ¿Con quién querés que se saque el veneno si no es con nosotros?

—No te equivocás. Con vos me lo voy a sacar. Tenelo por seguro, mosca muerta.

La madre se levanta, vamos, vamos, se va a hacer tarde.

—Andá vos, yo me quedo con la señorita Gauna. Tenemos que hablar.

—Félix, no hagas escándalos. Dejala en paz a la pobre. Vamos a casa.

—Sí, sí, ya vamos, mamá. Pero andá vos adelante. Ella y yo tenemos que arreglar cuentas.

—Yo no voy a dejarla sola a mi madre porque al señor se le ocurra.

Y se me levanta y se pone al lado de la vieja. Buena bajada de copete te vas a llevar.

—¿Cómo te fue con tu vestido marrón nuevo? Te sirvió para exhibirte por esas calles, ¿eh?

—¿Y por qué no puede pasearse si se le da la gana? Ya bastante trabaja para vos y para todos nosotros.

—Pero también se toma sus distracciones, no te creas. Hay calles que la atraen mucho. Mejor dicho, casas.

—Mamá, dejame con él. Andate. Es inútil que te hagas mala sangre. Caminá delante. Nosotros te seguimos.

—Félix, hijo, dejá de pelearte por una vez.

—Andá adelante, mamá, por favor. Yo ya soy bastante grandecita como para defenderme sola.

—Sí, bastante grandecita como para hacer muchas cosas. Sola o acompañada.

—Mamá, por favor, caminá. Por favor. Mirá cómo nos mira la gente.

Es cierto. Tienen hasta las bocas abiertas. No hablemos de la sesera, una usina para que todo lo que entra salga transformado en chisme.

—Ya me voy, pero no hablen tan fuerte. No griten, por Dios.

Tan apagada como la luz de los faroles mi madre. Tan triste como una calle de las afueras. Camina agachada. Llega el momento de las cuentas.

—Arrastrada, porquería. Una mona caliente.

—¡Qué estás diciendo! ¡Cómo te atrevés!

—¿Por qué no te instalás en una casa pública y te mandás mudar de la nuestra? ¿Te han visto, sabés?

Temblor en el brazo dentro de mi mano. Temblor que se acaba con la velocidad de una cuchillada.

—¿Qué me han visto? Yo no he hecho nada.

—Caminá. Caminá, arrastrada.

—No me empujés. Camino sólo porque mamá va dándose vuelta inquieta. Y soltame el brazo. Y no me busques porque me vas a encontrar. Se acabó. Dejate de hablar porque estás loco. Yo no hablo más con vos.

—La señorita no sabe de qué hablo. ¿Querés saber de qué? De una casa cerca de la vía del tren, con un escalón bien alto a la entrada y tres puertas a la calle que nunca se abren. ¿Sabés ahora?

Sí, ahora sabe, se le nota en todo.

—¿No tengo derecho a pasar por donde se me dá la gana?

—Hubiera estado yo aquí en vez de estar en el ingenio. Te rompía el alma.

—Siempre estás a tiempo.

Si ella no hubiera frenado mi amago de golpe con un golpe efectivo, quizá no la habría hecho escupir sangre. En plena calle. Se me vino a los ojos, a la cara. En el más abso-

luto silencio. Sólo jadeando los dos. Mi madre ya iba lejos. Las voces cortadas por el jadeo. Ninguna amenaza le hacía efecto. «Esta noche se lo digo a tu papito.» Nada, dura como un bife duro. «Te voy a sacar los dientes, te voy a marcar, te voy a aplastar la nariz más de lo que ya la tenés.» Nada. El cuerpo a cuerpo no se aflojaba. Quizás éramos luminosos en la oscuridad. Unas sombras chinescas al revés. A una de las figuras le pasó algo curioso. Tuvo ganas de entrar en el cuerpo que golpeaba. Le ondeaban culebritas eléctricas desde los pies hasta el vientre, desde la cabeza hasta el vientre. Con ganas de escaparse. Una contorsión más del otro cuerpo, refregado al suyo en la pelea, las haría verterse. Desbordarían, abierto su camino por la maravillosa descarga del insulto. «Puta, puta, los viejos van a saber esta noche qué clase de puta tienen en su casa.» Y zas, la sorpresa, la victoria fulminante, el ablandamiento de la otra. Cuerpo aflojado, resistencia terminada.

—¡A ella no! A ella no le digas nada.

Jadeo, sollozo, en todo caso algo que en mi hermana era asqueroso.

—Ah, confesás, perra. Hubieras pensado antes en ella.

—No le digas nada. Por favor. Es también tu madre. Tenele lástima.

—Vos no se la tuviste. La señorita no pensó más que en darse el gusto.

—¡No! No es cierto.

—Ahora no es cierto de nuevo. ¿En qué quedamos, porquería? Le quisiera ver la cara al que se te animó.

Nuevo corte en la escena. Serenísima, casi ida.

—Bueno, contáselo a papá. Lo que han visto y lo que no han visto. Pero a ella, Félix, si se lo decís la matás.

Y Félix —no se sabe por qué— entra en componendas.

—No está enferma, que yo sepa, para morirse por tan poco.

—Se morirá por nada. Está enferma de infelicidad.

—¿Qué motivos tiene para ser infeliz? Con una casa, quién la mantenga, un hijo para querer. No, no le veo los motivos. Pero los huelo. No te alegres. No creas que te vas a librar. Al viejo se lo digo no bien lleguemos a casa.

En casa, mi madre ansiosa, esperándonos, el tipo arreglando algo. No, no es la noche para decirle nada. Porque yo tengo otra cosa que hacer esta noche. La extraña madre de Atalita y su hija no se van a levantar amigas mañana a la mañana. Y mi hermana puede esperar. Mejor el fuego lento para los condenados. Que se consuma pensando: *¿Por qué no se lo habrá dicho a papá? ¿Qué piensa hacer Félix? ¿Me estará preparando una venganza peor?*

Cuando atraviese esta noche la plaza San Martín de vuelta, qué buena jugarreta te habré hecho, Atalita.

Hermanos

Félix Gauna, te necesito para matarte.

Ya sé en qué momentos me querés; ya en cuáles te revuelvo el estómago.

Te lo juro, te haré pagar aunque sea dentro de mil años el precio de lo que me hiciste. Esperaré, ahogada de odio, toda la eternidad si es necesario.

Presentarte así en mi casa, de noche, con tanta maldad. Y no es lo peor. No es nada. Lo peor es lo que me obligaste a hacer con tu amigo.

La calle cubierta de balcones, los balcones cubiertos de ojos. Las puertas con racimos de ojos, las veredas con racimos de aburrimientos. Mi madre en el balcón, adormilada. Por las esquinas, el baldío, los huecos de las puertas, se escondían las chicas. Alguna me quería esa noche. Extraño. Ya están contagiadas por los grandes. Yo empiezo a ser la dime con quién andas te diré quién eres. Yo ya pego el mal. Extraño, alguien me quería esa noche, alguien me introdujo en el juego.

La oscuridad, su tristísima ronda. Un farolito débil y alto en una esquina, un farolito débil y alto en la otra. En medio algún zaguán alumbrado apenas. Para soñarlos en escenarios de pesadilla. Para soñarlos de aquí a mil años. Cuando te mate con dolor, Félix Gauna.

Yo untada de oscuridad. La tendré pegada a mí quién sabe por cuánta vida. Oscuridad sin terciopelo. Oscuridad con tiña. Alguien me quería esa noche. Alguien me metió en el juego.

Escondida en el umbral vi los dos bultos acercarse al balcón de mi madre. Y a ella que se levantaba de su silla, despierta de golpe, ya en la pista de los amores, la virginidad y la deshonra.

¿Dónde estaba la luna? Dentro de mí. Para convertirme en fantasma como a todo lo que toca. Para hacerme estar aquí dentro de mil años, con el cadáver destripado de Félix Gauna, en filamentos a mis pies.

En ese momento te odié, Félix Gauna, más de lo que te odié siempre por sin estar siquiera segura de que fueras ése que se acercaba al balcón, porque venías a propósito para hacerme mal. Ya casi sabía lo que ibas a hacer, lo que iba a hacer yo. ¿El amor? Eso que descubrí mientras iba hacia el balcón de mi casa emborrachaba más que el amor, que la violencia, que la alegría. Diamante, tajo puro, desgarrador odio. Desgarrada me acerqué, con el alma extática de odio. Removió la oscuridad su reflejo de diamante. Donde pasa el odio deja estela, y si los del balcón no son ciegos, debieron de verla. Ahora tengo un diamante para impedir a la enfermedad que me vuelva pura podredumbre. El odio mata la podredumbre.

—Aquí te buscan.

—Lo estoy viendo. ¿Estás sano vos ya? ¿Sano del todo? La última vez que te vi tonteabas de fiebre.

—¿La última vez que me viste?

—Qué suerte tener enfermedades sanas, de esas que se terminan.

—¿Lo conocés a Tito Ceramico?

El silencio de mi madre, siempre al acecho, con ramalazos de sospecha. El amigo de Gauna habló, blanca la cara en la oscuridad. Hermano blanco. Mi inventado hermano del blanco amor habló:

—Dicen que se van acabando las enfermedades sinceras. Se vuelven hipócritas y llenas de tapujos.

Salió de golpe la luna. Con los ojos levantados, mi madre daba miedo. Blanco, más todavía, el amigo de Gauna. Vi su cara fina, fina, con perfil también de Jesús niño, como el muchacho que Lila, mi amiga, y yo cruzamos en una plaza. El mismo muchacho que convertí en mi hermano, para Lila, aquella tarde. Si yo hubiera podido habría llenado mi pañuelo de llanto. Pero estaban los otros. Ella y el espantapájaros. Hombros subidos, anteojos de espantapájaros y cabeza ladeada de espantapájaros burlón, nos miraba destilando jactancia. Ella preguntó al muchacho blanco:

—¿Estudia medicina usted?

Se metió el espantapájaros Gauna.

—No, pero Tito sabe de todo.

El espantapájaros de la sonrisa ladeada.

—Lo traje a Tito para presentártelo, Atalita. Ustedes dos se van a entender muy bien.

—Atalita no tiene edad para presentaciones. Es demasiado chica. No quiero que ande con muchachos.

—Sólo con Carlitos —dije— que es un pescado, no un muchacho.

—Con él estoy tranquila. Tiene principios. Es religioso.

—Y se pone un escudito para demostrar que está en el ACA[1].

El espantapájaros se rió. Su amigo también, un poco molesto, un poco admirado. Para ella fue el escándalo.

—¡Tené un poco de miedo! De lo sagrado uno no se burla.

—¿Qué hacemos aquí afuera? ¿Por qué no los invitás a pasar? Nos están espiando de los otros balcones.

—No verán nada malo.

—Una cosa espiada puede volverse mala —dijo el muchacho blanco.

[1] Sigla de Acción Católica Argentina que, en el sitio de los sucesos narrados, significa excremento.

Arturo estaba en el patio, por dormirse o tomando el fresco, como dice él. Me he estado olvidando de Arturo últimamente. Tendré que volver a pensar porque algo ha cambiado. Arturo no es Pomeresquié, la bolita perfecta. La cara color cantar de los cantares (¿acaso es moreno, Atala?, no, es colorado, como el que bandera entre millones ha llevado), el cuerpo de raza blanca sin brillo, lejana de la raza blanca del muchacho blanco, el pelo poquito, finito, casi rubio, Arturo se hamacaba al resplandor de la luna. Soñando en varones, sus hijos. Repitiendo hasta en sueño: un muchacho me prolonga, en ella yo me acabo, ella es distinta y nunca sabré lo que es. Esa *ella* soy yo.

Se oía el zumbido de los mosquitos. Mi madre prendió una luz.

—Hay visitas.

El espantapájaros Gauna, dulce un momento:

—¿Durmiendo ya, don Arturo? ¿Tan temprano?

—Sí, todavía no ha amanecido.

Arturo sabrá muchas cosas, pero encontrar algo original cuando alguien lo molesta, eso no lo sabe.

El espantapájaros Gauna trajo una silla de la galería, se acercó a Arturo. Quería ser su hijo y su discípulo. Quería hacerse amar. Como si fuera fácil con Arturo, polvoriento de sueño, que entrecerraba los ojos y pensaba no hay paz ni para la pereza. Una caspa de fastidio y de sueño le crecía en el pelo.

Arturo y el espantapájaros por un lado, en el patio. Nosotros tres por otro, en la galería.

—Apagá la luz —dijo Arturo—, hay zancudos.

¿Por qué no estamos todos muertos con esta luna? A lo mejor lo estamos ya. A lo mejor yo ya nunca me he enamorado de vos, blanco amor. Porque no fuiste malo como los mellizos que inventé ni te habitó un demonio como a ellos, que eran la música, el encantamiento, una ultravida.

La belleza del hermano blanco, Tito Ceramico, me sofocaba. Pero él no tenía nada de torero o de mago como para

que yo lo hiciera mi hermano. Miraba como los que viven trastornados de hermosura. Yo no quería que me quisiera a mí, yo no quería. Porque aunque no fuera mi hermano nunca me habría enamorado de él. Yo sólo tengo amor por los que se me parecen, los difíciles de conocer, los odiados.

Arturo se fue a dormir. De la oscuridad vino Félix, el espantapájaros. Y encontró la forma de hablar de nuestro encuentro en el cine. Alarma en mi madre.

—¿Lo habías visto, entonces? ¿Por qué le preguntaste si había sanado? Ya lo sabías.

El muchacho blanco dijo:

—No estaría sano del todo el día del cine. ¿No es cierto, Félix?

Desesperación de Oriental.

—Mentirosa, trápala. Lo que querías es hacer creer que no lo habías visto desde la noche que él deliraba en el baldío.

La risa del espantapájaros y un frenético deseo de golpearlo y de tirarme para que abriera los brazos y caerle sollozando de odio dentro. Para eso vino, para contarle a Oriental que me ve a escondidas.

—Atalita se habrá olvidado de que me vio.

Dijo que su amigo y yo nos parecíamos tanto que hacíamos una buena pareja. No sabe lo que dice. Mi madre contestó algo para poner las cosas en su lugar. Habiendo tanta luna el espantapájaros estaba oscuro. Tiznado también de demonio. No como los mellizos, pura belleza, no con sus caras atravesadas de luz, sus cuerpos atravesados de ademanes de río lento, pero como ellos traspasado de demonio.

Y el inventado hermano blanco me atormentaba con sus miradas. Porque ni tiene ademanes como zigzags ni escamotea el mundo para presentar otro donde las cosas pasan desaforadamente. Para mí. Sin dejarme pegada con el sudor de los mieditos, sin dejarme pegada con el sudor de las conversaciones. Tatararatata, tatararatata, tatararatata. Estoy contenta

con mis hermanos cazadores de coyuyos, los malditos, los brillantes. Hermanos míos que jamás dicen taratata y no lo prolongan a Arturo. Son hijos de nadie, hacen el mal y lo vuelven de oro, inventan, destripan, vuelan.

El espantapájaros Gauna y su risita mirándonos a mí y a su amigo. No depender de su risa ni de sus intenciones. Porque lo odio hasta fulminarme.

El amigo pidió agua. Yo la traigo, ya en seguida. Corrí por el agua, volví con el vaso. Y Tito Ceramico bebió de golpe la fresca, pura agua de la chica que se empieza a amar. Loco de quemadura soltó el vaso, se asfixiaba. El aguardiente se le debió de ir hasta los pulmones. Aguardiente era mi agua, por odio al espantapájaros que creía disponer de mí para darme a su amigo.

La palidez del espantapájaros, la tos del muchacho blanco, su mirada inaguantable, los insultos de Arturo, los golpes de Oriental. Yo merecí todo esa noche. Por odio a Félix Gauna.

Querida

Te he pensado tanto, querida. Te he pensado tanto que no entiendo por qué no me has oído. ¿Me tenés miedo? ¡Quién soy yo para que me tengas miedo! Una pobre criatura que te ruega que vengas una tarde después de que haya llovido. Vendrás, embebida de olores: la tierra mojada y un poco de relámpago. Te veré muy clara. Tendré el negro de los ojos prolongado por el negro de las ojeras y veré más que nunca, sin querer apoderarme ya de nada con los ojos. Te miraré con tanto desapego, querida, que no tendrás dudas de que te estaba esperando, de que en ese momento te mezclo con un dulce de uvas que me encantó, con las fresias que me mandan su olor hasta mi cama, con el arroyo del barranco de los loros, con mis bolitas de colores que fueron princesas, con el patio del toldo, con la tormenta, con todo lo que me ha pasado. No dudarás de que en ese momento te mezclo conmigo. Lo sabrás entonces: yo me creía como eterna. Una especie de fantasma con la memoria entrecortada por sucesivas vidas. Volviendo a vivir olvido. Pero recuerdo. No llego a recordar. ¿Qué importa, qué te importa? Sos ciega, no sabés nada. Al fin y al cabo sos también un subalterno. Y tendré que dejar de rogarte. No te han dado orejas para escuchar... No, quiero rogarte, mi buena, mi humilde, mi única querida. Porque sos la única que me quiere. Enormemente. Tenés para mí una cuna. Donde me colocarás vuelta a nacer. De algo tan exageradamente blanco y suave que no sé qué pueda ser. Me acunarás, me querrás. Me querrás hasta borrarme, hasta vaciarme. Y seré nadie. Sin nombre, sin cuerpo que asentar en algún lado. Con sólo amor. Oh, me querrás, me querrás. Hasta borrarte, hasta no ser nada. Me querrás... Porque si no me quisieras, si no me quisieras, ¡qué desesperación sin vuelta atrás! Entonces, si no me quisieras, estar con vos sería peor que si me hubieran dado al loco José. Pero no serás el loco José. Te lo ordeno. Yo te mando. Teneme miedo. No serás el loco José, por favor. No lo seas. Sé mi querida, sé la que me quiere, mamita Muerte.

Vendrás, habrá acabado de llover. Sabrás que te estaba esperando por ese inmenso desapego que me notarás. Y después será el amor.

Para no morirse tan irreparablemente

Me casé dos veces. Levanté yo misma las paredes de mi casa con una silenciosa obstinación. Era necesario: la pobreza coincidía con el deber de conservar el decoro, a causa de los antepasados y su gloria. Los parches oscuros de mis manos recuerdan antiguas desolladuras. Tuve una hija, Oriental, muy buena, apenas ancha de cara. Cuando enviudé ya estaba mi casa levantada. Después las relaciones empezaron a decir una mujer joven no debería seguir viuda. Me casé de nuevo, tuve a Nora y a Alejo, crecieron, se casaron. ¿Fueron felices? No es cosa de preguntar. Yo ya estoy cansada. Levanté paredes, trabajé para dos maridos y tres hijos. Mi pulcritud no conoció peripecias. Estoy cansada. Hablé durante una vida a dos hombres que no entendían. Viví con dos desconocidos en medio de desconocidos. Cuando mis hijos crecieron ya no tuve fuerzas para querer descifrarlos. No sé quiénes son ni quién es nadie, salvo ella. Sara, Sarita, Tarita, Talita. Mis hijos criaturas me importaron mucho, muchísimo, tanto como para tirarle una tijera mocha en la pierna a Oriental que se escapaba después de mortificar a Nora. Fumar cigarrillo tras cigarrillo, mi actual indolencia: horas que he ganado para la pereza después de un trabajo sin tregua. Pero mi pereza no es ociosidad enrarecida que sofoca las intenciones y no deja que broten ni las imágenes.

Si Sara, Atala, no se me parece por fuera, cuánto, cuánto tiene de mí. Le contaré todo un día. La llevaré al lugar deso-

lado que ella no conoce aún, y le diré las cosas que callé en mi vida. Mis dos casamientos, el primero con un hombre mucho mayor que yo, lacónico y pretensioso; el segundo con un hombre joven, igual al otro. Sin amor las dos veces, por buen tono, como cuadra en una buena sociedad, aunque sea pobre, la primera vez no supe por qué me casaba, quizá no junté la energía suficiente para decir no, la otra, sí, lo supe. Necesitaba un amigo, alguien con quien hablar para saber si hay cosas que todos viven de manera parecida o si cada uno está murado en su propia vida. Me casé para eso y para ensayar la eternidad que me enamoró hace tanto tiempo en las piedras de la montaña. Y Sara, mi Tala, mi Talita que no podía pronunciar su nombre, mi Atalita... ¡Oh, no! No es posible que ella haya escrito esa carta. Oriental miente... No, dice la verdad, ésa es su letra, yo la he visto. ¡Una carta dirigida a quién! A ese negro jetudo, a ese bastardo de las Valladares, a esa roña. ¡La casa de al lado! La casa con que sueñan todos los chicos de la familia. En la casa de al lado, entre jazmines, estampas espiritistas, muebles negros, rejas y perros, viven desde hace mucho tiempo una mujer muy vieja, contemporánea de la historia de la provincia, y su sobrina. Para los chicos eso basta. Nosotros sabemos el resto: la sobrina ya no es joven, sus motas son grises, y ha perdido su belleza —si es que alguna vez la tuvo— en sucesivos amores que produjeron hijos sin apellido. Para uno de ellos es la carta de Atalita. ¿Dónde lo habrá visto, si no vive al lado? Quizás en algún conventillo, no lejos de aquí, quizá ya con una mujer, de la que tendrá también bastardos. La carta es de una ingenuidad que desarmaría si estuviese dirigida a cualquier otro. «Ya te di mi alma. Mi cuerpo no pude darte porque no me diste oportunidad.» Pero está dirigida a un individuo con un grueso belfo morado, no a un adolescente con belleza de ángel, aunque sea un ángel turbio. Atalita. ¡No parece posible! Hay un error en alguna parte. Ya sé, ella es de esa gente demasiado agudamen-

te fantasma como para ser meros, saludables seres humanos. Justamente, la carta es de un ordinario, torpe, ser humano. Ella, como borracha y delirante a los quince años, no pudo haber escrito esa cosa lamentable.

Hubo ese chico Figueroa, hace un tiempo, pero era una criatura él también y tenía belleza.

De noche, una de las tantas de su sueño roto en pedazos por la enfermedad, con los brazos bajo la cabeza, Atalita piensa, Atalita cree. Inventa unas cuantas semanas amada: alguien la querrá hasta impedirle morir del todo. En las noches clarísimas y heladas que ve desde su cuarto abierto al patio, para no morirse tan irreparablemente, urde una persona que la recordará. Buscá, Atalita, buscala pronto a esa persona, no hagas caso de tu edad. Si creés que con eso conseguirás morirte menos, buscalo a tu amor. Pero yo sé, le vas a pedir todo, que sea tu padre, tu madre, tu hermano, tu hijo, la vida y el más allá. Pobrecita, ¿quién podrá ser al mismo tiempo el misterio y su solución, la piel y el desenfrenado espíritu? Pero hubieran debido al menos dejártelo intentar. El chico Figueroa tenía los ojos del amor que pedías. Este individuo de la jeta morada pariente o entenado de los Valladares ¿qué tiene, Atala? Hay una horrenda confusión en alguna parte. He visto tu carta, le has confesado a Oriental que estaba dirigida a él, y sin embargo me niego a creerlo. El chico Figueroa... Pese a que Oriental le atribuye a su familia, debió dejarte intentar. Pero Oriental y su rigor sin compasión. ¿De dónde sale su especie de santidad despiadada? Paciente, sufrida, buena, hay una cosa ante la que le aparece un trasfondo de lagarto: el pecado, lo que ella llama así. «No quiero que ese muchacho Figueroa venga más aquí ni que pases frente a su casa. Quiero que cruces de vereda, que mires la pared de enfrente.» Y Atalita, casi retorciéndose las manos, «¿por qué, por qué?» «Porque no es gente buena.» «¿A quién hacen mal?» «A Dios, a la gente, con el escándalo.» «Mentira. Conmigo

son buenos. La madre me quiere. Los únicos que me quieren. No me espían esperando que la enfermedad reviente por algún lado. Dejame ir, dejame verlos, por favor, por favor.» «Dejala, Oriental. No existen sólo las normas.» «Mimaya, cállese. No le puede decir esas cosas a una chica. Atalita, andáte afuera. ¡Una mujer que vive con un hombre a ojos y sabiendas de sus hijos!» «Es viuda. ¿Qué mal hace?» «Mimaya, Mimaya, pero sus hijos.» «Puede ser que ese hombre los quiera.» «Pero ellos, ¡qué falta de dignidad!» «El chico tiene apenas quince años, Oriental, y no has pensado nunca que quizás esa mujer no tuviera con qué darles de comer.» «Que trabajara. Y las hijas son más grandes.» «¿No comprendés nada entonces de las situaciones en que puede verse la gente? ¿Lo que te importa es parecer de acero inoxidable? *Yo, como peluquero de la señora Pons, me siento muy honrado de cortarle el pelo, es inoxidable. No hay manchas en la lámina de nuestra vecina, la señora Pons, muy emocionados, muy emocionados con el honor.* ¿Ésa es tu aspiración en el mundo?» «Mimaya, no sea injusta. Si supiera lo que he tolerado a mi alrededor.» «No exageres, siempre estuviste rodeada de gente que no tuvo necesidad del pecado, como lo llamás.»

Atalita no fue más a la casa del chico Figueroa.

¿Quién te mató así, Oriental? Eras como una persona viva antes, ahora como una persona muerta. Tus ojos, dos pozos oscuros y alargados, pero llenos de luces que se asomaban bailarinas en la profundidad. Hace años la Luisa vino a contarme que un día, cuando te llevaba de la mano por la calle un hombre le dijo: la chica tiene ojos de *Orientala,* velay. Y ése fue tu nombre en adelante. Me entristecía, me daba miedo tu trabajo junto a mí. Grande para una criatura. Tenía miedo de estarte yo matando la niñez. Pero en tus ojos seguían las luces. Me acompañaste en los años más malos de la pobreza. Los pinchazos de tus dedos sobre el bordado de encargo empiezan temprano. Te ocupaste después de mis otros hijos,

tus hermanos a medias. Nadie merecía entonces tu desprecio. Desde que la luz era parda bordabas. Hasta que la luz era parda. En medio había los trabajos de la casa, de las criaturas que no eran del todo tus hermanos, y la escuela. Si no veías el cielo, salvo en las rosas de milagro y en las hostias de tu bordado, ¿cómo lo descubriste? ¿Cómo llegaste a participar de su injusticia? No discutías entonces, sólo fraguabas historias para mortificar a Nora. La del gitano que venía a buscarla en un burro para casarse con ella, y el velo de lona que te había encargado bordar para la novia te valió el golpe de un borde de tijera en la pierna. Un buen día entregaste al pasado el ser vivo que eras. Te convertiste en un ser muerto. Llorabas. Yo no te vi llorar. Estabas rodeada de lágrimas. Era julio y hacía frío. No llorabas. Estabas saturada de llanto. Al entrar de la calle oí que Eudoro te decía:

—Enterraron a alguien hoy.

Sin burla, casi sin dolor. No supe averiguar a quién habían enterrado. Creo que estaba cansada. Es una forma de hablar, dijo Eudoro.

Si no me engañan los recuerdos, fue ese mismo día, más tarde, cuando Eudoro martirizó un gato hasta hacerlo agonizar. La Luisa temblaba a mi lado, secreteando es un hereje, es un hereje, animalito de Dios. Las personas son también de Dios, le dije, y no sabemos lo que le han hecho los gatos a él para que los odie tanto. Sigo sin saberlo, quizás empezó diciendo que los odiaba y terminó por odiarlos.

Parte de las luces desapareció de los ojos de Oriental ese día. No del todo. Algunas, muchas, se reencendieron cuando conoció a Arturo. Ahora ya no le quedan más luces. Y es implacable. Su moral no tiene límites. Creo que terminó de morirse el día que se puso a rezar el rosario y siguió todas las tardes. Ya no pensaba más en nada. En nada más que en el cielo. ¿Quién le quitó la tierra, digo yo? ¿Y por qué no quiere que nadie más la tenga?

—La agarró la desilusión —dice la Luisita—. Tendrá por qué.

Todos tenemos por qué si no nos morimos a los veinte años.

Le dije a Nora, mi hija menor, la de Eudoro:

—Oriental le ha prohibido a Atalita que vea al chico Figueroa.

—Hace bien. Atalita es una agrandada. No debía preocuparse de novios a su edad.

—Estuvo por morirse. La muerte hace crecer.

—Cierto.

—Y nada deja pensar que alcance alguna vez la edad de novio.

—Ella es muy chica, Mimaya.

—¿Es que has oído decir que para el amor hay edad?

—Así dicen.

—¿Entonces el amor dónde está, dentro o fuera de las personas? Si estuviera fuera la vejez lo desgastaría.

—Vaya a saber, Mimaya. No sé de esas cosas.

Yo, su madre, no voy a ser quien se atreva a preguntar por qué no sabe nada del amor mi hija Nora.

—La encontré revolcándose por el suelo, con los dedos hundidos en el vientre. Como para arrancárselo y arrancar su dolor. Pero estaba bien agarrado.

—¿De qué habla, Mimaya?

—De Atalita. De la noche en que fui a hablar con Oriental.

—¿Fue de noche a su casa? ¿Cómo no me avisó?

—Dormías.

—Entonces era tarde. Me da miedo. Una mujer sola por esas oscuridades a medianoche.

—Una mujer vieja.

—Nunca se es demasiado viejo para ser asesinado. Y en estas calles, con esta oscuridad.

—Era casi verano.

—A la oscuridad lo mismo le da. Siempre es oscuridad.

—En verano las gentes se quedan hasta tarde tomando el fresco en los balcones.

—No se las oye. No hablan. Están con el blanco del ojo brillante, como el de los asesinos. Dan más miedo.

—Sería hora de que te hicieras grande, Nora. ¡Con miedos a tu edad!

—Y usted siempre peleando. Jamás tranquila. Intranquilizando a todos.

—Por no intranquilizarte fui a hablar aquella noche con Oriental.

—Pero yo tengo un hermano hombre. Alejo Lamadrid. ¿Se había olvidado?

—No. Pero yo no quería hablar con tu hermano. Quería hablar con tu media hermana. Y aunque hubiera querido hablar con tu hermano, ¿cómo habría hecho para no encontrarlo borracho?

—¡Mimaya! No hable así. Podía haberlo buscado en su casa cuando saliera del trabajo.

—Si es que volvía. Basta de pelea ahora. Tenía urgencia de hablar con Oriental.

—¿De las cosas de su herencia? No le lleve más preocupaciones a ella. Le alcanza con las suyas. Aquí estoy yo si precisa de alguien.

—¿Qué preocupaciones puede tener Oriental fuera del cielo? Y ése ya está en su bolsillo.

—No sabe qué cierto es lo que dice. Se ganó el cielo con sólo encerrar secretos que hubieran dolido a otros.

—Esa noche, mientras yo hablaba con Oriental, sentadas las dos en el fondo del patio, vi salir un bulto rodando de una de las piezas. Parecía un gusano gigante. Se encogía, se estiraba, con bruscas sacudidas. Ahí, sí, quiero que me hablen de miedo. Oía el latido de mi corazón. ¿Quién puede saber ahora lo primero que se me ocurrió en ese momento? Quizás aplastar al bicho monstruoso. Pero entonces lloró el bulto —unos quejidos que apagaban todo— y me di cuenta de que era Atalita y que no podía soportar su dolor. Demasiado. No le cabía en el cuerpo.

—Pobre Oriental.

—La levantamos. Quisimos ponerla en la cama pero de golpe se aflojó toda. No hubo un médico esa noche que quisiera venir.

—Dios mío. Si alguno hubiera ido quién sabe si no le habrían evitado los horrores de después. Pero qué se le va a hacer, aquí es así, hay que resignarse.

—¿Por qué es así? Porque la gente dice que hay que resignarse. A la primera casa de médico quemada ya verías cómo después los encontrabas.

—Usted Mimaya porque es una anarquista.

—Llamamos a la Asistencia Pública. Pero cuando vinieron ya ella había vuelto del desmayo. Ya casi no le dolía. El enfermero le dio un calmante. Yo le pregunté: Atalita, ¿qué sentiste en el desmayo? Nada, me dijo, no se sabe nada, no se siente nada, ¿será así morirse?, si morirse es así... ¿Qué?, pregunté yo. Ella dijo: déjenme un rato tirada boca al suelo, las baldosas están frías, calman.

—¡Y yo que no supe nada! Debió contarme todo, Mimaya. Sólo me dijo que Atalita estaba enferma. Y al día siguiente se la llevaron a carnearla.

—Al día siguiente no. Todavía pasó un día antes de que los sabios supieran que se había reventado por dentro. Todavía la dejaron un día antes de descubrir que se hinchaba de podredumbre.

—¿Se acuerda cuando Perlita fue a verla la primera vez en la clínica? Cuando volvió, comía y lloraba —y usted sabe cómo come Perlita—, se sentaba en la letrina y lloraba.

—Entonces, digo yo, ¿por qué Oriental le prohíbe ver al chico Figuena?

—La deja ver a Carlitos.
—Ése es un idota.
—¿Por qué? ¿Porque en su familia no hay irregularidades?
—Por su cara. Con el tiempo rezará el rosario.
—Mimaya, ¿qué había ido a decirle a Oriental esa noche?
—Cosas. Que hacía demasiado calor, que estaba por venir un ciclón, vaya a saber. Atalita ya va pasando dos meses pegada a una cama... ¿Por qué Oriental le ha prohibido ver al chico Figueroa?
—Cree que tendrá tiempo.
—O le está preparando el cielo a fuerza de prohibiciones.
—¡Mimaya!
Oriental y Nora dicen siempre ¡Mimaya! Atala no se escandaliza. Le quedan pocas cosas que no entienda. Un día hablaré con ella, no con Oriental, y le contaré todo. Un día no demasiado lejano. Tal vez yo ya sabré con seguridad entonces que ella escribió esa carta bochornosa porque sentía venir la enfermedad que quería matarla.

Lluvia

Ya esa verja y ese patio no parecen un jardín. Morfina, dice Arturo, la morfina me mostró un jardín donde no había nada. Lloverá, se burla Arturo, ése que es mi padre. Por el patio pelado, llamado jardín, viene la camilla a buscarme y el miedo me empapa de orines. Me vienen a buscar para llevarme a la sala de curaciones donde las cánulas meterán en mis tripas líquidos ardientes. La lluvia del miedo será la del dolor. De ésa Arturo no habla.

Lloverá, se burla él, a mi lado para que muerda su mano y no grite. ¿Por qué, por qué, digo yo, tanto dolor? Escaparse en gritos de lo inaguantable. Que salgan de los tajos y los dejen deshinchados. Mis gritos hacen la ronda por el piso de abajo, por la piel del vigilante de guardia en la esquina, entran de nuevo por la ventana del piso alto, vuelven a meterseme en los tajos.

Oriental ha encontrado el nombre para el espantapájaros: Espantapájaros. El odio de ella es exacto, le da visiones, y va delante del mío por muy poco. Esta vez yo odié primero. Ella sabe cuándo el espantapájaros se acerca. El espantapájaros Gauna.

—Es él. Viene.
—Nadie ha llamado a la puerta.
—Está en la esquina. Está esperándote. Si yo salgo mirará para otro lado haciéndose el tonto.
—Inventás, no está en la esquina por mí.

—Una persona me ha dicho que se pasean juntos ustedes dos.

—No está en la esquina. No estará más.

—¿Le has dicho que te encuentre en otro lado?

—No le he dicho nada. No vendrá más.

—¿Cómo sabés?

—Porque nos desprecia. A mí, a vos, a todos nosotros, mamita.

—¿Ese tipo? ¿Ese aborto?

Oriental me golpea la boca hasta romperme los labios cuando soy yo la que dice palabras como esa. La miro, la miro, y mis ojos... mis ojos ¿qué?

—Al decir aborto quiero decir condenado antes de nacer —aclara.

El efecto de mi mirada.

—Está repartida con justicia tu condenación.

Sus pestañas tiesas se juntan casi sobre sus ojos. Atalita, ésa es la mujer más hermosa del mundo. Cada persona tiene su mujer más hermosa del mundo. Ésta es la que me ha tocado a mí. Sus ojos se estrechan en una línea de desesperado rencor.

—Lo que es a vos no te mezquinarán la que te corresponda.

Pobrecita, su voz no puede más.

—Me corresponderá mucho, ¿no sabías? Tengo maldad para tirar para arriba. Soy mala a reventar. Me corresponderá mucho porque no habré amado nada. La señorita María Magdalena al revés.

—¿No te da miedo hablar así? Ya no reconocés ni padre ni madre.

—Soy hija del loco José.

—¿Qué estás diciendo? Callate. Me das miedo. Tenés el diablo dentro.

Voz como si quisiera borrar lo que dice. Ojos que no quieren verme. Cuerpo que preferiría estar muerto. Y yo no

puedo retenerme. Los gritos cuando duele y ser mala con ella, cosas irreprimibles.

—Ni de Dios tienes respeto.

Es cierto, de Dios tengo sólo miedo. Dios y un plesiosaurio, ¿qué diferencia hay?

Yo escribí en un papelito: Lila se ha vendido. Estrella Bertrand lo recibió. Alza los hombros.

—¿No te importa?

¿Cómo puede? La profesora en el pizarrón tira la tiza como un pucho y nos encara.

—A la que no le interese la explicación que se mande mudar.

Estrella, voz de minino mimosito, voz blanca, rubia y de ojos azules: No fui yo, señora. Es decir, fue la que está cerca de mí, ésa que miro de lado. Yo.

—Conozco los bueyes con que aro.

Razona bien, señora. Alguien con este color verdoso pálido y estos huesos como los míos, sin disimulo dentro de carnecitas blancas o grasitas amorosas, tiene hasta el esqueleto culpable.

Ahora me llamo la novia de Frankenstein. Tantos días con la cabeza inmóvil sobre la almohada de la clínica, con las caderas inmóviles sobre una goma sudada y todo lo demás, las sábanas hediondas a moribundo, impregnadas de inmundicias antes de que nadie se animara a alzarme, rígida, y a limpiar. Mis cabellos empezaron a apelmazarse sin que nadie encontrara el valor de mortificarme un poco más todavía. Se peinaron por sí solos, como quisieron, me alargaron la cima de la cabeza, amontonados, y Perlita dijo: la novia de Frankenstein.

Desde su banco Lila me contestó con un rincón de la boca por supuesto que estudié Química. Eso es lo que hace educadamente Lila traidora. Se ha pasado al bando de la autoridad, ha faltado al pacto de ignorar a la profesora de Química. Mi corazón empieza a largar gruesos cuajos. Le digo me destrozas-

te el corazón, en este momento tengo los ventrículos más hemorrágicos de toda la república. A ella le gustan mis chistes.

Medio frenética, Lila se sienta frente al piano. Negro. Brillante. Ganas de reírme. Una mujer que toca el piano con dedos tan blancos, tan desarticulados, tocará el piano muchos años más tarde para sus amigas casadas. *La plegaria de una virgen.* Las amigas dirán que toca con mucho sentimiento. Lila no será un músico, si es eso lo que cree tocando el piano. Mi sonrisa se ríe ya a todo trapo de esas señoritas hechas damas. Mismo desaliento aburrido de las damas, misma escasez de futuro. El piano brilla, es un espejo. Lila ve la sonrisa. Deja en seco su música, me interpela, quiere saber de qué me río. No está furiosa, está desconcertada. Invento cualquier cosa. Insiste en saber la verdad. Se me pone enfrente, da pasos que nos acercan. Para que no se me acerque tanto yo retrocedo, retrocedo. Me está dando vergüenza. Ningún invento mío le parece verdad a ella. Le planto los brazos en el pecho para que no avance.

—¿Querés saber de qué me reía? No te arrepientas después... Pero te arrepentirás.

O decirle que me reía de ella, y entonces sufrirá mucho, o decirle que me reía de mí. Mala suerte, me arrepentiré yo.

—Me reía acordándome de Eudorito y sus besos.

—¿Quién es Eudorito? —pregunta.

—Su hermano.

Cómo habrá sabido Lila que era mi hermano si nunca le dije el nombre de los mellizos.

Su cuerpo pesa contra mis brazos extendidos. No puede quitarme los ojos de encima.

Una de las chicas dice: ¿y qué tiene de ridículo el beso de un hermano?

Lila habla:

—De ridículo no sé, pero de tonto tiene mucho. Será por eso que se ríe.

—Sí, es por eso.

Y al decirlo me acuerdo: Beatriz sabe de mis hermanos por su hermana Blanca y está ahí, oyéndome.

Me iré de la pieza dejando que Oriental se las arregle con sus penas. Al fin y al cabo yo no soy buena. La pobre mujer. Pero está enconada, dice chinita atrevida, ya cansás con tu insolencia. Y yo digo viviré muy bien sin pisar las iglesias, ya que según vos explotarán cuando me acerque porque tengo el diablo adentro. Si te creés que alguien me va a hacer amar a Dios mientras sigan representándolo con esa cara de merengue y esas llagas vomitivas, no me conocés, no me conocés, mujer más linda del mundo.

Y quiero irme de la pieza para acabar con esta tonta discusión, porque como empiece a decirle que ni aunque lo representaran a Dios con toda la belleza del mundo y del ultramundo juntas yo podría amarlo —compadrito venenoso y malo— ella, sin entender una palabra de mis tripas, me hablará de ofrecer mis sufrimientos. Me quiero ir. No me deja, cierra la salida, está decidida a pelearme con su Dios. Le digo: si yo tuviera un Dios me gustaría que pidiese ofrendas de triunfos, de felicidad, de gloria. Cansa esta estúpida discusión. Oriental no me deja ir. Enarbola su Dios. Me tiro en la cama, el talón del zapato queda colgando. Me acuerdo. Quiero precipitarme a ponerlo en su sitio. Ella ya ha visto. Los ojos se le abren como pozos. Luchamos por el zapato. Lo tengo yo. Se me echa encima. Dejame respirar, maldita, dejame los brazos. Tiene el papel. Leelo pero que te cueste. Zafo un brazo. La voy a agarrar del pelo, le voy a tirar brutalmente la cabeza para atrás... No le voy a hacer nada, no sabría verla llorar. Ya se ha levantado. Se le zangolotea la cara. No creerá nada de lo que yo diga, ninguna explicación. No se la daré. Exige el nombre del destinatario. Me arranca de la cama, me arranca el nombre, me arranca pedazos de piel. Dice:

—Y yo que te protegía del espantapájaros. Éste es mil veces peor. ¡Negro hediondo!

Huellas de uñas en mis manos. Se hacen sentir por los hombros. Estoy cansada de luchar. Otra vez le pegaré.

Lila me saca sus manos de los hombros, Beatriz sonríe, igual que yo poco antes, reflejada en el piano. Con burla. Va a hablar, lo está por decir. Todavía no dice nada. ¿Cómo, no lo dice? Sonríe. Sonrió toda la tarde, hasta que nos quedamos solas ella, Lila y yo, y Lila pregunta cómo eran los besos. Beatriz se sorprende, qué besos, y yo también me sorprendo, qué besos. Lila se impacienta, dejate de misterios, a todo el mundo le debe de pasar lo mismo, los besos nunca son besos y nada más. Beatriz entiende por fin.

—¡Pero con un hermano!

Se retuerce de burla. Ella sabe la verdad.

—Entre un hermano y un primo no hay mucha diferencia, y yo he visto por el vidrio de un automóvil cómo se besaban dos primos —dice Lila ya sin importarle nada más que eso. Aunque los hermanos son siempre odiosos.

—¿Cómo?

—Es lo que te pregunto.

—Yo te lo podría decir —habla, con burla, Beatriz— pero, claro, con un hermano debe de ser más, ¿cómo diré?, más inspirador.

No le pondré las manos encima a mi madre todavía. De lástima tal vez. Al fin y al cabo yo no soy buena con ella. A veces quisiera. Pero me aburro tanto. Tanto me aburro que inventé ese amor entre la sirvienta del peluquero Murúa y el negro Valladares. Se miraban. Cuando él pasaba a arreglar la pared de las Arias, la Casilda estaba siempre en la puerta. El negro Valladares no recibirá una carta de amor de su Casilda porque la encontró Oriental en mi zapato. Le faltaba la firma. Poner Casilda era desconfiar del amor. El negro tenía que

saber que sólo la Casilda podía escribirla. ¿Acaso él no estaba rogando hacé que me quiera, hacé que pueda hablarle? El cielo lo escuchó y yo escribí la carta como si fuera ella. ¿Hay algo más bueno?

Se acabó la morfina. Ya esa verja y ese patio no parecen un jardín. Miguel Ángel Álvarez estuvo en la última curación. No oyó ni un grito. El dolor se ha acabado, en los tajos me han salido callos. Él dijo que yo sobre la camilla parecía una estatuita de cera. Yo dije «cuando me levante no sabré caminar, y tendré hundido un lado de la barriga». Y él dijo has nacido dos veces. Con tal de que esta vez haya nacido sana no importaría tanto haber nacido. ¿Es tan feo nacer?, preguntó él y yo no le contesté, al fin y al cabo si la enfermedad no sirve para que uno haga lo que le pasa por la cabeza, ¿para qué sirve? Ya puedo descansar del esfuerzo de ser modosita.

—La señorita guarda tesoros. La señorita guarda sus amorosos tesoros en los zapatos —cuenta con naturalidad Oriental. Se está haciendo el Arturo, pero no le resulta. No pescó el modo. Es la segunda vez que lo cuenta. La primera: descarada, qué horror, sinvergüenza, ay el buen nombre, ya no le falta nada. Chillidos. Entre Arturo y ella me largan alguna inmundicia. En seguida Arturo retoma el modo medido y razonable. Aduladoramente bueno.

—Puede haber señoritas que muy jóvenes se enamoran.

—No quiero ser señorita, ni chica ni grande.

—Hablaba para mí mismo, para entenderte.

—No quiero que nadie me entienda. ¿Acaso soy una ciencia? Nadie me debe entender. Nadie me debe adivinar. Yo no tengo iguales. ¿Acaso me corren como a un animal siguiéndome la pista? Que nadie crea que me conoce.

—No le hagas caso, Arturo, es para llamar la atención. Se hace la desesperada pero es una cínica.

—¿Desesperada yo? Me divierto haciendo tragar mis cuentos.

—Esta historia no es un cuento. Tengo la prueba en esta carta.

—¿Qué querés que sea? ¿Te creés que yo escribiría una carta así de pava?

—¡Arturo, cómo miente! Mirá, es su letra. Yo no la aguanto más.

—Está escrita por mí pero no es mía.

Destila sospecha.

—¿Ah, sí? Y querés que te crea.

—Hagan lo que se les dé la gana. Yo digo las cosas cuando quiero.

Mamita, sentate, contame todo lo que quiero saber. Por qué la Luisa, la antigua sirvienta de Mimaya, tiene los ojos colorados, qué eran esas coyas sentadas sobre las baldosas del patio de Mimaya con sus polleras abiertas y sus sombreritos —¿o yo las soñé?— ¿por qué no hablan nunca, se les perdieron las palabras? ¿por qué la Negrita junta gusanos de seda y los mima?, ¿por qué yo no te puedo preguntar ninguna de estas cosas nunca, ni decirte mamita ni decirte mamá?

—No se la soporta más, Arturo, no tiene respeto por nada.

—Averiguá en el colegio las condiciones para que vaya interna.

¡No ese horror! Pasará la monja de noche, examinará las caras dormidas, me estudiará como quiera. Y después, despacito, se acercará, me buscará el corazón con la mano, cautelosa empezará a preguntarme de mí en voz baja. Y yo le contestaré a todo. Porque cuando uno duerme y le ponen la mano sobre el corazón no puede librarse de decir la verdad. En sueños me hará hablar para apoderarse de mí. Es necesario que yo no duerma nunca más.

—Irás conmigo a verlo a Murúa. Así sabré si me estás diciendo la verdad.

Salimos de la casa de Lila con Beatriz.

—Podría yo hablar de tus hermanos. Pero no hablaré —sonríe Beatriz, la hermana chica de Blanca, amiga de mi tía Nora—. Favor por favor. Tus hermanos me los tengo en secreto si salís dos o tres veces con Costa.

—¿Dos o tres?

—Hasta que él quiera.

Triunfan las lucecitas verdes de sus ojos.

—No hablaré a nadie, ni a tu familia, de la historia de tus hermanos.

El sabio, el bello, el inteligente Murúa, con su pelo motudo y su cara agujereada de bergamota, juez de la situación. ¿Es cierto o no que Casilda, su sirvienta, tiene un pretendiente? Oriental llena de angustia de que su sospecha sea verdad y la carta resulte finalmente mía del todo. Y él a mirarnos, serio, imbuido de su papel, el hombre que resuelve una penosa situación, y a decir hablaré con la Casilda para saber cómo están las cosas, porque tratándose de una menor —yo— eso es muy serio. ¿Es tonta esta mujer? ¿O qué es? Ponerme en manos de un tipo como éste a que decida sobre mí. Él hablará con la Casilda, ¿y qué?

Quizá la Negrita junte gusanos de seda para hacer seda. Nunca lo ha dicho. ¿Y cómo hará para hacer seda? Es un poco milagroso. Que un ascensor se eleve, que las latas se hagan, que de gusanos salga seda. Y que yo llueva de miedo o de dolor.

Una letra, un acento

Lúcia, Lúcia la de la Historia. Lúcia con acento en la u, no en la i. Algunos tienen el mismo nombre que alguien que está en la Historia. El mismo nombre entero, con apellido y todo. Parece que la Historia me perturba. Es un privilegio. Y una injusticia. Algunos la ganan, otros la tienen gratis. El día que todos los hombres sean iguales podaremos la Historia. Bien bajo para que se seque. El mismo día que hagamos desaparecer a todos los que se llaman con nombre conmemorativo. A una chica con colmillos superpuestos, entre otros. Pasar junto a mí, prestarse a que la gente susurre y tenga una especie de ácida cosquilla a causa de su nombre, a eso no hay derecho. Vivir y llamarse como una mujer que ya se ha muerto y que está de patitas en la Historia. La primera Lúcia debió de vivir cuando este lugar estaba todavía encantado y respondía a los versitos *redoma de azahar y de azucenas.* Y si no es así, muchos mienten. Todos los párrafos que hablan del olor de las flores, tan delirante, de la belleza de las mujeres, tan desgarradora. Lúcia en la leyenda: bella, pálida, intensa responsable de desmayos, como los perfumes de todas las flores blancas juntas. Lúcia la de hoy: igual a todo el mundo, cruzada por la calle, indigna de ser mirada por segunda vez. La Historia embellece. Atalita lo decía, brutal como es ella cuando se le da la gana: ¿Facundo?, el pasado borra su olor a bragueta. ¿El pasado le aplanó los dientes a la primera Lúcia, le aplanó la insignificancia? Lo que puede un acento. Lúcia y

Lucía. Nadie asegure que la diferencia no está en el acento. Las otras diferencias vienen después. Nadie niegue que todo nace del acento o, para dar un poquito de margen, del nombre entero. Lúcia, la pituca de las sílabas heredadas; Lucía, vecina de Tito Ceramico. Otra casa, otra cara, otro destino. Traémelo al pibe, traémelo al pibe y traémelo al pibe. Se le había metido en la cabeza que Tito tenía que ir a su casa. Y a la Lucía cuando se le mete una cosa en la cabeza hay que trepanarla para sacársela. Pibe. No tanto pibe, al fin y al cabo es mayor que yo. Pero a mí ella no me dice pibe Félix. ¿Quién se lo iba a imaginar? El pibe Tito se dejó llevar sin dificultad. Sin un sí ni un no. Está como quebrado ése. Un muñeco de porcelana quebrado, con el mismo color blanco malsano. Pero a esta hora sabe por fin lo que es una fiesta en forma. La Lucía tiene espíritu maternal, es un hecho. Daba la impresión de taparlo a Tito con las alas y quererlo incubar. No me dejó acercar ni a él ni a su pareja, trigueña y brillante. Brillo blanco en los ojos, brillo miel en los sitios destapados. Jovencita. Casi tanto como la Atala. No, menos joven. Fue un dulce idilio. Entablado en un patio de baldosas coloradas, a las seis de la tarde, en el centro del calor de todo el día, sobre baldosas corroídas por la intemperie, desteñidas, con macetones de un rojo también despintado, con agua recién regada en la tierra, con olor de tierra mojada, de flores que se humedecen. Parecían casi una fotografía para de aquí a veinte años. Una fotografía que transmitiera el olor de la tarde. Un dulce idilio. Pero no le gustó a la Lucía que yo se lo dijera. Cómo me miró de mal. Y contestó ligerita como un rayo: ¿Sabés, Félix, que la Matilde se fue? Entre el dulce idilio y la Matilde, ¿dónde vería el puente? Dulce idilio de Tito y la morenita, la Matilde compañera de casa de la Lucía, mandada a mudar. *¿Se peleó con vos?* No, se fue porque se acomodó. *Mirámela a la Matilde. Y el tipo, ¿qué tal es?* Una alzada de hombros en contestación. *Tendrá plata entonces. Bah, no mucha, es uno de*

esos hartos de la mujer envejecida y seca y de los hijos más insípidos que mazamorra aguada, le cambia el panorama una como la Matilde, rellenita y contenta. En el rincón sombreado del patio, el dulce idilio, en el corredor, otra tipa de la Lucía atareada en preparar que sé yo qué *porque vienen unos amigos.* La chica brillante y jovencita, maternal con Tito. Decididamente éste despierta los instintos nobles. Mano en la mano. Es decir, mano de él tomada por la de ella. Él se dejaba. La otra mano de ella se le paseaba por la cabeza. Lentitud, brillo, moreno, todo eso roza los cabellos de Tito. Unos dedos de chico con uñas cuadradas. Llegaron los *amigos.* De esos de billete grande. Cómo estás Palito, ah, qué suerte, vienen con la Beba. La Beba y la Lucía se besaron. A la Beba yo no la conocía. ¡Qué cuerpo, mamá! Larga, blanca, una blancura que ya no se encuentra, y el primer pelo colorado oscuro de mi vida. De cara más bien fea, pero un feo extranjero, poco visto por estos alrededores. Una boca exagerada todavía por la pintura, unos ojos verdes, desteñidos, como lavados y relavados. Todas las mujeres son iguales, pero ésta, siendo igual, tiraba a distinta. Palito se debía de creer que la fiesta iba a ser para ellos solos. No por nada tiene una partecita del azúcar de la provincia. Y el otro bigotudo, también un poco empacado. Un bigotudo rubio y un bigotudo negro. ¿Qué me pasaría a mí con bigotes? No, donde todos tienen bigotes mejor dispararle a los pelos. La Beba hizo la salsa, nos ligó, *qué, has de tener unos veinte años. Palito tiene veintidós y se lo ve más joven que a vos.* Palito como si comiera dulce de leche. El otro bigotudo no ha de ser dueño de gran cosa, apenas unos surquitos de caña, el orgullo se le acabó enseguida. Su dios tenía cara de escoba con anteojos; quizá por eso lo llaman Palito. Ay Papalito, ven, tu esclava yo seré: canto de la Beba al segundo vaso de martini. El dulce idilio se refleja en una jarra de menta con hielo. Un solo beso casto en el dulce idilio. Con nosotros poca mezcla. La menta, exclusividad

para ellos. *No me llamo Beba con b larga, sino Veva con v corta. Hay que pronunciarlo bien.* Entonces beba Veva. *¿Por qué no decís viva Veva?* Bueno, viva Veva. *¿Sabés cuántos años tengo yo? ¿Veintidós decís? Estás loco. No se lo digas a Lucía.* DIECIOCHO. *Se hace la que no lo sabe para no tener líos.* Son todos unos bebés aquí, menos yo. *Callate, Lucía, vos también sos un vevé. Mirá, Palito, no me digas ni una vez más beba Veva porque se me revienta la vejiga.* Si es por risa, a la Veva no se le agotaba, le salía de todos los colores. Le tuve que preguntar ¿vos tomás lecciones de risa? Qué sorpresa cómo se le cortó el chorro. Seria, desteñida de repente, como si los ojos le hubieran desteñido el resto. Sí, señor. ¿Quién te enseña?, le pregunta Palito. *Yo misma frente a un espejo. Lucía, ¿por qué no le decís a esos del otro lado del patio que se vayan a una pieza? Son indecentes.* La Lucía no se arrebató como conmigo, pero algo de rabia le salió afuera. Juro que no le gustó que la Veva les dijera indecentes. La Veva se salió con la suya al fin y al cabo. El dulce idilio se metió para dentro, el Tito como sonámbulo, la morenita como hipnotizada. Sin alrededor ninguno de los dos. Oscurecía. *Qué borrachera para inaugurar el año.* Pero si el año ya está inaugurado, Felicito. *¿Sí, Palito? Qué lástima, me hubiera gustado irme a cantar a los pesebres. Los pesebres de las viejas son los mejores. Podías haber hecho un pesebre Lucía, aunque seas un vevé.* Reinaba la más sana alegría. ¿Qué le habrá dado a la Veva cuando se largó a ese discurso pomposo? Llenas las manos de su pelo como iodo, discurseaba: *Mi abuela tuvo motas. Y los ojos colorados de golpes y de llanto. Al último lloraban leche. Porque un tipo se arrepentía de haberla tenido en la cama alguna vez. Por arrepentido la rompía a golpes. Se arrepintió veinte años. Y ella, la estúpida, le proporcionó por veinte años cuerpo para su arrepentimiento. ¡Cómo no lo mató! ¡Cómo no lo desolló! ¡Cómo no le rajó en pedazos a toda la familia y se la mostró rajada! Ah, esas mujeres, esas bestias que soportan todo. Si alguno de ustedes tiene la intención de tocarme*

lo degollaré. Pero yo a ustedes no los quiero. Yo no quiero a nadie. Por un buen billete abro las piernas. Por dos hago más cosas. Por cuatro, si eso les gusta, los pincharé con la punta de un cortaplumas o les pegaré con un zapato. Si todavía quieren más, paguen más... No creo que la Veva tuviera mucha costumbre de mostrarse así. Más bien le da por la joda y la risa. Cómo le habrá caído a la Lucía, ella tan llena de discreción y preocupada por las apariencias. La hizo callar. *¿Ustedes le han dado algo a esta chica?* ¿Yo? ¿Yo qué querés que le dé? Un poco de cocaína nomás. *Mirá, Palito, tené cuidado, ésta no la soporta, algún día vas a tener un disgusto. Y vos, Félix Gauna, no le hagas caso, Palito es capaz de decir cualquier cosa por hacer un chiste.* ¿Cuidado yo? A mí nadie me hace nada, le guiño un ojo a la policía y asunto arreglado. *Puede ser* (qué seria estaba la Lucía), *pero yo he oído hablar de un tipo que está haciendo escándalo por los diarios con la cuestión de las drogas, y cuando hay un escándalo la policía se pone honrada.* ¿Hablás de don Arturo Pons, Lucía? Yo lo conozco. *Ya sé que lo conocés, ya sé, sé cosas que vos no te imaginás, muchacho* (siempre enojada conmigo). La Veva se reanima, se levanta, señala el interior de la casa: Ésa que está ahí es la hija de Arturo Pons. Es esa arrastrada que ni esperó a que el muchacho tuviera ganas. Qué furia le dio a la Lucía: Callate, Callate y quedate donde estás. O te echo. Borracha y todo. Qué hija de Arturo Pons ni hija de Arturo Pons. Pero claro que la morenita de Tito se parecía a Atala. La morenita más rellena, más apetitosa, más sana, menos ututo que la otra. Un ututo, eso es la Atalita, un bicho que quema con su veneno. La Veva cayó sobre su silla, la llevaron para adentro, me llevaron, aparecimos ella, Palito y yo juntos. Palito, muy cortés diciéndome vos primero. Yo, muy cortés cediéndosela *después de vos.* Pero no fue ni antes ni después. A mí también deben de haberme metido algo en la bebida. Y encima la garganta como dura, la boca como dura y fría y con mal sabor. ¡Vení ve! ¡Vení ve! Qué alboroto tenía

el bigotudo rubio, el de los surquitos de caña escasos. Vení ve, vení ve, y allá salimos todos a ver. La tipa temblaba sobre la cama, un temblor raro, proveniente de un sentimiento misterioso. Y las lágrimas sobre la cara, y los dientes que se entrechocaban. De donde se deduce que una persona que riega las plantas y prepara bollitos *porque vienen unos amigos,* puede tres horas después temblar, miserable y desnuda, por algo misterioso, entrechocar los dientes y guardar el secreto de lo que le ocurre ante una fila de espectadores. ¿La Veva quiso arrancárselo? ¿O ayudarla a salir de su desdicha? *Déjenme sola con ella.* Los del dulce idilio también veían, Tito, vuelto del sonambulismo de antes pero metido ya en otro distinto, con una sonrisa lejana, lejana, en los costados de los labios. La conclusión de Surquitos, saliendo de la pieza, era quizá la verdadera: Qué raro, che, es el primer caso que veo de alguien que siga gozando tanto tiempo. ¡La urticaria que se agarró Palito! Tuvo que decir: No te des corte, el ataque que le dio no es porque goza sino porque no goza. Y quién sabe si no tenía razón él también o él solo. Quién sabe qué hizo la Veva con la tipa, si la ayudó a completar lo que Surquitos no pudo. Cuando volvieron las dos al patio estaban tan campantes como si nada hubiera sucedido. Para qué se le habrá ocurrido a la Veva decirle a la tipa *Atala Pons ha de ser tan rara como vos.* Nunca pensé que la buena de Lucía podía enojarse así. Al final dijo en esta casa se pronuncia ese nombre por última vez, si lo llegás a decir de nuevo o lo das a entender, me vas a encontrar, vos no me conocés pero me vas a conocer, te lo juro. Extraño cómo disminuyó la lejanía en la sonrisa de Tito. Ésa fue quizá la única ocasión en que habló y dijo: el nombre de una chica maravillosa y violenta que se está muriendo. Está loco ése. ¡Atalita maravillosa! ¿Dónde le habrá visto la maravilla? Pero ¿para qué aclarar? ningún interés en quedar mal con la Lucía que —se ve— le ha tomado cariño a la familia Pons. ¡Qué estúpido!, dijo la Veva, pero bajó la cabeza.

Flor de juerga. Por lo que hizo, la Veva se debe de haber hecho pagar unos cuantos billetes. La del temblor no se quedó atrás, pero con esos ojitos juntos y los hoyos de la nariz tan abiertos —por no hablar del cuerpo caderudo y las piernas como fideos— la ganancia debe de haber sido menor. Se ve que ni ella se encontraba nada lindo porque lo único que podía ponderar era su limpieza, *a limpia no me gana nadie, no tengo pliegue sin jabón, ¿querés ver?* Y yo, a medida que la noche se iba, no me podía más de ganas de tenerla ahí a Lúcia, con acento en la u, para saber cuál es la diferencia que hace la Historia. Sin interesarme ya por qué la colorada se llama Veva y no Beba.

La mujer más linda del mundo

Las damiselas Sobrellanos tienen los años de la velocidad de automóvil manejado por Arturo el prudente, y aunque coquetas y arregladas son también muy prudentes. Una es linda. No las odio. Si el auto sigue a este paso, a mí se me van a separar los bordes de la herida hasta parecer la linda boquita granate de la señorita Sobrellanos, o la boca bocuda de una de sus hermanas casadas. Las señoritas Sobrellanos viven solas, salen por las tardes al balcón, el novio de las más linda viene a visitarla, tiene el sombrero en una mano, en la otra su propia nuca, con un codo se apoya en el fierro del balcón. Se está horas parado ahí afuera, a que lo vea todo el mundo. Pero a veces entra, y la gente habla mal de las señoritas Sobrellanos. Dice mi abuela: Es una familia poco clara, como en otras hay escaleritas de edades, en esta hay escaleritas de virtudes, algunos están bien abajo. Parece que había cinco hermanas; dos, bocudas, se casaron, las otras tres eran chicas entonces. Se hicieron más grandes, una era loca y se escapaba por el campo. Se escapó una vez y ya no volvió. En ese momento ya estaban huérfanas por todos lados. Las dos que quedaron crecieron; en su edad de merecer nadie quiso merecerlas y lentamente fueron entrando en la edad de desmerecer. Una es todavía bonita y muy pintada. También ellas son misteriosas. Cada casa de esta ciudad tiene su misterio, como si en cada una alguien hubiera sido asesinado y su asesino siguiera allí, loco de miedo y de irrealidad, pero con la cara compuesta

para los vecinos. ¿Seré yo también más adelante un misterio?... No saltes, hermano, no saltes, que Moscú está cubierto de nieve. No saltes, no cantes, lo mismo da. Qué letra más idiota. ¿Acaso la nieve le cae dentro de la boca para que tenga que dejar de cantar?... Ay, que este padre mío no diga tanto *yo soy muy prudente para manejar,* que se le anime a los cincuenta por hora, que llegue a los cincuenta, que deje de andar tan despacio. En un camino cremallera los hoyos parecen menos hoyos si se va más rápido. Mi herida no se cerrará nunca con estos saltitos duros y seguidos. El auto tartamudea sobre el asfalto en olitas. «Si tu madre sabe que te llevo con la herida abierta no me dará paz, y yo no te sacaré más conmigo, me podría ir sin vos hoy, pero me da lástima con un día tan caluroso.» No te preocupes, Arturo, yo guardaré el secreto. Y es como decís, no te dará paz. Aunque sea con sólo mirarte no te dará paz. Sabe mostrar que la estamos torturando. Mientras te bañabas con las señoritas Sobrellanos, y yo jugaba al lado de la compuerta, esos hombres que se acercaron me dijeron, casi sin dejar de caminar, se divierte tu padre, ¿eh?, y yo les contesté, casi sin mirarlos, mi madre también se divierte. Ah, dijeron y se fueron, creo que admirados. Entonces yo me quedé también un poco admirada de no haber sabido hasta ahora que si ella quisiera sería bonita. Pero esa mujer es que no quiere. Dice que no la dejás pintarse. Bastaría con que te mintiera que no se pinta, y con que se comprara vestidos. ¿Sos pobre, Arturo? Bueno, sos pobre, pero si gastaras menos en tus dos caballitos ésa podría comprar vestidos. Es contra mí que no es bonita. Con lo contenta que me pondría si se pintara mucho, si se pintara los ojos, si fumara, se pusiera cintas violetas en el pelo, tuviera una sonrisa especial para los señores y la gente hablara en sordina de ella. Sería una emperatriz de Arabia. Y nunca me hubiera llevado entonces ante Murúa a ponérmelo de juez. Tendré quizá miedo de ella cuando sea emperatriz de Arabia, pero otra clase de miedo

que el que tengo ahora, porque ella será cruel, me hará dar latigazos y me encerrará en jaulas junto a las de los tigres. Pero yo sabré que es cruel a causa de su belleza y la amaré. Si aparece Costa, el primo de Beatriz, Oriental me dirá mejor quemarlo, un bicho como éste, con humores blancos, sólo quemado desaparece sin dejar asco. Yo diré que quemen también a la profesora de Química y que los dos se casen si quieren, ya bien carbonizaditos. Si ella fuera emperatriz de Arabia sabría que a Costa hay que quemarlo sin tocarlo, sin siquiera escupirlo, para que nada de uno quede sobre él. Hermanos, mellizos... que Beatriz cuente que yo los invento si se le antoja. Yo a Costa no lo veo más, aunque mi amiguita de los ojos burlones llore o amenace. Señora emperatriz hay que quemarlo porque quiso salir conmigo, porque me tocó los brazos con su sucia mano blancuzca, porque me dijo *te gusta pararte con las piernas cruzadas ¿qué sentís?* y porque después de oír eso yo me fui a vomitar de cara al cerro para que el viento no acarreara nada y ni siquiera mi vómito lo tocara. Que reviente, que se muera, que se queme. Pero si se muere y tiene un alma inmortal, que me muera yo, y para siempre... De una emperatriz de Arabia tendré un miedo distinto. El que tengo ahora es por una mujer tan despintada que ningún hombre la ve, y tan antiséptica que es ya un espectro. El miedo que tengo es como de fantasmas. Mi pobre herida. Se está abriendo. Andá más rápido, infeliz. Ya sé, ya sabemos todos, que estás orgulloso de ser prudente, de ser el más prudente, de ser el único prudente. Tiene una emperatriz de Arabia y ni lo sabe ese Arturo Pons.

No hay cómplices

En puntas de pie. No por el silencio, para que no me mezclen. Los asuntos de los grandes son para dar vergüenza. Ventilan todo. Grotescos. Las únicas cosas sin grotesco son las que no se notan. Me ha oído ya. Me llama. Un día y una noche con su puerta obstinadamente cerrada. Cuando está enferma no permite que se le acerquen. Al fin una cosa bien, ocultar sus debilidades. La puerta hace un ruido. Paralizada. Paralizada sin encontrar la forma de escapar. La puerta se abre, ella dice:

—No hay cómplices para el dolor del cuerpo.

Estoy embebida de rojo. Ese rojo, ese vino traspasado de sol, ese color de infierno que irradia el toldo extendido sobre el patio. ¿Quién elegirá siempre en nuestras casas rojos toldos oscuros, quién peleará contra la intemperie renovando su color apasionado? Habrá que averiguarlo. Miro al suelo porque no soporto la oscuridad de Oriental en la pieza oscura ni la insólita luz que me descubre. Miro al suelo. Blancos y negros rombos sangrientos, geometría de baldosas bellísimas en su infierno encantado, brillantes como coágulos. Se trastornó el sistema de un cielo arriba y un infierno en las cavernas. Hoy tengo el rojo cielo infernal al alcance de la mano, casi. El hechizado resplandor me cubre, me descubre; la sombra la tapa a ella. Si no hay cómplices para el dolor de un cuerpo, ¿para qué me lo dice? Para conseguirse uno. Alguien entra por la puerta cancel, me ve en el patio ante el cuarto de

Oriental, y a ella la ve quizá como ahora la distingo yo: el pelo negro, la cara encalada, y su facha de japonesa trágica dentro de ese batón floreado.

—¡Mimaya!

Se siente la sorpresa de mi madre. Ver entrar a mi abuela que casi nunca sale de su casa. Largos carbones fluorescentes los ojos de Oriental, grandes, de un negro agudo, flechas, cuchillos.

—Creo —dice Mimaya— que Arturo no debía atenerse al diagnóstico del médico que toda la ciudad llama «el loco».

—Hablan de sus juergas, no de su cabeza. Y fueron amigos de colegio.

Las razones quizás hayan convencido a Mimaya, dice hum. La otra se va a caer si no se acuesta en seguida. Está llena de encubiertos desmayos. Le corren por la voz, por los carbones encendidos, que permiten a los párpados taparlos. Mimaya se acerca. Mimaya nunca es suave. Ordena que se saque el batón y vuelva a la cama. Yo me escurro porque ya no me necesitan para cómplice. Son las cinco de la tarde. Dentro de poco correrán el toldo, el cielo se pondrá de nuevo su vestido de entrecasa, volverán los colores consabidos, llegará Carlitos. ¡Ah, Carlitos! Si mi madre no le hubiera hecho la contra de entrada, ahora yo no sabría que tenía razón. Lo habría echado sin siquiera oírlo. Cuando uno piensa lo que piensa de su madre, nada mejor que oírla burlarse de algo para apreciarlo. *El pescado.* A causa de ese apodo, en lugar de una semana he puesto meses en saber que es cierto, que Carlitos es aburrido como un pescado, blanco como un pescado, y propenso a los granos como un pescado. ¿Granos los pescados? Por la cara que tienen es lo mismo que si estuvieran llenos. Consecuencia de tanta pelea y tanta pena («entonces me di cuenta de que mi hija se había hecho señorita») es que ella y el pescado terminaron por hacer liga. A mí me da vergüenza el casamiento. El casamiento quizá no: que los

mayores sepan que uno se casa. El día que la sobrina de las Sobrellanos se casaba a vista y oídos de todo el mundo, yo estrenaba mi vestido de seda verde nilo, el querido, el para toda la vida, y encontraba por primera vez al pescado. Las reflexiones de mi madre frente a los regalos: No comprendo por qué estas chicas no eligen de padrino a su propio padre en lugar de ir a buscar extraños. Ella no comprendía. Fácil darse cuenta, sin embargo: ésas eligen sus padrinos entre gente que conocen apenas, pero importantes, para tener al doctor Tal o al doctor Cual de su lado en cuanto lo necesiten. Si los doctores Tales aprecian el honor de apadrinarlas es detalle incomprobado. Pero mi madre no comprende cosas tan simples. Extraño. Yo creo que no comprende nada. Salvo lo que le han enseñado de moral. Y a eso lo aplica con un rigor soez, con una implacable obscenidad. Porque vuelvo una noche a la una, decirme con su cara de japonesa vuelta loca de desesperación, sacáte los calzones, quiero verlos. Y después, tranquilizada ya: lo único que te falta es meterlo en tu cama. Meterlo en mi cama. Es justo lo que no haré. Nunca. Me parecería que se había revolcado un perro. Distinto si yo no me meto en la de él, como no me había metido esa noche: lo dejo después entre sus sábanas, sus manchas de tónico para el pelo, su... ¿cómo se llama eso que vuelve grasientas la piel y la cabeza?, y me voy con bastante asco. Además, fue una sola vez, y no para probar su cama, para probar la entrada de noche en una casa que duerme, como un ladrón, como un aventurero, como uno que se burla de lo que una familia cree en su sueño. ¿Acaso a mí alguien me hace lo que no quiero? Carlitos menos que nadie. El pescado raquítico con pretensiones de elegancia. Atalita Pons: presente siempre para lo que a ella se le antoje. Pero para lo que se les antoje a los demás ¡no! ¿Que alguien me deje empapada de residuos inmundos? ¡Eso no! Así, porque sí y para nada me metí en la cama de Carlitos. No por la cama, no por él, por

la noche, por la aventura, por volver a la una con las calles desiertas y el peligro de asesinos o miradas en cada esquina, por la mentira que había que improvisar, temblando de que no fuera suficientemente inverosímil. Pero la mentira que conseguí esa noche es para estar orgullosa. *Menos gritos, ¿eh?, estuve en el parque del cementerio... Sí, así... ¿Que por qué no cuento que estuve en el cementerio mismo? Porque es lo que estoy por contar. Quería ver el cementerio de noche, había luz en la entrada, frente a la puerta de rejas, el guardián nos vio pegados a la reja, espiando hacia adentro, no sé cómo supo lo que queríamos, quizá porque vive allí y ha comprendido que es un jardín más aislado que los otros y un sitio donde se va a andar por el pasado... ¿Que qué sé yo del pasado? Sé que no había tranvías repletos, todos estaban vacíos y llegaban al minuto, que los zapatos no apretaban, que los vecinos no chismeaban, que la gente no se cansaba ni se enfermaba, sé que todas las mujeres eran bellas y* color de blanco lirio, *como vos decís, todos los hombres pálidos, altos, vestidos de oscuro y dispuestos a morir por inalcanzables pasiones en una tarde de jazmines...* Ah, esa noche mi mentira fue bonita como un cuento de sirenas. Yo la admiré. Y a la imaginación de Oriental también. Creía como un chico: cuanto menos real más posible. Si algo faltaba, con el detalle de un pequeño, casi imperceptible, fuego fatuo que maravillados vimos Carlitos y yo en el cementerio, ella creyó todo. Se incorporó mi mentira, y en adelante no es difícil que recuerde los fuegos fatuos que vio. Pero yo, es a ella a la que recuerdo como un fuego fatuo. Porque no puedo quererla como a un ser vivo, a lo único que llego es a temerla como a un ser muerto.

No hay cómplices para un dolor del cuerpo. ¿Entonces para qué me lo cuenta?

¿A quién castigabas?

Oriental, Oriental mía, Oriental querida, ¿a quién le hiciste esto? A mí. Porque yo preferí a tu hermana Nora. ¡Es mentira, no lo creas! Fue cierto en un momento, sólo *fue* cierto. Ya no lo era. Desde que te convertiste en la madre de Sara, ya no lo era. Mi buena, mi más buena, ¿qué me has hecho? ¿Qué venganza te tomabas con esta cosa atroz e imprevisible? Fue contra mí. No. Fue contra Atala. Ella quizá se lo merece. Te oí decir: si por lo menos Atalita no fuera tan mala conmigo, podría aguantar otras cosas, pero así no puedo. La oí a Atala reírse, diciendo: Oriental me cuenta el cuento de la mujer que siempre le decía a su hija *tengo una herida en el corazón que una vez me abriste, se va agrandando, se va ahondando, me va doliendo, y cada día es como si me dieras una nueva cuchillada.* Oí a Sara burlarse: Oriental cuenta que una mujer se murió misteriosamente, que la abrieron y entonces le encontraron una lastimadura inexplicable en el corazón, quiere que yo, Mimaya, piense *lo mismo le pasará a mi madre,* pero yo no lo pienso porque nunca pienso lo que quieren obligarme a pensar... Mi pobrecita Oriental, te tocó demasiada hija para tus fuerzas, pero quizás a ella le tocó demasiada persona para tan poco cuerpo. Conozco su crueldad, ¿no es acaso lo único que conozco? el ataque ciego a que se lanza para... Frente a mi retrato, joven, encontrado en un baúl, dice: ¿qué tenías para casarte dos veces? De sus hazañas malditas me llegan ecos, ciertos, falsos, ¿quién puede decirlo? Se viste como un

mono cinchado, se pinta con un rojo casi negro, tiene quince años. Y nadie que la domine. Se pinta como un payaso. Yo la quiero. Alejo me habla de ella, dice que mientras enterraban el cuerpo de Oriental, ella se besaba con el Pescado en la casa de duelo. ¿Por qué no? No tenemos más medio que las caricias para intentar calmar el dolor. Un beso, ¿qué mal hay? Que fuera a puertas cerradas. Ella está mutilada para mostrar afecto a puertas abiertas. Se avergüenza. Alejo habla, engañado por mi cara impasible. Su asombro se repite cada vez que mi voz tranquila y sin dulzura le corta el paso: ¿Qué sabés de la maldad?, la única que tiene derecho a conocer la maldad de ella soy yo, los otros no pueden saber porque jamás han sido un péndulo entre los dos extremos, eligieron sus vidas con una despreocupación insignificante, en vista de una insignificante rutina, se aburrían antes, se aburren después. Cierto, no tengo de qué alabarme, yo elegí con una insignificante abulia. Más tarde vino el coraje. Sólo que yo sabía que hubiera podido elegir de otra manera. A ellos las circunstancias los envuelven y se los llevan. Una maldad que se desenrollaba lentamente la de Atala. No se pinta porque Oriental haya muerto, se pintaba ya antes, menos violentamente que ahora, eso es todo. No son de ahora sus amigas de barrios alejados, las tenía ya. Ocultas. Lo que hace ya lo hacía. Muy disimuladamente. Oriental. Oriental mía, mi querida, no tenías derecho. Era previsible en Nora, que nunca está muy sana. ¿Qué fue lo que le contaste, qué era eso que no podías aguantar? Cosas de esas que hicieron morir muchas luces en tus ojos quizá. Como la que descubriste de Eudoro la tarde que él te dijo que lo habías enterrado. Ya no te quedaban ganas de seguir soportando esas cosas a tu alrededor. Apenas diez días de enfermedad. Dijiste *no puedo más,* te metiste en cama, y ni siquiera el Loco, el médico, con todas sus antenas sueltas pudo adivinar tu enfermedad. Llovió, eran las seis de la tarde. El olor a tierra mojada ya me lo dijo, fue la primera

vez que algo me lo dijo, y después pediste saquen ese cartel, muchas veces, un cartel que no existía, dijiste Arturo, ya no dijiste más. Oriental, ¿qué querrás que haga? ¿Qué tengo que hacer con ella? No me dejes sola. Soy ya vieja, he olvidado qué es lo que debe ser y qué lo que no debe ser. O no estuve nunca convencida. Quisiera morir. Quisiera morir todos juntos. Que ella también... Buena, mala, viviendo como sea, ninguna cosa permanecerá sin deslustrársele un día. Las formas de esperar ese día pueden ser distintas, nada más. Y todas hacen llorar.

Sangre lujosa

La pieza en penumbra del restaurante hotel, las moscas doradas. Como el más gran poeta del mundo podría hacer versos sobre esta morada.

Y nosotros tan baratos. La lujosa cordillera, las selvas tumefactas de serpientes, los vacíos suntuosos. ¡Y nosotros tan desadornados!

El rojo pelo se enreda alrededor de un dedo = lujo. Las grandes moscas tornasoladas, de alas polifónicas = lujo. El piso y los platos, sucios de gris suciedad unos, de restos sanguinolentos los otros = insípida, ruin, exigua suciedad. La mugre sobre terciopelo no la conocemos, la mugre sobre harapos está en otra parte. ¡Oh, desconocida mugre multicolor! ¿Cómo invocaríamos nuestra mugre? Propongo: Virgen de la democracia nueva, apártame de tu manto de confección, tierra te vela, aserrín te cubre, hollín te colorea, oh patrona de las cosas modestitas y mal hechas.

Y afuera el desborde.

La Veva enreda y desenreda el pelo en un dedo. El mozo en camisa se lleva los platos sucios.

Afuera es domingo. Uno de esos en que se va caminando por las calles desiertas, resbalosas de tristeza. Afuera, en las calles, no está el desborde. Empieza cuando las calles se acaban. Era también domingo el día que el único automóvil de la calle se paró a mi lado, que alguien me interpeló y que Surquitos me consagró como compañero de sus farras. En las calles jóvenes,

Dama insipidez, Dama impersonalidad, reina. Ni abigarradas ni miserables, melancólicas como un arrabal en otoño.

En algunas cosas estoy en contra del lujo. Los amigos son un lujo. Mis fines de semana en la ciudad excluyen a Tito. Surquitos me espera. Si no me esperara sería igual, no es mi amigo, es un compañero que esporádicamente encuentro en el camino. Los amigos del alma están bien para los que no saben arreglárselas, para esos que son duros como fierro fuera del fuego cuando los sacan de lo conocido, y que si no les dan las relaciones ya hechitas no saben qué decirle a lo que se presenta. Uno está disponible o no está. Y si no está disponible es un incapaz. Félix Gauna, dispuesto para lo que sea. Pero eso sí, provisto de acariciables efigies de la libertad. Un gran tomo encuadernado de páginas de Historia. Va a resultar que la Historia sirve para algo. Coloreadas páginas de gloria en un grueso mamotreto, para ser arrancadas una a una, amorosamente. San Martín, la fragata no sé cuánto, esa admirable página violeta (y un poeta joven de la dulce Francia que elige en verso de suave fragancia como a la más bella la página rosa). No hay nada que hacerle, estoy inspirado hoy. Sean del color que sean, basta que den para mucho los billetes de banco con figuras de la Historia.

¿Es que la Veva se va a dejar de joder alguna vez con su viene Miguel Ángel Álvarez por fin? ¿Qué le importa si viene o si no viene?

—¿Y cuánto te importa a vos que venga Félix? —Surquitos me ha sacado las palabras de la boca.

—Miguel Ángel es el médico de alguien que... ¿Y por qué no me ha de interesar si se me da la gana?

—Las coloradas cuando se enojan son bravas —mira a la Veva.

—Cuando hacen otras cosas también —alaba Surquitos.

—Ya pueden hablar todo lo que se les dé la gana. Ni les hago caso.

—Los únicos que les sacan ventaja a las coloradas son los maricas.

—Callate, estás borracho. Y además me das asco. ¿Cómo pudiste hacer eso? Después de eso no te puedo ver.

—¿Acaso yo tuve la culpa?

—Quién, entonces... Quisiera saber cuál de ustedes trajo a ese marica.

—Nadie lo trajo. Él le pidió a Miguel Ángel Álvarez que lo presentara.

—Y en seguida le agarró tan fuerte el amor por vos que ahí nomás se arrodilló frente a tus piernas.

Surquitos le va a pegar a ésta si no se calla. Sonríe con la cara mala. La Veva sigue provocándolo.

—Y que ahí nomás vos te tiraste en un sillón para más comodidad, y que él te desabotonó como un sirvientito. Eso era, pobre chico, un sirvientito.

—No digas pavadas. No sabés de qué hablás. Tiene una familia llena de monseñores.

—No le hace, llena de monseñores pero muerta de hambre. Encima es feo y con los hombros caídos. Encima esperó que no lo avergonzaras por unas cuantas monedas y es lo que hiciste. ¿No te podrías haber encerrado con él? Pero lo que te interesaba no era él, sino que te vieran todos. Mostrar cómo sos de macho. La próxima vez será con una botella de boca ancha para que sepamos que hasta una botella te calienta.

—Tu exquisita conversación enriquece nuestros espíritus.

—Si te creés que me hacés algo con tu ironía...

La Veva no se ha dado cuenta de que en la puerta alguien observa su belleza enfurecida. Surquitos hace un ademán grosero para cortar la discusión. Tiene suerte de que la Veva haya visto ahora una estrella, si no lo hubiera insultado hasta convertirlo en un trapo. Una estrella, es el efecto que le hace el hombre de la puerta. Se acabaron la iniciativa, las palabras y

hasta el color. ¿Por qué Miguel Ángel Álvarez produce esa impresión? Él la mira como si lo hubiera deslumbrado y dice:

—Me gustaría encontrar la comparación justa. Qué leona. No. Qué llama. Tampoco. Más bien nieve cuando sale el sol.

Ésas son las pelotudeces que les gusta oír a las mujeres. Con razón las conquista tan fácil. Extraño que la Veva no haya conocido antes al médico.

—Aunque ahora ya no. Ahora es más bien una magnolia... No, ya sé. Una chirimoya por dentro. Espléndida fruta con perfume de flor —sigue el médico.

—Señores —dice Surquitos con voz llorosa— yo también soy una chirimoya. Pero nadie me lo dirá nunca.

A éste la borrachera le cae siempre de golpe, y sospecho que ya desde el segundo vaso.

—Sentate, amor, sentate en el suelo que los otros sitios se están por poner movidos.

La Lucía ha mandado alguna de sus chicas a esta amena reunión. Son buenas, se ocupan de Surquitos.

—Qué calor hace para ser septiembre.

La Veva en mi oído:

—¿Es un insulto que éste me diga chirimoya?

La Veva tiene el rojo pelo liso hasta las puntas, ahí se doblan. Las moscas tornasoladas, el mozo esmirriado, pocas, tristes manchas en su camisa, modosita suciedad en las uñas. De afuera entran ráfagas de azahares exprimidos por el sol. En esta ciudad de cielo puro, de aire tibio, los hombres parecidos, difíciles de distinguir, cumplen sin pena sus horas de oficina y pasan las horas libres en cafés con billares o acompañados por pequeñas prostitutas que dicen cosas soeces con tonada calma. Todas ostentan una permanente quemada, pero algunas son pacientes y tienen los ojos azules.

—Es la forma de Beatriz de conquistar a los otros, decirles que está enamorada de mí —le cuenta Miguel Ángel a alguien.

El rojo pelo se inclina de su lado. Las orejas bajo el pelo oyen desesperadamente.

—¿Por qué no la trajo a Beatriz Dietrich hoy? —pregunta.

—Por una vez que la pierdo de vista...

—¿Y a Atalita Pons la conoce? ¿Cómo es?

¿Cómo eras, Estrella Bertrand? Tengo más desparejos que nadie los lados de la cara y orejas con puntas. Tu belleza es sabia, Estrella. Sabio es lo que no arde a borbotones.

—Un puro capricho es Atalita.

—Ya nos hemos arañado bastante hoy —es Surquitos quien habla quejándose—. No nos arañemos más. Seamos amigos. La Veva para mí. Che, mozo, ¿hay piezas?

—Para mí, para mí... ¿Qué es eso? —dice Miguel Ángel—. Aquí no hay propietarios.

—Vaya, tráigala a Beatriz Dietrich, sea bueno. ¿Quiere que...?

Es la Veva, suplicándole a Miguel Ángel.

—¿Qué, te da por ahí?

—¿Quieres que vaya a buscarla yo en el coche de Palito? —se ofrece Surquitos.

—Vos siempre estás pidiendo algo. Ahora querés mi coche. El coche es de mi mujer y no te lo dejo —dice Palito.

—Ése tiene el sentido de la familia. Donde se sienta culo sagrado no se sienta culo profano. Pero yo sé cómo romperle la cabeza (por ser bien educada digo la cabeza) a lo sagrado de Palito. A mí de hoy en adelante no me vengas a pedir sobrecitos. O sí, pedímelos, que te los haré pagar caros. Me voy a hacer rica a costa de vos. Mejor dicho a costa de tu mujer.

Este almuerzo florece en medio de agradables conversaciones. Surquitos ya no participa. Sólo la fea, la temblona, de casa de la Lucía se ocupa de él.

En el ingenio sigo, la tierra hace siempre nido en mi cabeza y mis medias, regularmente Tocho se trae a la sirvienta de

Baigorria, pero yo no se la comparto, no la aguanto ni desinflada, siempre las mismas risitas, el mismo tironeo, el mismo diente cariado.

—Eso no es para ustedes —dice Miguel Ángel Álvarez, reprobando a las mujeres—. Esos paquetitos tienen por objeto acelerar las ideas, pero sólo si se tienen ideas.

Miralo Veva, miralo, que ahí nomás se va a caer muerto con tu mirada. ¿Te ha dejado de parecer una estrella? Peleas, palabras. Hasta la respiración se me apresura en la nariz, la nariz seca de un perro a causa del polvo blanco del sobrecito.

La Veva habla con la morenita de Tito Ceramico que, lánguida, perezosa, dice no y no moviendo la cabeza apenas. Miguel Ángel ya ha visto a la morenita. Las luces de la Veva se apagan, nacen las luces de la morenita, se reflejan en los ojos de Miguel Ángel.

Tu belleza aguda, Estrella, tu sabiduría inconquistada te ha habitado desde que naciste y no ha cometido violencias.

—Estrella Bertrand, es a quien quiero. A Beatriz Dietrich no la puedo ir a buscar yo, chirimoya. No te olvides que es una chica de buena familia y que no se puede caer a su casa así como así. Ella no sale sin dar explicaciones. Y su hermana mayor, Blanca, la vigila.

—Las dará cuando sale, porque lo que es cuando vuelve... Las explicaciones, digo.

La Veva habla de nuevo con la morenita. Se acercan a mí. Hablan en voz baja pero yo oigo todo, veo todo.

—...que vos ni yo somos dignas de ir a buscarla a su respetable casa.

Surquitos debe de haber conseguido una pieza, ya no lo veo. Palito tampoco está. Yo, Félix, tengo el brazo sobre una permanente quemada. Se parece a mi madre esta mujer, tiene miedo, mira humilde. No puedo dejar la mano sobre su permanente quemada, me repugna.

—Se te va a torcer el tabique de la nariz de tanto oler eso, pibe —dice Miguel Ángel, y me lo dice a mí.

—Que yo sepa no nos hemos criado juntos.

—Desgraciadamente para mí. Sería mucho más joven.

Me hace reír. Que me tutee, bah, y yo a él.

—Porque para todos éstos somos menos que mierda, ¿sabés? —sigo oyendo a la Veva.

La morenita la escucha, está menos lánguida.

—O vos o yo. Con cualquiera de las dos que quiera acostarse hay que hacérselo pagar. Que mande a buscar a Beatriz Dietrich o nada.

Brillo untuoso en la frente de Miguel Ángel.

—Vení, Veva. Vení a mi lado. Dejate ya de pelear.

—¿Sabés qué? Te vas vos con tu coche ya que yo no lo puedo usar. Te llevás a una de las chicas, te quedás un poco lejos de la casa para que no te vean, y ella se baja a buscar a Beatriz. Después vos la traés diciéndole que Miguel Ángel te manda.

—Pero yo no tengo ningún interés en que venga.

—¿No te gustaría que nos viera juntos? —le dice la morenita a Miguel Ángel con una languidez que parece que se va a morir.

—No sabía que tenías esas intenciones. Si te empeñás que venga...

La morenita se acerca a Miguel Ángel, una sonrisa dormida en la cara.

—Que venga.

¿Atalita tiene esa languidez? La Veva pensó lo mismo.

—Ésta se parece a un puro capricho ¿no es cierto?

Miguel Ángel sonríe.

—Se parecen, es cierto. Cuando le diga a Atala que por unos pesos cualquiera puede tenerla se ahogará de rabia. Ella promete pero no da ni un meñique. La atrae lo contrario de la vida diaria.

—Cualquiera no, pueden tenerla algunos solamente. Los que saben qué es delicadeza.

—Decime, vos, chirimoya, ¿quién te creés que sos para tratar a todo el mundo como a la suela de tus zapatos?

—¿Quién soy? Una que tiene por ustedes el mismo respeto que por la suela de sus zapatos. Y que no dirá a nadie, si no se lo merece, una palabra hiriente.

—No le des tanta importancia —dice la morenita, prendida a Miguel Ángel.

¿Ésa se prende a todos? No. Aquí hay gato encerrado.

¿A quién prefiere Miguel Ángel? Me parece que no tiene preferencias.

—¿Es tan linda como dicen Beatriz Dietrich?

—Depende de gustos. Hay bellezas que cansan. Todas las bellezas cansan. A mí por lo menos.

—¿La belleza de Atalita Pons lo cansaría?

—Inútil hablar de cosas hipotéticas.

—¿Es muy amiga de Beatriz Dietrich?

—¿Qué sé yo? ¿Acaso soy su niñero?

—Pero ha de saber si las dos se conocen mucho.

—Creo que se conocen desde que gateaban. Pero a vos ¿qué te importa tanto si se conocen o dejan de conocerse?

La morenita se prende de nuevo a Miguel Ángel. Una risa en la puerta. Cómo se ríe Beatriz Dietrich, amiga de Atala, con amistad similar a la de su hermana Blanca con Nora. Cómo se ríe, muestra todos los dientes, es una carcajada hasta la garganta. Largas piernas, ojos verdes. La misma descripción que se podría hacer de la Veva. Y no se parecen nada. Como para creer en la filiación de las células de identidad. Malsana la Veva, amazona la otra. Se acerca a la morenita con su gran carcajada y le descruza suavemente los brazos sobre el cuello de Miguel Ángel.

—No la dejes —dice él.

La morenita vuelve a abrazarlo. Beatriz a sacarle los brazos. La morenita hace todo dócilmente.

—Si estás buscando la forma de que te rompa el alma, seguí. Yo soy dueño de hacer lo que se me da la gana. —Toma de la mano a la morenita—. Vení, debe de haber una pieza libre.

Beatriz no dice ¿para esto me has hecho venir? Va detrás de ellos. Un forcejeo en la puerta.

—Qué lástima —le dice Miguel Ángel—, qué belleza desperdiciada.

Un grito. La morenita vuelve a entrar donde estamos con susto en los ojos. La puerta entreabierta permite ver los golpes de Miguel Ángel sobre Beatriz. Ella lo tironea. La Veva mira como si estuviera en el cine. Los golpes son crueles. Basta, gritan las representantes de la Lucía. ¿Por qué basta?, pregunta la Veva, no es cosa nuestra, ¿se hace una apuesta a quién gana? Hecha, digo. Es algo que no se me había ocurrido, esto de darle una tunda a una tipa que te jode la paciencia. A la próxima virgen se la aplico. Beatriz viene a parar a mis pies.

—¡Qué bien le quedan los golpes! Ahora habría que acariciarte.

Miguel Ángel la levanta. Se miran a los ojos. Yo creía que Beatriz ya no veía nada fuera de la burla de Miguel Ángel, pero ve sus ojos y tantea con la mano detrás de la espalda sobre la mesa. Hasta que toca una botella. Beatriz retrocede, él la sigue. Ella no ha dejado de mirarlo. Miguel Ángel le vuelve la espalda, abrazando a la morenita. La morenita tiene los brazos colgando junto al cuerpo, como si no quisiera nunca más abrazar a nadie. En la cara llena de sangre de Beatriz aparecen de nuevo los radiantes dientes blancos. La carcajada termina junto con el botellazo en la cabeza de Miguel Ángel. Qué matadero. Esto se está volviendo lujoso. Las mujeres salen una tras otras gritando, y los talones no les bastan para rajarse. Aparece Surquitos a medio vestir. Nadie hace nada. Beatriz tiene un pañuelo en la cara. Palito la saca

de la mano con una calma de aplauso. Ahí está el patrón del local, muerto de miedo. La Veva no se ha movido. Dice yo lo curo, llévenlo a una pieza, quiero alcohol y toallas. Dice no se lo lleven, lo mismo da aquí. Él intenta levantarse. La temblona ya está buscando con el patrón lo que hace falta. Miguel Ángel no se ha desmayado, está sólo atontado. La de la permanente quemada mira desde la puerta, mete nada más que la cabeza. Llegan las toallas. La Veva se acerca a Miguel Ángel, le echa media botella de alcohol encima, sin secarle el que se le va para los ojos. Le envuelve la cabeza con una toalla, y dice que él es médico y que tiene un hermano que lo es también, llámenlo, que lo lleve él a la asistencia pública si se precisa. Viene hacia mí, dice qué asco. Yo creo que lo mismo sería asqueroso ver correr un líquido blanco en lugar de uno rojo si ese líquido estuviera dentro de una persona. Roja o blanca, la sangre no es asquerosa por el color ni el olor sino por el misterio. Y yo que quería conocerla a Beatriz Dietrich, dice la Veva, mañana me le presento a felicitarla. Pero no podés ir a su casa, dice la morenita. La Veva se enfurece. ¿Qué estropajo sos vos también, qué creés que me lo va a impedir?, ¿la nobleza de su familia? Y ahora, caminito amigo, yo también me voy. Yo voy detrás de ella, tan lujosa, y la oigo decir: además, ya que nadie me trae a Atala iré yo a buscarla.

Las noches temibles

Miren dónde se puede encontrar inocencia todavía. En Félix Gauna. Supurando pero inocente. *Et mourir d'amour.* Padre sin aparecer, va para el mes. Una de alborotos, alboroto al modo de ellas, humildón y sin bochinche, ojos llorosos, cabeza baja. Ensayito de víctima digna que hace el tipo —¡cómo se lo iba a perder!— *me voy de esta casa porque nadie me precisa ni me respeta.* Ensayito frente a una pared: yo. Por el modo de escuchar, de mirar y de callarme, magnífica imitación de una pared. Como para obligarlo a desviar la vista y a hablar de su ida mirando para otro lado. Pero siempre se encuentra gente con orejas para oír reproches y ojos para llorar. La encontró cuando ya se iba, y cuando quería una retirada fácil, sin nadie que lo embromara. En vez, una pobre suplica que te suplica prendida de su brazo, y otra pobre desde la puerta de su eterna cocina le ruega con los ojos. La lección de pared se la aprendió rápida. Ni mu. Aunque sí, algo dijo sin embargo. Algo parecido a *el Fénix.* El ave maravillosa. Para él traducido en *pajarón.* Pero si bajo la forma de un nombre cambiado él no se propone llamarme pajarón, pajarón es lo que me llamo yo por haberme creído culpable de su ida, de los ojos lastimosos de las pobres mujeres, y de heredar la jefatura de la familia. Todavía no sé cómo no me di cuenta de que no había tanto motivo para mandarse a mudar. Al fin y al cabo, más de lo que hago siempre no había hecho. Frialdad, distancia, poca muestra de deleitarme en su compañía... Y voy y le digo a Tito

maldita, maldita la ciudad de casas chatas y repetidas, maldita la ciudad que ha ido perdiendo las palabras importantes y quedándose sólo con las superfluas, aquí nadie habla del alma como no sea en tono de catecismo. Y él me dice: a la persona que te podía hablar del alma le tapaste la boca. Yo digo hum, él dice no entendés. No entenderé algunas cosas, pero mucho peor que no entender es encantarse con la encantadora provincia, la encantadora ciudad. ¡Jua! Y podría ser distinta. Con este aire tan dulce no es difícil imaginarle calles permanentemente florecidas, un extenso repertorio de fantasmas y recovecos encantados. Más que fantasmas, fantasmitas, traviesos, familiares. Pero ¿qué recoveco puede resistir en la polvorienta ciudad geométrica, de una tonta y tranquila geometría? Poco más y me pongo a pensar de nuevo en *decorados para ocultar lo terrible,* escondiéndome que ese terrible está apolillado. Y sin embargo, no. Cuando todos están locos lo terrible existe. ¿Por qué un hombre joven, buen mozo, se casó con la tuerta Pepa, por ejemplo, llevándose por delante a la familia de ella que temblabla por los efectos del amor en una semiidiota? Y él la mira como a una flor, con delicia, con cuidado. Una flor repugnante. Él no lo sabe. La extraña madre de Atalita, tan buena o tan malvada, no sé, pero en todo caso tan lejos de todo. Estamos locos pero somos insignificantes. La insignificancia se nos instala en la fachada y nadie sabe lo que hay dentro. Sólo al loco José le reventó el desatino por todos lados y tiró abajo la fachada. La ciudad mezquina, ordinaria, ruin, no puede más de enlunada. Llena de opas, tantos opas, en cada umbral. La ciudad que encubre a la extraña madre de Atalita, ahora muerta, a la mía, que fue a llorarla, al extranjero marido de la Navarro que fue a llorarla también, casi sin conocerla, sólo porque su mujer de cara de caballo le dijo que para dejar de ser extranjero hay que visitar a todos los muerto, si no le dijo también que hay que retirarles la confianza a todos los vivos. Por intuición él lo hace, con tal de pasar por autócto-

no... Entonces Tito va y me dice me equivoqué con tu hermana, me equivoqué cuando te dije que se paseaba frente a la casa de Lucía.

—¿No era ella?

—No.

—¿Cómo sabés?

—Me lo dijo la Lucía.

—¿Qué te dijo? ¿No es Elva Gauna la que se paseaba frente a mi casa? ¿Eso te dijo? No seas bolas. Si sabe quién es, quiere decir que la conoce. ¿Por qué la conoce?

—No compliqués, tu hermana no, una cretinada mía, bah, decile si querés a la Lucía, porque sos un desconfiado y si querés pelea, uno no puede acordarse siempre de quién me dijo, por qué, qué.

De ahí a Atalita.

—No la busques si no te importa, Félix.

—¿Cómo que no? La buscaré. Para que no pueda sacarse mi marca. ¿Qué me mirás así? ¿Querés que te diga dónde la marcaré? ¿Tenés ganas de oír la palabrita?

—No es cierto. Ella no llevará nunca tu marca.

—¿Por su virtud, decís?

—Por su carácter digo. No llevará la marca de un encanallado como vos. Vengativo, mal intencionado. Como un alacrán.

—Tené cuidado.

—Lo dijiste vos mismo. Querés marcar como un bicho que deja ponzoña.

—Mirá, metete en tus cosas. Y si no las tenés buscátelas. Un tipo no puede encamarse solo. O se revira.

—Te gustaría que te dijera que hacés bien. Y que Atalita tiene que estar deslumbrada porque sos maravilloso. Y bueno, sí, sos maravilloso. Hay quien encuentra maravillosos a los que le ladran a todo. Cuando ladran con pasión, como vos. Nada te gusta, pero no te gusta con entusiasmo. Y en cuanto

a ella, date por prevenido, si intentás hacerle mal me vas a encontrar.

—Porteñito. Como todos los porteños haciéndose los corajudos y sin cinco de...

—De puro porteño sin cinco de te voy a decir esto entonces: sos capaz de matar a tu madre con tal de esconderle a la gente algo que te revuelve el alma, que sos feo, que sos petiso, que tenés facha de compadrito con anteojos.

—Mientras que a vos lo que te revuelve el alma es que, lindo, alto y distinguido, no te la pudiste. Y yo sí, en los yuyos, entre soretes para que no desentonara.

El Tito me barre los anteojos de un manotón y casi me arranca la cara del pescuezo. Cobarde, sin anteojos no veo... Y ahora, ¿cómo sigue el cuento? ¿Qué fin le pongo a la historia? Lo peor es que con Tito no voy a poder pelearme, porque las cosas que dice las dice en el tono de *había una vez.* Nunca me dirá que soy petiso, feo y anteojudo ni me barrerá los anteojos de la cara. No hay final para este cuento mío, mejor imaginarme otro. Tito habla con tono de *había una vez* pero los demás: qué calor, me duelen los pies, lavá los platos, ¿cómo anda el pito? Cómo anda, digo yo. Duele. Ni coraje para las curaciones. Ni coraje para pelearme con uno que me lleva dos cabezas de ventaja. ¿Ni coraje para pelearme con ninguno? Pavadas. A ver si ellos son tan machos como para arriesgarse a unas cuantas purgaciones. No hay hazaña sin riesgo. Y a ver si son capaces de conseguirse las tipas gratis, como yo. El año pasado todavía era pendejo y pagaba. Ahora es por mi linda cara, que no será linda para los Titos pero que proporciona satisfacciones que ellos no conseguirán pese a tanta nobleza y distinción. Con mi cara de compadrito, Tito, con mi facha de compadrito petiso, con esas cosas que vos no te vas a animar a echarme en cara nunca porque no sos de los que ofenden con palabras, pero que me digo yo frente al espejo. Apenas si te animás a aconsejarme con buenas maneras que no la busque más a Atala. Y a mí, que no tengo ni ganas de verla, me vienen sólo por llevarte la contra. Vos no sos de los que ofenden con palabras, ni falta que te hace, vos ofendés con tu sola presencia, suficiente para probar que soy un compadrito petiso y encanallado. Pero ¿con vos van gratis? ¡Cualquier día! A vos te queman el garguero con un vaso de aguardiente. Y yo, sí, las tengo gratis. Aunque tu Atalita no se haya dejado otras se dejan. Sólo que cuando son gratis les falta habilidad, mucho amor pero unas vigas en la cama, todo se les vuelve un me da vergüenza y no me mires, y qué vas a creer, pero sos el único; es porque te quiero, si es que llegan hasta ahí y no se quedan en no, no y no puedo, y sólo se dejan refregar un poco detrás de la puerta del zaguán porque son vírgenes y virtuosas pero después te salen diciendo estoy en estado, como si eso quisiera decir algo. Tito se reiría de la frase, de puro porteño y pretensioso nomás, porque finalmente todo el mundo sabe lo que quiere decir estoy en estado y estoy esperando, y están en estado aunque sean vírgenes y aunque como lógica para dicho y pensado sea una soberana burrada... Dónde se fue a encontrar inocencia. Y ha de ser siempre Tito quien me abra los ojos.

—Me equivoqué con tu hermana. Me equivoqué cuando te dije que se paseaba frente a la casa de la Lucía sin decirte por qué.

—¿No era ella?

—Sí, era ella, pero no por lo que vos creíste. Yo estuve mal no diciéndote en seguida lo que pasaba. Mirá, la Matilde, la amiga de la Lucía está con... tomalo con calma, todo se puede arreglar. Me da lástima tu madre. Si vos lo fueras a ver a tu padre a lo mejor...

Y yo que seguía sin entender, qué pajarón, hasta que de repente me la oigo a la Lucía diciendo *el tipo de la Matilde es un empleaducho, de esos hartos de la mujer envejecida y seca y de los hijos insípidos como mazamorra,* me la oigo como si la tuviera en frente. Se hace todo una bola con las voces de Tito y la

Lucía, ya sé lo que es que el mundo se borre ante los ojos y que el horrible corazón se olvide de su trabajo. Quedarse parado en dos patas cuando en lugar de uno hay un enorme agujero.

—No, más bien tratá de hablar con tu hermana antes. Yo te conozco, sos un violento y todavía vas a empeorar las cosas, mientras que ella... ¿Quién te dice que si ella hubiera conseguido hablar con la Matilde cuando se iba a esperar que saliera, frente a casa, sin animarse a buscarla directamente, el asunto no se hubiera arreglado de otra manera?... ¿Pero qué te pasa? ¿No ves que sos un violento?

Las noches. Las noches temibles. Las mil y una noches de la desolación. Despertarse con tanto dolor, ¿quién se ha muerto?, alguien que es imprescindible, ¿quién se ha muerto?, yo. El reptil asqueroso me ha reptado por dentro hasta ocuparme. Noches llenas de la risa mala, ¿por qué motivo Félix Gauna es un blanco predestinado para la burla?, ¿por qué la decisión consoladora —el peor de los hombres— dejó de acompañarme?, a menos que me siga invisible y sin dar molestias, como el ángel de la guarda, ¿acaso las pendejas no dicen que soy malo, que las engaño y las hago sufrir? Sufrimientos de poca calidad para probar que por ese camino llegaré a peor de los hombres. Estoy creyendo que no hay grandeza en dejar por aburrimiento a una piba que era virgen y que se está por convertir en madre. ¿Dónde está el mal luminoso y máximo?, me he metido en cositas enmarañadas, cuántas noches a sobrevivir si esto no se convierte en dulzura, dónde el inmenso y espléndido mal, único contraveneno de esta quemadura emponzoñada, recurso contra este empalamiento, este vértigo, esta humillación que me ahogará como a un ahogado repelente. No te lo perdonaré, Tito, no te perdonaré que sepas. No le perdonaré a mi hermana haberme tomado por sonso. No le perdonaré a mi madre. No le perdonaré a la Lucía. Del peor de los hombres nadie se anima a burlarse.

Vieja culpa

Sale todo los días con la Vaquelética. Cuando Atala elige una persona no ve a nadie más, el resto desaparece y muere. No lo sabíamos antes, estaba Oriental para impedirle esa dedicación furiosa. Ahora, a Arturo le importan otras cosas.

Ella fracasará de nuevo como fracasó en su examen el día de la muerte de Oriental. *Por insolente,* dice Alejo Lamadrid, mi hijo, *por depravada, ¡enfrentar al presidente de los examinadores, asegurarle* me habrán aprobado!, *pero se fue enterada de que una madre apenas muerta no le daba prerrogativas, afuera estaba esperándola el Pescado* (Alejo, mi hijo, que encuentra gusto en hablar mal de Atala), *se metieron en un coche, y con mi pobre hermana recién muerta atravesaron la ciudad a una hora en que todo el mundo podía verlos, y los vieron, el paso del coche permitía verlos bien, y digo yo quién sabe si venían del colegio.*

—Quién sabe de dónde vengo entonces cuando llego en coche.

—Es distinto, usted es persona decente.

—Quiere decir que aunque Atala ande a pie lo mismo dirán de dónde viene.

—Si anda por barrios sospechosos lo dirán. Ya se ha hecho mal nombre.

—Bien poco tiempo ha puesto. Como para creer que aunque no hiciera nada sería culpable.

Está envuelta en culpa. La culpa es casi su piel. Por eso la odian, la rehúyen y la envidian. No lo supieron los Civitali

cuando metieron el mal en su casa, cuando fueron a buscarlo diciendo *Arturo, ella necesita un cambio, no puede volver a este lugar tan lleno de amarguras hasta que no se olvide, que venga con nosotros a la casa del cerro.* Y Arturo dijo que sí para quedarse solo. Y Arturo la noche de año nuevo no supo evitarle la vergüenza. Miró sin decir nada, sin contar nada después. Son las orejas de Nora las que atraen los sucedidos. Ella oyó que esa noche Atala tomó una tras otra bebidas que no le gustan y la asquean, que los hombres de la casa y alguno venido de afuera la rodeaban, que uno de la casa la llevó a la terraza para que se despejara, que allí le habló de sus ojos brillantes y su cuerpo jovencísimo, que Arturo, como si anduviera asustado subió también a la terraza, que a la noche mientras ella dormía una de las mujeres de la casa le pintó la cara con carbón. Ahí comprendieron los Civitali que habían metido al mal en su casa.

La gente rodea a Atala y no sabe por qué. Le buscan la belleza y les parece que no la encuentran. Después olvidan qué buscaban. Demasiado pronto se envician con lo que no descifran. Ya es difícil alejarse. Sólo sienten que ella atrae y que repele. No la saben recipiente de viejísima culpa.

Viejas culpas se depositan en algunos cuerpos. Producen seres profanados.

Los Civitali lo comprendieron cuando ennegrecieron su cara. O cuando dos de los tres hijos dejaron de salir de casa, y empezaron a esconderse detrás de las puertas para espiar mientras ella parodiaba una danza antigua, y a mirarse entre ellos desafiantes o transidos. O cuando ella desapareció un día entero de la casa del cerro, volvió a la noche y dijo estuve con mi abuela, aunque sabía que era fácil probarle la mentira. Demasiados hechos gritaban ya a los Civitali su ceguera. Entonces la devolvieron. Ella encontró de nuevo a la Vaquelética y la hizo la amiga de su corazón. Oriental sabía alguna de las cosas que se dicen de esa amiga, pero no las

creyó del todo porque la Vaquelética pertenece a una buena familia. Era el movimiento acerebelado de su cabeza lo que la preocupaba, girando como destroncada sobre hombros y espalda cada tres minutos, con una brusquedad eléctrica. Inútil que el rencor de Arturo la llame vaca eléctrica, si Atala no aplica su burla propia el ridículo no toca a la gente. Oriental miraba alejarse la cabeza destroncada y decía es herencia. Aquí las enfermedades no vienen de un poder desconocido, a veces son culpa de los abuelos, a veces se las gana uno con sus maldades. Yo también digo una vieja culpa, pero no digo heredada, sólo de ella es la culpa, repulsiva y misteriosa. Por esas historias de herencia Oriental prohibió a Atala que fuera a casa de Rosita, como se llamaba la Vaquelética antes de que su compañía royera la aparente autoridad de Arturo. Y Atala renunció con serenidad, quizá con alivio, en todo caso con mutismo, a la amistad de Rosita. Por un tiempo. Hasta que murió Oriental y ella se entregó a esa amistad como a un vértigo, convirtiendo a la *vaca eléctrica* de Arturo en *Vaquelética* que suena bien simpático.

Amigos, ánimas

—Ya no te gusta venir a mi casa, Atalita.

—Si no me gustara no vendría. A mí nadie me ha puesto riendas.

Que vaya la Negrita, andá Aurora, se repiten los sí y los no de siempre al sonido del llamador.

—Hoy casi tengo ganas de ir yo, a ver si vienen a anunciar alguna cosa maravillosa.

Atala va.

—Nadie tiene que venir hoy.

—Casi nunca nadie tiene que venir. Pero vienen.

—No hay nadie en la puerta —dice Atala, de vuelta. Cualquiera puede ver cómo se le ha enturbiado la cara.

—Quizás era un ánima en pena.

—Las ánimas en pena empezaron a perseguir a Atalita, señora Fausta —pelea Aurora.

De nuevo el llamador.

—No me mire, señora Fausta, no voy ni aunque me maten.

—Iré yo entonces.

—No, chiquita. (¿Qué querrá pedirme Atala que me llama chiquita?) Voy yo. El o la que toca el llamador me busca a mí. Lo sé.

—Déjela que vaya, señora Fausta. Ha de ser uno de sus amigos secretos. Tiene amigos hasta en el infierno.

—Estúpida, en el infierno la gente no puede acordarse de sus amigos.

¿En qué atmósfera sin palabras y sin movimiento he entrado? Como si estuviera sorda, como si estuviera inmóvil. No, ya oigo. Atala está anunciando algo.

—Nadie. Pero ahora no me alejaré de la puerta por si hay una tercera llamada.

—Es el amigo demonio —dice Aurora, con reprobación, miedo y burla.

Ya está, la tercera llamada. Atala corre. Se oye abrirse la puerta cancel. ¿Violentamente? Así la oímos. Y el murmullo de Nora.

—Debíamos ir, Mimaya.

A través del patio nos llega el nombre que Atalita dice tan alto como un grito.

En tropel nos levantamos. Como para ver una reina que pasara por nuestra calle una sola vez en la vida, la única reina que tendría jamás ese capricho.

¡La Luisa!

Nunca había vuelto a casa, nunca desde que se fue, poco después de aquella tarde en que Eudoro dijo que habían enterrado a alguien, a él. Todas las locas visitas de la Luisa fueron para Oriental. Era como si las dos compartieran un secreto del que me excluían. Y ahora está aquí, parada en mi zaguán, esperando que nos acerquemos. Me acerco. Ella retrocede, no quiere que la toque. Me mira, me mira con esos ojos lastimados.

—Don Eudoro no está, dejate de temblar.

Ya conozco el secreto que creían ocultarme la Luisa y Oriental. Los golpes que Eudoro le dio y por qué se los dio durante años. Eudoro, con quien nos quisimos tanto en mi infancia.

—Volverá.

—No a esta hora. Cómo me alegro de verte.

—Yo vengo a verla a Oriental.

—¿A Oriental? Pero ella no está aquí. ¿No sabés?

—Tiene que estar. No está más en su casa. Eso me dijo la lechecita. No importa lechecita, dije yo, iré a verla donde sea, y entonces ella me dijo que estaba aquí.

—Pero le mintió.

Estridente le ha salido la voz a Atala. La Luisa da como unas coces en el suelo.

—Quiero verla a Oriental.

—Dos años pudo pasar sin que le diera el antojo, ahora bien puede pasar los otros dos que le quedan de vida. No se le ocurrió venir cuando se la llevaron muerta. Se le ocurre ahora que la picó el hambre.

—No tengo hambre. Me sobra comida.

Aurora se ríe como tonta.

—¿Tiene un novio que se la compre? —pregunta.

—Es cierto lo que andan diciendo, Atalita. Usted es mala. Yo sólo quiero ver a su mamá. ¿Por qué no me deja?

—Ni vino cuando se la llevaron.

—¿Se la llevaron? Pero si a mí la lechecita me dijo que viniera a ver a mi hija. Me dio permiso hoy. Antes me tenía encerrada. Si salís te dejo sin comer, decía. Y me dejó sin comer una vez que me escapé un poquito y me fui a casa de Oriental. Pero nadie me abrió la puerta de su casa. Si salís te quito el vestido —nos fijamos en su vestido nuevo—. Si salís para ver a esos criminales te encerraré y te haré morir de hambre. Y yo decía no son criminales, Oriental es mi hija. Atalita será tu nieta, entonces, decía ella.

—Miren la madre que se ha ido a echar la señora Oriental —interrumpe Aurora.

—¿Tiene dos hijas entonces?

Me da como frío esta dulzura de Atala. La conozco.

—Oriental, nada más.

—¿De quién es hija la Luisita entonces?

—No sé. Pregúnteselo a ella. ¿Dónde está Oriental? Tengo que verla. Tengo que contarle.

—¿Qué? ¿Qué, viejita?

—Usted antes me consideraba, Atalita. Ahora que se ha hecho grande me falta el respeto. Es cierto lo que dice la lechecita, y yo no le quería creer, que usted escupe a la gente y que para eso nada más la quiere.

—¿Qué tiene que contarle a Oriental, mamá vieja? Y yo no le falto el respeto.

Atala y la dulzura no van juntas. ¿Qué quiere?

—Usted nunca le ha dicho mamá a nadie. Me lo dice a mí para burlarse y nada más.

—Cállese ya. Si quiere ver a Oriental dígame para qué. La tengo yo encerrada como a usted esa lechecita.

—No digas nada, Luisa. Callate —aparezco.

—No, no diré nada. A ella no —dice la Luisa suavemente.

—¡Mimaya, no me hagas frente o te vas a arrepentir!

¿Y esta alta muchacha como un foco aparecida detrás de la figura de mi pobre mulata vieja? ¿Quién es? ¿Por qué la toma de un brazo? ¡Qué blancura vistosa! Rojo oscuro el pelo y los ojos sin color.

—Venga. Ya está molestando aquí —tironea a la Luisa, nuestra antigua sirvienta.

Atalita parece entusiasmada.

—Ah. Mostrame las rodillas.

La muchacha se está levantando el vestido, mostrando las piernas finas y las rodillas normales.

—Es como en las novelas, te reconozco por las marcas en el cuerpo. Aunque ver la cara baste para acordarse. Tenés siempre las rodillas redondas y sin salientes, pero has cambiado de color. Antes tirabas al mate de leche, ahora tenés una blancura de vitiligada.

—¿Vitiligada? —asombro de Puqui y Perlita.

—¡Genoveva, la hija de la Luisita, la nieta de la Luisa!

—¿Genoveva? —se interrogan Puqui y Perlita, jóvenes para los recuerdos.

—Ahora me dicen Veva.

—Cómo has crecido. Y qué elegante estás. Entrá. Dejáme que te mire.

—¿Y por eso llorisqueás? —pregunta de Atala a Nora—. Todo el mundo crece.

—Entrá, Genoveva. No te quedes ahí. Yo también quiero verte.

—No. Sólo he venido a buscar a mi abuela. No molestará más.

—Ella no molesta nunca, es de la casa, no hagas cumplidos.

—Quiero ver a Oriental. No me iré sin verla. —La Luisa patea el suelo.

Atala y Genoveva se miran como si se desafiaran.

—Entonces —dice Atala, como si hubiera ganado el desafío— tendrá que ir al cementerio.

—Me dijiste que la encontraría aquí —es una queja la de la Luisa—. Me dijiste que la encontraría, lechecita. Pero no está. Ésta dice que se fue. ¿Por qué se fue? ¿Para no verme? ¿No quiere verme?

—Sí, vieja, quiere verla. A nadie quería ver tanto como a usted. Toda la semana quería verla, quédese tranquila. Pero ahora es que no puede porque está muy muerta, y apretada entre dos nichos de piedra. Ahora está en el cementerio, muertita, muertita para siempre, ¿entiende?

—Ah —dice la Luisa—. Ah. ¿Por qué sos tan blanca, lechecita, si ni yo ni la Luisita tu madre somos blancas?

Genoveva la tironea para llevársela.

—Dejala un momento. Hace tanto tiempo que no la veo. Dejala un momento, que se siente y descanse.

—No. Está cada día más extraña. No puedo dejarla. —Mira a Atala—: ¿A vos cuándo te presentan en sociedad?

Ha conseguido sorprender a Atala, dejarla muda. Se va ya la Luisa tironeada por su nieta flamante. Atala recupera el habla.

—Voy a ir a verte.

—¿Cambiás de amiga? —pregunta Perlita—. ¿La vas a dejar a la Vaquelética?

¡Qué malhumor repentino le ha dado a Aurora la niñera!

—No diga tonteras. Como si ella fuera a tener esa clase de amigas, aunque sean blancas como la leche. La Vaquelética es señorita de buena familia. Y ésta, ni aunque se haga decir Veva.

Un misterio Genoveva. ¿De quién es hija? ¿De qué hombre de raza tan fuerte para haber anulado en tal forma el color y el pelo confuso de la Luisa, los ojos saltones de la Luisita?

Las ganas de pelea de Aurora son inagotables. *Tiene amigos en el infierno. Del infierno sale con ese pelo de fuego.*

—Qué susto me has dado... Cuando la gente duerme...

—Me están viendo por última vez.

En lugar de ojos esas mujeres tienen globos de cristal desorbitados. Sacuden los hocicos.

—¡No!

—Sí. Ya un hombre las dejó, harto de mazamorras aguachentas. Guarden sus secretos, guárdenlos solas. Paguen el alquiler para sus secretos. Solas.

Se agitan las sábanas melodramáticas, pero yo voy a desaparecer antes de que vengan el abrazo y los tirones para retenerme.

La calle. Nace el alba. Tito, que lo que quieras se deshaga, se pulverice, se pudra. Y encima de todo, censor de mis actos.

—Pero seguiste las clases, Félix.

—Las que pude.

—Entonces ¿por qué no das examen?

—Me niego a exhibirme como un bicho del zoológico haciendo monerías ante unos viejos incapaces.

—No exageres. Ni todos viejos ni todos incapaces.

—Los que yo digo sí.

—Ya entiendo. No, te rebajarás a enseñarles tu ciencia. Estudiás para vos mismo, como otros pintan para sí mismos.

La burla es un suero que penetra gota a gota.

No dejaré de verlo. Nada me impide por ahora seguir la relación con el lindo forastero. Por necesidad de sus palabras

que se meten con lo invisible y lo reproducen bien. Y para vigilarlo esperando el momento de aplastarlo.

Allá está el paredón. Una vez más la estación y las suciedades. Cuánto gris.

¿A cuál de los dos irá a buscar Elva Gauna? ¿Al hermano o al padre? Si es a mí no adivina el futuro. Yo tampoco. ¿La golpearé o me decidiré a algo peor para proporcionarle llanto para toda la vida?

Eh, muchacho, no empuje, ¿no ve que está vacío el tren a esta hora?

Ya reviento en el ingenio. Ya no me hacen efecto las pendejas del administrador jugando al tenis con polleritas cortas. Ya no le encuentro gracia a invitarme por las noches a los ranchos donde los padres se emborrachan y las hijas miran de reojo, desconfiando de todo pero deseando que. Ya ha pasado el tiempo en que, a falta de otra cosa, la tierra pegada a los pies bajo las medias me daba casi tanto gusto como su suciedad al Tocho.

Caminos grises me corren al lado.

Las cosas que tienen la aprobación de los demás aburren. El trabajo, por ejemplo. Tierra que caés del portaequipaje, aprovechá las últimas ocasiones de asentarte en mi cabeza. Alguien le va a hablar de mis méritos al dueño del ingenio. Seguiré aburriéndome, pero lejos del ingenio, en la ciudad. Feo, facha de compadrito petiso, se podría agregar pálido como un tahúr, no tenía razones para mirarme la señorita Estrella. Pero ella encontró razones para oírme. ¡Y cómo me oyó! No paró de reírse en ningún recoveco de su ingenio, productor, de azúcar y de pesos. Por obra y gracia de mis chistes, de mi historia, de mi conversación, desde ayer la señorita se ha enamorado de su ingenio de azúcar, interpretado y narrado por mí. Y su padre va a oír hablar de mí. El delicado bautismo de tierra me salpica desde la cabeza como agua finamente asperjada. Ya estoy harto de la tierra, en pies o cabeza,

harto. El entusiasmo de la señorita Estrella: *papá, un elemento como Félix Gauna, hay que tenerlo en la oficina de la ciudad* me va a valer el traslado. Y de ahí el salto. Cualquier cosa menos una mazamorra aguachenta, como las dos mujeres que dejé en casa con los ojos desorbitados mientras les decía adiós.

Silencios

Yo quise traerla a este mundo recién nacido para hablarle como en mi niñez les hablaba a las piedras, soledad a soledad.

Ella, con su cara fina como mascarilla mortuoria, es la única que se me parece.

Mi cara es ancha, mis ojos estrechos. Pero ella se me parece y no me quiere. Tal vez nunca sospeche que hubiéramos podido entendernos.

—¿Qué tenías para casarte dos veces? —pregunta con su sonrisa indefinida. Ha adivinado la forma de golpearme certeramente, que la belleza incompleta es mi herida.

El personaje monstruoso de la familia, dicen de ella, que con sus extravagancias perturba nuestra calma y atrae el virtuoso furor de la ciudad. ¿Cree que yo digo como los otros? No sé. O es sólo que no me ha querido nunca. No comprendió siquiera que le dedicaba mi admiración, mi envidia y mi piedad.

Todas las cosas que callé en mi vida le quise decir cuando la traje. Aquí pasé mi infancia inventando forma y olor para las flores. Sólo yuyos le crecían a la tierra roja. Pero hubiera querido, como ella, mirar por primera vez el sitio del que se nos desgajó el alma, la tierra tan roja, el viento tan calcinado, ese rojo sol en agonía. Vi su asombro, no dije nada. Dijo ella: si Dios hizo esto es porque estaba loco. Y chocaron sus pulseras, doradas como ojos. Yo también, si hubiera llegado por primera vez, habría dominado con un ruido hueco de pulse-

ras el impulso de levantar los brazos para celebrar la locura de Dios. Inútilmente esperé su risa y su aclaración: bah, no es cierto, pero en un mundo de plesiosaurios y piedra pómez vienen ganas de decir que Dios existe y que no es bueno, que puede matar inconsciente al que sufre de conciencia, vienen ganas de decir que tiene voz de serpiente de mar. Esperé porque sí que dijera eso, como si no supiera que ella habla apenas cuando no es para burlarse.

He vivido aquí, en la casa blanca y fresca, cuando soplaba fuego, cuando bajaba de las montañas al rojo y los perros cavaban desesperados afuera hasta encontrar una tierra que no fuera tan roja, que estuviera más fría, que los escondiera del gran viento. Cuando me fui no encontré palabras ni a quién hablar. Estaba preparada para lo encantado y lo nocturno, para lo incomprensible, no para lo trivial. ¿Qué sucedidos misteriosos dentro de una ciudad apagada prepararon a Sara para lo mismo, la volvieron forastera en su ciudad? Antes de ahora ella no había visto la insensata corriente de un río rojo empeñado en parecer muchos ríos a través de una montaña en espiral ni descubierto el pavor que provocan los milenios de las piedras y este silencio, distinto del que viene de las palabras muy dichas.

Me acordaré mucho tiempo, todo el tiempo que me queda, de este aire enrojecido por el poniente, del viento tenue que levantaba el polvo de la montaña roja, de su espanto, de la luna amarilla, aparecida ya y enorme frente al sol que moría con violencia, de su grito *¡el nombre!* nada más. En seguida un ademán de pulseras, dorado amarillo como lunas, formó un halo alrededor de su cabeza. Los brazos simuladamente despreocupados querían ocultar que había hablado.

La traje para que encuentre las palabras que yo abandoné aquí. Aquí en mi niñez inventé el mundo. Cuando vuelvo —dos veces solas he vuelto— recupero las palabras. Aquí las palabras no se deshacen contra los días y las repeticiones. El silencio es rumoreante, voces sobrenaturales lo traspasan. De la tierra a la montaña, de la montaña al cielo, de la piedra al tiempo.

¿Qué será de Sara si no encuentra las palabras? Ha visto a las coyas que venían —que no vienen ya más— a ofrecer sus quesillos sobre hojas de palmera y se quedaban a la siesta sentadas en el suelo, fumando durante horas, sin decir una palabra. Siglos de soledad volvieron mudos esos cuerpos achatados, doloridamente indios. El remoto silencio que atraviesa las figuras transidas la atravesará también si no hace algo. Algo que no sea equivocado como lo que está haciendo.

Ya llegamos a la casa. Hay gente en la puerta. La luna, desnuda de su reciente amarillo, refresca la piel reseca de las mujeres que nos esperan. Anochece. Una tregua de sol para la roja, para la tierra. Se detienen el viento ardido, el calor insaciable.

Me acordaré del momento en que quiso bajar del coche para caminar hasta la casa y *oler el perfume de las flores que crecen en otras partes.* Empecé a hablar. Qué tonta yo, que creí poder contarle todo, sin omitir detalles, mis dos casamientos, el primero, con un hombre mucho mayor, pretensioso y callado, el segundo con un hombre joven, parecido al otro. Sin amor las dos veces, por respeto a las conveniencias, y sólo la segunda sabiendo por qué.

Pero, ¿para qué me acuerdo de nada? Todo fue inútil, mi historia vivida, mi historia contada.

Me quedan las hijas de Nora... No me queda nadie. Atalita ya no es mía.

Sís en lugar de nos

Elegir entre los morlacos y la amnesia me haría dudar unos buenos cuartos de hora, porque tenés los morlacos, sí, pero ¿quién te saca lo vivido? Ejemplo del doble filo de las frases hechas. Si me sacaran lo vivido me daría por bien contento. En la imposibilidad de que el todopoderoso haga que lo que existió no exista, inútil hurgarse los bolsillos tratando de pescar algún rebusque. Sólo queda borrarse la memoria. Macanudo no saber cómo te llamás, cuál es tu estado civil, qué padres te engendraron y qué cagadas hiciste en tu vida. Verdaderamente ideal, mucho más ideal que el estado de huérfano. Aparte de que a los pobres mutilados de la memoria poco falta para que les den la mano y los ayuden a cruzar la calle. Mientras que así, los hombritos (como dirían el espejo y Tito, si Tito se animara a herir las almas) se me ponen más estrechos sintiéndome encima los ojos que me miran en mi camino del pasado al presente. Con el agregado de que cada vez hay más ojos y más pasado. Como siga así no me va a quedar otro remedio que darle al homicidio. Un asesino es alguien respetado. Y si respetado no es la palabra justa ¿qué me importa? A ver si hacerse en los pantalones de miedo frente a un tipo no es respetarlo. Al asesino ¿qué ojos le miran los hombritos? Porque, mi estimada Julia, el máximo bien es la vida. La conclusión se impone: el máximo mal es hacer pompas de jabón con la vida o, si prefiere, hacer jabón con los vivos. Unos cuantos siglos de teorías equivocadas, como se ve.

La cosa tendría que haber sido así: ¿quién da la vida? Tatadios, el bueno. ¿Quién da la muerte? Mandinga, el malo. Hubieran cosechado un número bastante más elevado de feligreses.

¿Quién me llama? Ni el Tocho ni Julián. Ah, de dónde sale éste. No habrá venido hasta el ingenio para verme a mí... Y sí, a eso ha venido, él mismo lo está diciendo. El bello Tito es así, aparece siempre donde menos quiere uno verlo. Rodeado de una aureola ahora. Se la hace el automóvil del ingenio que pasa detrás de él resbalándose en la tierra color café con leche. Un mosquitero —por no decir un velo— de tierra me separa de la sonrisa de Tito, estos dos que acaban de conocerse despreocupadamente. Yo ya tiemblo cada vez que un recién llegado me dice mucho gusto. El puto destino está hecho de tipos que un día no conocías.

¿Es la primera vez que viene? ¿Nos sentemos (él no se ríe oyéndola decir nos *sentemos*) en el umbral? Por aquí poco, cuestión diversiones, aunque algo se encuentra siempre, no digo que no, antes yo no venía casi, quédese después que hable con Gauna que se está yendo de aquí, le voy a decir al administrador a ver si le encuentra dónde dormir, ¿por qué no dice ya que sí?

De un lado Tito, del otro la señorita Estrada que hace buenas migas con las hijas del administrador. Últimamente. Y que se viene de la ciudad a jugar sus partiditos de tenis, como si no tuviera el Lawn al alcance de la mano y de los pesos. Sentada en el escalón con las rodillas bien desnudas. Inútil macanearme, me hace efecto. Por suerte, ya le estaba teniendo miedo a encallecerme. Julia, estatua a las rodillas. Tito, estatua a la preocupación muda. Tengo que hacerle completar las rodillas con la risa a la señorita Estrada. Que dé su punto máximo el físico. Tito es un buen blanco para la cachada, siempre se la toma en serio. Julia no se ríe. Muy apuradita habla y habla, ¿para qué se va a hacer ese viajón de ida y vuelta en un día?, nos vamos al pueblo y armamos un programa divertido, cosa

de convencerla a la señora del administrador de que nos acompañe, si ustedes tienen que hablar, hablen, yo los dejo y después paso a buscarlos.

Julia no se ha dado cuenta de la frenada de la hija mayor del administrador. Se ha asomado por un lado del jardín, se ha parado de golpe al vernos, y se ha vuelto por donde ha venido. No han de aprobar las relaciones de la señorita Estrada con subalternos. Mientras se trató de desempeñar una función mostrándome el ingenio, la cosa anduvo, pero de ahí a que me trate como un amigo... Entramos en lo inmoral.

Última recomendación: hablen de sus cosas, vengo después.

¡De nuestras cosas! Yo no tengo nada que hablar con Tito. Sólo prepararle la emboscada en la que caerá un día, como él me la preparó con el asunto de mi hermana y la Matilde. Me contó que veía a mi hermana rondando la puerta a la Lucía. No me dijo que era porque mi padre y esa Matilde habían puesto casa juntos, y él había dejado a mi madre papando moscas. Bueno, ya que no quiere entender, nos pasearemos de aquí para allá por este caminito. Me entran por una oreja y me salen por la otra tu bien y tu mal, el rencor, el perdón, la grandeza de alma y la mezquindad. Ah, a eso querías venir, a que siga pagando el alquiler de la casa donde vivimos, y dale con *tu madre no puede más con sus achaques y Elva cose para afuera pero no sabe bien y entonces sólo consigue que vayan a tirarle los trapos a la cara exigiéndole el reembolso, no me han venido con el cuento ellas, fui yo a verlas, o vos o tu padre, uno de los dos tiene que hacer algo.* Yo, la estatua a la mudez. *Bueno, muy bien, si es así nadie se debe ofender porque yo les haga llegar una pequeña ayuda. Encargate vos entonces si te cae mal, te ganás tu vida al fin y al cabo y yo sólo tengo lo que me manda mi hermano para que estudie, oh, no te preocupes por eso, ahora empiezo a trabajar en el hospital.*

Y así hasta que me ve los ojos. Frente a mí *¿Qué te ha pasado a vos para que te hayas vuelto piedra cuando antes todo te sacudía?* Y yo con los ojos y los labios siempre vacíos, sin contestación para su pregunta. Se cansa ya de hablarme, se va en dirección al camino. Es el momento de decirle ¿no te quedás para el programa que la señorita Estrada te está preparando para esta noche? ¿Qué se tiene que meter? Son cosas mías. Si a Elva, mi hermana, la dignidad le impide buscarme le debía impedir contar sus miserias. Pero a Tito le encanta el papel de muchacho noble.

La hamaca de las señoritas administradoras se mueve sola en el jardín. Alguien acaba de sacarle el trasero de encima. Quiere decir que algunas de las altruistas palabras de Tito han llegado a orejas ajenas. O quizá no.

El carro regador del atardecer. ¿Para qué se gastan? Dentro de un ratito la tierra se levantará de nuevo.

Va a haber que hacer algo para salir de este pantano. Barro hasta las rodillas cuando llueve, huellas por donde ni los carros pasan y tierra como suave vello en la piel en cuanto para de llover. Me tengo que rajar de aquí como sea. Yo no soy Sarmiento.

Ah, gente en la pieza de los tres inquilinos del señor Baigorria. Es día de visita hoy, por lo visto. No están ni adentro ni afuera, como si Tocho y Julián no se decidieran a dejarlos entrar. Éstos no son conocidos míos, menos mal, no estoy para amistades hoy. Mejor me hago el sonso y no me acerco. *Eh, Félix, ya los señores se estaban cansando de esperarte.* ¿Por qué no les contesto *por mí no me hubieran esperado?* No sé por qué. ¿Qué les pasa a estos dos? Es como si mi llegada les hubiera salvado la vida. Qué contentos están Tocho, el borracho, y Julián, el tuerto, caballeros con los que comparto las dormidas y basta. ¡Qué contentos están de verme! ¿Los señores visitantes esperan que les diga qué se les ofrece? Que se esperen nomás. ¿A qué han venido éstos? Tocho y Julián se desatan, encantados de vivir, encantados de mi presencia: unos relojitos, una pichincha, en cómodas mensualidades, Tocho garante de Julián, Julián mi garante, yo garante de

Tocho. Pero si no quiero ni reloj ni salir garante de nadie. Ya tengo un reloj que me dio el hermano de mi vieja. Pero aquí nadie me deja hablar. *Los señores* tienen la palabra fácil y la tonada porteña. ¡Es eso! Ya les sacaron el sí a estos dos que ahora no quieren dejar que ninguno salga virgen del asunto. Atención, tengo que decir: ¿ustedes me creen un Creso?, lo que cuesta ese *relojito* no me lo gano en un mes ni en dos, aparte de que ya tengo uno y que no quiero ser garante de nadíe, no por desconfianza sino porque no me gustan las deudas... Ya está, ya apareció el latido. ¿Pero por qué no les digo a los *señores* que se manden mudar, que a sus caras, por lo que son, mejor les pongan calzoncillos? Hablan y hablan: Para hacer un regalito, siempre se presenta alguien con quien quedar bien, lo paga cuando quiera, como quiera, yo pongo una fecha, ¿ve?, de aquí a entonces tiene tiempo de pagarlo, ¿le conviene esa fecha?, ya que el señor lo nombró garante a usted, usted hace de garante a este otro señor, tiene que firmar sólo una boletita como comprador y otra como garante. ¿El Tocho también se compró un reloj? Está loco, si ya tiene uno él, aunque sea un poco anticuado. ¿Para qué quiere otro? Porque es un infeliz y no se animó a decir que no. Yo lo diré. NO. Ya está dicho. Ni me han oído, habla que te habla. Me entra por un oído y me sale por el otro. ¿A causa del demente latido? Porque está el NO de la compra pero todavía no está el NO de la garantía. ¿Y quién hace con un amigo —qué amigo ni amigo— con un amigo, digo, el papel tan desgraciado de negarse a salirle de garante? Yo no paso ese bochorno. Ya estoy firmando. Pero ahora, Tocho, si creés que te las vas a llevar de arriba sos más bien gil. Me compro uno yo también y sos vos el garante. O no hay negocio.

Tiempo extraño

Me dobla. Ya caigo. Oh este dolor que me desgarra y me parte.

No me mires. Tu amor debe comprender. Te lo ruego, no me mires más, andate.

Me duele tanto. ¿Qué me duele? El cuerpo, algo en el cuerpo. Algo... Este dolor no es de enfermedad.

Te estoy rogando, Tito, con la mirada y con el dolor. Andate. No te dejes agarrar por una implacable compasión.

Cuando el cuerpo entiende una cosa la entiende como puede, sintiéndola en gusanos que se mueven, se paran, vuelven a moverse, o en puntas eléctricas que pinchan de adentro afuera, o en ganchos que aferran y retuercen.

La puerta, la puerta detrás de la que está sufriendo hasta el exceso se abre de golpe, Oriental dice con rabia jamás me zumbaron los oídos. No, dice no hay cómplices para el dolor de un cuerpo. No lo habrá para el tuyo, Atala.

Si un cuerpo carece de gusanos, de luces y de ganchos, imposible pedirle que entienda lo de otro. Lo que uno siente en gusanos otro lo siente en cubos de hielo, en círculos de hierro, en garras de gallina.

Oriental abre una puerta. No sé cómo son las luces de su dolor porque se necesita una sincronía de luces. Yo también abro una puerta, quizá digo lo mismo, aunque yo digo si hay cómplices para el dolor del alma, para el dolor del cuerpo no los habrá jamás.

¿Quién siente lo que siente otro?

Mi felicidad es distinta de la de ustedes. Yo no tengo felicidad. ¡Mi felicidad! Ser un vagabundo, caminos, una sola camisa, la noche al descampado, la noche en caminos calientes, la camisa siempre lavada, el olor a sol encima, nada que espere, nada que despida, la respiración sin barreras, todas las distancias iguales, recorrerlas o no, igual, la libertad, pobrecita libertad, al final siempre el mismo punto de referencia, lo llaman Dios, la atadura a la pata, el enemigo desconocido.

Los años siguen un desorden. Yo lo respetaré.

La puerta se abre de golpe. Oriental sufre detrás, dice. Yo digo dos veces lo mismo que ella dijo dos veces. Alguien da por sobreentendido tu participación en algo, siendo que estás extrañamente aparte, extrañamente rechazada de las experiencias comunes. Yo contesto en tono furioso jamás me zumbaron los oídos. Como ella contestó una tarde.

Qué risa si ella, la que murió de muerte confusa, estuviera aquí. Me pegaría, me arañaría, me tiraría del pelo. Sin comprender nada más que la moral. No sabe lo de mis hermanos, nunca lo supo. Cómo se habría asustado si Beatriz se lo hubiese contado. No sabe tampoco que ella en sus rojos escenarios no desentona con mis hermanos, demonios de alas de mercurio.

De sus rojos escenarios sólo yo tengo la vislumbre.

Ni Beatriz ni yo, ninguna de las dos mujer para mis hermanos. Ellos, escalofríos, paraísos fulminantes y cortados, ácido, filo, cristal. Yo y Beatriz, poco de eso. A mi imagen y semejanza mis hermanos. A la imagen de lo que yo debí ser pero no soy. No hay yo. Nada más que un poco de secreto en movimiento, una oscuridad que camina transportando sus preguntas. Sí, hay yo, este dolor acostado para abrirse y encontrar una salida. Dolor desconocido, que no viene de la enfermedad.

Mis hermanos, mentira. Nosotros, también mentira. Yo, cuerpo sonámbulo, dolor. Ondas como cuna. De dolor, de alejamiento del dolor.

¡Mimaya!

Beatriz habría gritado el nombre de todos para que vinieran a verla en esta vergüenza tan grande. Beatriz habría gritado porque es una apariencia solamente.

En ondas. Dolor. En ondas. Me llevan, me llevan, hasta una superficie inmóvil. Ya salgo del sueño sonámbulo. Las cosas se superponen para dejar vacíos. Paso a mi propio lado. Estoy a mi lado. En la ciudad de la infancia de Atala los días llegaban como una anestesia. Y se iban dejando un torpor. Pero hay cuatro personajes en la ciudad aletargada, cuatro personajes infantiles al acecho, con las cabezas chisporroteando. Los mellizos, yo y... y ¿quién? No me acuerdo. ¿Fue Beatriz? ¡No! No hay en ella ahora ni un grano de X, ese capaz de desencadenar las historias y costearlas sin dejar que lo tumbaran, capaz de cambiar los hechos como si hiciera de pañuelos conejos. ¿Quién era X?

Marco Antonio se ha ido con los ojos agrandados a caminar como un loco por toda la ciudad. ¿Se ha pintado las ojeras? La nariz se le afila, las aletas le tiemblan. Le di quizá demasiada dosis. No más que la de siempre. Tiene los ojos enormemente abiertos, me mira fijo. ¿Por qué estamos aquí? Porque un día me dijo la llevaré a Beatriz primero, después te dejaré. Y no me dejó. ¿Adónde me estás llevando Marco Antonio por el camino del cerro?, no estás llevándome a mi casa. A tu casa no, a una casa de por aquí. *¿Esta noche Marco de Beatriz quiere cambiar?* Ésa me tiene aburrido.

Olas de dolor. Suaves, llevan lejos. Por amor, Marco Antonio, por amor debiste haber hecho lo que hiciste... Beatriz seguirá llamándote mi marido. *Le he robado el destino a Beatriz. Quién hubiera dicho que una cualquier cosa, esmirriada y tímida como yo, iba a robarle lo que más quería. Quién hubiera dicho que su magnífica desfachatez y su egoísmo irían a parar en el ridículo solamente. Estaba marcada para lo que pretendía, la hembra del hombre peligroso. Con su pelo como tiritas de oro viejo (y la bella princesa de cabellos de oro, y la bella sirena de cabellos de oro, y*

la reina de las bellas y malvadas hechiceras de cabellos de oro), con sus ojos de burla y de luz, con sus dientes hechos a propósito para reírse de todos nosotros, de su ciudad y de cualquiera. Quizás ella también sea distinta y lo que le ocurre tenga poco que ver con lo que le ocurre a otros. Pero no le importa. Ahora le importará, cuando sepa que le robé el destino. Sin siquiera interesarme por Marco Antonio. Tu *Marco Antonio, tu peligroso capitán del hampa, un médico, grotesca. La estupenda insolencia que preparaba otros papeles para tus veinte años, vuelta ridículo y torpeza.*

Yo quería ser un vagabundo por los caminos. Dos obstáculos risibles me vencieron. La enfermedad, la cobardía.

Vos querías ser la puta gloriosa. Y total, terminaste siempre en amor, subyugada por un rey indiferente, que buscaba a otras. Disfrazando de mi marido *a Marco Antonio por no atreverte a llamarlo* mi macho.

Las dos quisimos algo que los demás despreciaban, pero a esos dos lotes desechados de felicidad alguien se ingenió para escamoteárnoslos.

¡Ay, Mimaya! ¡Qué dolor! Ay, Mimaya, vení a mi lado. Sí, te quiero, te quiero, te quiero, por si no lo sabías. Te quiero hasta sofocarme. Te quise. No pretendas que te lo diga. Enredaderita. Te dije en cambio, has sido siempre fea, tiré tu retrato en el fondo del baúl negro, burlándome, casi burlándome. ¿Por qué? Oh, quién se preocupa de por qué. Porque no puedo decir otras cosas, y basta. Te dije, ¿no te da vergüenza, una mujer vieja, contarme eso? Te dije... ay, te dije tantas cosas. Nunca te dije enredaderita. Y es lo que eras para mi corazón. No te lo diría tampoco, ahora. Te miraría con la sonrisa exasperante si estuvieras aquí, loca de vergüenza de que me veas en este momento tan obsceno del dolor todopoderoso.

Hay papel picado en mi cabeza. Lo ven. Lo ve Marco Antonio. ¿O se ha ido? Es vergonzoso estar salpicada de papelitos de color y tirada en el suelo. La alharaca cambia de tono, parece como si se callara. No es para tanto. Nadie ve el papel picado en mis suelas. ¿Marco Antonio me hizo esto? Uno, otro, lo mismo da. No fue por amor.

Marco Antonio de Beatriz. ¿Beatriz busca jardines? Los buscamos juntas. Busco a mis hermanos. Beatriz hubiera debido ser la mujer para mis hermanos. Es lo que hubiera debido ser. Pero no fue porque se volvió sólo aparente. Ventila todo, como una persona mayor. Un frasco destapado. Apenas un titiritero de su propio personaje. Ya se describe: caderas de sirena, espaldas de tuberculosa. La definición que encontró Marco Antonio para coronar el ridículo de sus zapatos rojos, su cartera revoleada por el aire acompañando el paso provocativo, todos sus colores descombinados, sus ojos en vaselina.

Ay, Mimaya, qué dolor tan insoportable. Si tu cuerpo no tiene tirabuzones de brasa no podrás comprenderlo... ¡No vengas Mimaya! Mugirías vertiginosamente inclinada sobre mí... En mi vértigo, en mis ondas, el dolor de brasa va y viene. Sobre años desengarzados.Eran las...

..

Voces que envejecieron

Ya ando con los pies gastados, poco puedo. Las palabras estorban para convencer. Queda el amor y nada más. Pero hasta el amor tengo inservible. ¿Quién le dará el amor que necesita? Ni la cuenta ha de llevar ya de las veces que creyó y no acertó. Se figuraba, no miraba con los ojos ni comprendía con la cabeza. Se figuraba, y sus figuras apenas coincidían con las de afuera. Entre todas le agotaron la dulzura. Eran siempre hostiles, daban zarpazos. Hasta que aprendió a acercárseles con tretas, sabiendo que eran figuras engañosas. Se hubiera contentado con que la engañaran. Ni engañarla quisieron.

La preferiría yo vagabunda de calles a vagabunda de imágenes.

Siempre alguien tiene algo que decirme. Pasan, me ven en el balcón o me mandan llamar con las hijas de Nora que juegan afuera. Tienen algo que decirme. A veces es gente desconocida, de apariencia humilde, que no da su nombre, cuenta sólo dónde vive y la he visto pasar, *la he visto entrar en la casa vecina, una casa que, se lo digo porque es doloroso, tan jovencita.*

Será cierto quizá, la intención quizá será buena.

La lluvia mansa del medio tiempo se descuelga en goterones de las hojas de la parra. En algún lado ella está acurrucada bajo una manta, piensa en su infancia como si fuera pasado, recuerda el horno de adobe, la ventana de Eudoro, el olor de los limeros de mi casa, los guayabos donde atábamos sus

hamacas. Piensa: *no puedo más de fealdad, ayudame*. No sabe a quién pide ayuda.

Si vinieras, si salieras de bajo esa sucia manta, verías la lluvia conmigo y te volvería la infancia. Nos acurrucaríamos y miraríamos caer el agua limpia, el olor de las parras y los limeros pasaría como un hilito en el viento, tendría para taparte una manta blanca con flores de color tejida por mujeres que perdieron las palabras hace mucho tiempo. ¿Qué has perdido vos, Sara? ¿Qué se te ha perdido, almita de cáscara de durazno? Una pelusa parada de escalofrío, que me deja escalofriada cuando quiero acariciarla.

Veríamos las dos una lluvia sin apuro. No necesitás de una manta sucia para que la vida se te vuelva fulgurante. La lluvia basta. Pero ni siquiera la lluvia es necesaria si estás traspasada de palabras. Para eso sirven los cuentos cuando la vida no alcanza.

No estés más bajo esa sucia manta. Así no te querrán. Nadie quiere lo que encuentra tirado.

Está siendo de noche. Tenés que volver a tu casa. Se ha hecho de noche enseguida con este cielo. Si no volvés a tu casa antes de que Arturo cierre la puerta, te dejará afuera. Se te ocurrirá tal vez venir aquí, pero él ya no te recibirá mañana. Habrá encontrado el pretexto para desprenderse de vos. Y yo no puedo tenerte, no te soportaría a mi lado, tan herida.

—Vamos a comer, Mimaya. No se esté ahí sola, pensando, las horas y las horas. Ya estamos todas en la mesa.

—Dame la mano, que me levante. De repente tengo muchos años... ¿Llegará esta lluvia hasta mis tierras coloradas?

—Están demasiado lejos.

—Ojalá llegara un poco de lluvia. Es como si esa tierra fuera los huesos de la tierra. No hay humedad por ningún lado.

—Hubo tanta antes, dicen, que se cansó del agua.

—¿Nos vas a llevar alguna vez, abuela?

—Creo que ya no volveré. Volví con Atala por última vez.

—Y ese pleito que no se termina nunca, Mimaya. Si alguna vez fallaran a favor de usted nadie le discutiría la tierra.

—Si fuera así volvería allá para morir. Estaré mejor muerta allá que en ninguna otra parte. No hay nada peor para los muertos que morirse donde no les gusta.

—¿Y yo también me voy a morir?

—¿Quién sabe?

—¿Cómo es morirse?

—Yo creo que es nacer para otra parte.

—¿Para una estrella?

—Tal vez.

—Hay que estar enfermo para morirse. ¿Atala se morirá pronto?

—Cállense, ya hablaron bastante.

—¿Qué dará más dolor, morirse o estar enfermo?

—Hacé callar a tus hijas, Nora. Hablan por hablar.

Cómo huelen las plantas bajo la lluvia. Cerrando los ojos reconocería la oscuridad por el perfume de las damas de noche. La oscuridad las abre. En la noche solamente ellas saben lo que son y lo dicen en perfumes. A mí no me reconociste, Atala. La sombra era también la hora para salir a decir mi nombre, la oscuridad con toda su zarabanda de demonios.

—Buenas noches, Mimaya. Duerma y no piense.

La noche que apaga todo no apaga las penas. Se ponen a picar, las nuevas junto a las viejas.

Me casé dos veces, sin amor las dos. Quería que alguien me hablara para saber cómo pasan otras vidas. Por eso me volví a casar. Oía de rato en rato la espaciada conversación de ese hombre, y nunca decía más que palabras muy usadas y deshechas. No servía lo que decía. Tal vez por el empeño en darle las palabras el amor me agarró. Entonces ya no dejé que el trabajo ni los hijos me borraran la cara. Todavía se asoman a ella la malicia, el recelo y la mirada de algún antiguo habitante de

las altas cumbres que me eligió como morada. Con violenta aplicación me puse a quererlo, pero no conseguí que se embebiera de eternidad. Nuestras conversaciones eran una apariencia. Si alguna vez él decía algo que no estuviera usado, lo decía como un muñeco de ventrílocuo. Y había empezado a quererme con un desasosegado amor.

Dicen que dos años estuve enferma desde que murió Oriental. Han soñado. No estuve enferma nunca. Le llaman enfermedad a preocuparse tan poco por lo que pasa que el tiempo hace lo que quiere con los pensamientos.

En mi niñez yo hablaba con la montaña y con el Zonda de igual a igual. El gran viento se volvía brisa a la hora en que la desaparición del sol calmaba tanto rojo, tanta quemadura. Yo estaba de frente al cielo, antigua como todo a mi alrededor, creyéndolo sin saber que lo creía. El día que me fui ya dejé de creerlo.

La montaña y el viento siguen allí para siempre. Para cuando yo ya no esté más en ninguna parte. Entre ellos y yo no había diferencia. Yo era ellos o ellos yo, quién sabe, porque hace millares de años un cataclismo desprendió de la piedra seres vivos y los echó a andar. De ellos vengo. De ellos viene Atala. Mirar la montaña era lo mismo que mirarle la cara a mi alma. Yo no la miraba así. El alma no da tregua para mirarla. Éramos de la misma sustancia, nada más, la piedra, el viento y yo.

El día que me fui me desengañé.

Y ya no podía vivir sin eternidad. La busqué en ese hombre y yo también lo amé.

Me apliqué en amarlo. Desalojé las tentaciones. Y había muchas: estar sola, huir, seguir a cualquiera que pasara para un nuevo intento más fácil de lograr. La piedra y el viento palpitaban. Su corazón era la propia eternidad. Es lo que busqué. Desde que empecé a querer a ese hombre yo también tuve un latido.

¿Quién llama a la puerta? Sólo la gente que trae una desgracia golpea las puertas a esta hora.

Ya ando con los pies gastados. Moverme para abrir es inútil. No llegaré antes que la desgracia.

No hay hora para las desgracias. Vienen al amanecer, en pleno día, cuando quieren.

Susurros, secreteos, los golpes se repiten... ¡Sara! Algo le ha ocurrido a Sara. Mejor. Mejor que la desgracia la arrase de una vez a que ande de desgracia en desgracia como por las cuatro esquinas del juego. Sara. Pobrecita. Se me acabará la vida, no me quedará más vida para vivir después que a ella la desgracia la tumbe.

Las pisadas de Aurora, la tos de Nora, pasos detrás de otros pasos, voces que dicen que duermo y se asustan en secreto.

Cómo huele la lluvia.

Voces. Voces envejecidas. Las voces de mis hijos que envejecieron. Yo los amé porque eran niños.

—¿Quién anda?

Se callan. Ya no más. Un hombre que era un niño grita. Su grito está borracho.

—No entrarías si estuviera mi padre.

Ésa es la voz de Nora.

¡No le ha pasado nada a Sara! Qué blando se me pone el cuerpo. No le ha pasado nada. Es sólo Alejo Lamadrid, mi hijo borracho.

—Tengo que decirle...

—No a esta hora, Alejo.

—Cualquier hora para decirle. Su adorada Atala. Nadie se anima a decirle que su adorada Atala es la última de las...

Cansados tengo los pies. ¿Cómo me han traído tan pronto junto a Alejo Lamadrid para cerrarle la boca de una cachetada?

Le cae la lluvia encima. Nora y Aurora lo retienen por los brazos.

—Déjenlo. No hará nada. Borracho y todo, sin que nadie tenga que ordenárselo, tomará el camino de la puerta y la cerrará detrás de él.

La lucecita de mi mesa de noche llega hasta el patio.

—Usted... ¿Usted me ha querido alguna vez?

—Es tu madre, Alejo.

—Nadie ha de llamarse madre de nadie si no es para quererlo.

Se sacude los brazos del apretón de Nora.

—Tantas veces me ha oído. ¿Por qué se enoja ahora? Otros hacen cosas que... Pero usted los defiende. Usted defiende lo malo. A usted lo bueno la aburre... la aburre. Ni sé cómo se quedó en su casa en vez de salir a vagar como Atala.

—¡Alejo! Mimaya, no le haga caso. Él no está bien esta noche.

—Él no está bien nunca. Le doy dos minutos para irse. Yo no discuto mis amores con nadie.

—Yo también me aburro ¿no? ¿Por qué yo tengo que aburrirme y otros hacer lo que se les da la gana?

—¡Mimaya! ¿Adónde va como loca, descalza, en esta lluvia? Mimaya, ese patio está lleno de barro. Se caerá. Está oscuro, sus pies... ¿Qué has hecho, Alejo? Voy detrás de ella. ¡Mimaya!

La oscuridad, el asco. Me desmayaré de asco pisando el barro y las lombrices. Bajo la primera higuera, junto al horno, donde está el Negro. Lo soltaré antes de que él lo diga. Antes de que el borracho diga algo espantoso que quiere decir y no puede a causa de su borrachera. Qué cosas hediondas voy pisando. Escalofríos de asco suben por las piernas. ¡Negro! ¡Negro! No gruñas. Soy yo. Vení conmigo antes de que él lo diga. Negro, tengo asco de tocarte de tan asqueada que estoy. ¡Qué repugnancia!, parece que viniera de la pura alma de tan grande.

—¡Mimaya, por Dios! Qué va a hacer.

—Dejala, Nora, nada la convencerá. No vale la pena que le hables, no sabrías. Dejame que yo le grite en la cara. Le grito, en la cara que a su protegida Atala un amanecer de estos se la dejarán tirada como a un zapato reventado.

—¡A él, Negro! ¡Destripalo!

—¡Mimaya querida, no!... ¡Aurora, sujetá ese perro! A vos te hace caso. Ayudame.

El Negro cuelga del brazo de Alejo. Aurora corre con un palo, Nora se prende del collar del Negro. Alejo grita perdidamente. Cierro mi puerta. Iré a lavarme. Alejo, estúpido, querido muchachito, borracho baboso, sus babas y el barro, idéntico asco.

Como si los ladridos del Negro se alejaran, como si se lo llevaran, como si todo se fuera.

Tiempo extraño

....

....

dos. ¿Qué hora es?

Oriental no está muerta. Podría enterarse.

Beatriz la divierte. Moderadamente. Conoce su cara, su brillo y su suficiencia. Ignora sus amores. Oye a Arturo, con cierta melancolía, con cierta burla, contarle lo que le ha dicho a Beatriz. Lo que Beatriz quiere ser entra dentro de las cosas imposibles. Para ellos lo posible es ser empleado público, escribano, médico y, haciendo extrañezas, diputado. Pero actriz... Nadie es actriz. Se necesitan gestos cabalísticos para plantarse de golpe en una vida tan rara. ¿Qué sé yo de Oriental para decir que no está muerta? Ni sé quién es. En invierno se le amoratan las manos, en verano se pone un sombrero de paja para cruzar un pedacito de sol. Me quiere mucho. Oye a Arturo contarle qué le ha dicho a Beatriz y una sonrisita le baila en la punta de los labios. No sé nada de Oriental. Encuentra significados nuevos a las palabras según sus sonidos, y así las usa. Hubo un tiempo en que llamó perspicaz a todo el mundo, pero nunca supimos lo que quería decir ni ella se molestó en explicarlo. Otro tiempo estuvo ocupada con la frase anoche tuve un sueño que llamaré delirio. *Que se burlaba lo sabíamos, dónde ponía la burla no. Ni yo, su hija, lo sabía.*

Los años están confusos. Como si no fueran más para adelante. Corre el tiempo, sale de la conciencia, sale de mí con la densidad del humo. Mi tiempo está extraño, ya no es más el de los otros,

encuentra el de ellos atrás, adelante, no sé. Arturo está conmigo en el balcón. Hablamos de Beatriz. Yo cuento: su padre hombre acabado, si no fuera por Beatriz pasarían hambre, ella lleva a su casa vestidos, radio, dinero. Ni una pregunta. Nadie dice ¿por qué no Blanca que es mayor? Nadie dice ¿de dónde saca Beatriz para? Pero alguien dice ¡dice! la noble ayuda de Beatriz. Los años están locos. Presentes, salpicados y confusos. Oriental ya está muerta. Arturo en el balcón. Si Oriental estuviera viva, no habría habido insinuación de él sobre la imitable nobleza de Beatriz. No quita, Arturo pasará mañana una desesperación de bruto cuando sepa por qué tengo este dolor. En un corredor, en la universidad, eso es un padre. Un bedel con estrías rojas de canallada en los ojos, Arturo también las tiene, yo no le veía los ojos, ¿por qué?

Oriental es tan rara, a veces está muerta y a veces no.

Ya no tengo miedo. La sueño aún, en sueños siempre angustiosos, pero ya no tengo tanto miedo.

De repente dudo de no haberla querido. Quizá la quise. Quizá estaba por quererla.

Nada importa sino este dolor. Y yo que me olvido de mi cuerpo. ¿Cómo puedo si se me está volviendo intolerable? Y dulce. Como ajeno. Me aleja, me acerco a mí. Yo soy la que tiene este cuerpo. La que si no lo tuviera sería distinta, no se habría aburrido quizás, habría participado en la forma de diversión de las demás personas, que son tranquilas y saben lo que hay que hacer para conseguir un resultado. O no son tranquilas pero la habilidad para los resultados la tienen lo mismo.

Quizás estaba por querer a Oriental. En relámpagos, afilada, la necesidad de saber la causa de su muerte. Agoniza, las explicaciones son confusas, no coinciden entre ellas ni con lo que alguien sabe ¿Ese alguien es Arturo? Oriental anda por escenarios rojos. Se parece a mis hermanos, ellos tienen electricidad, son contactos eléctricos y sexuales. Con, el sexo de la nada... Pero si hasta el padre Pedrito, saliendo del cuarto de Oriental moribunda dice esta mujer es una santa.

Una santa, una cordera, cuando yo ya soy un monstruo. Pero ella es más monstruo porque está muerta y es tonta.

Quizá ya la quería.

Siempre que la sueño está loca y me persigue por casas oscuras.

O es una mala mujer y tiene puestas pieles raídas.

O está desnuda. Pero entonces es preciosa, con su color cetrino expuesto ampliamente.

Ya no le tengo tanto miedo.

Estoy desenfocando. No es nuevo. Ha habido antes visiones superpuestas o vacías. Antes o ahora mismo. Una tarde, la avenida, filas de árboles altos y tierra aterida en medio. Figuras lejanas delante de mí. Entre las figuras y yo la misma dimensión de silencio que pintores ya muertos pusieron en cuadros de señores con sombreritos hongo. Camino y no me oigo. Las figuras hablan y no las oigo. Si algún coche pasa, pasa como soñando. El pleno aire parece un cuarto con aisladores. La tarde, una ilustración de tardes del pasado. Tardes de Nora, o calles de Nora, o casas de Nora. Es de Nora el antaño. Lo que no puede coincidir conmigo. Frente a sus vestidos, en armarios arrumbados, hago algo desasosegante: evoco. Una ceremonia, un balcón, dos muchachas jovencísimas, Nora rodeando el paisaje con la mirada, la otra mirando hacia abajo. Nora toma sorbetes y dice sonseras, la otra no dice nada. La gasa del vestido de una se mueve suavemente con el viento de la primavera, el pasado se está fijando, Nora y Oriental no parecen hermanas.

Esta noche, las tardes de Nora, la otra tarde invernal. Un desenfoque. Las cosas se sobreponen con una loca inmaterialidad.

No es lo que más importa. Todo importa. No es lo que más. Todo me importa igual.

La tarde invernal tiene un cielo de instantánea, las líneas recortadas de las casas lo dibujan. Afuera de la instantánea, a la tarde invernal algo le ocurrirá. Afuera de mi evocación la imagen de las dos muchachas con vestido de gasa volverá a moverse. Pero ahora todo está fijo, lo que ocurra ocurrirá después. El mismo silencio de entonces hay esta noche, la misma veladura, la

misma velocidad de sueño, galopante y amarrada. Esta no es una noche de mi tía Nora. Es mía.

Frente a armarios arrumbados no deja tranquilo lo que hace Oriental. Nada de lo que hace deja tranquilo a nadie. ¿Para qué revuelve armarios arrumbados? De alguien se evoca su traje, sus ademanes encantadores, el color que lo rodeaba y el perfume. Nunca una tendencia, unos ojos alucinados, lo que ocultó o lo que dijo en cambio. Se ve a las gentes como en un álbum, calmas, un poco ridículas, ingenuas, y a uno le gusta verlos así.

Oriental no se quiere dejar evocar. Pero hay montañas, noches y tierra de ella.

Viendo una vez a Nora se acertará con sus tardes y sus noches. A los lugares de Oriental los reconozco yo porque sólo en mí hay esta mezcla de miedo, de intriga, de culpa, que hace decir frente a una cierta luz, un cierto paisaje, está aquí. A través de sus oscuridades, de su pelo negrísimo, cortado y en movimiento como una lombriz, yo he tramado una persona: Oriental.

Son de Oriental las noches de verano, frías, en que los burros grises parecen burros fantasmas, y un cartel medio desprendido de una pared golpea y golpea. Las noches de verano en las que antes... ¿antes?... gemí de miedo.

A una tierra y una montaña, rojas hasta el espanto, sin imaginaciones, inmediatamente, las llamo tierra de mi madre. *Y a todos los escenarios de esos sueños que devuelven a antes de la vida. Desierto, rocas no lisas, mucha noche, las piedras y los monstruos aún enredados.*

Oriental ha terminado finalmente por ser la mujer más linda del mundo, una emperatriz de Arabia, la cordera de los ojos dorados, que quizás habría estado de acuerdo con Arturo mientras él en el balcón me hablaba de la nobleza de Beatriz, que se hace pagar si alguien quiere relación con ella. Arturo mentó su nobleza no antes de que yo le contara que esa se hacía pagar quizá para ayudar a su familia. Oriental hubiera sonreído una vez más oyéndolo hablar, ¡cómo hubiera sonreído! Como mis hermanos. Desde que se ha vuelto en los sueños la mujer más linda del mundo se parece a mis hermanos.

Arturo me habla en un balcón de la nobleza de Beatriz. ¿Es posible? ¿Qué está sugiriendo? El honrado Arturo acusa en los diarios al rector de la universidad. Las drogas. Acusa también a un juez. Felicitaciones para el valiente y honrado Arturo. Arturo que no encontró el modo de curar a Oriental de Dios. Recién casado intentó curarla del miedo a los ratones abrazándola dulcemente, sedosamente, con la seda del ratón escondida en una mano que pasaba por la espalda desnuda y desprevenida. ¿Cómo se hace para pasarle a Dios por la espalda? Pero se le puede decir a Oriental, rezale, rezale para que se acuerde de matarte a la hija de golpe en lugar de matarla de a poquito. Bah, a esta hora ella ya sabe a qué atenerse y quién tenía razón. Ya se estará tranquila sobre la suerte de Arturo, sin decir en secreto y recorrida por temblores él no cree en nada.

Oriental agoniza. ¿De qué muere? Las explicaciones son confusas. La respuesta de Nora, confusa.

Está enferma. Hoy dicen una cosa, mañana no dirán nada. Dirán es la vida, todos pasamos por esto.

La respuesta de Nora es confusa, no es respuesta. No hubo pregunta mía. Habla por lo que ella lleva dentro, cree que la muerte de Oriental me decidió a encerrarme. Llora largamente en el cuarto que conserva la ventana cerrada, el brasero y los carbones ya apagados, a mí extendida todavía en la cama, a ella con su desesperación de minutos antes, cuando no podía abrir la puerta, cuando yo desde adentro no quería abrir, cuando por fin abrí. Se sienta en la cama junto a mí, dice no quiso otro hijo, pensá si hubiera sido varón, tenía miedo de que Arturo te olvidara, murió por eso. No es una revelación, le doy entrada enseguida como si la hubiese estado esperando, pero no la esperaba porque lo que esperaba realmente era la verdad. Oriental sola la sabe. O quizá tampoco.

Y yo la sueño. Y yo ando por este dolor como........................

....

No te equivoques de eternidad

Ese hombre que al principio no me quería y se casó conmigo porque tenía la casa que levanté yo misma y porque la gente le repitió tanto una mujer joven y tan trabajadora no debería seguir viuda, ese hombre, Atalita, empezó a quererme con un desasosegado amor. Como si algo le dijera que si yo le faltaba le faltaría la cuerda que lo ponía en marcha. Algo se lo decía, de un modo muy oscuro, porque en él las palabras eran imprecisas y contrahechas. Imaginate, unas pocas le servían para todo. Se le deformaron. Vivía en un mundo como cartilaginoso, como vegetal, sin palabras que fueran esqueleto. Y desconfiaba de mí.

Yo ya estaba cebada de la eternidad que me mostraron las montañas. La perseguí a través de él.

Por él me apliqué en convertirme en una dama eficiente y taciturna. Me levanté a horas precisas, olvidé el caos de montañas y de estrellas, mantuve la impecable corrección de mi peinado y un persistente olor a lavanda. Fue sin tregua mi aplicación a la falsedad.

La falsedad limó todas las puntas, la punzante eternidad encontró un estuche algodonado. Día a día los años me vivieron, falsos.

Debo yo también de haberme olvidado de las palabras. Hasta que las volví a oír, tan distintas, tan soeces.

Ese verano antes del amanecer me despertó con su aire vibrante de insectos y de sol por salir. Desde mi cuarto, que

la parra de sombra separa del Eudoro, comprendí el apresuramiento de las flores nocturnas por encerrar su perfume antes de que la luz llegara. Damas de noche se llaman, y aprovechan la oscuridad para decir lo que son. En la oscuridad hubiera debido salir a decir mi nombre, el único verdadero.

Me equivoqué, ¿ves?, la eternidad no es clara, no se parece a lo repetido ni tiene olor a lavanda. Me equivoqué.

Salí de mi cuarto. Mirando al suyo sentí el peso habitual a lo largo de mis venas ya llenas de festones. El amor. El amor que pesaba como una gravidez, perfeccionado por la falsedad, la equivocación y los renunciamientos. Recorrí los patios de la casa en penumbra. No miedo, pero algo como eso fue lo que me vino, un frío atroz y el corazón paralizado.

En la casa de al lado, la de los jazmines y las estampas espiritistas, la de la mujer muy vieja y su sobrina menos vieja, alguien hablaba. Y la voz pasó por encima de la pared baja despidiéndose —¡con qué palabras!— de la tosca mujer de al lado. Él, a su edad.

No hubo necesidad de espiar. Eudoro no omitió nada en su historia cuando me encontró apoyada en la pared, ni la risa ni la burlona enumeración de mis virtudes.

No estaba preparada para el vértigo. Caigo y caigo en un extraño vacío, desprendida a hachazos de la eternidad. ¿Pero es que no hay un punto para aferrarme? ¡Sí, lo hay! Atala. En ella habitan lo delirante, lo criminal, lo fantasmagórico, todo eso a lo que falsamente renuncié.

Te lo he contado, Sara, Sarita, Atalita. Te he contado todo lo que quise decirte en este lugar rojo y seco, mi eternidad de piedras. Estoy esperando que hables. Conozco tu crueldad. No la uses ahora.

¡Oh, no! No la estás usando. Sin crueldad, sólo con asco, estás diciendo: Una mujer vieja. Deberías avergonzarte de hablar de esas porquerías.

....

....

sobre el mar. Su enfermedad, hoy dicen una cosa, mañana otra. Hoy dicen que se terminan unos corpúsculos en su sangre. Mañana ¿qué dirán? Mañana nada. Mañana no habrá más tiempo para encontrarle nada. ¿No? No.

Todo eso ya no es cierto. No está pasando ahora. Pasó. La noche de las idas y venidas, y el desvelo, y el susto de que fuera a pasar. Volvete a dormir, Atala. No me volveré a dormir para soñar lo que sueño. No estabas dormida. Para ver lo que veo. Escenarios como los de Oriental, donde suceden cosas impronunciables. Aquel desvelo, éste, son los mismos. Con los años enloquecidos, cabalgándose. Muchas veces son una vez, hoy es antes. Todo es hoy. Los paisajes se sobreponen.

En casa no podía resistir el miedo, y aquí, en la casa del cerro, con este viento lleno de recovecos, menos aún.

Si la hubiese querido, si me hubiese portado bien con ella, lo mismo tendría miedo.

Oriental, ellos son algo horroroso y terrible. Nosotros tenemos el sufrimiento de enfermedad, y el de pobreza, y el de abandono, y el de amor, pero el sufrimiento de ellos los abarca todos. Porque ellos sufren de muerte.

Les tengo miedo. Como a gente de un país extraño encerrado entre paredes muy altas, con olor a antiséptico y vendas manchadas dejadas por el suelo. El que se acerque a los paredones

podría contagiarse de muerte. Mamita Muerte es distinta de los muertos.

No he estado triste ni un momento. Si esa noche lloré junto a Oriental, fue por el olor que había tomado su rigidez. Un olor abortado. No se debe frotar con ningún perfume las sienes o manos de un moribundo, porque la lucha del perfume con el olor pesado, húmedo y dulzón de la piel por morir es siempre inútil. La mezcla se produce inexorablemente y es espantosa. Se parece al olor de la manzana atajado antes de encontrar el último matiz de olor a manzana.

Arturo le cortó un mechón de pelo negro y duro que me puso en las manos. ¿Cómo puede creer que el pelo de un cadáver es cosa de guardarse con cariño y respeto en una cajita de madera antigua? Ni siquiera el de un vivo. Siempre su pelo será algo de antes. Algo que queda moviéndose como la cola cortada de un gusano.

Hubiera quemado el mechón esa misma noche, diciendo encantamientos y saltando alrededor de un fuego con el cuerpo arqueado. Lo tiré, quizá le sirva a alguien.

Yo no tengo la culpa de no estar triste. Ella era todo lo que impedía, todo lo que prohibía, y no la quise nunca.

Además, ni sé quién era.

Me quería mucho. Nunca me puso un vestido rosa con cintas. Hasta que se lo exigí. Y me quedaba mal.

Primero fueron las noches y las noches aturdida por el miedo. Ahora, alejada de casa para evitarlo, el miedo empieza al atardecer.

No puedo soportar que haya viento ni que el viento cese porque hay más silencio.

No puedo quedarme sola porque estoy indefensa. Pero si se queda alguien conmigo, ¿qué seguridad tengo de que no cambiará de cara súbitamente y tomará la de ella?

No puedo estar en la casa donde murió porque siento su olor y la risa de él, conversando con sus amigos cuando la velaron.

Pero aquí, pleno cerro, en la noche, en el aire de la noche, está ella. Está en el cielo casi blanco de estrellas sin contorno. Está ella en todo.

No puedo levantarme porque es abandonar mi guarida segura. Si la dejo me la quitará y no tendré ya nunca dónde acostarme. Porque ella está en todas los camas con sábanas blancas. Hasta ahora preservé la mía con sábanas rosas o amarillas o verdes, y colchas de color intenso.

En lo blanco, en lo incoloro, en lo transparente está ella. No quiero vidrios cerca, ni agua, ni nada desinfectado, porque en eso también está ella.

Para contrarrestarla debo meterme en el agua podrida de los pantanos, en el agua cenagosa de los estanques.

Me pongo pañuelos brillantes por las noches y bailo. Para que haya gente y luces. Las mujeres de la casa de los Civitali hacen rueda, la madre duerme, los varones me espían a través de hendijas de puertas semiabiertas, y después me dicen que soy morena, que muevo la cabeza como una garza, que estoy borracha.

Y cuando ellos se callan, los ruidos del cerro parecen ruidos de muertos que se acercan.

Pero Miguel Ángel Álvarez vendrá a buscarme. Él estuvo conmigo la noche que me convertí en monstruo. Si ahora está conmigo tal vez me quite un poco del miedo.

Quiero ir a pasearme por el cerro con Miguel Ángel. Me mostrará las flores junto al camino, me dirá que soy su amor, me dirá: sé que te ocurren cosas maravillosas, sé que por eso parecés un monstruo, te pido que me hagas entrar en la maravilla. Me dirá yo sé mucho, he tenido tiempo para aprender, pero vos, sin saber nada, sabés más que yo y que los sabios, ¿por qué? Yo diré porque estoy embrujada. ¿Quién te embrujó? El gran bonete. No mientas, el embrujado soy yo. Le contaré a él que cuando la estaban velando vino Murúa ese peluquero con la cara picada de viruela que parece un camello, y me dijo te vas a tener que cuidar sola ahora, y cuidar muy bien porque del árbol caído todos hacen leña, y a tu edad, cuando no hay quien proteja, los sinvergüenzas se aprovechan. Le contaré que se me acercaba, que hizo un ademán para tocarme la cara, que respiraba fuerte y que era como un payaso en un circo, un payaso que es grotesco y es demente: se esperaba que hiciera payasadas y en lugar de eso él orina sobre el público. Le contaré que entonces yo me reí temblando, y que él creyó que me reía despreciándolo. Y Miguel Ángel dirá no tengas miedo nunca más, no tengas asco nunca más, no permitiré que nadie te dé miedo.

Todo eso será así... Si es que no hubiera sido ya de otra manera.

Ya no han pasado así las cosas entre Miguel Ángel y yo. No me ha querido, no me ha abrazado por sólo abrazarme, no le ha parecido que estoy nadando en maravilla.

Yo ya no esperaré que me cuente muchas cosas y encantarme oyéndolo ni que acabe con la vida aburrida. No esperaré perder conciencia, dejarme de lado. No esperaré que me quite los brazos y las piernas y las manos y todas esas cosas que mutilan. Ya no saldremos más juntos. Ya hemos salido. Quince días después de aquella noche desierta y extraña en que fui monstruo.

En el cerro no me dijo nada, nada más que insultos, y no me trató nada más que a tirones, y no me obligó a dejarme de lado... Sí, me obligó. Con su puño golpeándome la cara. Resistirlo, sólo mirándolo, sin llorar, vuelta otra de desesperación y de dolor, entre las estrellas súbitas que sus golpes hacían nacer, eléctricas, agudas, y su furia, y su voz brutal, de mí no te vas a burlar, has salido conmigo para algo, *y sus manos que arrancaban la ropa a tirones sobre las piernas cerradas. Entonces, esa otra que era yo, que andaba por ahí, dejada de lado, se me aparejó, y sentí una gran lástima por la pobrecita imaginación tan inventora de imposibles. Hasta mi sangre se aparejó conmigo y empezó a correr de mi nariz, ya tiempo después del golpe. Debe de haber sido lo que lo detuvo. Dijo ah, volvés a la vida, pero te quedan todavía las piernas de estatua, se te han vuelto de piedra, no vas*

a poder descruzarlas más. Dijo: vamos a mi casa, te voy a curar. Puso el automóvil en marcha, salimos del cerro peludo, pegajoso, llegamos a su casa, me dio la mano, descrucé las piernas, bajé. En el consultorio me tocó la cara suavemente, hueso por hueso. Por fin sus manos acariciaban. Cuando ya era inútil. Dijo no tenés roto nada. Me puso una compresa en la nariz, otra al lado de la cara. Y sus manos eran de una delicadeza de alas. Asquerosas. Como si me rozara una mariposa con polvito. Entonces dijo chiquita. Y me tomó de los brazos para levantarme del sillón. Vi la fotografía de una mujer, dije Miguel Ángel Álvarez, yo soy una que nunca se suicidará por usted.

Volví con los parches en la cara a la casa del cerro. Dije a los Civitali estuve con mi abuela. Para que me echaran al oír una mentira tan grande, y salir de esta casa donde hay viento y los murmullos son voces de muerto.

En esta casa de ahora no hay viento. Está cerrada. Es grande, es roja. ¿Estoy en la casa del viento y las voces o en un encerrado sitio rojo con recovecos redondos desde los que muchos me miran?

Los Civitali me oyeron bajando la cara. Con cobardía, con vergüenza. Ninguno se animó a decirme que me fuera. Lo dije yo, aquí tengo miedo, las noches están muy llenas de ruido, volveré a mi casa.

Después vino Carlitos Pescado a verme. Los dos nos pusimos tristes y dijimos que íbamos a dejar de vernos porque ya no nos queríamos. Después nos separamos y nos pusimos los dos contentos. Apenas Carlitos Pescado se fue se presentó el ave Fénix, que es lo que él se cree. Nos dejaron solos. Los de la casa tenían una incomodidad en el cuerpo que los hacía caminar sin decidirse adónde mirar. El Fénix estuvo muy amigo. Yo lo encontré repugnante. Feo, pálido, igual a una lombriz blanca, el cuerpito como deforme, como concentrado de la cintura para arriba. Un gran desasosiego le picó. No podía imaginarse, una persona que había dejado de preocuparse por él, que ya ni para matarlo lo quería.

Los Civitali miraban recelosamente las paredes para no mirarme. A la noche empezaron a transitar lejos del centro de los cuartos, como si fueran a caerse apenas abandonaran el apoyo de los rincones. Los muchachos sí me miraban, los únicos. Dos con despecho, agraviados, el otro divertido, indiferente y divertido. Anuncié a sus hermanas que me gustaría llamar por teléfono a Miguel Ángel Álvarez, dijeron sí, sí, salieron de la pieza, no volvieron. La madre hizo decir que no comería porque se sentía mal, la sirvienta le habló al aire para hacerle saber que nadie comería en la mesa, que en la heladera había provisiones para el que las necesitara. Yo llamé por teléfono a Miguel Ángel, le pregunté qué dirá Beatriz. Qué me importa a mí de Beatriz, dijo. Yo pregunté pero si se lo digo le hará un escándalo. Se rió, te sacará los ojos, no me importa ni de ella ni de vos. Por eso, pensé yo, he encontrado la forma de que te importe de mí.

El viento se viene más cerca, más cerca los murmullos. Para huirles le digo despacito a Miguel Ángel con lo que sé de usted, doctor (deletreando casi el doctor), con lo que sé. Tengo la boca pegada al teléfono, como una enamorada. Terminaré por importarle mucho.

Los murmullos ya llegan, ya están en mi puerta... Aquí no hay puerta mía. Aquello fue hace tiempo. Ahora estoy lejos del cerro, aquí no hay viento. Se va la casa de los Civitali.

Miguel Ángel. Me compró cajas y cajas de chocolatines. Pasó muchas veces por mi casa. Siempre estaba mi padre. Yo sonreía. Hasta que por fin me encontró sola. Entonces yo dije hacemos un pacto, y él dijo no tengo necesidad de pactos. Lo miré, volví a sonreír, dije usted sabrá. Él me apretó una muñeca, me llamó víbora.

Se va Miguel Ángel. Se va mi dolor de siempre. Este dolor es otro, me lleva lejos, me acuna, me revuelca. Deshace el tiempo.

¡Mimaya! ¡Mimaya! Se me desgarra el cuerpo. Me lo han quemado.

....

....

Yo, Félix Gauna, gran asesino

Tito Ceramico
Gauna padre.
Elva Gauna.
La Lucía.
Gauna madre.

Elva Gauna y Gauna madre pueden ser tachadas, ya me tomé suficiente venganza.

Para la Lucía tengo varios medios.

A Gauna padre podría mandarle un anónimo contándole quién es el pendejo que se aprovecha de sus horas de oficina, pero no sé si no es mejor dejar que se joda solo. La Matilde le sacará hasta los desperdicios y después lo echará con vientos destemplados.

Tito, ésa es la piedra en el camino. Si le importara todavía de Atalita, quizá por ese lado. Quizá por el lado de la morenita de la Lucía.

Aquí los secretos brillan como monedas mal escondidas, el que quiera puede verlos por mucha oscuridad que les echen. Ni que hubiera perros para desenterrarlos. El secreto de Tito y la morenita es secreto sólo para ellos. Cada vez que la morenita tiene la cara caída no hay que romperse la cabeza para saber por qué. Y aunque Tito le haga el favor de verla, lo mismo anda con la alegría perdida. ¿Qué cara le pone cuando lo llama a chistidos desde la casa de enfrente? ¿Querrá que la vea llorar?

La gente con Historia guarda mejor los secretos. Debe venirles del entrenamiento que tienen para guardar monedas. Entre Surquitos y Palito ha nacido un odio. ¿Cuál es la causa? Ni lo dicen ellos ni lo dice nadie. Pero Palito pierde su aire de escoba contenta cuando se encuentra con Surquitos. Las cejas, que se le juntaban peludas y risueñas, siguen juntándosele peludas y preocupadas. Enseguida deja de mostrarle a Surquitos los pelos de la cara y le muestra los pelos del occipucio. Palito, pelos preocupados, Surquitos, pelos odiantes. Pero Palito pelos un poco odiantes también.

No creo que sea la morenita el medio de joderlo a Tito. Si le interesara... Pero qué, él es de los que prefieren huevos de basilisco a huevos de gallina. Un buen huevo sano, fresco, no le dice nada, pero venga un huevo con yema de mandinga y ahí lo tienen adorando. ¿Qué adora? Los tuétanos enfermos, tristes y condenados. Total, la diferencia entre la morenita y Atala es que una es toda sonrisa, hoyuelos, modales suavecitos, y la otra es un filo enfermo con ojos de pantano.

A ése lo que le gusta es... Cruz diablo. Ni se me atraviese el nombre de la serpiente que llevo dentro y que alimento sin darme cuenta justo cuando creo que la he echado. El reptil reptará hasta mi último recoveco. Trataré de... Palabras que sólo se pueden decir si se piensa en otros. La muerte deja de ser reptil si es la de otros. ¿Inferirla no será vencerla? Gauna, no el Feroz, no el Salvaje, Gauna el Gran Asesino.

Día 29. Momento de pagar los plazos. ¿Con qué? Con buena voluntad y dulces palabras. Bah, si no lo pago yo lo pagará el Tocho, para eso es mi garante... Y él me dejará en cambio que levante su muerto. Me jodió. El latido, viejo, el demente latido. ¿Latido con dos tipos vistos por primera vez, dos vendedores ambulantes de relojes, por muy vestidos de cajetillas que estuvieran? No me hagás reír, Félix, y decí la verdad. ¿Qué verdad? A veces pasan las cosas así y nada más, uno está como desganado para llevar la contra.

¿Le habrá hecho llegar Elva Gauna el reloj al viejo? Yo, total, para qué lo quería. Mejor que lo aproveche alguien. Ni una palabra, ni una pregunta, de mi hermanita al Tocho. Pero ¿qué te dijo cuando le diste el reloj? Me dijo bueno. ¿Y eso es todo? Cerró la puerta.

Tito, el primero de la lista. Si es necesario para mi venganza volveré a la estrecha amistad.

Y mientras tanto, o la señorita Estrada no le ha hablado a su papá de mis méritos, o el viejo no cree en los entusiasmos de su hija. En el ingenio sigo. El Tocho se trae a la sirvienta del dueño de la casa donde vivo que ya no puedo compartir. No la aguanto ni sin barriga. Siempre asquerosa. Las chinitas de los ranchos son salvajes, dicen. Dice el Tocho, dice Julián, que no se interesa demasiado porque ama a una maestra, *es toda una señorita y tiene mi respeto.* Las chinitas de los ranchos son salvajes cuando se las atropella y ellas no quieren, pero prueben a ser amables y decirles bobadas con almíbar. De lindo no tienen nada, de acuerdo, ni de hábil tampoco. Entonces para qué. Ya no me interesan, ascendí de categoría. Las tipas de la Lucía tienen rebusque y son divertidas. Pero la Veva anda cabresteando. No ha sido leal ese ocultamiento.

—No tengo por qué contarte mi vida. ¿Acaso me mantenés, Félix?

—No, Veva, pero creía que éramos compinches y que tenías confianza en mí como para contármelo. Nos vemos a cada rato, favor que puedo te lo hago, vos de mí no exigís lo que exigís de otros, y en la farra somos almas gemelas. ¿Entonces? Casi diría que sos mi único amigo. Y vos sabías que tengo interés en encontrarme mano a mano con Atalita Pons. Una vieja deuda, ¿entendés?

—¿Te plantó?

—A mí no me planta nadie.

—Oíme, Félix, yo no soy amigo ni amiga de nadie. Está bien divertirse juntos, yo estoy siempre dispuesta a darte una

mano, pero en esto no. No sé qué querés con Atalita ni me importa. Sí, la veo seguido, ¿y con eso?

—¿Seguido? Está todos los días en tu casa. Y no me lo has dicho.

—¿Por qué tengo que decírtelo? Si lo que esperás es que te combine un encuentro con ella, sacatelo de la cabeza.

—¿Tenés celos?

—¿Celos por vos? No me hagas reír.

—Por cualquiera de los dos.

—No seas cretino. Yo no soy de ésas.

—Ya sé, pero si no podés ser capitana te dan celos.

—Yo hago lo que quiero.

—Uno cree conocer a la gente, tener un amigo... Hasta vos tenés secretos.

—¿Qué te creés, que hay que estar en la universidad para poder tener secretos? Guardate los tuyos y dejame los míos. No hay intercambio.

—Pero oíme, Veva, ¿sos tan amiga de ella?

—Sí.

—Acabás de decir que no sos amiga de nadie... ¿La querés?

—Es cosa mía.

—Tené cuidado. Atala no es buena. Y su forma de maldad agusana las llagas que a uno ya le arden.

—No me hables más de ella. No sabés nada. Yo tampoco.

—¿Y si te contara para qué quiero verla, me la harías encontrar?

—No.

—¿Por qué?

—No me servirías para nada. Al contrario. Ahora dejate de molestar. Ah, te agradecería que no te cayeras por casa cuando yo no te invito.

—¡Que no venga más a tu casa! ¿Me echás?

—No. Nos veremos siempre en cualquier lado, con Surquitos. Le pusiste bien el nombre. Es un gato con cinco

cañas. Un gato de buena familia que se gasta hasta el último centavo para hacer la misma vida que su barra de pitucos. No sé qué va a hacer ahora que Palito no paga más por él.

—¿Se pelearon del todo? ¿Vos sabés por qué?

—Rivales.

—¡No! No me digas que por alguna de las chicas de la Lucía. Si hasta ahora las compartieron en santa paz.

—Por una niña bien. Los dos quieren casarse con ella.

—Si yo fuera ella, elegiría a Surquitos, al menos es buen mozo. Pensá, Palito, hasta usa aparato para la sordera.

—Pero no sé cuánto de renta por día. Haga lo que haga esa mujer, gracias a los pesos de Palito seguirá resplandeciente de virtud. Los pesos conservan la virtud como el formol los bichos de frasco. Ella lo ha de saber.

—Una sola cosa te quiero preguntar. ¿Atalita se hace pagar?

—Preguntáselo a ella. Te dije que ya bastaba. Ahora te vas. Y no te quedes en la esquina a esperarla, sería inútil, no te daría corte. No me mires con ironía. Tu ironía me la meto ya sabés dónde. Si querés que sigamos amigos, como vos decís, nos encontraremos fuera de casa.

—Está bien. El sábado entonces. ¿Pero cómo la conociste?

—A Atalita la conozco desde chica.

Una cosa más en que pensar. Como si no tuviera suficiente con la lista de candidatos a mi venganza. ¿Por qué no quiere que la vea a Atala?

Tito Ceramico. Gauna padre. Elva Gauna. La Lucía. Gauna madre.

Si los pudiera matar con sufrimientos horribles, sin que nadie consiga atraparme, yo conseguiría ser Félix Gauna, el Gran Asesino. Me faltaría menos para llegar a peor de los hombres.

—Qué graciosa sos, Veva.

—¿Porque la conozco a Atala desde chica? No sólo eso, fui a verla y me devolvió la visita.

....

....

¡El farol! Un sol anaranjado. Voy a atravesar con alas tiesas la redondez del farol chino. ¡No me dejen! Alas de nácar, como rosario de chica que comulga en guardapolvo. ¡No! La roja llegada del farol chino. Miedo. El horror se aproxima. Ahora. El sol alrededor de las alas. Destrozo el rojo en nervaduras. Aquí nace el nombre. ¿Cuál? El del terror más hondo. El que tuve cuando no vivía. ¡Basta! Se aleja. No se me destrozó en las alas. Soy yo el sol anaranjado. Rojo desgarrante. Estoy desgarrada. Este calor, esta fiebre, estos sueños, este desvelo. Todo rojo.

Ya estaba dormida. Ya debía estarlo. Pero no lo estoy. Si no duermo, si cada vez que estoy por dormirme llega el farol, me vestiré ahora mismo y saldré. Despacito, despacito. Moverme sin ruido hasta la sala. Abriré el balcón y saltaré afuera. Voy yo a buscar otro médico. El Loco se ha ido sin saber nada ni indicar nada, haciéndole bromas a Oriental, diciéndole qué lástima morir tan joven.

¿Quién me ha dicho que si tomo el camino de la puerta alguien me impedirá el paso? Son las once de la noche. Extraño, verano y la calle sola. Entraré en el despacho de bebidas aunque esté lleno de hombres con vasos rojizos y tenga la puerta cerrada. A mí me abrirán. Pido el teléfono, ellos me miran, pero me habrán visto tantas veces de día que soy casi nadie. Hablo. En el extremo del hilo la voz de la profesora de Química me contesta

con justeza y malquerencia que para averiguar el número del padre Pedrito hay que llamar al colegio. La maldita. Qué placer me daría que reventara. Salgo. Tomo cualquier dirección. Las calles están oscuras, yo tengo quince años y ningún miedo. Algo más importante que el miedo me manda a los empujones a buscar un médico. ¿Cuál médico? No el más viejo, ni el más famoso, ni uno cualquiera. Busco al médico de las historias que la familia se cuenta en voz baja. Llego a su casa. Me dejan esperando, van a llamarlo. Me ve y me trata como un grande a un chico, pero dice que vendrá a casa y me manda de vuelta.

Ya no encontraré al padre Pedrito esta noche. Hasta mañana no lo encontraré. Si no hay tanto apuro. ¿Pero si lo hubiera?

Una vez al mes, en la capilla del colegio, el padre Pedrito habla del infierno. Jadeando, como si hiciera un poema de rencor. El infierno del padre Pedrito es una gruta de sombra, de agua, de líquenes, resume la luna llena y las lombrices intestinales, tiene viscosidades en putrefacción. Se sale de la capilla con la nariz fruncida y el labio superior levantado —como lo levantaba Oriental cuando tenía asco—, si es posible no se toca nada. El infierno del padre Pedrito es una sensación de estómago. El bueno, el dulce padre Pedrito no coincide él mismo con la sensación persona, *también de estómago, que tiene Oriental. Coincide con la sensación* té de yuyo.

No entraré por el balcón. Arturo está en la puerta y ya me ha visto.

Le anunciaré que Miguel Ángel Álvarez va a venir. Me voy a la cama de nuevo. A esperar el desvelo, la fiebre, los músculos a los saltos.

Ahí llega Miguel Ángel. Hay idas y venidas, sigue el desvelo, sigue mi inquietud de que vaya a resultar cierto lo que estoy creyendo: Oriental está muy mal. No resisto más, me voy a levantar de nuevo.

Miguel Ángel y Arturo están en secreteos. Miguel Ángel habla por teléfono, yo me siento en cada silla desocupada, salgo a la calle, camino frente al umbral, vuelvo a otra silla, él me ve, me levanta de una mano, dice deberías estar durmiendo, quizá mi voz cansada y desesperada suena con miedo diciendo no puedo, no puedo. Entonces vení conmigo, vamos a traer otro médico, dice él.

Es de noche, una noche cargada de eclipse de luna. Las casas rebalsan de calor. Arturo, exige que yo duerma.

El olor de la noche se puede respirar, siempre que no se tenga miedo a cargarse con relentes remotos. Yo tengo miedo.

Estas noches de verano vienen trayendo momentos tan lejanos que son casi un nunca.

Andar por estas noches es convertirse en algo difícilmente tolerable. Respirar estas noches es convertirse en un malsano espectro. Yo paseo en la noche porque no puedo caer en el sueño que me exige Arturo. Yo paseo, y voy a través de la gente que la puebla y que se finge tan noche como ella. Ahora atravieso quizá a una mujer que habitó países detrás de mares con nombres desaparecidos o a un ser de barba puntiaguda con idioma de lamentos. Voy a través. Algo de ellos se me queda pegado. Tengo miedo de mí que llevo varios otros.

Salir por las oscuridades a las calles despobladas es convertirse en monstruo. No lo supe cuando salía con Carlitos. No lo supe hasta hoy en que me convertí en monstruo. Pero un monstruo sufre.

La noche es sofocante, mi cama quema, nadie sabe lo que tiene Oriental. Y Arturo se va a dormir sin saberlo. No le digo nada, salgo, tomo cualquier camino, entro en el almacén, despacho de bebidas, son quizás las nueve, quizá las diez, el despacho está lleno de borrachos, en la calle hay sólo dos o tres sombras, hablo en el teléfono, ¿los borrachos me miran?, ¿qué sé yo?, ella contesta del otro lado, la hija maravillosa, la profesora de Química, dice que si quiero averiguar del padre Pedrito llame al colegio, ella es lógica, no sabe que no hay monja que no duerma a esta hora, sigo por las calles oscuras sin tropezar con nadie, llego

a las calles más claras, Miguel Ángel dice tendrías que estar en cama, vuelvo a casa, me meto en cama, me vuelvo, me revuelvo, y una idea me viene como una seducción, Miguel Ángel podría quererme, ¿acaso no se ha preocupado de que yo anduviera sola por las calles?, el llamador de la puerta suena, es él, Arturo lo recibe, se secretean, me levanto, con mi idea seductora salgo de nuevo a la calle, de nuevo a la noche, ando caminando y desgarrando dentro de mí la desilusión, alguien me querrá, por primera vez alguien me querrá, me dará órdenes y me detestará con amor. Ahora sí es tarde. Han empezado a circular las extrañas figuras de otro tiempo. Voy con mi idea, las noto apenas. Voy y vengo. Imágenes solamente, todos sus modos de quererme. Aparece frente a mí, me mira con algo de estupor, quiere buscar otro médico para una consulta y que yo lo acompañe. Atravesamos las calles importantes. Bajo sus luces fúnebres veo su mano rubia a lo largo de mi brazo. En mí alguien se acomoda suavemente, alguien que se me ha pegado antes de salir con Miguel Ángel. Ya subí a su automóvil contaminado de alguna de esas figuras de aire de la noche que atravesé.

El otro médico vuelve con nosotros y entra en mi casa solo. Miguel Ángel se queda conmigo sentado en el umbral. Estoy tan rara. Atala, la nueva, toca todo como si estuviera muy lejos. Extiende los brazos, toca la sombra, no comprende qué ha pasado en sus dedos, por donde suben otros, tocan los hombros, después el cuerpo. Son los dedos de Miguel Ángel, quieren comprobar si alguien está vivo a su lado. Que siga el itinerario de mi cuerpo, le responderá como si fuera mío porque la seducción de mi idea no se ha apagado. Sus besos no me pesan. Me toca sin indulgencia. Sus manos, sí, me pesan. No es mi enfermedad la que él vela esta noche, es la de Oriental, pero algo como una enfermedad me ha atravesado y yo no tengo manos para espantar las manos de Miguel Ángel. Porque si las espanto no descubrirá qué hay en mí para quererme y no me querrá. Y yo estoy rogando con cada poro del alma que me quiera.

El otro médico es un buen médico. No se ha movido del lado de Oriental, sabe lo que hay que hacer, ha conseguido un enfermero, y lo necesario para hacer una transfusión. Miguel Ángel ya no me deja. La noche es un desierto maravilloso, hasta las presencias se han ido. La noche sería un desierto maravilloso si sus manos no me estuvieran convirtiendo en monstruo. ¿Qué hora es? Muy tarde. Alguien abre la puerta cancel, es el otro médico, me llama. Entramos juntos. Me pregunta ¿conoce el estado de su madre? Está tan serio. ¿Está tan serio porque me malquiere? Miguel Ángel se ha quedado afuera. Tendría que comprender este médico que a ella no puede pasarle nada porque entonces ¿qué sería de mí? Sonrío para que comprenda que eso no puede ocurrirme a mí, que no es posible, que eso les ocurre a otros. Para que comprenda que se equivoca en su diagnóstico le digo no puedo quedarme sin alguien que me soluciona todo. Él hace un gesto como de repugnancia, dice vaya, vaya nomás.

Pero yo no voy de nuevo afuera, es él quien va. Yo me quedo tirada en una silla, una silla más en esta noche. Él habla con Miguel Ángel. No sé qué dicen, ni por qué me odia. Discuten, eso es lo único que sé. Pero sí que oigo, claro que oigo. Ah, así que, sin su hermano médico Miguel Ángel no es nada. ¡No es posible! No puede haber engañado a todo el mundo. Pero el buen médico se lo está diciendo y Miguel Ángel no lo niega. Entonces es posible, porque el otro es su hermano y tiene que saberlo. Oh, bueno, finalmente ¿qué? Eso no cambia mi idea seductora. No me importa que sea así o de otro modo, me importa solamente que él me quiera. Las voces se interrumpen, el buen médico va a entrar, me verá, comprenderá que he oído. Yo me voy de aquí.

Paso el primer patio. En el cuarto de Oriental las luces parecen muy débiles. ¿Dónde anda Arturo? Me iré lejos de todos con mi idea seductora. Arriba. Cuántas veces he subido esta escalera del altillo buscando un mundo que no se ve desde abajo, un muchacho que hace señas con un volantín desde lejos, el espanto en las miradas de las viejas cuando corro por el borde de la pared,

un espejo para mi cara en el aire vacío, los ruidos que se oyen de lo alto de los muros huecos. Ya llego por la terraza al techo. Aquí me tiro, aquí cierro los ojos. Me dormiré quizá... ¡El farol chino!... No, es sólo el sol que sale. Cómo se parecen la luz del farol chino y la de los rojos escenarios. Un sangriento boquete de sol me ha atravesado..

..

..

Vientito

¿Me han dado la ocasión de? No, señor, no me la han dado. Nacido de una pobre diabla y de un pobre diablo, echado del colegio por una injusticia, mandado a pudrir entre barriales de un ingenio, escarnecido por una noble dama como la Lucía, por una noble alma como el Tito, y por una señorita de buenos modales como la Atalita. Una noble alma. ¿El alma? Cuentito para los quince años. La Historia, dice el cura humilde, es la historia del catolicismo. Y quieren después que uno no sea ignorante. La Historia no es que papi Adán se meta en el culo la obediencia ni que un pobre tipo —al fin y al cabo todo el mundo es pobre tipo— con alas se crea más lindo, más sabio y más todo que tatadiós. La Historia, querido, es la historia de la rebelión, y peor para los camaradas si dicen *rebelde juá juá.* La rebelión, sí, contra los que no te quieren, contra la vida desteñida. Y los que ponen risita de costado para los rebeldes porque le dicen rebelde a uno que se rebela contra su mamá, hasta que no se corten las pelotas seguirán diciendo una boludez. El pobre tipo con alas también se rebeló. Oh, por ese camino cualquier cosa es rebelión. Y si se rebeló verdaderamente, bueno, lo haremos entrar en la Historia... ¡No, pena no! Ya te di bastante tela, ahora dejame. No me despertés por las noches para vaciarme el alma. ¡El alma! Vientito, mierdita de pájaro fino, siempre herida, siempre sufriente, una pituca con moquillo. El hombre es el lugar para la magia, dice mi amigo Tito. Y como siempre, habla sin

ton ni son. El hombre es el lugar para la pena. Tito, un día voy a borrarte la sonrisa como un recuerdo, como una fotografía desvaída. Le contaron también a él que el alma era verano, arroyos de dulce de lima y de azahares corriendo para siempre. Yo creí que era la eternidad en un olor de plaza florecida y de inciensos en procesión. Cuentitos que te contaban y que vos transformabas según tu preferencia. Una pituca que se queja es mejor como comparación del alma que una queja suavecita y cobarde... Atala se alzó las polleras en signo de infame alegría, se plegó en dos, copió los ademanes de la alegría grosera. Sin importarle quién la viera en la calle. *Andá a comer jabón, paparulo, lo que no es bueno para vos es excelente para Palito que cambia plata por estrellas.* Y comprendí Estrella. Esos gritos roncos, esa voz de manzana ácida, ese estribillo de Atala, lo que no es bueno para vos, lo que no es bueno para vos. Una campana de iglesia dio las tres, el sol se volvió más oscuro entre la oscuridad de las hojas, la Veva salió a la ventana, ¿qué pasa?, ¿qué escándalo es éste?, a vos te dije que no vinieras por aquí a espiar, y vos, la otra tonta, dejá de dar funciones en mi puerta, ya bastantes quejas tengo de los vecinos, entrá o andate, dejá ya de levantarte las polleras. Y el sol sobre los árboles, sin alma, sin pena. Somos nosotros las bóvedas perfectas para la resonancia de la pena. Estrella Bertrand se casa con Palito. Estrella Bertrand eligió entre Palito y Surquitos al más degenerado. Ése que tiene el alma como un pedo —hace un esfuerzo y se le escapa—, ése que tiene los ojos bizcos, ése que lleva aparato para la sordera, ése que junto con la plata y las lacras heredadas se consiguió unas cuantas otras lacras por su cuenta. Y el sol, eterno y sin alma pasa entre las hojas. Sólo lo que no tiene alma es eterno. ¿Qué es esa jerigonza del alma? Vibración, electricidad, pedo, ¿qué se yo? Que se llame de otra manera y se pueda poner en una jaula cada vez que uno no la usa. Qué cantidad de cosas inventadas para joder a la gente. El amor. Lo que me pasaba

con Estrella. Esa cosa tan fea, tan desesperante, que te hunde, una cloaca. Al amor sólo lo resisten los topos. Ángel de amor, qué frasecita. Y la dijeron, ¿eh?, mirá que la dijeron, nada más que para hacer creer que el amor levanta del suelo y te pone alas, que la belleza se te mete por todos lados, miel, música y bienaventuranza. Lo mismo que en el cielo. En cuanto a la amistad, una dulce ternura, sacrificarte si es necesario, buscar el bien del amigo y nada más. Justo lo que le pasa a Tito conmigo, a Tito, que salta sobre cada ocasión para joderme, ejemplo de lo que me falta, su bonitura expuesta para que los demás comparen, para comparar él mismo. Mi dulce, mi buena amistad que alivia la pena. Me veo llorando en el hombro de Tito. O escribiéndole una carta encabezada dulce amigo. No te agites, Félix, todavía quedan otras cosas a que recurrir, la patria, el hogar, la familia. Qué Félix éste, el que debió ser el peor de los hombres. Que será el peor, ¿acaso no tengo la vida por delante? Un año o dos son pocos para un gran proyecto. Perdidos además. Ni estudiando filosofía, ni largándola por la pandilla de Surquitos se llega a peor de los hombres. Metételo en la cabeza. Me lo meteré. Ahora más que nunca, ahora que mi lista tiene un nombre delante de todos: Atala Pons.

. . . .

. . . .

Es de tarde, llego al umbral oscurecido de mi casa. Vengo de una plaza salpicada de sol poniente entre las hojas. Un muchacho visto por primera vez acaba de ser mi hermano. Me dan como estremecimientos de frío en medio de la primavera tibia. Detrás de esa puerta me espera algo demasiado extraño. ¿Qué pasa dentro? ¿Qué futuro ceniciento es el que estoy viviendo? Ella está ahí detrás, y ella es como si perteneciera a otro mundo. La llamarán la cordera, pero el miedo más perfecto me lo procura ella. Si en vez de una cordera fuera una emperatriz de Arabia, mi miedo sería un buen miedo.

Yo quiero tener con alguien la relación que ella tiene con la Luisa. No me gusta no ser capaz de lo que otros son capaces. No me gusta poder menos que otros. Su relación con la Luisa es sin aire. Cada semana el mismo ritual, los mismos movimientos que repiten para burlarse de nosotros —saben ellas dónde está la burla. Parecen dos mujeres inofensivas hablando en la puerta de una casa. ¿Quién las puede ver turbias, humosas, secretas, como son? Como son las dos, porque la Luisa está contagiada de esas mucosidades espectrales que se desprenden de Oriental. Se mueven en el mismo paisaje sin tiempo, sin aire.

A Oriental le dan asco la Luisa, la Luisita. Genoveva, hija y nieta de ellas ¿también le da asco? Si se llega a enterar de que he ido a su casa se desesperará, preguntará al aire por qué, me preguntará a mí quién estaba, si alguien me besó. Y terminará arañándome.

¿Qué hora es? Eran las dos. Era hace años. Era hoy, es ahora.

Toco el llamador y me voy. Me escondo en el recodo de la esquina. La Luisita sale a ver quién es. Oh, no alcanzaré nunca las cumbres de irrealidad del juego de las otras dos. La Luisita no ve a nadie, entra. Vuelvo a tocar el llamador. La Luisita mira para todos lados. Desde el recodo saco un poco la cabeza y la espío. Saco la cabeza, saco la cabeza. Hasta que se da cuenta. Sale a ver quién es, qué pasa. No me muevo, contra la pared. Me encuentra, se asusta. Inútil, no sale el mismo juego. Un poco sí, sin embargo. Yo no le he dicho nada, ella es la que dice la Genoveva no vive más con nosotros, vaya a verla si quiere porque usted no es de las que se dejan decir que no, vaya si quiere ir, pero mejor será que no vaya nunca. Luisita, ¿qué sabés de Oriental? Sé que su mamá era una santa, cómo sufriría si viviese. ¿Por qué, Luisita, a causa de mí? ¿Qué me puede importar lo que digan si yo sé que Oriental tenía antes la misma consistencia de humo que tiene ahora? Eso no se lo voy a decir a la Luisita. ¿Y si le dijera que Oriental está ahora con mis hermanos, en sus rojos escenarios? Ya todos se tienen de la mano. Nadie se pregunta cómo es que ahora Oriental está tan bien en los rojos escenarios donde yo sola la ponía sin que se enterara. No se preguntan por qué la vi siempre allí aunque nadie más la viera. Debe de ser por eso que rezó como rezó. Ahora se ríe con los mellizos, todo es rojo y hay aplausos. Son para mí. No sabíamos que Atala pudiera ser tan feroz, dicen, no sabíamos que podía desesperar tan agudamente a Miguel Ángel, pero ahora lo sabemos y nos reímos con exquisitez.

Es de tarde. En el umbral oscurecido tengo tanto miedo de entrar. Ella está atrás. Si hoy Oriental supiera lo de los mellizos, tendría miedo de mí. Si supiera en qué escenarios la veo tendría miedo de mí. Si supiera lo que me va a hacer Genoveva tendría miedo de mí. ¡Y Genoveva se le volvería tan persona *a*

causa de su vida! Un triángulo: Mimaya, Genoveva, Oriental. De Mimaya a Genoveva, una flechita, amor. De Oriental a Genoveva, una flechita, de asco. De Genoveva a Mimaya y Oriental, dos flechitas, incógnita. Pero entro yo en medio del triángulo y entonces el letrero de las flechitas cambia. Cuando yo entre en el triángulo y Genoveva acabe de realizar su propósito, Oriental y Mimaya... Oriental nada, ya será sin actos; pero Mimaya... Mimaya la odiará. Irá hasta decirle palabras tan bajas y afrentosas que me harían llorar de bochorno oyéndolas salir de su boca, esas palabras que ella puede decir a veces. Pero no es Genoveva la culpable aunque su intención haya sido la venganza. Ahora tendrá miedo ella también, pobre, del poder de su deseo de venganza. Y al fin, ¿quién es el culpable? ¿El abuelo Eudoro, Oriental, yo? ¿Yo por no haberle dicho tampoco a Genoveva que la quería el día de las higueras? ¿Oriental por repugnancia del promiscuo amor? ¿Eudoro, culpable del pelo rojizo de Genoveva?

Ah, este dolor sólo mío. No quiero que nadie lo comparta. Nadie puede. Que te vayas, te estoy gritando. ¿No me oís? No quiero que me veas Tito. ¿Con qué derecho? La compasión no da derechos. Andate. Andate ya. No mires las burbujas sangrientas que me ha dejado..

....

....

Suertes

Sin ser sufrida no se puede ser Genoveva. Sara aprenderá a su lado que es mejor esconder la rabia o no tenerla. No se puede alabar Genoveva de haber vivido en la alegría y ella la verá serena. No se la puede alabar de haber recibido mucho y ella la verá esperanzada. Pero si lleva dentro de sí la necesidad de la ruina, ni Genoveva ni nadie le servirá para nada. Yo no podré ayudarla. Yo me estoy cansando de quererla. La Negrita tiene amor por sus gusanos. ¿Por quién no tiene amor la Negrita? Atala me ha inventado todos los nombres para conseguir lo que se le antoja. Atala nunca me ha tenido de la mano. La Negrita no dice nombres, sólo Fausta. Fausta, pobres tus manitos, qué venosas y doloridas, ¿querés que te pase uno de mis gusanos por encima?, caminan tan suavecito que te calmarán... Yo defiendo lo malo, a mí lo bueno me aburre, dijo Alejo, y yo no puedo hacerlo volver entre los vivos para pedirle perdón... Atala se despertó y se encontró sola en su casa, ni Arturo ni sirvienta. La mía ya estaba llena y nadie quería moverse, nadie quería salir, querían contar y que les contaran hasta caerse de cansancio. La Negrita le dijo a Arturo: tío Arturo, ¿y Atalita? Estará durmiendo. ¿Cómo no la despertó? No creo que se despertara por eso, nada la despierta por las mañanas, por las noches tiene miedo y la despierta todo. ¿Por qué no le pega, tío Arturo? A veces la gente se pone buena cuando sabe que hay otra gente que recibe golpes. Sos muy chica y no comprendés lo que es pegarle a Atala,

nunca le pegué. Peor hiciste, dije yo, Mimaya, te burlaste de ella a cada ocasión, no te bastaba Oriental para burlarte, querías alguien más resistente. Mimaya, hasta en un día así usted se pelea, dijo Nora, iré yo a despertar a Atala, cortó la Negrita. Encontró a Atala por la calle, no estaba durmiendo, estaba yendo vaya a saber dónde. Te queda bien el negro, le dijo Atala, sos tan rubia, ¿de dónde sacaste un vestido negro? Me lo prestó Beatriz. ¿Y por qué le pediste prestado un vestido a Beatriz? Porque esta mañana a las seis nos encontramos a tío Alejo muerto en la vereda de casa. ¿De borracho? No, no estaba borracho. ¿Lo mataron? No, fue el corazón, parece. ¡Qué corazón ni corazón! ¡Vino! No había tomado vino. Lo mismo da. Atala llegó con la Negrita. De nuevo un luto en verano, no tiene suerte usted, Mimaya. Quizá sea verdad que no tengo suerte. Quizá nadie tenga suerte. Pero las maneras de no tener suerte son muchas y yo preferiría otra. Con lo amigo que ha sido Arturo de los Bertrand y no lo han invitado al casamiento de Estrella. No lo invitaron de miedo a que la llevara también a Atala. Ya no sé lo que está bien ni lo que está mal. Tal vez es como con las suertes. Lo que está bien para uno está mal para otro. La vida de Atala está mal para ella. Atala no lloró cuando le destrozaron de un pisotón la cara a su muñeco. No quiso verlo más. Lo supuso en un lugar lejano, probablemente, pálido y enternecedor, como siempre. ¿Dónde supondré yo a mi hijo Alejo, con qué cara adorable? Me estoy cansando ya de esta vida tan larga. Muchas cosas se han desgastado. Se me desgastó el amor.

....

....

a su paso la bala.

Genoveva me recibe muy amiga, me explica vivo en esta casa con una sirvienta, esperaba desde hace meses que vinieras para decirte que sos una tonta, te esperaba desde que me dijiste en casa de tu abuela que vendrías.

Siempre he sido tonta, me paro a pensar en la forma de no ofender.

Vos y tu amiga Beatriz, dice Genoveva, ¿Por qué dejan que se rían de ustedes? Ella porque tiene ese amor, pero vos ¿por qué? Podrías hacerte valer. Cómo, pienso, si no valgo. *¿Estás triste? Estás sólo pensativa, dice. Esta tarde hacemos una fiesta y nos divertimos, yo te voy a enseñar cómo hay que hacer para que te consideren.*

Genoveva me enseña. Decís que tenés que pagar una cuenta, que alguien de tu familia está enfermo. No, digo, eso no, todos saben que las enfermedades en mi familia nos las pagamos nosotros mismos. Me mira entrecerrando los ojos. Entonces decí que perdiste una plata que te dieron. ¡Ah, no! Me da vergüenza. *¿Vergüenza? dice, pero no la tenés para hacerles el gusto sin que les cueste.*

Yo le propongo mi sistema. Como aletargada hasta un cierto punto, después despertarme de golpe, pararme justo en el momento, decir me voy, estoy cansada, no puedo vivir más,

otro día, *empezar a vestirme indiferente a los tirones del otro, hasta que se desespere, insista en retenerme y yo diga* sólo por tanto, pero me lo das antes. *Genoveva me escruta, dice qué maldad de perro.*

El poder del deseo de venganza es grande, pero se ejerce una sola vez. No hay que dividir el odio, hay que elegir el blanco único. Genoveva, la hija y nieta de las sirvientas de mi madre y de mi abuela, me eligió a mí, sin paliativos, sin distracciones. Y no lo supe.

Yo dejé penetrar los fluidos perniciosos de otros odios en mi odio por Félix Gauna. Odié a la profesora de Química, y si a Arturo no lo odié del todo es a causa del desprecio que le tengo y de la sensación persona *que me viene produciendo.*

Con Gauna, el asco se superpuso al odio.

La mezcla pierde fuerza, sólo la sustancia pura del odio comprimido sube hasta la Vía Láctea y la obliga a intervenir.

Yo me despreocupé de Félix Gauna por otras cosas, y mi odio puro, centelleante como una noche de año nuevo, envolvió a la profesora de Química.

Perdido Félix Gauna para la venganza.

Genoveva, no me pierdas a mí. No te perderé, ratita, no te perderé.

Genoveva es mi amiga. La Vaquelética no me hizo reproches. Ya nadie me los hace. Lo que me gusta de la Vaquelética es que salga de un automóvil y se meta en otro algunos metros más allá. Y que la lleve tirada en el piso mientras están en la ciudad, hasta que salen al camino del cerro. Pero no me divierte tanto la Vaquelética. Genoveva corre más riesgos y tiene una casa para ella sola. Con dos años apenas más que yo. Si yo tuviera una casa para mí sola, sería sin patios por donde entren los fantasmas o los asesinos.

No, Perlita, vos sos chica todavía y no comprenderías por qué no puedo tener dos amigas al mismo tiempo. Lo único que te puedo decir es que dos cosas de la misma especie, al mismo tiempo, se vuelven chirles. No me preguntes ya por qué si salgo con alguien tengo que salir todos los días, a toda hora. No se puede apretar dos botones con la misma fuerza. No, Mimaya, vos sos vieja ya y no comprenderías por qué no puedo tener dos amigas al mismo tiempo.

El odio de Genoveva por mí es un éxtasis. El mío apenas una rabia. El de ella toma las formas de la dedicación, hasta del sacrificio. Sus creaciones en el odio tienen la misma iluminación que las creaciones en el amor. Un odio fuera del mundo, como mi amor por el muñeco que me aplastaron. El odio con vestido de cuchillo, de bala y de vidrio. Con vestido de manos, de dientes, de talón furioso revuelto en una cara.

Genoveva se queda sin muchas cosas para dármelas. No consigue habituarme a los primorosos sobrecitos de polvo brillante. Náuseas la primera vez, y la segunda, y la tercera. No es capaz de darse cuenta que la repugnancia ha nacido con mis tripas, y de que no es sólo de lo que bebo o lo que huelo sino también de la voluntad ajena. Sus sobrecitos no le sirven para embrutecerme pero me sirven a mí para reírme. Si Arturo es el paladín de la salud frente al enfermo vértigo de la droga, sólo un camino es el mío: el vértigo. Fatalmente yo debo sacar de sus cajones los paquetes secuestrados por su orden, burlarme cuando se los doy a alguien —pobre Marco Antonio tonto— y acordarme de que alguna vez, hace mucho tiempo, es posible que yo haya admirado a Arturo. ¿Quién convence a mis amigos? —¡mis amigos!— las flores más preciosas de nuestra sociedad, ¿quién los convence de que yo dispongo de esos regalos porque los robo? La fama que estará teniendo Arturo sin causa a esta hora. A mis regalos los doy, los hago pagar, poco o mucho, depende, pero a Genoveva nunca. Que los consiga por otro lado (es para mí que los quiere), a través de su ministro del gobierno, dando vaya a saber qué en cambio. Yo no puedo privarla de ese intento de depravarme, pero no los uso, sería una descortesía. Es posible que las flores más preciosas de nuestra sociedad crean que es ella quien me provee de

los regalos que les hago, es decir su ministro. ¿A mí qué me importa? El odio de Genoveva es arrasador. O quizá lo sea sólo porque coincide con mi forma impaciente de salirle al encuentro a los acontecimientos.

Y yo no lo supe desde el principio. ¿Pero qué es lo que supe yo? ¿Para qué me llevó a ver al personaje? No sé. A veces se equivoca conmigo. Hasta demasiado. No la abandoné porque difícilmente abandono el camino del error. Tal vez por pereza. En el camino estoy, allí me quedo. O tal vez porque cuando uno se ha comprometido con el error lo quiere triunfante.

Si no hubiera sido por eso habría dejado a Genoveva en el escritorio del personaje y no la habría reconocido más por la calle. Fue una equivocación suya llevarme a verlo. Vamos a ver al ministro y vamos a ver al ministro, durante días. Si me llevás en coche quizás vaya, no tengo ganas de caminar ni de vestirme como visita. Vení, no te vas a arrepentir. Difícil que no me arrepienta, hasta ahora me he arrepentido de todo. ¿Es porque él te conoce que no querés ir? No sé, puede ser, y además, ¿qué le voy a decir? Bah, lo que se te ocurra, vos que sos tan inteligente, vení, no seas mala te regalo mi cartera nueva. Gran cosa, si fuera un vestido, todavía, y elegido por mí. Iré, quizá, pero si antes soy capaz de hacer algo que me cueste un enorme trabajo. Nunca, entonces, porque te morís de pereza. No, si es de un solo golpe, repentino, y no exige caminar.

Y como para ayudarla viene el encuentro del cerro.

Siento —¡cómo lo siento!— bajo las ruedas el obstáculo imposible de confundir: ser viviente. Grito. Le grito a Genoveva que pare el coche. Junto a la rueda, roto, el ser viviente se mueve todavía. Lo voy a levantar. Le acaricio el espinazo; los escalofríos se me pasean por las manos, le llamo cachorro, pobrecito le pido perdón por el aturdimiento del que lo mata. Genoveva —qué extraño color ha tomado— grita y grita me das asco, largá eso. Yo aproximo el ser viviente a mi cara, el horror llega a un punto intolerable, un segundo más y me fulminará. Genoveva vuelve a gritar. Ésa es mi risa. Me río a carcajadas, ya no podía más. Si ella no estuviera tan descolorida vería que yo estoy verde. Por hacerte el gusto, digo, y tiro la gruesa víbora, viva todavía, a un lado del camino. Me huelo las manos. ¿Querés sentir el olor de víbora moribunda? Le acerco las manos a la cara. Me va a dejar, se mandará a mudar, abandonándome sola, a pie, lejos de la ciudad, me va a pasar por encima con el automóvil, va a vomitar sobre mí... No hace nada de eso. Su deseo de venganza supera todo. Me da un trapo, limpiate las manos, se te irá el olor. Y yo no comprendo cuál es ese deseo que puede más que el asco. Y yo no comprendo nada. Le digo podés llevarme a ver a tu amigo, pero otro día, ahora me voy a la casa de mi abuela. Si querés vení, no hay nadie, mi tía se ha ido al campo. Nora, que me llevaba a descubrir jardines, que veía en el cementerio un jardín.

Si yo me diera cuenta de algo alguna vez, comprendería la alegría de que se embebe Genoveva. Pero nunca me doy cuenta de nada. Los otros son siempre oscuros, su aproximación, temible. Dice compraré las frutas más lindas para tu abuela, no se llega a una casa con las manos vacías.

Yo habría llegado con sólo mi persona, sin alegría, para una tarea superior a mis posibilidades: conversar con desconocidos. Y como casi todo el mundo es desconocido, siempre está uno en tareas difíciles que ni entiende ni le gustan. Cierto que Genoveva conoce a Mimaya, pero dadas las circunstancias no es conocimiento como para poner alegre ése: nieta de sirvienta golpeada llegando con la nieta del que la golpeó.

Genoveva quiere dejar el automóvil del personaje alejado de la casa de Mimaya, que a tu abuela no se le ocurra preguntar. Pero Mimaya es alguien difícil de engañar. Es la primera vez que le llevo a Genoveva a su casa. A mí me cansa conversar. Que conversen ellas mientras yo me voy a otra pieza. Pero las oigo. Si se espía se oye, es simple.

—Cuidala, ¿querés Genoveva?

—¿Cuidarla? Si no se le puede decir que no a nada.

—Se le puede enseñar.

—Le enseño lo que puedo.

—Tal vez no como se debe. Tal vez no la forma de hacer las cosas.

—¿La forma? Se hace algo por necesidad.

—No ella. Ella hace casi todo por confusión.

—Yo no sé qué hace.

—Y yo ya no quiero saber. En mi vida ya he sabido tantas cosas. Pero haga lo que haga, debe de haber dos formas de hacerlo. Enseñale la mejor, ¿querés?

Yo entro para que no sigan hablando de lo que no saben. Si ni yo sé, ¿cómo lo van a saber ellas? Vamos, le digo a Genoveva, ya estuviste bastante en tu antiguo palacio.

Caminamos una al lado de la otra sin decirnos palabra. No la quiero nada. Qué tiene que meterse a hablar de mí. Sube al coche, dice tu abuela me ha impresionado. Pero tiene suerte Genoveva, la impresión no le debilita el odio.

Tengo sueño. Dolor y sueño. Dependo de ellos, no soy responsable. De nada de lo que hice soy responsable, ni de haberme convertido en monstruo una noche, ni de haber tenido siempre capacidades de monstruo, ni de haber estado tantas veces herida de lástima. Tengo dolor. Dolor sin enfermedad, dolor de bronce atravesado en el cuerpo.

Sólo por tanto, diré yo, pero me lo das antes. ¿Por qué maldad de perro, Genoveva? Se necesita coraje para hacerlo. No lo tengo. Ésa es una confesión que no te haré. Me fabricaré el coraje, lo encontrare. Con entrenamiento debo llegar a procurármelo. Debo. Es como apostar contra uno mismo y ganar. La forma en que juega Nora. Me reiría todavía, me río a carcajadas, la carcajada intensifica el dolor, es un tirabuzón al rojo que hurga dentro, me reiría todavía si el tirabuzón me dejara terminar la carcajada, de Nora y Blanca llorando en el patio de Mimaya. Por su deshonor y por la imagen de una amistad que se acrisola en la desgracia.

Nora juega porque está enferma. A todos los juegos. El corazón se le pone de punta cuando espera el resultado.

Yo jugaré. Apostaré a quién gana, a quién cede, yo o el otro, apostaré a quién es el más infeliz. ¿Es eso maldad de perro? Si gano yo, más fuerte todavía frente al que pagó para comprobarse un infeliz. Entonces alguien llevará una llaga por mucho tiempo. Yo llevo bastantes llagas para siempre.

Genoveva me hace pasar. Picante, dice la sonrisita del personaje, picante encontrar a la criatura que vi bautizar convertida en programita, Sara, Atala, la amiga de mi sobrina Beatriz a mi disposición para lo que yo quiera. Sonrisita imposible de deteriorar en una cara de personaje altamente situado, protector de Genoveva.

La vergüenza no es nueva para mí, pero puede renovarse. Por mucho que esté decidida a continuar por el camino del error, los bordes de mi camino ceden.

La sonrisita que se cree enterada. Ninguna luz debe pretender iluminar la infancia. La infancia es misteriosa y sólo de uno. Ni uno mismo la sabe. No venga a querer iluminarla con su sonrisita, señor ministro... Pagar tan alto precio para librarme del aburrimiento. Me llevo la mano a la frente en saludo militar —le servirá para darse cuenta, señor ministro, de que usted también es grotesco— doy media vuelta marcial y salgo.

Ya llego a la casa de Mimaya. Podría no haber llegado, los caminos estuvieron borrados hasta encontrar esta puerta. Gente junto a mí. Yo veo sólo el espejo del vestíbulo y en él una víctima. Juguemos a la dulce víctima mientras la vergüenza dura. Los ojos se me llenan de lágrimas. Que nada embarre este estado de desprendimiento de la vida. Lo quiero puro. Me interno en la casa. Éste es el sitio que busco, esta piecita con su brasero y su cama, deshabitada, llena de trastos. Prendo los carbones. Mal. Así será más pronto. Cuando me duerma y empiecen a apagarse. Que me duerma pronto, antes de que se acabe esta vergüenza sin mancha. Es de tarde, el crepúsculo se acerca, hora para

morir... ¡Esos golpes! ¡Esa voz! Cómo dormir con alguien que te golpea la puerta y llora. Si Nora supiera qué grano doloroso busco reventar, lloraría mucho más.

Dolor, ráfagas de sombra. El dolor y yo ya somos uno. Finalmente. Fue el enemigo, es mi mitad de vida. No me apuñala, me abraza. Anochece..

...

...

Prodigios

Todos borrachos. Yo borracho de aburrimiento solamente. No me gustan las borracheras, bestializan. O uno empieza a largar por todos lados o le canta a la pelada tirado en un camino. Yo me aburro. Siempre el mismo tierral, el mismo tren, las mismas farras. El alma, adobada de repeticiones, tiene necesidad de pinchazos. El alma pedo. Me pinchó el casamiento de Estrella. Pasado. Me pinchará siempre, como ser hijo de mi padre, como que me hayan echado del colegio, una comezón incómoda que dura y dura ninguna pomada te saca y por momentos se vuelve más fuerte y es ahí donde te da los pinchazos. No son los pinchazos remedio contra el aburrimiento. Tampoco las farras. Estoy harto. Yo me acuerdo de un prodigio. Fue echado por la sacrosanta experiencia. En las mujeres no hay más prodigio. La mano de una chica tocada por primera vez. Ganas de desmayarse. Te dejaba los dedos constelados. El recuerdo me sofoca todavía igual que un defecto del corazón. Después, cada vez más cosas para sentir lo que se sintió la primera con apenas la mano. Va creciendo la necesidad de prodigio como una mala hierba. Y uno descubre que los momentos en que algo hurgaba el corazón hasta sofocar eran los de antes de tocar la mano. A fuerza de perseguirlo, al prodigio ya no le quedan más soplos para apretar el corazón. Y aquí están unos pobres individuos que quieren tapar al tiempo con ayuda de vino. Le tiemblan al tiempo desnudo. Quieren vivir fácilmente encantados, llegar

a zonas malditas. Llegan sólo a zonas insípidas. El aburrimiento se viene encima lo mismo, con sus pelotas vacías. Vino, sobrecitos, nada tiene efecto. Con eso o sin, incapaces de encontrar el tiempo color de collares. ¿Quiénes son? Los otros y yo. El tiempo se puede tapar con libros. Pero para eso hay que estarse tranquilo en la ciudad y trabajar lo menos posible en un ingenio embarrado. El trabajo es el padre de todos los descalabros. La guerra es el padre de todas las cosas. Se puede decir como quiera lo que sea. Pero con el asunto de la Lucía se les resquebrajó el aburrimiento. Estaban como ratas alborotadas. Todos, por orden de estatura, los de ambos sexos: ¿Y cómo fue la redada? ¿Quién cayó? No me hubiera imaginado nunca con las relaciones que ella tiene. ¿Arturo Pons no intervino? No habrá sabido lo que se preparaba. ¿Arturo Pons? ¿Y por qué tenía que intervenir? Este Félix, siempre en las nubes, ¿no sabías que es viejo amigo de los Sobrellanos, de las dos hermanas solteras de la Lucía y de los hermanos? La Lucía es muchas veces su consejera cuando está metido en algún lío, él dice que es la que más cabeza tiene en la familia. ¿Pero entonces la Lucía es de esa vieja familia Sobrellanos? ¿Y cómo pasó a ser lo que es? Historia antigua, hoy día es como si ella no fuera más una Sobrellanos, nadie se acuerda. Pero vos sí, Miguel Ángel. Oh, yo porque estuve en medio de una epidemia con Arturo Pons y ahí, ablandado quizá al ver qué poca importancia tienen las cosas, él me contó que la Lucía era una Sobrellanos, pero no el motivo que la hizo no verse nunca más con sus hermanos. No es muy difícil de imaginarlo, por otra parte. Todos, como ratas alborotadas, cada uno con su comentario, su intriga y su diversión. Pero ¿cómo fue que le cayeron en la casa? Una denuncia seguramente. ¿A la policía? ¿Qué a la policía? A alguien más influyente, seguro. Pero a ese influyente qué le importaba, ¿acaso todos los influyentes no han frecuentado la casa de la Lucía una u otra vez en su vida? A lo mejor ése no, o a lo mejor ése también. Pero ¿si le hubieran escrito que su querida iba a esa casa y él estuviese enamorado de esa querida? Qué romántico, no me hagas reír, cómo se ve que sos joven. Y si alguien que quería vengarse por algo le escribió un anónimo, le hubiera bastado con ponerle un pesquisa a la querida, con romperle el alma, y con dejarla tranquila a la Lucía. Puede ser que no considerara suficiente romperle el alma, o ¿quién te dice que no fuera un exquisito y necesitara de la prueba pública de su ignominia? ¿Necesitar la prueba pública de su ignominia? Te estás volviendo muy rebuscado, Félix, qué raro que vos no estuvieras ahí en sábado. La Veva me prohibió ir. ¿Por qué? Yo qué sé. Sé pero no lo voy a decir. Me prohibió porque pensaba llevarla a Atalita. Creyó que yo no me daría cuenta. Pero ¿cómo pensó la Veva en llevarla a Atalita? si cuando la nombré en su casa, la Lucía casi me saca los ojos. Eso es lo que se llama misterios del corazón humano. Era el día en que yo había decidido ir a encontrarlo a Tito y espiar desde su casa. Si no hubiera sido por la tormenta habría gozado del espectáculo de la temblona que salía llorando de lo de la Lucía empujada por un guardián del orden. Lo que habría dado el guardián del orden por estar en el sitio de los que encanaba. Pobre temblona, si no es pagando, ¿quién la va a querer? Los muchachos dirían que me vuelvo rebuscado. Pero ¿es así o no es así? Gratis ¿quién la quiere? En el altillo de Tito hubiera estado yo en un balcón para ver cómo me la arreaban a la Lucía. Tachada de la lista de mis venganzas la Lucía. Me cobré. Que vaya ahora a hacerse la señora, y «en casa no se habla de esto, no se habla de aquello, hay que comportarse así y asa». Al cielo se le había dado por los fuegos artificiales. Qué siesta, todo negro, el calor negro, no era de esperarse que el cielo se fuera a contentar así nomás. Quería fulminar, quemar, mearnos con una meada diluvial. Los rayos entraban a través de los vidrios de la farmacia, el farmacéutico tenía miedo de las centellas, quería tapar un espejo grandote. Uno tiene que ganarse hasta la puerta en que

se refugia de la lluvia, no me quedaba más remedio que taparle el espejo. El cielo, en tormenta para siempre. Negro bufante. El toro cielo. Tormenta y tierra intentaban un acoplamiento. Este cielo, esta tierra, carecen los dos de indiferencia. No son de esos paisajes distraídos. Del negro donde no se veía ni la camisa, se pasó al lívido letrero luminoso de los relámpagos. Daban ganas de salir gritando, corriendo, tirando la ropa, abriendo la boca para tragarse el agua. Una tormenta alivia el aburrimiento. Ganas de reírse, de gritar, de saltar. Gritar de ganas. El aburrimiento es la falta de ganas. Las piedras blancas estallaban sobre el asfalto. Vino repentina la calma. Borrados el asfalto, las veredas, ningún sumidero alcanzaba para tanta agua. Se venía por la calle como un río. Ya de arriba casi no caía. Atala se animó a lo que yo no me animé, por no embarrarme o por vergüenza del farmacéutico o vaya a saber por qué. Salió con unos chiquilines casi desnudos y sin zapatos de una casa. Llenaron el agua de botes de papel. Ni se recogió las polleras para entrar. Entraron todos, tal cual estaban, en el agua sucia que arrastraba tablas, algodones, corchos, pedazos de vidrio, ratas muertas. Ella, la enferma, se expuso al contacto de cosas inmundas, riéndose, gritando, y yo deseé que cualquiera de esas cosas la contaminara y la matara haciéndola sufrir, porque en mi lista aunque el nombre de la Lucía se haya suprimido, el nombre de Atala ahora eclipsa los otros. Que tu burla en enaguas levantadas te cueste la vida, Atala, pero que te la cueste atrozmente. Debe de haber sido en ese momento de los botes y la calma cuando salía la gente de casa de la Lucía. Surquitos protestando, naturalmente, *no sabe con quién trata, sargento, y le va a pesar.* Tito, con su pinta delicada, porque estaba allí él también, resguardado bajo las sábanas con la morenita, no en su casa como yo creía. Pero a la que me hubiera gustado ver salir más que a nadie es a Atala, que debió estar allí llevada por la Veva. Verla salir, arreada por la policía, desde el balcón de Tito, y

saborear su vergüenza mientras yo le chistaba para decirle adiós amigablemente. ¡Qué bajada de copete! Debía de estar allí, según todos mis cálculos debía de estar, según todos mis planes combinados. Porque ¿quién atosigó al ministro con cartas narrativas de burlas sobre él? ¿Quién escribió al Departamento de Profilaxis como si fuera una lista de vecinos escandalizados?

. . . .

. . . .

Si mi tía Nora supiera qué punto doloroso de vergüenza busco reventar apelando a los carbones, lloraría mucho más. Ese honor que invocaba abrazada a Blanca en el patio de Mimaya se le pondría hecho una llaga viva.

Que no se me dé por reírme ahora. Ahora que el dolor ha dejado sus ganchos y van reapareciendo las cosas, cada una delimitada, que el terciopelo resurge y este sitio ya no es más un lugar de Nora en el pasado.

Cómo no reírme, no puedo aguantar más. Nora y Blanca. Lo que habrá sido ese encuentro de las dos en la calle, llena de gente a esa hora, llena de elegantes, Nora que sale del negocio de lotería apartando a un hombre con el brazo y defendiendo con el otro su cartera, la cartera finalmente arrancada, el hombre que la revisa, apartando él esta vez el brazo furibundo de Nora, la cartera devuelta, la frase de amonestación del hombre, Nora que se va por la calle elegante con regueritos de lágrimas sobre el polvo blanco de su cara morena (nunca se ha resignado a ser morena), el encuentro con Blanca que olvida su ofensa y pregunta qué pasa, la explicación del ultraje dada por Nora (pobre Juegaatodo, nunca su pasión fue correspondida por el azar), un hombre de la policía me quitó la cartera para ver si jugaba a la quiniela, la reacción de Blanca ante el llanto desconsolado de su amiga que no veía desde hace años por alguna supuesta y complicada injuria, vamos a ver al ministro, esto no puede quedar así, hay que elevar una nota denunciando las torpezas de que se hace objeto a una dama, la idea de Nora que seca por un momento sus lágrimas, iremos también a ver a mi cuñado Arturo para que haga una protesta por los diarios, las dos que se dirigen hacia la Casa de Gobierno, el ministro que les hace decir que está ocupado, la humillación de Blanca porque su tío no la recibe (si las hubiese recibido tal vez las habría ofendido la sonrisita de él, enterado de las historias de Beatriz y de las mías), la posterior visita a Arturo que las oyó y empezó gravemente a dar razones de la imposibilidad de una protesta en los diarios, ellas que volvieron por la calle, llorando las dos, sin pensar siquiera en llamar un coche porque eso las hubiera apartado del paroxismo de afrenta en que la desconsideración pública las colocaba, el llanto que no se agota todavía al llegar al patio de Mimaya, los juramentos de hacer respetar la decencia pisoteada, la misma dignidad ofendida en que se envuelven porque son damas respetables e indefensas, expuestas a la grosería del primer hombre atravesado por la idea de maltratarlas. Pobrecitas, qué modo de reírme. Llorando las dos en el patio de Mimaya mientras Aurora va de ellas a Mimaya corriendo como una perdiz y diciendo señora Fausta, señora Fausta, se van a enfermar, les va a dar algo, se van a desmayar. Engordadas y hermosas las dos. Una, todos los colores de la cara intensificados por la madurez, la otra vuelta bella por la grasa que atrae los ojos a su vientre y le estira la boca hasta darle el tamaño de un abismo que llama y jura el que se tire volará, su boca que era fea antes, su vientre que nadie veía. A Blanca le sientan los años. Nora llora inocente su honor perdido, Blanca llora pérfidamente la vanidad de su honor no homenajeado, y son las dos tan ridículas, tan superfluas.

Nora y Blanca llevan el honor lastimado. Porque un hombre quiso revisar la cartera de Nora cuando ella fue a cobrar su billete de lotería. Después de ese momento el honor de Nora parecía no poder herirse más. Parecía solamente. Con mi conducta se

puso hecha una sola llaga. El honor de Nora y Blanca era gordito, un bebé que llevaban en ellas tranquilo y arropado. Ahora el de Nora es un caballo con mataduras. Por mi causa. ¿Cómo puede ser, cómo, que yo le haya hecho tanto mal, si la quiero? Se pusieron así las cosas, nomás.

Pobrecitas Nora y Blanca, pobrecitas. No sé si al fin y al cabo no se merecían una sobrina Atala y una hermana Beatriz en sus vidas para castigo de su ingenuidad.

¿Qué dirá Nora mañana, cuando sepa? ¿Qué dirá cuando me vea con las suelas de los zapatos llenas de papel picado? Yo sé lo que dirá, gritando: Aurora, te doy tres mil pesos si te paseás desnuda por la sala. Y si a Aurora se le ablanda la cabeza contestará: Sí, señora le daremos este solo gusto a Atalita......................

....

....

Algo previsto

Una que otra vez ocurre algo imprevisto. Un muchacho se arrastra una madrugada por el jardín de su casa, y cuando llega moribundo a la ventana de su madre la insulta; la mujer de un ministro aparece tirada, muerta, a un lado del camino; un hombre normal y buen mozo, como el marido de la Pepa, se pone a amar a una semiidiota. ¿Por qué no podría haber una mascarita muerta de un balazo en un baile de carnaval? Dirán que fue por descuido que salió la bala, dirán que fue una broma que terminó mal, dirán que era una chica de familia conocida. La mascarita morirá, eso no le duele a nadie. Los diarios hablarán poco, la policía pensará quizá que los asesinos son gente encumbrada. Nada sacude a la ciudad, ni que una mujer sea enterrada con un disfraz ni que alguien que clamaba por el primer lugar empiece a subir los peldaños de cualquier escalera con tal de llegar al puesto más alto. Ser el último, ser el primero, son cosas sin sentido, como es sin sentido el aire bajo una campana neumática. Lo mejor es parecerse a los demás. Estoy perturbado. Estoy demasiado perturbado. ¿Por qué la Veva cuya abuela y madre fueron sirvientas en la casa de Atala ha cambiado de golpe? Ahora me habla todo el tiempo de Atala. Ahora quiere que yo sepa cómo Atala se burla de mí. Ha visto mi cara aquella tarde, cuando el sol se oscureció sobre las hojas, cuando Atala se levantó las faldas y ella salió al balcón a calmarnos. Sin hacer más caso de las prohibiciones de la Veva, he esperado a Atala

en la esquina de su casa hora por horas de cada sábado y cada domingo. En el momento en que la Veva sale y me ve, le bailan los ojos desteñidos y me dice no viene hoy, estará con Marco Antonio riéndose de la cara que pusiste cuando te contó el casamiento de tu estrella de la tarde, si es que no está con Tito Ceramico para compensar la vista de tu cara, como ella dice, con visiones agradables, pero vos sabés que yo estoy siempre dispuesta a ayudar a los enamorados, así que si te morís de ganas de verla te voy a decir dónde la podés encontrar dentro de unos días, tendrá un vestido de rayas negras y naranjas, la reconocerás por eso, pero ya dejá de esperarla en mi puerta, estará con Marco Antonio, Marco Antonio ya no puede vivir sin los sobrecitos que ella le da para que le hagan las veces de alma, como ella dice. Sin necesidad de que nadie me azuce, ya Atala ocupa el primer puesto en la lista de mis venganzas. Cada uno de mis odiados debe padecer una venganza propia. Mejor que Atala no haya caído en la redada hecha en casa de la Lucía. Anónimos al ministro sobre las actividades de la Veva y zás, estoy vengado de la Lucía, aunque no creo que él se hiciera muchas ilusiones sobre el comportamiento de la Veva.

Ser el último, ser el primero, son cosas sin sentido aquí. Pero yo creo que está llegando todo junto. El tiempo de empezar a ser el peor de los hombres, el nacimiento de otro prodigio, que no tiene nada que ver con las mujeres. El prodigio de acabarle la vida a alguien.

Tiempo extraño

....

....

Nunca tuve una muñeca niña rolliza y con puntillas. Tengo este muñeco de porcelana con los ojos azules, tan serio, tan criatura, tan hombre. Hay en sus manos una infancia insoportable y en su cara una tristeza ya de muchacho. No más lágrimas que se van perdidas, encontré la mejor forma de llanto, llorarle en los ojos para que llore conmigo. Inventé un lenguaje sólo nuestro, que permita escaparnos los dos dentro del mundo. ¿Por qué lo dejé tirado sobre los mosaicos (mi amor es para estar fuera del mundo, no para acordarme de recogerlo), por qué me despreocupé de él? Alguien me lo ha escondido. Si es un castigo ¡qué desproporcionado! Lo he buscado, lo he buscado, con el llanto derramándoseme por dentro, sin ojos para dejarlo salir. Lo he buscado en la calle, he mirado en las alcantarillas. Él no está. Me he tirado en los mosaicos helados, quieta, y le he prometido quedarme así todas las horas del tiempo hasta que vuelva. No se pueden cumplir las promesas hechas a los quince años. Yo soy cetrina, enferma, alucinada. Y él no se parece a los mellizos. A él los mellizos lo hubieran descuartizado. ¿No se parece a los mellizos y sin embargo yo lo quiero? Tanto, un amor que es como una erosión en las vísceras. Por los mellizos yo no... Entonces, ¿qué es esta cosa? Él no vuelve. Yo no he sabido encontrarlo en las alcantarillas. Estoy aquí, sola, esta noche, tirada sobre el piso, con ese olor que viene de todas las calles. ¿Dónde las noches tuvieron ese olor?

¿Dónde hay árboles que se llamen palos borrachos, que abran vainas repletas de flores de algodón y den a los chicos conitos de madera perfumada para pegar en la nariz, y creerse magos porque se sostienen solas? Yo he pegado conitos en su nariz para que no se sintiera disminuido, pobre maguito. Yo lo he perdido. ¿Dónde hay avenidas tapizadas de flores violetas y flores rosadas, bollitos de anís, leprosos que son como fantasmas, siempre escondidos, y fantasmas verdaderos en cada casa, que dan miedo cuando hacen sentir que nada pasa ahora solamente (nada pasaba ahora solamente para él y para mí). Porque ésta era una ciudad que pedía que la habitaras, Dios, y la habitaste. Le mandaste tus alimañas —animalitos del señor— tus fiebres que hacen tiritar en pleno verano, la sumergiste bajo capas de envidia y de tedio... Yo lo dejé sobre los mosaicos y desapareció. Si fue un castigo por dejarlo tirado, qué castigo desproporcionado. Si no lo fue, quiere decir que él ha descubierto que sólo la partida transfigura los vacíos opacos en vacíos radiosos, y se ha ido a buscar en un lugar centelleante la luz que no alumbra esta ciudad tan luminosa y llena de sol. Se ha ido solo, creyéndome incapaz de desprender las cosas de su costra oscura. Se fue a andarte, ciudad, como si fuera Dios. Se va a caminarte, ciudad, como si fuera Dios y te encontrara nueva. Se posará sobre los perfumes, corregirá las tristes casas, les dará fuentes, una fachada blanca. Se va a convertirte, ciudad, en lo que eras para el que puso tu primera piedra y para mí en la infancia. Se fue a hacerte desmedida, a borrarte las pasiones que no tengan un poco de infinito. Te andará, ciudad, sembrándote de nostalgia, te lavará la pequeñez, te borrará la fealdad. Te envolverá en todos los encantamientos de la pereza con compasión. Te someterá a la fatalidad, si es necesario, siempre que sea una fatalidad desnudándose en la luz. Cambiará tu fiebre, la sacará de los cuerpos, la pondrá en la perplejidad y la duda. Él te hará... Te haré capaz de andar detrás de la aventura hasta agotarte. Yo hechizaré tu pereza hasta hacerla delirante. Yo, Dios, el maguito muñeco. Yo, confundida con los dos, entremezclada. Ya no sólo las horas se cabalgan, ya los cuerpos que viven en el espacio dicen que no a los límites. El dolor, un poquito de dolor es el secreto para volverse otro, todo el mundo. Se están borrando mis límites. Ése carece de dolor, el que es incapaz de ser otro que él mismo. Oriental le rezó para que no me matara, y ése salió con uno de sus malabarismos. No me mató para los ojos de nadie, me quitó el amor, me dio la enfermedad. Borró la vida en mí. Si mi odio sólo bastara contra ése... Parece que no fueran tantos para odiarlo o que no lo odiaran demasiado fuerte. Muchos odios juntos conseguirían hacerlo explotar en llamaradas. Como a la profesora de Química. Yo la maté y estoy contenta. Habría estado más si supiera por qué abismos de terror pasó cuando su piel beige, seca y dura, salpicó las paredes del laboratorio. Y si en ese momento comprendió que era yo quien la mataba. Ese laboratorio debe de haber quedado con mal olor por mucho tiempo. Su olor a flor beige podrida. ¡Sí, supo que era yo quien la hacía reventar por el aire! Supo que si no me hubiera dicho su frase maligna habría muerto de otra manera. Se murió sabiendo que su frase había dado a mi odio su más alto poder. La inteligencia de un monstruo no le sirve a nadie. *Me llamó monstruo dos veces sin saber por qué lo era en realidad, equivocándose.* El que piensa en pasar un examen el día de la muerte de su madre es un monstruo... *¡Ay! Basta un dolor brusco, tigre y sueño, brusco y dulce, lejano, para convertir en otro. Y hacerle sentir a esa profesora, que es yo por un momento, este horror del tubo que explota en mi mano porque* Atalita me odia y me está matando con el poder de su odio.............

....

....

....

....

Si tengo papelitos coloreados en el pelo los tengo también en la suela de los zapatos. Me los verá Arturo mañana. Con sacarme los zapatos... Arturo dice que él no tiene dinero, que es una lástima que el día de mi último examen coincidiera con el del entierro de Oriental, porque si lo diera pasaría ese examen, y ya podría pensar en desempeñarme un poco sola, pero que, naturalmente, él no puede ordenar a mis sentimientos que no me ahoguen, ni siquiera pedírselo. Pobre Arturo, por más que hurgo, desde el alma no me suben lágrimas por tu pobreza. No es por eso que enfrentaré a señores desconocidos con un tubo de ensayo en la mano y les mostraré cómo transformo las esencias, es porque... No sé por qué, para no dejar que las cosas se arrastren, para no verle más la jeta a la profesora de Química, para decirle adiós al colegio. Esa jeta que me detesta porque no soy hábil, ni rubia, y porque sabe que ni Estrella, ni Lila, la desenfundan como yo. Estrella es tonta, Lila se ha puesto a quererla desenfrenadamente. La profesora no ha dado examen el día del entierro de su madre. En primer lugar, porque su madre vive; en segundo, porque la ama. Su mujer más bella del mundo ha encontrado la forma de hacerse amar. La mía no. Y, finalmente, yo no sabía que mi mujer más bella del mundo se iba a morir. No podía acomodar mi conducta a próximas muertes. Pero la noche de su agonía, Atala, fuiste monstruo, hurgada por las manos de Miguel

Ángel. Yo estaba untada de gente extraña. ¿Gente? Nadie. Nadie más que sombras y tu corazón turbio, Atala, perdida en un reguero de imágenes, capaz de aceptar cualquier beso con tal de conseguir amor. Yo no sabía que se moría. Pero ése que dispone de los castigos, ése que esa misma noche trataste de Mentira frente a Miguel Ángel, ése lo sabía. Nunca más Miguel Ángel me hizo temblar. Al contrario. Miguel Ángel dijo ¿quién me escribió la pared? Su enfermera le contó: habían tocado el llamador, salí a ver, no había nadie, sólo una chica flaquita y joven que parecía venir desde la vereda de enfrente, cuando me vio cruzó, sacó una tiza y se puso a escribir como si yo no estuviera en la puerta, qué desvergüenza, le dije ¿usted tocó el llamador?, me contestó que si yo no veía a nadie por la calle era claro que se trataba de un ánima en pena, quién sabe si la de alguien que él ha matado, *señalando para dentro de la casa, yo le dije no ensucie la pared, ella contestó que cuando le daba la gana de escribir no podía aguantarse, estuviera donde estuviese, y que si se lo impedían mordía, no dependía de ella, era una cosa que la agarraba como una furia, así que esperé a que se fuera y borré el letrero, pero antes le dije que tratara de escribir en la casa de al lado, se ve que pasó otra vez y que no pudo aguantarse porque esta tarde estaba de nuevo el letrero que usted vio, ha de estar loca, ¿qué quiere decir con* fábrica de diplomas? *¿Por qué escribiste eso?, preguntó Miguel Ángel. Porque tengo un alma de víbora, un día toqué una y ahí ella me contagió su alma que quería vivir todavía. Hay algo en tu cara que hace pensar en una víbora, ¿Por qué escribiste eso y no otra cosa? ¿Ha venido sólo a preguntarme qué quiere decir el letrero? He venido porque tenía ganas de verte. Usted es como yo, pasa semanas sin que le den unas ganas y de repente le dan con tanta fuerza que no puede hacer más que eso, y ¿por qué quería ver mi cara de víbora? Porque es linda. Usted no sabe que es linda, usted cree que es fea. Dejate de decir tonteras, tengo ojos. A veces conviene más tener oídos, yo tengo oídos, ¿quiere que le cuente cómo sé que*

tengo oídos? Me encantaría. Pero no se lo contaré porque soy discreta. Bueno, basta de misterios chiquilina del demonio, no me hagas perder más tiempo, ¿por qué fuiste a escribir las paredes de mi casa? Para que usted viniera a preguntarme qué quise decir. No abuses de mi paciencia, ¿qué quisiste decir? Oh, lo que dije es lo de menos, cualquier cosa, era para hacerlo venir, se ve que elegí bien las palabras porque usted vino. Era más fácil llamarme si querías que viniera. Habría tenido que ir a su consultorio y no me gusta que me tomen por una que se suicidará por usted. Ya basta de eso también, sacate esa palabrita suicidio de la boca. ¿Por qué quiere prohibírmela?, es una palabra tan divertida, casi tanto como diploma, óigalas sin pensar en lo que significan. Oíme bien, pendeja, si te querés burlar de alguien elegiste mal el candidato, o me decís qué te proponías con tu letrerito, o no me ves más el pelo. Qué lástima, tan lindo que lo tiene, parecido al de Arturo, ¿se lo va a cortar? ¿Querés que te rompa la cara de nuevo? Creo que esta vez tendrá más cuidado, quién sabe qué se me ocurre escribirle después en las paredes. ¿Me amenazás? ¿Desde cuándo es amenaza ir a escribir en una pared Miguel Álvarez es un rompehuesos? *Oíme y hablá claro, ¿qué te proponés, qué querés? Yo sólo quiero una caja de chocolatines. Te di varias. Sí, pero ya hace muchos días, los chocolatines se terminan ligero, yo quiero una caja de chocolatines cada vez que la caja vieja se acabe... Alguna vez, hace tiempo, es posible que yo haya admirado a Arturo, parecido a Miguel Ángel, parecido a Costa. Todos van a los sitios de epidemia y se divierten mucho. Son nobles porque parten a arriesgar su vida entre risotadas. Llevan su risa como San Jorge su escudo. Protección sobrenatural. Arturo se ríe con Costa y Miguel Ángel. Oriental ahora se ríe con los mellizos. Todo es rojo. Prefiero juntarme con ellos, me gusta más su risa. Si Oriental ahora se ríe prefiero juntarme con ellos, pero si Oriental es como era antes no quiero juntarme con nadie. Demasiadas veces he repetido un sueño. Dos personas discuten, quiero apaciguarlas, decirles son encantadores por separado*

(quizá) pero juntos hacen una cosa monstruosa, mis padres. Entonces aparece el muñeco y su vista me provoca una impresión tan violenta que vomitaría de amor. Aparecen sus manos emocionantes. Los otros dos me miran, inmóviles como títeres quietos. Les digo heredamos una mentira, no es cierto que el muñeco me necesite a mí ni que yo los necesite a ustedes, es al revés. Ellos se ponen bruscamente en movimiento, amenazándome con su amor, golpeándose el pecho, proclamándose imprescindibles. No quiero servir de hija a nadie, grito, no quiero corregir ninguna vida. Él para mí, yo para ustedes, somos lo que se puede morder suavecito y mordido acaricia los dientes. No quiero ser caricia para los dientes de nadie. Y les vuelvo la espalda para que no vean en mi cara el reflejo de dos largas sensaciones (una que viene de mi amor por el muñeco, la otra del amor [¿del amor?] de ellos por mí) inútiles de explicar puesto que su sacudida, como la de la electricidad, no deja lugar a dudas. Sólo que en una todo es maravilla y en la otra todo asco..

...

...

Aire tan dulce

En esta ciudad de aire tan dulce sólo debería haber hombres que viviesen cada día como si fuera el último y las mujeres de esos hombres. Aquí sólo debería haber hombres que vivieran jugándose la vida. Los hombres aquí usan siempre bigotes y su apreciación de la hermosura es extraña. Cuando consiguen un empleo público aspiran a morir en él después de moderados y espaciados aumentos de sueldo. Una mujer me dice que Atala ha pervertido a su marido. Atala no vive conmigo, señora, y si ella pudiera a los diecisiete años pervertir a un hombre de cuarenta, también ha de poder oír sus quejas, no vive conmigo, búsquela en su casa. Me da vergüenza. Entonces adiós, señora, no vuelva, no puedo enseñarle cómo se pervierte a un hombre. Atala, ¿la conocés a la señora de Álvarez? ¿No? Dicen que es ella la rica, dejará de darle plata a su marido para que salga con vos. Te estás metiendo en mi vida Mimaya. Te estoy sólo contando que vino a verme. ¡Qué risa! ¿Te vino a ver, y para qué? Tenía un hogar feliz y se lo has destruido. ¿Con esas palabras te lo dijo o te estás vos también riendo de ella? ¡Esa hija de tendero esa mujer de tendero, venir a incomodarte! ¿No sabe que el terrón de alma que tiene Marco Antonio soy yo quien se lo da? Yo o la farra permanente con que se desquita de las horas de hogar. Tenderos todos, empleados públicos todos. En esta ciudad de aire tan dulce, Mimaya, sólo debería haber hombres que viviesen cada día como si fuera el último y las mujeres de esos hombres. Aquí sólo debería haber hombres que vivieran jugándose la vida. ¿Por qué me decís tanto, Atala, vos que no hablás? Porque te estás creyendo que no te escucho. Manía que han tomado ustedes de creer que me distraigo cuando me hablan. Si me importa oigo. En esta ciudad de aire tan dulce todo el mundo debería tener el derecho de distraerse cuando algo no le importa. Y el de morirse mañana si no tiene más ganas de vivir.

Tiempo extraño

....

....

A mí también alguien me robó el destino. ¿Por qué no fue Tito quien me hizo esto para que fuera con amor? Porque con su cara de figurita, su perfil de santo de pisapapeles, él no hubiera podido. En una plaza, un atardecer, lo convertí en mi hermano. Lo había visto venir sin conocerlo, ya de lejos parecido a alguien... a alguien... a alguien que me importa tanto y no recuerdo. ¿X? X hacía cuatro conmigo y los mellizos para estar alertas, no renegaba de la adolescencia y era todo al mismo tiempo, el criminal y el príncipe. Distinta de la mía era su falta de sosiego. ¿Cómo? X espiaba a los demás subrepticiamente, con amor pero con triunfo. Las debilidades de los otros eran las suyas, pero alguna intriga los había tumbado ya mientras él era el que todavía podía desencadenar, manejar la intriga, y pasarle al lado sin dejarse atrapar. ¡Oh, no! No era Tito parecido a X. X se parecía a los mellizos, Tito no. Muchas cosas se borran con esta bala metida dentro, y después me escarban como la palabra que quiere nacer, olvidada. Qué inquietud insoportable. Aparta bruscamente el sueño, atrae bruscamente el dolor, me horada. ¡Me atravesará!... Ay, qué negrura, qué suave, mullida negrura, qué buena negrura ésta, que se va acabando, interceptada por relámpagos. Dolor luminoso y zigzagueante. Se apaga, se prende. Acabada la negrura del desmayo. Salgo de nuevo a la conciencia. Ya conozco estos desmayos negros, oasis de nada. Salgo al terciopelo, al dorado, a tanta luz. Estoy de nuevo en el teatro, en el baile de carnaval. Quédense así las cosas, tranquilizadoras, no dejen vacíos en sombra, no se sobrepongan. Como los recuerdos que quieren volver sin lograrlo... ¡Sí, Lila! ¡Lila, me equivoqué yo! Nunca tocarías el piano para amigas vueltas damas. Los ojos azules y saltones, la ancha cara de luna, las piernas de muñeco de trapo, ¿cómo querías que supiera que eras de la misma raza que los mellizos? Sin ademanes que desplazan el aire lentamente, o fulminantes, con tu piel blanca sin pelusa de durazno, ¿cómo querías que comprendiera tu parecido con los mellizos? Sólo por tus dedos como gusanos, por tus juegos cabalísticos. No era fácil saberte X. Sólo por tus juegos con la apariencia de risa. Nada más que la apariencia. Se tramaban en una atmósfera de contrasentidos y oscuridades en la que había que asir la justa señal que hiciera del juego una conjura. Nadie era tan hábil para inventar caras, de disculpa, de pequeña burla, como con benevolencia, como en broma, cuando la burla era auténtica y ensañada, caras de desprecio que eran en realidad de huída, y juegos tan apasionantes... Hora de salida, largas filas en uniforme azul. Rezan. ¿En qué momento será? Murmuro el verbo de Dios se hizo carne, empiezo a arrodillarme, pero toco el suelo con todo el cuerpo, sin violencia. Detrás de mí otros cuerpos caen en dulce caída amortiguada, uno sobre otro. Es peligroso ser la primera de la fila cuando se reza. A Lila puede pasársele por la cabeza la idea de que hay que rezar como gusanos, para ponerse a la altura de las intenciones de Dios hacia nosotros. Es lo que ella podría aducir. Nadie irá a comprobar la intensidad del gusto de empujar cuerpos blandos que van arrastrando otros cuerpos en su caída. Yo lo imagino, voltear cosas blandas, despejar el horizonte de gente. La calandria y la lluvia son las misma cosa, dice Lila. La calandria es el nombre de su juego. No se puede preguntar por qué, no se puede preguntar nada, o se entiende o no se entra en el juego. Prohibido romper con preguntas el espinazo de la calandria. Se lo prohíbe uno mismo. Yo entendía entonces. Ahora me vienen

las dudas, ¿como la lluvia porque deja los patios vacíos?, ¿como la lluvia porque los pies se resbalan con tanto placer sobre cosas tan suaves y barrosas? Pero no era fácil saberte X. Querías a la profesora de Química, los mellizos la odiaban. No conociste como ellos, como yo, el éxtasis de la seducción sin esfuerzo. Nadie te sintió como un escalofrío perfecto. Sólo un simulacro exasperado de seducción. No te ha mimado el demonio que dándote la médula no te dio también la divina apariencia, la vertiginosa sonrisa. No te mimó el demonio como a los mellizos. Beatriz llorará en tu hombro, Lila, el perdido amor de Miguel Ángel. Aunque ella sepa que no fue perdido sino nunca conseguido. En tu hombro y no en el mío porque yo crecí y no tengo oídos para las amenazas. Inútil decirme si yo contara lo de tus hermanos. *Pero vino a decírmelo sin sospecharse que le contestaría,* Miguel Ángel te dará una paliza de la que no podrás defenderte con botellas porque yo prepararé un encuentro entre ustedes dos sin testigos que te salven de unas cuantas marcas de cigarrillos en tu cola de sirena. *Lo decís vos, compadreó.* Quién otro, quisiera saber, quién si no yo que evité que él fuera a tu casa y te quemara después del botellazo que le diste. *¿Vos? No me hagás reír, como si él fuera a hacer lo que le dice una negrita de porquería.* Depende de cómo se lo dice, y si por porquería entendés poca cosa sabé que a él le gusta lo poco, está harto de gran cara, grandes ojos, grandes caderas, ¿no te has dado cuenta?, qué tonta, ¿acaso él te ha dicho alguna vez que está enamorado de tus huesos?, ¡cómo te lo va a decir si no tenés huesos! ¿te ha dicho alguna vez que le gustan tus piernas de chico? *Te estás dando corte, Atala.* ¿Ah, sí?, esta tarde a las seis él pasará por tu casa, lo habré mandado yo. *A esa hora él tiene consultorio.* Lo dejará, pasará a las seis, si no estás en la puerta tocará el llamador, si estás se bajará y te dirá: la próxima vez que molestes a Atala te desfiguraré la cara bonita. *Beatriz se va con su insolencia enterrada. No llorará sobre mi hombro su amor perdido. Llorará sobre el hombro que reclama, su llanto.*

Su llanto, su risa, su presencia, cualquier cosa, pero su. Llorará en Lila. El llanto de Beatriz, hermana de Blanca, la amiga de mi tía Nora, una tarde de hace mucho tiempo, se disuelve en movimiento de dedos azules. En el piano la música obstruye una tarde de hace mucho tiempo. Y si yo supiera qué pantanos secretos remueve la música, sabría por qué hay aplausos para Lila. Lo saben las bestias y los santos. Pero yo no puedo llegar al estado de las bestias ni al estado de los santos. Ni las vísceras ni el puro espíritu me admiten. Tengo apenas una cabeza, sobre la que a veces cae, como una bolsa, el silencio. Un silencio distinto del que lleva a la música. ¿Cómo Lila, que era X, pudo abandonar su alerta para dejarse ir a esa agüita sin consecuencias que es la música? O si es agua impetuosa siempre es agua, apaga. Imposible compartir la soledad que procura, no se intercambian el estremecimiento del páncreas o del soplito divino. Se enmudece. Así es fácil mentir. Lila, que según yo, debía de tocar La plegaria de una virgen *para sus amigas damas, es casi un músico famoso ya a sus años. Puede ver en los aplausos el resultado de su bravata febrilmente trabajada. Seducir o llorar sólo con música es como hacer dulce con rosas picadas justamente porque están picadas. Pero las personas son así, aprovechan todo. Beatriz que llora en el hombro de Lila, yo que me quedo manoteando por no llorar. Por dejarla tan herida, por obligar a Miguel Ángel a hacer mi voluntad. Pero no hay salida, si no lloran los unos llorarán los otros. Y ese otros seré yo. Beatriz aguantó con Miguel Ángel Álvarez tanto como hubiera aguantado si no lo hubiese querido. Hizo por amor lo que yo podría hacer por indiferencia. Le aguantó las relaciones que su antojo le pedía, y lo volvió a buscar cada vez que calculó que en la novedad las ternezas se aflojaban. Como para confiarse en las miradas. Beatriz es una mujer que repugna, como una comida de la que se come mucha cantidad aunque antes de comerla los ojos se hayan ido detrás de ella. Y creo que pegarle fue una, entre las tareas que le encomendé, que más gustaron a Miguel Ángel. No se la encomendé por*

hacerle pagar a Beatriz lo de Costa, fue para que comprendiera que yo cambiaba su silencio sobre mis hermanos por una bonita cara, la suya, que no hubiera seguido siendo bonita si se ponía a contar aquí y allá lo que sabía de ellos. No importa tanto que se lo hubiera contado a Nora o a Mimaya. Nora se hubiera alarmado pero yo habría dicho que Beatriz estaba loca. Mimaya no sé, pero no importa tanto. Eran Oriental y los de afuera el peligro. Ésos, si ella lo contaba, se habrían reído de mí, habrían dicho qué chiflada. Oriental me habría llevado ante Murúa para que juzgara mi perversa locura. A Miguel Ángel no le disgusta pegarle a Beatriz, le disgusta estar bajo mis órdenes. A pesar de que yo le digo que no le pido nada, nada más que tenerlo a mi disposición el día que yo quiera, a la hora que quiera. Él dice pueden llamarme por un enfermo urgente. El enfermo ganará con su ausencia, ¿no dijo su hermano en casa, la noche que mi madre se moría, que usted no tenía permisos para curar?, ¿o yo oí mal? Dice te mataré. Pero como yo puse en mi diario que me amenaza, digo, no se animará a matarme. No entiende la broma, cree que es cierto que llevo un diario. Sólo la gente que se mira al espejo todo el día lleva un diario... Los mellizos se ríen con Oriental y dicen no sabíamos que Atalita pudiera ser tan feroz, no sabíamos que pudiera hacerse odiar tan bien. Genoveva, nombrada Veva, Miguel Ángel, Félix Gauna, Beatriz, ¿quién la odia más? Se ríen con Oriental y mientras Oriental sigue riéndose ellos se ponen serios y dicen nosotros somos sus hermanos, no estaba enterada usted, señora Oriental, Atala no la enteró de su invento, ¿ve lo que pasa cuando da vergüenza ser hijo solo?... Se amortigua el dolor o me amortiguo yo. Es un dolor ceniciento. Dentro de poco vendrá Mimaya a verme. Váyanse todos, quiero estar sola. No se necesitan parteros para morir. Te vas. Me volvés la espalda, Tito. ¡No! La morenita te tira para que no te vayas, para que me veas bien. Negrita tonta, cree hacerme una cortesía. Los manuales de la compasión: Hay que estar al lado de una mujer en trance de muerte. Quiero que te vayas,

quiero seguir deslumbrándote. Te lo digo con los ojos. Tito. Te estoy rogando con la mirada que te vayas. Qué poco te parecés a lo que busqué. Jamás tu cara ocupó el lugar de la cara que buscaba. Andate ya. Miguel Ángel se ha ido. Miguel Ángel tonto, hacer esto sin motivo, por diversión. Como muchas cosas que he hecho yo, al fin y al cabo. No había motivo para que yo bajara de su automóvil en una casa de ésas. Una vez que bajé ya fue ridículo pelear. Es ridículo pelear diciendo no, y puede ofender. Por vergüenza no dije no. Ni aunque le deba a Miguel Ángel estar muriéndome me importa de él. Nunca me importó. Sólo en la casa de ésas, y por un momento, como un agente apenas del dolor, otro dolor sin enfermedad, infligido. Nada más que eso, un factor de dolor, el pobre hombre maravilloso de Beatriz, su peligroso capitán del hampa. Yo lo he convertido en un hombre peligroso. Yo lo he atraído a este gesto insensato. ¿Pero fue él quien lo hizo? ¿Es de él el fogonazo que ha cambiado el tiempo en mí? Lo desando, lo anticipo, todo junto. Miguel Ángel, otro, lo mismo da, fue por odio. Los mellizos se lo dicen a Oriental: cómo ha sabido hacerse odiar Atala, es un jefe. Nosotros no la odiamos porque ella nos dio existencia. Salimos de su cabeza, creados.

....

....

Dentro de mucho tiempo

La ciudad podría ser distinta. Las chicas se pasean por la plaza, frente a la casa de Gobierno, las mañanas de los días de fiesta. Las mayores volverán a la retreta de la noche. Casi todas son bonitas. Se ven y se olvidan. Cuando una cara llama la atención es que algo malo le está pasando... ¿Qué son esos ruidos que me llegan de adentro? Los gritos de Miguel Ángel. ¿A quién le grita? Yo no oigo otra voz. ¡Qué lío tendrá éste! Supongo que me habrá hecho llamar para ponernos de acuerdo. Estoy como una vieja. En esta ciudad nos pasamos todos pegados a los visillos de los balcones para espiar. Yo no espío ahora. Me entretengo mientras lo espero a Miguel Ángel. Me aturdo. Unos chicos juegan en la vereda de enfrente... ¿Pero para ponernos de acuerdo cómo? ¿Qué necesidad de estar combinando cosas para joderla a Atala? Que cada uno se las arregle como pueda. Me voy sin esperar a que termine su discusión. Si Atala lo preocupa tanto que me diga todo o que se calle, con cosas contadas a medias no se entiende nada. La tiene en la cabeza, nadie se la saca, pero por qué, ¿porque la odia, porque la quiere? Cuando se pisa un bicho, ¿quién se preocupa? A lo sumo se puede desear que el bicho se muera con dolor, sufriendo, sabiendo que moría así porque era malvado. Atala es un bicho... El peor de los hombres. Es tan difícil. ¿Esta ciudad no me convertirá en uno más, uno cualquiera? Miraré un día, como miro hoy, la calle a través de un visillo. Será la hora de la siesta, como ahora. No habrá nadie en

la calle, salvo unos chicos que juegan. Desde el interior de la casa me llegarán los ruidos que hacen unos cuantos hijos miopes y gordos. Estarán sucios, a la menor le colgarán siempre los calzones con olor a orines. La culpa será de la madre. Pero ¿quién tendrá la culpa de los horrorosos pelos crespos de la chica? Probablemente el destino. Uno se casa buscando desordenar de algún modo la monotonía de las tardes en los cafés o en las juergas. Se encuentra una mujer buena, que se afeita la frente para hacerla parecer más grande y se cuelga de las orejas unos aros redondos y dorados. La mujer ayuda a mantener la casa, trabaja en algún ministerio... Dentro de mucho tiempo estaré detrás de unos visillos, mirando a la calle, de adentro me llegarán ruidos. Mis hijos que destrozan a martillazos una silla... Esos chicos de enfrente parecen asustados. Uno se adelanta de golpe y con el pie empuja la hoja de vidrio, que el otro no consiguió cerrar. El hombre, frente a ellos, apoya una mano en el vidrio para que no se lo cierren. Quiere que los chicos lo vean, que no dejen de verlo. Pero ¿por qué tienen miedo ellos? ¿Por qué no llaman a alguien de la casa si tienen miedo? Ah, no llaman porque hay repugnancias o atracciones que los chicos no revelan jamás. Habría que intervenir. A la sola idea el corazón emite dementes latidos. No importa, lo voy a llamar a Miguel Ángel y al tipo con el que discute. Tres vamos a poder contra el tipo de la calle. ¡Miguel Ángel! ¡Eh, Miguel Ángel, vení en seguida! ¡Vení volando a darme una mano! Éste se caga en mí, ni me contesta, sigue gritando histérico. Eh, ustedes, los de adentro, apúrense, en la calle hay un lío. ¿Y a mí qué me importa? ¿Querés dejarme en paz un momento? Ésa es la contestación de Miguel Ángel a los gritos. Pero la puerta se abre. ¿Qué pasa? Es el otro hombre, el que hablaba en voz baja. Digo: ahí enfrente hay un degenerado que está metiéndose con unas criaturas. El hombre que está con Miguel Ángel me mira como si me reprochara no haber intervenido. Sale a la calle

decidido. Voy detrás de él. Apenas pisamos la vereda el hombre de enfrente se da cuenta de que algo pasa. Se vuelve. Nos mira. Veo sus ojos ampliamente abiertos. Sus ojos de santo. Yo no puedo moverme. El corazón late como si doliera. Y duele. Ese hombre, ese muchacho, hasta hace no mucho tiempo, fue mi compañero de colegio, el que quería parecerse a Cristo sudando gotitas de sangre, la más mortificada figura de su libro de misa. Hay un silencio total. Por la calle desierta a esta hora de la siesta y del domingo el hombre se pone a andar, rápido, sigiloso. El que está conmigo me dice parece que hubiera visto al diablo, lo haré meter preso. Miguel Ángel sale por fin, dice: a mi hermano las decisiones le vienen en seguida. Claro, es el hermano que lo saca de los líos, el médico que fue a curarle la cabeza después que Beatriz se la abrió de un botellazo. No lo vi entonces porque me había ido ya con la Veva. El hermano quiere perseguir al hombre. Miguel Ángel dice, furioso, y a mí me dejás plantado después de que me metiste en esto por ponerte a gritarme cosas que no debías para que las oyera la peor de las víboras. Yo me siento mal. Digo me voy, no espero más. Casi corro.

....

....

Yo fui Atalita Pons. Lo fui hasta hace un rato, cuando todavía era incapaz de transformarme en nadie. O quizá, y sólo por momentos, en Oriental, mi madre, a causa del miedo que le tengo. Ahora es como si pudiera volverme todo el mundo. ¿Qué es este mágico dolor que me lo permite? Este mágico dolor es un poquito de muerte. Basta un poquito de muerte para volverse todo el mundo. Soy Félix Gauna, miro la calle, dos figuras se alejan. Félix Gauna las ve irse desde el balcón. Mejor dicho, las ve irse Atalita, yo, desde este piso donde estoy tirada ahora. Yo, ahora, con muerte, con lejanía, con desesperación, sin amor. Una vagabunda y el amor, el lote de felicidad que quise, barrido, vacío. Dolor sobrenatural que enturbia los destinos y los mezcla. ¿Acaso la profesora de Química explotando no supo que era yo quien la mataba? Dolor que permite ser otros, tantos como los odios que convergen en mí. A este mágico dolor le basta sentir la intención de muerte para cancelar los límites entre el que odia y el odiado. ¿Cuántos quisieron matarme esta noche, aquí dentro, en este teatro liberado de butacas? Miguel Ángel, Félix Gauna. ¿Quién me da la muerte? ¿Qué importa? No fue por amor. Yo no quería venir esta noche. No es todavía para mí este sitio. Más adelante, cuando la gente se olvide que salgo de una familia conocida y el escándalo me corra por encima como basura derretida y baste darme cinco pesos o cualquier poquita cantidad,

entonces será para mí este sitio... Andate, Tito, no me mires más. Leéme en los ojos que ninguna desesperación debe tocarte porque sos mi único triunfo... Diosito. Diosito que estabas en las asfixias del abuelo Eudoro, en mis revolcadas de dolor, en los amores de Mimaya para volverlos inútiles. ¿No te metiste acaso en el loquito José? ¿Y en Gauna que te lleva dentro en forma de ponzoña? ¿Y en Murúa, tu espejo? ¡Obstáculo, mala sorpresa, enfermedad, diosito, hay uno en el que no estás! Hay uno. Ni desesperación, ni enfermedad ni envidia lo han habitado. Tito es un triunfo contra vos... ¡Viva el carnaval! Cómo nos divertíamos. Tantos gritos, tantas carcajadas, tantas mujeres de caderas gordas y pelos como plumas de gallinas apenas despertadas. Tantas mujeres tan feas. Yo tengo un disfraz. Ellos son caricaturas. Parecés la luna, me dice Tito, la luna muy joven, recién nacida. ¿Por qué te sacás la máscara en este sitio? Atala, ¿qué te pasa que buscás arruinarte así? Yo sonrío. La ruina es mi destino y cansa resistirse al destino. Le digo que he hecho una apuesta con Genoveva. Genoveva decía que no iba a animarme a aparecer sin careta. El abnegado odio de Genoveva no ha descuidado nada. Cuando creyó que me hacía falta un blanco para la humillación me lo proporcionó: ella misma. Pero humillar me lastima, la pobre confundía mis ganas de juego. Las líneas de su odio van convergiendo con las líneas de mi vida. Gruesas rayas negras y naranjas me envuelven hasta los pies. Una túnica de rayas negras y naranjas que baja del pecho a los pies. Cleopatra, madre de dioses. Un desperdicio dice él ¿quién creés que se dará cuenta de tu belleza aquí (él me encuentra belleza), los bebés, los marineros o los apaches que te ven? Desentonás, Atala, tapate antes de que te odien. ¿Por qué estás sin máscara cuando toda esta resaca se esconde la cara? Beatriz, tu amiga, está aquí pero no se ha dejado ver la cara. Son tantos los que han aprovechado para venir porque no se los puede reconocer. Ni Félix Gauna, ni Miguel Ángel Álvarez, que no tienen nada que perder, se han sacado la careta. ¿Acaso no sabés lo que son estos bailes de carnaval en un teatro? Andate, ahora ya

te ha visto todo el mundo. ¿Me llevarías vos?, le digo para ver qué pasa. ¿Con quién estás?, pregunta. La amiga que insistió para que viniera desapareció en la puerta, pero aquí hay alguien que me está esperando, le digo. Andate, dejá que te esperen, dice. Todavía no, ¿querés bailar conmigo? Su cara maravillosa —siempre tuvo la cara maravillosa— se ilumina y se estremece, recorrida por olitas. Pero ya desaparecen las olitas y se opaca en un momento. ¿Para qué? Atalita, no puedo llevarte yo, pero tenés que irte. Me voy si me besás. De nuevo esa convulsión en su cara, ese deslumbramiento, esa ansia. Ya no pregunta para qué. Se acerca. Están tan cerca sus ojos, tienen una raya de luz, son castaños, son dorados, me miran. Me besa como si gritara, como si hubiera perdido la memoria, como si me viera por primera vez y para siempre. Como a la ciudad de donde uno se va. Estoy por descubrir algo. Oh, ¿por qué no lo supe hasta ahora, por qué he tardado tanto en darme cuenta? Tito, ese muñeco que perdí en mi niñez está en tu cara. Él ha vuelto. ¿Cómo no lo he sabido? Yo nunca sé nada... ¿Quién nos empuja? ¿Quién me tira brutalmente hacia atrás? ¿Qué pasa? Ya hace tiempo que apenas sé lo que pasa si pasa fuera de mí. Una mano me ha arrancado de Tito. Las parejas grotescas se apartan de nosotros. ¿Huelen la pelea ustedes? Cerca de mí, con sus caretas puestas, están Genoveva y Miguel Ángel. ¿De dónde han salido? Fue Miguel Ángel quien me apartó de Tito. ¿Por qué? ¡Ay, qué dolor tan repentino! Qué quemadura. Ya pasa. Alguien se saca la máscara y me mira inmóvil, con estupor, con miedo. Sin la máscara parece mi retrato, mi retrato tonto. ¿Qué mirás así, negrita tonta? Le toma la mano a Tito. ¿Por qué me mirás así, qué tengo, qué creés que vas a descubrir en mi vientre? Ah, lo has descubierto antes que yo, es el dolor lo que buscabas, el dolor que ya vuelve. Mirás mi cara, mi vientre, a Tito. Él todavía no se da cuenta de mi dolor ni siente mi mano que aprieta la suya, está deslumbrado por mi cara. Qué extraño dolor. Él sólo me mira a mí con sus ojos dorados, en la cara, sin mirarme el cuerpo donde el dolor se agiganta y no me deja estar

de pie. ¡No te acerqués! ¿Es mi grito? ¿Es el grito de la morenita? No quiero que Tito me vea así. La cara de Miguel Ángel, un segundo sin careta, con las ojeras carbónicas, apenas distinta de las máscaras que retroceden. Mi dolor no es atractivo. Pobre maldito, tomaste el lugar de Félix Gauna que quería matarme. Lo hiciste en lugar de él, el cobarde que te dio el arma. No te reprocho nada, pero sí te reprocho que haya sido sin amor. Debajo de sus antifaces Beatriz, Miguel Ángel y Gauna miran. Beatriz, ¿viste cómo te robé el destino, cómo te convertí a tu Miguel Ángel en lo que creías que era? El hombre enmarañado en el peligro. Pero a mí, ¿quién me robó el destino? ¿Quién está recamada de amor? Genoveva me trajo aquí para que ocurriera esto. ¿Qué cosas ha dicho, qué ha inventado, qué ha tramado para desencadenar en alguien el instinto de muerte? ¡No te acerques! Ahora sí, es mi grito. Tiene toda la desesperación junta. Mis quijadas son quijadas de caballo que gritan hasta romperse. Tito, ¿entendés? Tengo vergüenza. No te dejes apresar por la decencia o la compasión. No te quedes ahí a mirarme ni a querer ayudarme. Te lo suplico, que tu amor entienda. ¿Ves como todos se van? Tus ojos comprenden ahora. Ya te vas. La morenita te tira para que te quedes. Ya te vas. No en tropel como los otros, lentamente. Sin volverte a mirar, como te lo he suplicado con toda el alma. No te parecías a X, no te parecías a los mellizos. ¿Por qué busqué siempre lo que no se te parecía? Mimaya, otro luto en verano. Mimaya, yo le dije una vez a un hombre que me tomaba examen, supongo que no *me habrán aprobado. ¿Por qué lo contó al revés? ¿Qué le había hecho yo de malo? Y Aurora dirá sí, señora Nora, le haremos el gusto a Atalita, me pasearé desnuda. Este dolor se agiganta y no me deja seguir en pie. Me dobla. Ya caigo. Oh este dolor que me abre y me parte y me desgarra. Eran las dos. ¿Quién está diciendo son las dos y tres minutos?*

Índice

Esta edición
de 1.000 ejemplares
de *Aire tan dulce*
de Elvira Orphée
se terminó de imprimir
el 31 de julio de 2009
en Encuadernación
Latino América S.R.L.
Zeballos 885, Avellaneda
Provincia de Buenos Aires,
Argentina

Victoria

Colección buenos y breves:

1. *Diario de la hepatitis*
César Aira
2. *Madre e hijo*
César Aira
3. *La música*
Marguerite Duras
4. *El espíritu del joven Borja*
Fernando Callero
5. *Los años de Orígenes*
Lorenzo García Vega
6. *Una letra familiar*
Irene Gruss
7. *Vísperas*
Adriana Lunardi
8. *El molino*
Mariana Docampo
9. *Nadie sabe adónde va la noche*
Beatriz Vignoli
10. *Virilidad*
Cynthia Ozick
11. *Cuando te vi caer*
Sebastián Basualdo
12. *La sombra del animal*
Vanesa Guerra
13. *Aire tan dulce*
Elvira Orphée
14. *Adoro*
Osvaldo Bossi
15. *Las genealogías*
Margo Glantz